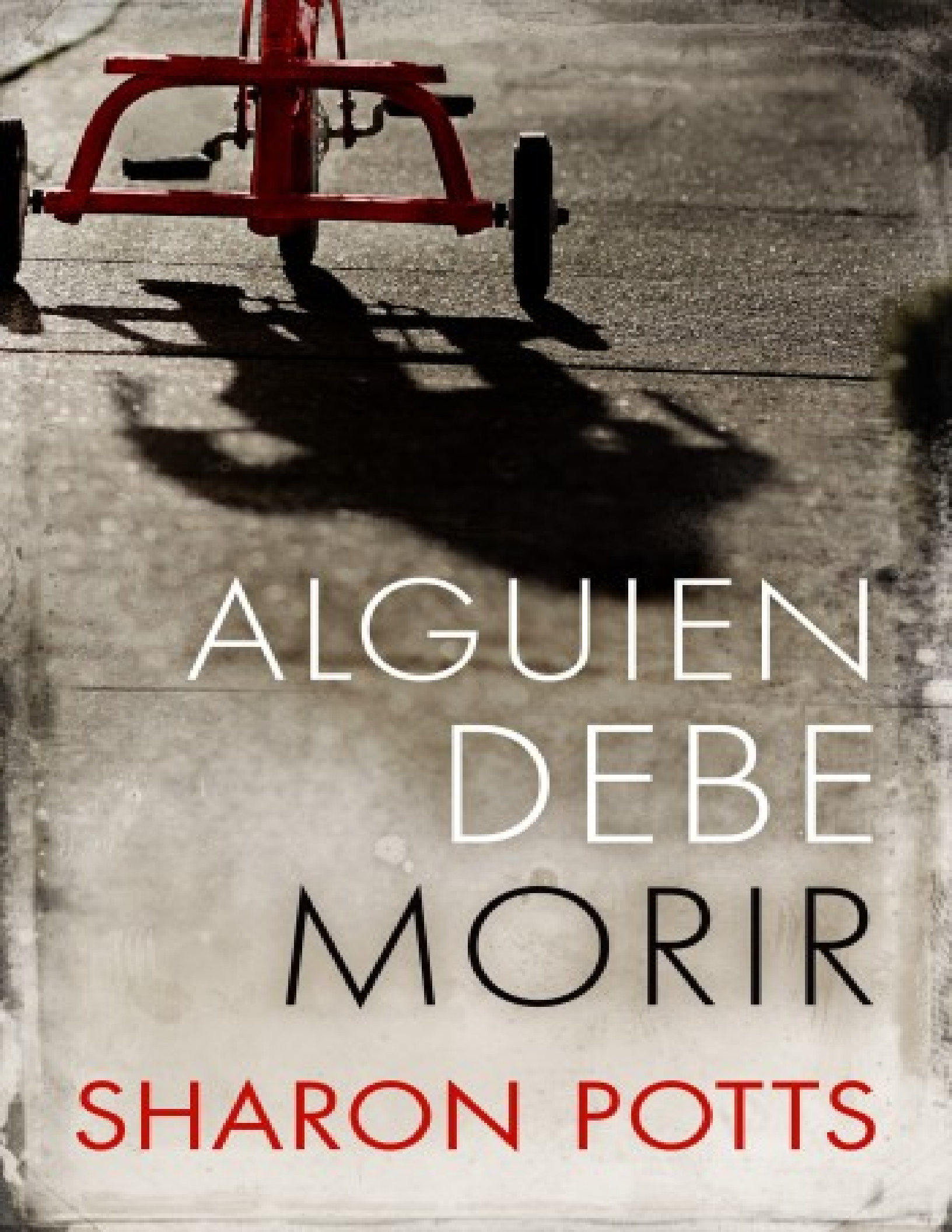

ALGUIEN
DEBE
MORIR
SHARON POTTS

Esta es una edición traducida de la siguiente obra, producida con Traducción Kindle, el servicio de traducción de libros basado en inteligencia artificial de Amazon:

Título original: Someone Must Die
Autor: Sharon Potts
Fecha de publicación original: Junio, 2016

Se ha traducido el texto principal de la obra. Los materiales complementarios, como la página original de aviso de derechos de autor, podrían permanecer en su idioma original sin traducir.

Praise for Sharon Potts

"This is thriller writing the way it is supposed to be."
—Michael Connelly, *New York Times* bestselling author, on *In Their Blood*

"Rich with high-concept, captivating characters, and a relentless plot that simply won't go away."
—Jeffery Deaver, *New York Times* bestselling author, on *The Devil's Madonna*

"A complex plot that builds believable suspense on every page."
—*Sacramento Bee* on *In Their Blood*

"With lean, spare writing that maintains suspense throughout, the author deftly weaves the various characters' stories into a plot that explodes in revelations."
—*San Francisco Book Review* on *Someone's Watching*

SOMEONE MUST DIE

OTHER TITLES BY SHARON POTTS

In Their Blood
Someone's Watching
The Devil's Madonna

SHARON POTTS

SOMEONE MUST DIE

THOMAS & MERCER

This is a work of fiction. Names, characters, organizations, places, events, and incidents are either products of the author's imagination or are used fictitiously.

Text copyright © 2016 Sharon Potts
All rights reserved.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

Published by Thomas & Mercer, Seattle
www.apub.com

Amazon, the Amazon logo, and Thomas & Mercer are trademarks of Amazon.com, Inc., or its affiliates.

ISBN-13: 9781503936676
ISBN-10: 1503936678

Cover design by Jason Blackburn



To my family—Joe, Ben, and Sarah.
Nothing matters to me more than you guys.

Índice

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50

CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
AGRADECIMIENTOS
ACERCA DE LA AUTORA

CAPÍTULO 1

La fuerza centrífuga le pegó más fuerte que un par de cubatas con el estómago vacío. Diana Lynd se agarró al borde de la taza gigante mientras esta giraba tan deprisa que acabó mareada y desorientada. Al otro lado de la taza, su nieto de seis años, Ethan, aullaba de alegría, con los rizos dorados flotando como un halo.

Las casetas, las atracciones, la gente, las palmeras y el cielo azul giraban a su alrededor convertidos en un borrón, con la música de feria atronando en sus oídos. Se concentró en el campanario blanco de la iglesia cada vez que pasaba ante ella, como una bailarina buscando su punto de referencia, pero no sirvió de nada contra el mareo.

—Por favor, que pare —murmuró, sin saber cuánto más podría aguantar. Era una abuela de sesenta y tres años, una médica jubilada, ¡por Dios!, ya no era ninguna chica atrevida y aventurera.

La música se volvió fúnebre y desafinada cuando la taza por fin fue frenando hasta detenerse con una sacudida. Ethan le tiró de los dedos. Tenía la mano pegajosa del helado que ella había intentado limpiarle sin éxito. —Venga, abuela. Vamos a la casa de los espejos.

Diana se levantó con las piernas temblándole. El aire olía a algodón de azúcar y perritos calientes, pero de pronto le llegó un tufo a vómito. Por lo visto, alguna otra abuela había sucumbido a tanta diversión.

—¿Estás bien? —Ethan la miraba con los ojos muy abiertos, serio. La gorra de los Mets de Nueva York le había dejado una leve marca en la frente. Por fin se la había dado en esta última atracción, preocupado por si salía volando. Diana había guardado la gorra gastada y sucia en el bolso.

—Estaré bien, cariño —dijo—. Pero descansemos un poco.

Ethan frunció el ceño como un adulto, con esa madurez impropia de su edad, igual que su padre cuando era pequeño. Kevin.

Cuánto lamentaba haberle dado a su hijo tantos motivos para fruncir el ceño.

—Podemos irnos a casa si quieres, abuela —dijo Ethan con la voz cristalina temblorosa—. Lo he pasado muy bien.

Diana se rió. *Niño irresistible.* Qué feliz y agradecida se sentía de que Kevin y su esposa, Kim, la hubieran aceptado de nuevo en sus vidas después de aquel terrible malentendido sobre su enfermedad y la boda. Pero cuánto habría dado por ver a su único nieto dar sus primeros pasos, oírle pronunciar sus primeras palabras y estar allí en su primer día de colegio.

—Me alegro de que te lo estés pasando bien —dijo—. No tenemos que irnos todavía.

Ethan sonrió, niño otra vez. Había perdido uno de los dientes de leche de arriba y ya asomaba el borde del diente definitivo.

Buscó el móvil en el bolso. —Déjame hacerte una foto.

—¿Otra vez?

—Solo una más. —Le había hecho una docena desde que los abuelos maternos lo dejaron en Miami el día anterior. Los Simmers habían ayudado a Ethan a instalarse en el antiguo cuarto de su padre, sin apenas dirigirle la mirada a Diana, mientras el chófer esperaba en la limusina para llevarlos a su residencia de invierno en Palm Beach. Diana sabía que los suegros de Kevin le guardaban rencor por haberse perdido la boda y no aprobaban que hubieran dejado a Ethan con ella. Había tenido mucho cuidado de no decir ni hacer nada que pudiera darles una excusa para llevarse a Ethan, y había soltado un enorme suspiro de alivio cuando por fin se marcharon.

—¿Qué tal así, abuela? —Ethan posó con la nariz arrugada, un actor nato. Llevaba la camiseta azul cielo que ella le había comprado, con un delfín saltando estampado. Esperaba que le hiciera acordarse de ella cuando volviera a casa en Nueva York.

Hizo la foto y Ethan se acercó para acurrucarse en el hueco de su brazo. Le maravillaba que la aceptara tan completamente, a ella, una abuela a la que apenas conocía.

—Puedes hacernos un selfi —dijo.

—¿Un *selfi*?

—Lo hago todo el rato. Te enseño. —Examinó el iPhone con concentración de adulto y pulsó algo en la pantalla—. Pon el brazo así —le indicó mientras se lo mostraba—, y luego toca el círculo.

Extendió el brazo y los dos aparecieron en la pequeña pantalla.

—Vaya, qué listo eres —dijo—. Sonríe.

Hizo el selfi y lo examinó. Ethan apoyado en su blusa blanca, la montaña rusa, el tiovivo y las casetas del carnaval con multitud de gente al fondo. El pelo oscuro, que le llegaba a los hombros, le tapaba parte de la sonrisa por culpa de una ráfaga de viento. Uno de los taquilleros la había confundido con la madre de Ethan, aunque quizá solo pretendía halagarla.

Aunque, pensándolo bien, quizá su felicidad saltaba a la vista.

Después de años de amargura hacia Larry por haberla descartado como a un coche averiado, por fin tenía todo lo que quería en la vida. Un hombre al que amaba y que también la amaba a ella, tiempo para sí misma desde que dejó la consulta, la reconciliación con su hijo y la alegría de estar con su nieto. Si tan solo su hija no estuviera pasando por sus propias dificultades, todo sería perfecto.

—Voy a mandarle esto a tu tía Aubrey y luego vamos a la casa de los espejos.

—¿Necesitas ayuda?

Diana volvió a reírse. —Gracias, pero eso sí sé hacerlo.

Tecleó un mensaje rápido a su hija. En un carnaval de la iglesia. Pasándolo genial. Adoro a este niño.

Fue a sonreírle, pero Ethan ya no estaba frente a la atracción de las tazas.

Se le paró el corazón y giró sobre sí misma.

—¿Ethan?

Un grupo de niños bulliciosos pasó corriendo por delante de ella, con los globos bamboleándose a su espalda.

—¡Ethan!

—Aquí, abuela.

Se volvió hacia donde venía la voz, con las piernas temblándole, y soltó un suspiro de alivio.

Su nieto estaba junto a una caseta a pocos metros de ella, donde un hombre barbudo con los brazos cubiertos de tatuajes lanzaba dardos a unos globos. Docenas de peluches grises colgaban de las vigas.

Se apresuró hacia él. —No puedes salir corriendo así.

—No he corrido, abuela. Mira. Son delfines. —Señaló los peluches que colgaban del techo—. ¿Podemos ir a nadar con los delfines?

Se había pasado de la raya. Ethan había estado cerca todo el tiempo. Le tomó la mano y el miedo se disipó.

Le sonó el teléfono. Seguramente era Aubrey contestando. Miró la pantalla. Su hija había escrito: Los 2 sois preciosos. Me hace muy feliz.

Diana deseaba que Aubrey pudiera estar allí con ellos, pero tenía que quedarse en Brown para preparar las clases que daría. El semestre de invierno empezaba esa semana.

Le entristecía que Aubrey estuviera lidiando sola con su novio, ese rata. Diana entendía muy bien la traición y podría haberle ofrecido consejo, o al menos empatía, pero Aubrey siempre había sido estoica y no le gustaba cargar a los demás con sus problemas.

Ethan tiró de la mano de Diana y la arrastró entre la multitud. Pasaron por casetas de patrocinadores locales que repartían folletos, globos, camisetas y gorras: Suelos Bob, Cafetería Latina de Tía, Sonrisas Brillantes del Dr. Gary. Pero Ethan solo tenía ojos para la casa de la risa, un edificio de una sola planta pintado de rosa, verde y azul neón, con la boca de una cara gigante risueña como puerta.

Cuando llegaron a la entrada, corrió hacia un cartel con una regla que indicaba los requisitos de admisión:

Menos de 91 cm—Espera a ser más alto.

91–122 cm—Puedes entrar.

Ethan se colocó junto a la regla, estirándose todo lo que podía. Se puso la mano en la cabeza, luego se apartó para ver dónde

llegaba. Casi alcanzaba la marca de los 122 centímetros.

Varios niños pequeños subieron corriendo la rampa que llevaba a la cara risueña. Un grupo de adultos los observaba, pero Diana no iba a dejar que su nieto entrara solo.

—Voy contigo —dijo.

—No pasa nada. Ya soy mayor.

A Diana la habían acusado en ocasiones de ser sobreprotectora con sus propios hijos, pero entonces trabajaba muchas horas y necesitaba normas estrictas para cuando no estaba. No quería pasarse con Ethan.

Aun así...

—Por favoooor.

—Vale, pero yo también quiero ir.

—Vale, abuela —dijo, alcanzando a los gemelos.

Entregó las entradas al hombre de la puerta y atravesó las fauces abiertas un poco por detrás de Ethan y los dos niños.

Una música de órgano cacofónica salpicada de gritos falsos atronaba desde los altavoces. Parpadeó para acostumbrarse a la oscuridad y siguió la camiseta azul del delfín de Ethan hasta la primera sala.

El suelo se movía bajo sus pies: un truco de la casa de la risa, no su propia inestabilidad. Intentó cruzar el suelo móvil lo más rápido posible, pero Ethan y los gemelos ya salían por el otro lado de la sala.

Un grupo de niños venía hacia ella en dirección contraria. Intentó pasar entre ellos; no quería que Ethan se adelantara demasiado. Pero cuando por fin salió de la sala, había desaparecido. Ni rastro de él ni de los gemelos en el barril gigante que giraba lentamente de costado.

Diana se metió en el barril, la única forma de llegar a la siguiente sala, agarrándose a las paredes interiores para no caer. Volvieron el mareo y la desorientación que había experimentado en la taza de té. Esta vez parecía su antigua lesión del oído interno, el vértigo debilitante que la atacaba cuando estaba estresada o algún trauma reciente alteraba el equilibrio de su vida.

Logró atravesar el barril, pero todo a su alrededor seguía dando vueltas. Al final de un pasillo estrecho, atravesó una cortina de tiras de cuero hacia un espacio en completa oscuridad. Avanzó a trompicones, buscando las paredes, pero sus manos no tocaron nada.

—Ethan —llamó por encima de los gritos y la música atronadora, esperando que la oyera y la esperara.

Más adelante, veía luces rojas y amarillas que parpadeaban. Entró en una pequeña sala donde las llamas lamían las paredes y el sonido de explosiones la sacudió hasta la médula. Una oleada de náuseas la invadió.

Cerró los ojos con fuerza, intentando bloquear el recuerdo del peor día de su vida.

Chorros de aire caliente brotaban del suelo y la sacudieron, obligándola a reaccionar. Salió corriendo de la sala en llamas y atravesó pasillos sinuosos de espejos deformantes. Imágenes de sí misma le devolvían la mirada: hinchada, demacrada, estirada, encogida. Con cada espejo que pasaba, su terror crecía.

—¡Ethan!

Estaba fuera. *A salvo.* Llenó los pulmones de aire fresco y casi se echó a reír de alivio.

Miró a su alrededor buscando a su nieto. Niños por todas partes: corriendo, comiendo algodón de azúcar y helado.

—¿Ethan?

Ni rastro de él, pero los gemelos estaban junto a una mujer, probablemente su madre. Diana se acercó deprisa.

Los gemelos se encogieron de hombros.

—No le gustaron los espejos —añadió el otro.

—Es mi nieto —le dijo a la madre, sin saber muy bien por qué sentía la necesidad de explicarse—. Se me adelantó corriendo en la casa de la risa. ¿Lo vio salir? Pelo rubio rizado, camiseta azul con un delfín saltando. Así de alto.

—Vi a un niño pequeño salir solo.

—¿Adónde fue?

—No lo sé. Salieron varios niños. La mayoría fueron por allí.

Algo se retorció en las entrañas de Diana. Volvió a la salida y vio cómo otros niños salían en tropel. ¿Era posible que Ethan se hubiera perdido en la casa de la risa? Sujetó la puerta cuando salieron un par de niños y asomó la cabeza.

—¿Ethan? —llamó en la oscuridad—. ¡Ethan! —repitió, esta vez más alto.

Pero no podía estar dentro. Se habría cruzado con él de camino a la salida.

Rodeó la casa de la risa hasta la parte trasera del edificio, donde varios cables eléctricos serpenteaban sobre la tierra y la hierba seca en dirección a las casetas del carnaval. Había varios coches y camiones aparcados en el callejón. De un contenedor cercano salía un hedor nauseabundo.

No habría venido hasta aquí, pero aun así lo llamó por su nombre, aguzando el oído. Nada, solo los gritos lejanos de los niños y la música desafinada del organillo.

Habían pasado casi quince minutos desde que lo había perdido de vista.

Las casetas, los coches, los cables y el contenedor giraban a su alrededor como si estuviera atrapada en un tornado.

Quince minutos.

Tantas cosas podían haber pasado en ese tiempo.

CAPÍTULO 2

Faltaba algo.

El vacío en el vestíbulo de su apartamento tipo loft la pilló desprevenida. No había botas de hombre esperando en el felpudo para hacerla tropezar. El abrigo de ante forrado de borreguillo de Jackson no colgaba del perchero de latón. Y la correa de cuero gastada de Wolverine había desaparecido del gancho junto a la puerta. Aguzó el oído esperando el repiqueteo de las uñas de Wolvie contra el suelo de madera cuando corría a recibirla.

Entonces lo recordó.

Ya no era el apartamento de los dos. Era solo el suyo.

Jackson ya no vivía allí. *Él* era lo que faltaba. Debía de haber pasado a recoger el resto de sus cosas esa tarde, mientras ella estaba en la biblioteca de la universidad.

Pasó el dedo por el estante junto a la pared de ladrillo, borrando las líneas de polvo que marcaban dónde habían estado los delgados volúmenes de la atormentada poesía de Jackson. Pero borrar seis años de convivencia con él no sería tan fácil. Todavía podía oler el tabaco de pipa con sabor a amaretto y el tufo a perro de Wolverine.

Echaba de menos a Wolvie. No echaba de menos a Jackson.

Se quitó la parka, húmeda por la nieve derretida, y la colgó en el perchero. Caía una buena nevada cuando salió del campus. Se había refugiado en la biblioteca toda la tarde, sin darse cuenta de que el tiempo había empeorado. Los pensamientos sobre la traición de Jackson la habían tenido absorta cuando debería haber estado preparando la clase de Percepción versus Realidad que impartiría el próximo semestre.

Percepción versus realidad. Qué irónico. Allí estaba ella, a punto de terminar el doctorado en psicología social, con especialización en relaciones interpersonales, y había pasado completamente por alto

las señales de que el hombre de su vida era un mentiroso despreciable.

Fue a la cocina y se sirvió una copa de merlot. Las ollas colgantes de cobre y los botes de porcelana azul y blanca vintage que había encontrado en mercadillos seguían en su sitio. No le sorprendió que Jackson no se los hubiera llevado. Siempre se había burlado cuando ella llegaba a casa con un nuevo «hallazgo», llamando a sus tesoros cachivaches cursis que solo acumulaban polvo. Bueno, ya no tenía que justificarse ni dar excusas por lo que quería. Esta era *su* casa ahora.

Un golpe en la puerta principal rompió el silencio. Se sobresaltó y casi dejó caer la copa de vino.

¿Jackson?

Había cambiado las cerraduras el día anterior y le había dicho al portero que dejara entrar a Jackson cuando viniera a por sus cosas. ¿Se habría olvidado algo? Solo de pensar en verlo se le revolvía el estómago.

Otro golpe, más urgente.

Aubrey dio un buen trago de vino para darse ánimos y fue a mirar por la mirilla. En lugar de un hombre enjuto con barba entrecana, al otro lado estaba su buena amiga y vecina, Trish, envuelta en su pesado abrigo de plumas, con las mejillas redondas encendidas por el frío.

Aubrey abrió la puerta.

—¿Qué demonios está pasando? —Trish pasó junto a ella y entró en el apartamento. Echó un vistazo al vestíbulo y luego estudió el rostro de Aubrey. Trish era unos años mayor que ella y profesora asociada en el departamento de psicología de Brown. Se fijaba en todo.

—Todo está bien —dijo Aubrey, con la esperanza de que Trish no se fijara en que todavía tenía los ojos rojos de tanto llorar el día anterior.

—Y una mierda. —Trish se mesó el pelo negro de punta, como si estuviera enfadada con él—. He visto a Jackson entrando y saliendo del edificio toda la tarde, cargando cajas en un camión de mudanzas. ¿Qué ha pasado?

—Lo eché. —Aubrey intentó sonar indiferente.

—Mierda —dijo Trish en voz baja, y miró la copa que Aubrey sostenía—. ¿Tienes más de eso?

Fueron a la cocina. Trish se bajó la cremallera del abrigo y se encaramó a un taburete de la barra.

Jackson se había sentado allí unos días antes, con su café matutino, el periódico extendido sobre la barra, como si todo fuera perfectamente normal. Llevaba la bata azul real abierta, dejando ver el vello oscuro del pecho salpicado de canas.

¿Dónde estuviste anoche, Jackson?

Con los chicos. Me quedé a dormir en el sofá.

¿Por qué no contestaste el teléfono?

Lo siento. Debí de dejarlo en silencio sin querer.

Pero los errores no existen. Todo es una elección, incluso la que ella había tomado de ignorar lo que estaba pasando a su alrededor.

Trish dio un sorbo al vino de la copa que Aubrey le había dado.

El Gran Poeta. Un apodo que a Jackson parecía encantarle, aunque *El Gran Farsante* le habría ido mejor.

Trish arqueó una ceja.

—Pareces sorprendida —dijo Aubrey—. Yo también lo estaba.

—No. No me sorprende en absoluto. Siempre pensé que era demasiado zalamero.

Su amiga lo había sospechado pero nunca había dicho nada. Una chispa de ira se encendió y se apagó enseguida. Trish habría sabido que Aubrey no la habría escuchado, que se refugiaba en su pequeño mundo de negación, rechazando cualquier información que contradijera lo que quería creer.

—¿Y cómo lo descubriste al final?

—Estaba claro que quería que lo supiera —dijo Aubrey—. Dejó el portátil abierto en la barra. Fui a buscar algo y allí estaba su hoja de cálculo de Excel esperándome. —Intentó mantener un tono ligero para ocultar el dolor—. Una lista de todas sus conquistas de los últimos veintidós años, desde que entró en la universidad. Cuarenta y ocho. Muy ordenado. Como si estuviera recopilando datos para un trabajo de investigación. Nombre, edad, breve descripción física. —

Hizo una pausa y tragó saliva—. Y una puntuación del «uno» al «diez».

—¿Cómo sabes que se acostó con ellas?

—Yo estaba en la lista. —Aubrey se bebió el resto del vino de un trago—. Número treinta y seis.

Lo que significaba que Jackson se había acostado con doce mujeres en los ocho años que llevaban juntos. Y cuando se lo echó en cara, su respuesta había sido: *Tengo problemas de inseguridad. Pensé que precisamente tú lo entenderías.*

Le había gritado y lo había puesto de vuelta y media, pero eso no había cambiado nada. Se había dejado engañar.

Pasó los dedos por las hendiduras del tajo de carnicero. Jackson no usaba tablas de cortar. Lo recordaba cortando limas con un cuchillo enorme, cada corte golpeando contra la madera, astillándola poco a poco. Igual que había hecho con ella todos esos años con sus pullas hirientes sobre que estudiaba psicología porque estaba muy jodida.

Quizá tuviera razón. De ser así, dejarlo había sido el primer gran paso para recuperarse.

Trish le frotó la espalda. —Qué cabrón. Lo siento.

—Y ni siquiera me puso buena nota —Aubrey intentó reírse mientras se apartaba de Trish—. Un «siete». Claro que entonces solo tenía veinte años y era prácticamente virgen —se sirvió más vino.

—Te das cuenta de que se aprovechó de ti —dijo Trish—. El profesor mayor, sexy y carismático seduciendo a su alumna.

—No, Trish. Esto no va del efecto halo, y yo no fui ninguna víctima. Fue justo después de que mi padre dejara a mi madre. Estaba enfadada con él, preocupada por la salud de ella, destrozada porque mi familia se acababa de desmoronar. Jackson me ayudó a superarlo.

Su mente retrocedió ocho años, al primer día de la clase optativa de poesía en la que se había matriculado porque necesitaba un respiro emocional de la ciencia y la estadística. A cuando Jackson se había plantado frente a la clase y había recitado, con su voz profunda y sonora, uno de sus poemas sobre el amor cubierto de hielo.

Había sido como si lo hubiera escrito solo para ella.

—Si tú lo dices —dijo Trish—. Pero yo veo a un depredador consumado en plena faena.

—Desde luego tuvo mucha ayuda de mi parte —dijo Aubrey—. Estaba tan centrada en lo que quería ver que ignoré todo lo demás. Como en el vídeo del *Gorila Invisible* que mostramos a los estudiantes. La mayoría no puede creer que no se fijen en la persona disfrazada de gorila cruzando la cancha porque están demasiado concentrados en ver a los jugadores pasarse el balón.

—¿Qué querías ver? —preguntó Trish.

Aubrey dio un sorbo al vino. —Supongo que quería creer que Jackson y yo teníamos una relación honesta. Algo más auténtico que lo que tenían mis padres —se encogió de hombros—. Pero tú y yo sabemos lo fácil que es repetir los comportamientos que más intentamos evitar.

—La buena noticia es que ya no los estás repitiendo —dijo Trish —. Viste el problema con Jackson y estás pasando página.

—Brindemos por eso —Aubrey chocó su copa contra la de Trish.

Pero ¿había superado realmente el problema? Incluso antes de la universidad, había ignorado situaciones que temía que explotaran si las examinaba demasiado de cerca. El matrimonio de sus padres había sido claramente frágil, pero ella había estado tan desesperada por mantener a su familia unida que se había pasado la infancia aterrada de hacer cualquier cosa que pudiera provocar que la relación de sus padres implosionara.

Pero crecer siendo una «complaciente» había tenido consecuencias. Se había ido a la universidad sin tener ni idea de quién era ni de qué quería. Por eso había decidido dedicarse a la psicología social, con la esperanza de que, una vez que aprendiera a verse en relación con su familia, podría entenderse mejor a sí misma.

Por lo visto, aún era una obra inacabada.

Levantó la botella de vino. —¿Quieres más?

—No, gracias —dijo Trish—. Voy al Deep Sleep a quedar con Sarah y Julia. Ven conmigo. No hay nada mejor que una

hamburguesa con queso y patatas fritas de boniato para curar un mal de amores.

—Gracias, pero estoy bien. De verdad. Lo más duro es perder a Wolvie.

Trish la abrazó. —Eras demasiado buena para ese canalla.

Aubrey parpadeó deprisa para que no se le escapara ninguna lágrima. Odiaba que la gente sintiera lástima por ella. —Eres una buena amiga.

—Llámame si necesitas algo —dijo Trish, dirigiéndose hacia el vestíbulo.

—Lo haré.

—Y echa la llave cuando me vaya.

—No te preocupes. Ya no pienso dejar entrar a Jackson. Se acabó lo de dejar que me haga daño.

Trish asintió con aprobación y se marchó.

Aubrey echó la llave, cogió su copa de vino del mostrador de la cocina y se tumbó en el sofá de cuero desgastado. Tenía marcas de arañazos de cuando Wolverine escarbaba en él. Miró la alfombra de pelo beige, esperando ver a su escuálido chucho gris de pelo largo jadeando frente a ella, suplicándole con sus ojitos negros como botones que le dejara subirse a su regazo.

Otra vez esa punzada de vacío. Wolvie era el perro de Jackson. Parte del lote.

La mejor parte.

La nieve seguía cayendo, desdibujando los viejos edificios de ladrillo rojo del centro de Providence. Era como si estuviera dentro de una de las bolas de nieve que había coleccionado de niña. Burbujas de cristal silenciosas, cada una conservando un mundo seguro: lo que siempre había querido para sí misma. Lo que había creído que Jackson le daría.

Pero ¿eso era todo lo que había sido Jackson? ¿Un refugio seguro? ¿Lo había amado siquiera, o había amado la idea de tener a alguien esperándola en casa, alguien que cuidaría de ella?

Intentó comprender sus sentimientos. ¿Estaba herida, enfadada por el engaño o con el corazón roto? Entonces lo entendió. No había amado a Jackson. La angustia venía de otra cosa. Sin Jackson, ya no

se sentía segura ni protegida. *Eso* era lo que faltaba. El precioso mundo de cristal que había creado para sí misma se había agrietado, y, como cuando su padre se marchó, la nieve se arremolinaba a su alrededor en una ventisca.

Dio otro sorbo al vino. La nieve se había acumulado en la mitad inferior de las ventanas, pero podía ver luces borrosas en los edificios de enfrente y en la calle. Eran poco más de las cinco, aunque parecía mucho más tarde.

Quizá encendería la chimenea. Jackson solía hacerlo con gran teatralidad, como si fuera una tarea complicada y delicada, pero ella podía encender un fuego igual de bien y con mucho menos aspaviento. Pediría una pizza y se terminaría el vino mientras veía un maratón de *Las chicas Gilmore*, la serie de madre e hija que tanto le había gustado de niña y que de vez en cuando había visto con su madre cuando mamá no trabajaba hasta tarde. No era escapismo ni huir de la realidad. No había nada malo en pasar unas horas en el mundo seguro y ficticio de Stars Hollow.

Estaba sola, sin nadie que cuidara de ella. Pero no pasaba nada: podía cuidarse sola. No le faltaba nada mientras se tuviera a sí misma.

Le sonó el móvil. *Nuestro amor es más fuerte que el dolor.* La letra de la canción que mamá le había pedido que pusiera de tono hacía años. Pero la vieja y triste balada de los sesenta ya no parecía apropiada para su madre, que estaba prometida y feliz con Jonathan y seguramente ya había superado la traición de su marido.

Quizá era hora de cambiar el tono de llamada.

Para las dos.

—Hola, mamá —dijo, alegrando la voz para no preocupar a su madre—. ¿Qué tal con Ethan?

Su madre jadeaba, como si le faltara el aire.

Aubrey se incorporó de golpe.

—Ha *desaparecido*.

A Aubrey le dio un vuelco el corazón.

—Ethan —dijo con la voz quebrada—. Ethan ha desaparecido.

CAPÍTULO 3

Aubrey se apresuró hacia la parada de taxis del Aeropuerto Internacional de Miami, aturdida por el calor y la humedad del mediodía. No había dormido desde que recibió la llamada de su madre la noche anterior. Había hecho la maleta a toda prisa y llamado a Trish, quien le prometió buscar a alguien que cubriera sus clases mientras estuviera fuera.

Había tardado casi dos horas en llegar al aeropuerto Logan de Boston por las carreteras atascadas de nieve. Todos los vuelos habían sido cancelados por la tormenta, así que acampó en la terminal con la esperanza de conseguir plaza en el siguiente vuelo. Durante toda la noche había estado enviando mensajes a su madre pidiendo noticias, hasta que finalmente mamá le escribió: Te avisaré en cuanto sepa algo.

Esa mañana se habían reanudado los vuelos desde Boston. Aubrey le había enviado un último mensaje a su madre justo antes de embarcar en el vuelo a Miami. Subo al avión. ¿Alguna noticia?

Su madre no había respondido, y Aubrey había pasado las siguientes tres horas y media intentando no pensar en lo que podría haberle sucedido a Ethan, rezando para que todo quedara en un susto sin importancia. Que su sobrino se hubiera alejado del carnaval pero que ya lo hubieran encontrado, asustado pero a salvo, cuando ella aterrizara en Miami.

Volvió a mirar el teléfono mientras esperaba en la fila de taxis bajo el calor sofocante. Nada de su madre, pero el corazón le dio un vuelco cuando vio un mensaje de Kevin. Él y Kim habían salido de Nueva York antes de la tormenta en el jet privado de los padres de Kim. Estaban en Coconut Grove, en casa de mamá. El resto del mensaje de su hermano la golpeó como un puñetazo en el estómago. Ethan sigue desaparecido. ¿Cómo pude confiárselo a ella? Tenía que haberlo sabido.

Oh, Kev. No era culpa de mamá.

Ojalá pudiera convencerlo de que su madre no era la villana que él creía. Pero Aubrey llevaba defendiéndola desde que mamá faltó a la boda de Kevin, y eso solo había tensado aún más la relación, antes tan estrecha, con su hermano mayor.

A Kevin le había costado ocho años perdonar a mamá.

Y ahora Ethan había desaparecido estando con ella.

Aubrey empezó a escribir una respuesta para decirle que mamá no tenía la culpa, pero cambió de opinión. Era una conversación que tenían que tener en persona.

Llegó al principio de la fila, se subió al taxi que esperaba y dejó la pequeña maleta y el abrigo de invierno en el asiento de al lado. Tras darle al conductor la dirección de su madre, se recostó; la lana del jersey le picaba como un cilicio. Había pasado las últimas horas concentrada en llegar a Miami, temiendo derrumbarse si pensaba en Ethan, pero ahora estaba casi en casa. Abrió la foto de Ethan y su madre en el teléfono, tomada unos minutos antes de que él desapareciera.

Ethan, feliz, acurrucado en el brazo de su abuela, con una multitud de gente del carnaval detrás.

La primera y única foto de los dos juntos.

Le sorprendió el parecido entre abuela y nieto. Los mismos ojos grandes color chocolate, los mismos hoyuelos al sonreír, la misma cara acorazonada.

Antes de ese fin de semana, mamá no había conocido a ese niño hermoso y encantador, pero Aubrey sí. Había pasado tiempo con Ethan varias veces al año desde que era un bebé: lo llevaba a Central Park, salían a navegar por el lago, visitaban a los animales del zoo e incluso le había enseñado a patinar sobre hielo hacía unas semanas.

¿Dónde estaría su sobrino ahora?

Un recuerdo oscuro afloró.

Cuando Aubrey tenía ocho años, un niño llamado Jimmy Ryce había desaparecido a pocos kilómetros de su casa en Coconut Grove. Jimmy tenía nueve, y ella aún recordaba la foto que salía en los telediarios y en los periódicos: un niño sonriente con gorra de

béisbol, bate en mano. Mamá había intentado ocultarle la noticia de su desaparición, pero estaba en todas partes. A Aubrey no la dejaban ir sola a ningún sitio, ni siquiera a la escuela o en bicicleta a casa de su amiga Meagan.

Se había enfadado por las restricciones, pero tres meses después, la noticia de que habían encontrado el cuerpo destrozado de Jimmy la cambió. Durante años, miraba por encima del hombro para comprobar si alguien la seguía, y si un desconocido la miraba, el corazón se le aceleraba de miedo.

¿Habría aprendido Ethan alguna vez a desconfiar de los desconocidos?

El taxi avanzó entre el denso tráfico por Le Jeune Road, pasando concesionarios de coches usados, restaurantes latinoamericanos y vallas publicitarias en español que anunciaban servicios médicos y cirugías. Las concurridas calles comerciales le resultaban ajenas hasta que cruzaron la US 1 y entraron en el frondoso y sombrío bosque de Coconut Grove. El conductor giró por una calle estrecha, con las palmeras y las ramas de los banianos rozando los laterales del taxi. Cuando apareció ante ella la casa de su infancia, la opresión del pecho se le alivió.

A la luz de la primera hora de la tarde, la casa tenía el mismo aspecto de siempre, como un lugar donde la Bella Durmiente podría haber dormido cómodamente durante cien años, oculta del mundo. Las enredaderas trepaban por las paredes de estuco descolorido color salmón, el moho oscurecía el tejado a dos aguas, antaño rojo, y las buganvillas magenta se derramaban sobre las ventanas en arco. Aubrey se había marchado diez años antes para ir a la universidad y solo había vuelto dos o tres veces al año a visitar a su madre, pero seguía considerando aquel lugar su hogar.

Pero su hogar ya no era un claustro.

Docenas de coches y furgonetas de televisión estaban aparcados de cualquier manera sobre el césped destrozado, bloqueando la entrada y buena parte de la calle, y un enjambre de periodistas aguardaba en el límite de la propiedad. La opresión en el pecho volvió.

Veinticuatro horas después de la desaparición de Ethan y los buitres ya sobrevolaban. Sabían, igual que ella, que con cada hora que pasaba, las probabilidades de que Ethan volviera a casa sano y salvo disminuían.

Pagó al conductor y salió al calor, ansiosa por ver a su madre, preocupada por lo que el estrés de la desaparición de Ethan pudiera estarle causando. Aubrey había visto a su madre postrada por el vértigo en varias ocasiones; la más reciente, hacía dos años, cuando la demandaron los padres de un niño que había muerto bajo su cuidado. Solo podía imaginar cómo estaría sobrellevando mamá la desaparición de su propio nieto.

Se abrió paso entre los periodistas, evitando mirarlos a los ojos. Esperaba que su madre hubiera llamado a Jonathan y le hubiera pedido que se quedara en la casa para protegerla de todo aquello. En los últimos dos años, Jonathan se había convertido en el principal pilar de mamá: no solo la había ayudado a superar la demanda por negligencia médica y los problemas con los socios de la consulta, sino que también la sostenía cuando las cosas se torcían. Como ahora.

—Disculpe. —Una mujer se plantó delante de Aubrey y le metió un micrófono en la cara—. ¿Es usted de la familia? ¿Hay alguna novedad sobre Ethan? ¿Cómo lo está llevando la familia?

Aubrey pasó de largo y se apresuró por el camino de coquina agrietado hacia la puerta principal. A esa gente no le importaba Ethan. Solo querían una buena historia. Rebuscó en el bolso las llaves de casa.

—¿Va a activar la policía una alerta AMBER? —gritó uno de los periodistas—. ¿Han confirmado que Ethan ha sido secuestrado?

Aubrey metió la llave en la cerradura, abrió la puerta y la cerró de un portazo a su espalda. Dejó caer el abrigo y la maleta y se apoyó contra la puerta. Se quedó allí un momento, decidida a mostrarse fuerte cuando viera a su familia, e inspiró el familiar olor a humedad, como a toallas viejas y mojadas, fruto de las goteras que habían calado las paredes. Un olor que mamá llevaba años intentando eliminar sin éxito, pero que formaba parte de la casa

tanto como los crujientes suelos de pino de Dade y las chimeneas de piedra coralina.

Pero había sonidos que no encajaban. Un repiqueteo constante, como teléfonos en un teletón. Y un zumbido, como de un enjambre de abejas.

—¿Eres Aubrey?

Se volvió hacia la desconocida que había entrado en el vestíbulo: una mujer con cejas demasiado gruesas y cabello negro azabache recogido, que dejaba al descubierto un rostro marcado por el acné. Tendría poco más de treinta años, unos cuantos más que Aubrey, y llevaba un traje pantalón gris arrugado. Tenía el pulgar enganchado en la cinturilla, sobre una placa dorada.

—Sí. Soy Aubrey Lynd.

—Detective González, de la Unidad de Personas Desaparecidas del MDPD.

—Háble me de mi sobrino. ¿Hay alguna novedad?

—Todavía nada, pero estamos haciendo todo lo posible.

—¿Dónde está mi madre? Necesito verla.

—En la otra habitación, hablando con el FBI.

—¿El FBI?

—Al parecer, los suegros de tu hermano tienen bastantes contactos —dijo la detective.

—¿CARD?

—Despliegue Rápido en Casos de Secuestro Infantil.

A Aubrey le dio un vuelco el corazón.

La detective se rascó un tatuaje que asomaba bajo la correa del reloj. Podía ser un tic nervioso, lo cual no era buena señal.

«*Están intentando encontrarlo cuanto antes*». Aubrey quería creer en la seguridad de las palabras de la detective, no en su lenguaje corporal vacilante. «*Va a estar bien*».

Respiró hondo para calmarse y echó un vistazo al pequeño vestíbulo.

Las paredes estaban enlucidas con gruesos remolinos, al estilo de los años veinte, pero el dibujo la mareaba.

O quizá fuera la falta de sueño.

Captó su reflejo en el espejo moteado sobre la mesa del vestíbulo. Su largo cabello oscuro y el flequillo recto tenían el mismo aspecto de siempre, pero había algo raro en sus ojos: demasiado grandes y ensombrecidos, como los de un personaje aterrorizado en una película muda.

Aubrey se volvió hacia la detective.

—No puedes interrumpirla ahora, pero debería terminar pronto.

—¿Y mi hermano? ¿Está Kevin aquí?

—Él y su esposa se marcharon hace un rato con los padres de Kimberly.

—¿Se marcharon? ¿Adónde?

—Todos se alojan en el Ritz de Coconut Grove.

Así que no iba a ver a Kevin de momento. Sintió una mezcla de decepción y algo parecido a celos. Su hermano estaba en las garras de los Simmer, no con su propia familia.

—Los Simmer también han reservado varias salas de reuniones en el Ritz —añadió González—. Van a traer a sus propios investigadores privados.

Aubrey estaba desconcertada.

—Siempre que sus investigadores no interfieran en nuestra investigación —respondió González—. El FBI seguirá usando la casa de tu madre como centro de operaciones. Yo iré y vendré entre aquí, mi oficina y el hotel de los Simmer. Habrá alguien con Kevin, Kimberly y los padres de ella por si quien se llevó a Ethan intenta ponerse en contacto con alguno de ellos. Si se trata de un secuestro con petición de rescate, aún no sabemos a quién tienen en el punto de mira.

—A los Simmer, obviamente —dijo Aubrey.

La detective frunció el ceño.

—No. No mucho.

—Aquí está, detective —dijo una voz seca a espaldas de González.

Un hombre alto y tieso apareció en el arco del vestíbulo. Llevaba el pelo rapado, camisa blanca, corbata y un traje oscuro hecho a medida. Algo en su forma de echar los hombros hacia atrás y de mantener una mano en el bolsillo del pantalón le daba un aire

de superioridad. Aubrey se preguntó si sería uno de los investigadores privados contratados por los Simmer. Sus ojos gris claro la recorrieron con la mirada y luego volvieron a la detective.

—Por supuesto —dijo González.

—¿Qué pasa? —preguntó Aubrey. Un hormigueo de pánico le recorrió el cuerpo ante la fría eficiencia del hombre—. ¿Han encontrado a Ethan?

El hombre la miró fijamente, con los labios apretados, como sorprendido por su pregunta.

Su tono la molestó.

—Agente especial Smolleck. Dirijo el equipo CARD del FBI. Y no, no hemos encontrado a su sobrino.

Aubrey observó a los dos desconocidos cruzar el suelo de madera oscura de la casa de su infancia mientras escuchaba la cacofonía procedente del otro extremo.

Veinticuatro horas antes, había estado encerrada en su propia burbuja, preocupada por cosas que ya no importaban.

Veinticuatro horas antes, Ethan se reía en un carnaval en brazos de su abuela.

Y así, sin más, todo había cambiado.

CAPÍTULO 4

Un olor rancio recibió a Aubrey cuando abrió la puerta de su dormitorio en el piso de arriba. No había vuelto a casa desde el Día de Acción de Gracias, un par de meses atrás, pero al menos su habitación seguía tal como la había dejado. El papel pintado azul de Delft seguía despegándose por las costuras, aún cubierto por la docena de óleos de frutas, jarrones y objetos queridos que había pintado de adolescente. Tiró el abrigo sobre la colcha blanca acolchada, dejó la maleta en el viejo escabel y fue a abrir una de las ventanas. Su habitación daba a la fachada de la casa, y en cuanto abrió la ventana, los periodistas le gritaron desde abajo.

—¿Han encontrado a Ethan? ¿Hay alguna demanda de rescate?

Cerró la ventana de golpe y se puso a caminar de un lado a otro sobre la desteñida alfombra oriental azul y beige, recordándose que no era culpa de los periodistas que Ethan hubiera desaparecido.

La respiración se le calmó cuando sus ojos se posaron en recuerdos familiares y muy queridos: las bolas de nieve en el estante sobre el escritorio, y la foto en la mesita de noche de mimbre de la que no había podido desprenderse, ni siquiera después de que mamá guardara todas las demás fotos de su padre.

Era lo que Aubrey clasificaba en su memoria como una foto del «antes» de los cuatro. *Antes* de que mamá empezara a trabajar hasta tarde casi todas las noches y papá comenzara a viajar todo el tiempo. *Antes* de que algo cambiara la relación de sus padres, algo que Aubrey nunca había entendido y le daba miedo preguntar. La foto se había hecho veinte años atrás, cuando Aubrey tenía ocho años y Kevin once. Posaban en la cima de una montaña en algún lugar de Colorado. Ella y Kevin sonreían a la cámara, pero Aubrey había conservado la foto por la forma en que sus padres se miraban. No de la manera educada pero distante a la que se había acostumbrado, sino como si estuvieran recordando la primera vez

que se habían enamorado. Aubrey siempre había querido creer que así era como se sentían de verdad el uno por el otro.

Incluso ahora —o quizá especialmente ahora, después de su decepcionante experiencia con Jackson— seguía creyéndolo.

¡Cómo deseaba que su familia pudiera estar junta para apoyarse mutuamente mientras esperaban noticias sobre Ethan! Pero mamá no estaba localizable, papá probablemente aún no había llegado de Los Ángeles, y Kevin estaba con Kim y los padres de ella. Pero Aubrey también era familia de Kevin, y a pesar de las palabras airadas de él sobre su madre, estaba segura de que querría el consuelo de quienes lo amaban incondicionalmente.

Sacó el teléfono y lo llamó por marcación rápida, y se sorprendió cuando contestó la voz de un desconocido.

—Quiero hablar con Kevin —dijo ella—. Soy su hermana.

—El señor Lynd no está atendiendo llamadas en este momento.

—¿Podría decirle que soy Aubrey, por favor?

—Lo siento. No está atendiendo ninguna llamada.

—¿Quién es usted? —preguntó Aubrey.

—Me ha contratado la familia —dijo el hombre.

«*La familia*», quería gritar. «*Yo soy su familia*».

—Le diré al señor Lynd que llamó. Estoy seguro de que le devolverá la llamada cuando pueda. —Colgó.

¿Qué demonios había sido eso? ¿Y si alguien llamaba con una demanda de rescate? ¿Hablarían con un desconocido? O quizá el secuestrador no se daría cuenta de que no era Kevin quien contestaba.

Le envió un mensaje de texto a su hermano, sin estar segura de si lo vería, pero tenía que intentarlo. Estoy en casa. Puedo ir a verte cuando quieras. Solo dime cuándo.

Dudó. ¿Debería decirle que estaba ahí para él? ¿Que lo quería? Pero sonaría falso después de la distancia entre ellos durante tantos años. Pulsó «Enviar», con la esperanza de que él le escribiera o llamara.

Con la esperanza de que su silencio no significara que la guerra con mamá había vuelto a empezar.

Se guardó el teléfono en el bolsillo y cruzó el pasillo hacia la habitación de su madre. En el gran dormitorio de esquina hacía fresco, en sombra por los bambúes altísimos que impedían que el sol llegara a esta parte de la casa. La cama estaba hecha, con los cojines decorativos apilados contra el cabecero de latón, sin huella alguna en la vieja colcha de retazos. Pasó la mano sobre los cuadrados de satén en carmesí, verde esmeralda y azul marino. No parecía que su madre hubiera dormido, ni siquiera que se hubiera acostado a descansar.

Dos sillones de brocado rosa desteñido flanqueaban la chimenea; entre ellos, una mesita con un libro encima. Ahora que vivía en el norte, se daba cuenta de lo extraño que era tener chimeneas en Miami.

De pequeña, había soñado con tener un fuego encendido, como en los cuentos de Hans Christian Andersen que leía, pero sus padres nunca habían hecho uno. Así que un invierno, cuando tenía ocho o nueve años, convenció a Kevin de que la ayudara a recoger leña. Llenaron el hogar con ramitas y hojas secas, añadieron papel higiénico arrugado y prendieron fuego a todo con cerillas. Ardió y echó humo, y mamá entró corriendo en la habitación, gritando como una histérica. Aubrey nunca la había visto tan alterada. Mamá apagó el fuego con agua y después se metió en la cama bajo la colcha de retazos, aquejada de uno de sus mareos.

Después de aquello, con el olor a hojas quemadas que persistía en el pasillo de arriba, Aubrey y Kev intentaron seguir las reglas y ser niños ejemplares. Solo podían contar el uno con el otro, y se convirtieron en mejores amigos y confidentes. Aubrey echaba tanto de menos eso... Los sueños susurrados de Kev sobre recuperar la Montaña Solitaria, como Bilbo Bolsón en *El Hobbit*. Las promesas de que algún día volverían a ser una familia de verdad.

Bueno, tal vez podrían serlo, una vez que recuperaran a Ethan. Una cosa era segura: ella no iba a renunciar a su familia, aunque Kevin lo hubiera hecho.

Bajó las escaleras hacia la disonancia de múltiples voces que hablaban a la vez. La sala familiar se había transformado, abarrotada de mesas plegables y gente que hablaba por el móvil y tecleaba en

ordenadores. Esos extraños no pertenecían allí, rodeados de fotos de ella y su hermano frente a las literas del campamento de verano, de excursión por las Rocosas, tirándose bolas de nieve en Breckenridge. Pero Ethan tampoco debería haber desaparecido.

Ni la detective Gonzalez ni el agente especial Smolleck estaban en la sala, así que se acercó a un hombre asiático bastante joven, trajeado, que fruncía el ceño mirando varias pantallas de ordenador.

Se irguió en la silla cuando la vio.

—Soy Aubrey Lynd. Estoy buscando a mi madre, Diana Lynd. ¿Sabe dónde está?

—Lo siento. No.

Salió de la sala familiar y abrió una puerta francesa que daba al patio trasero. El patio de ladrillo enmohecido quedaba en sombra bajo tantos árboles —mirtos, gumbo limbos, palmeras y bambúes altísimos— que el sol apenas lograba atravesar, y las pequeñas zonas de césped alrededor del jardín de rocas eran siempre raquíticas. A diferencia del interior de la casa, transformado por todas las personas que no pertenecían allí, aquí afuera nada había cambiado. Seguían allí las mismas sillas de hierro forjado imposibles de mover y la mesa de filigrana con el agujero para una sombrilla que mamá nunca llegó a comprar.

Aubrey siguió el sendero de ladrillo que serpenteaba alrededor de la casa. Era la única zona soleada, donde la hierba crecía tan rápido que siempre parecía que había que cortarla.

De niños, Aubrey y Kevin habían suplicado a sus padres que pusieran una piscina. Papá finalmente había cedido, pero mamá se había plantado. Decía que ya tenía bastante con preocuparse por sus pacientes enfermos como para encima imaginarse a sus propios hijos tirándose de cabeza y partiéndose el cuello.

Mamá siempre estaba esperando que ocurriera una catástrofe.

Y finalmente había ocurrido.

Un par de tumbonas daban a una pequeña fuente, cerca del alto seto que separaba su propiedad de la del vecino. Alguien estaba tumbado en una de ellas. Mocasines de cuero marrón claro, pantalones azul marino planchados, camisa azul celeste.

Papá.

Por un momento volvió a ser una niña, recordando la alegría que sentía cuando su padre regresaba de un juicio fuera de la ciudad y la alzaba en volandas.

¿Cómo está mi princesa preciosa?

Lo había adorado. Y luego él la había decepcionado.

Debió de oírla llegar, porque apoyó los pies en la hierba y se volvió hacia ella.

Su expresión se iluminó, pero enseguida se le torció el gesto, como si hubiera recordado las circunstancias. Su abundante cabellera parecía más blanca que nunca contra el rostro enrojecido, pero sus ojos azules seguían siendo los mismos: claros y atentos. Ojos capaces de convencer a los jurados más duros.

Y, en otro tiempo, incluso a ella.

Se acercó a ella con los brazos abiertos y la abrazó con fuerza. Su mente le decía que se resistiera, pero su cuerpo no obedeció, y se dejó envolver en aquel abrazo. Se aferró a él, cerró los ojos y aspiró aquel olor familiar y rancio a avión que le recordaba a su infancia. Él le acarició el pelo, y la sensación le dio sueño, igual que cuando era pequeña.

Ojalá pudieran volver a ser como antes, pero entonces él aflojó el abrazo.

Ella dio un paso atrás.

No había visto a su padre en más de un año, desde una fiesta en honor a Ethan. Tenía algunas arrugas más, pero seguía siendo un hombre apuesto, incluso a los sesenta y cinco. Kevin había heredado su complexión delgada y atlética, aunque tanto Aubrey como su hermano se parecían más a su madre, con el pelo y los ojos oscuros y aquel aire a menudo taciturno.

—Me sorprende verte —dijo ella.

—¿Pensabas que no iba a estar aquí, tratándose de mi nieto y mi familia? —Se le notaba el dolor en la voz.

Ella se echó atrás, avergonzada de haber insinuado que no le importaba Ethan.

—Habría comprado un avión para llegar, si hubiera hecho falta.

Y ella le creía. Aunque viajaba mucho, su padre siempre había antepuesto la familia a todo, y por eso había sido tan desconcertante

verlo dar la espalda a su madre de forma tan despiadada ocho años atrás.

—¿Has hablado con mamá? —preguntó.

—No. Ha estado ocupada con la policía y el FBI. No quería molestar —le tomó la mano—. Ha pasado mucho tiempo. Demasiado.

—Sí —dijo ella, notando la firmeza de su mano.

—Estoy en estado de shock —dijo él—. Apenas podía moverme. Pero Star ha sido mi salvación. Se encargó de organizarlo todo para venir.

Aubrey retiró la mano. No soportaba ver cómo su padre parecía adorar a la mujer por la que había abandonado a su esposa.

Él y Jackson eran iguales. Los dos ajenos al dolor que habían causado por ceder a sus impulsos egoístas.

—Me gustaría que no le guardaras rencor —dijo su padre—. Star vino en el avión conmigo. Está tan preocupada por Ethan como nosotros.

Aubrey sintió un odio visceral. Le asaltaba cada vez que se mencionaba el nombre de Star, y con él venía el recuerdo de la primera vez que se habían conocido.

Aubrey estaba en el apartamento de su padre, admirando la vista del centro de Los Ángeles, cuando se dio cuenta de que no estaba sola. Se volvió y vio una figura fantasmal en un rincón oscuro de la habitación. Reparó en la piel pálida, los pañuelos blancos vaporosos y una cabeza perfectamente moldeada con el pelo tan claro y corto que parecía rapada. La aparición casi se fundía con las sombras, salvo por los brillantes ojos azules y vidriosos que la escrutaban.

Entonces Star había dado un paso adelante, con los brazos extendidos y una sonrisa postiza. «Hola, querida», había dicho, y sus palabras rezumaban como miel envenenada de una flor de adelfa. «Me encantaría que fuéramos amigas».

—Por favor, Aubrey —decía su padre—, tenemos que estar unidos ahora. Por el bien de Ethan.

—Tienes razón —dijo, apartando de su mente la imagen de Star. Tenía que intentar dejar a un lado los viejos agravios y apoyar a sus

dos padres. Sabía lo difícil que debía de ser la desaparición de Ethan también para su padre. Adoraba a su nieto y siempre le mandaba a Aubrey fotos de las frecuentes visitas de Ethan a Los Ángeles.

—No me cabe en la cabeza —dijo—. Nuestro hombrecito —le tembló la voz y se pasó los dedos por el pelo. Tenía un cerco oscuro de sudor en la axila, sobre la camisa azul celeste.

—¿Quieres que entremos a por un vaso de agua? —preguntó.

—Gracias, pero estoy bien —el sol le arrancaba destellos al pelo blanco mientras se secaba los ojos con un pañuelo.

Se había dejado un trozo sin afeitar, cerca del hoyuelo de la barbilla.

Recordaba lo impecable que iba siempre cuando salía a trabajar con alguno de los Proyectos Inocencia en los que colaboraba, hecho una estrella de cine con su traje oscuro y camisa blanca, con el maletín de cuero cordobán con sus iniciales que le había regalado mamá.

Se había sentido tan orgullosa de su padre y de su misión de salvar a inocentes del corredor de la muerte. Pero, al mismo tiempo, le destrozaba que se fuera, a veces durante semanas enteras.

—¿Por qué no nos sentamos? —Lo llevó de vuelta a las tumbonas. De pronto parecía mayor. Viejo y cansado.

—¿Has visto a Kevin? —preguntó.

Negó con la cabeza. —Ya se habían ido al hotel cuando llegué —dijo él. Se guardó el pañuelo en el bolsillo—. Pero hablé con el agente del FBI al mando. El agente especial Smolleck. Me alegra que hayan intervenido tan pronto.

—Sí. A mí también —dijo ella. No le contó la mala impresión que le había causado el agente del FBI. Quizá la arrogancia de Smolleck resultara útil para recuperar a Ethan cuanto antes.

—Smolleck me dijo que han habilitado un par de líneas telefónicas para recibir pistas —continuó su padre—. Tienen a un informático que se coordina con el Centro Nacional para Niños Desaparecidos y Explotados para difundir la información en Facebook y otras redes sociales.

—Me alegra que consiguieras que te pusiera al corriente —dijo ella.

—Bueno, no fue fácil. Estaba más interesado en hacerme preguntas a mí, pero siempre he tenido mano para sonsacar a la gente. Al menos a la mayoría —dijo él. La miró a los ojos—. Te he echado de menos, Princesa —añadió. Así la había llamado siempre. Su princesa de la Bella Durmiente, aunque ella nunca había entendido por qué. Ahora caía en la cuenta de que él siempre había sabido que ella cerraba los ojos ante lo que la rodeaba—. Os he echado de menos, a ti y a lo nuestro.

Ella apartó la mirada. Él le estaba tocando la fibra, como siempre, pero no quería volver a caer en sus redes. —¿Qué más te dijo? —preguntó.

Su padre dejó escapar un suave suspiro. —Bueno, la buena noticia es que el FBI actúa muy rápido en estas situaciones. Están evaluando todas las posibilidades, aunque no estoy del todo de acuerdo con el enfoque que están siguiendo. Le han hecho la prueba del polígrafo a la familia más cercana.

Aubrey se preguntó si su madre estaría allí, sometiéndose a la prueba del detector de mentiras. —Nadie de la familia habría secuestrado a Ethan —dijo.

—Por supuesto que nadie de la familia está implicado —dijo él —. El polígrafo es un procedimiento de rutina. El FBI también tiene un sistema para localizar a delincuentes sexuales en la zona.

—Dios mío —dijo ella—. ¿Creen que a Ethan lo secuestró un *delincuente sexual*?

—No, no —se apresuró a decir—. No necesariamente. Es solo otra línea de investigación.

—¿Te dijo algo más? —preguntó ella.

—Él no, pero uno de los detectives me contó que anoche trajeron sabuesos y registraron toda la zona del carnaval. Rastrearon su olor a partir de su gorra de béisbol de los Mets de Nueva York — dijo. Se detuvo, como si cayera en la cuenta de que estaba hablando de su nieto. Carraspeó y continuó—. Detrás de la casa de la risa había un contenedor de basura en el que los perros se pararon.

El sol le hirió los ojos y le provocó punzadas de dolor en la nuca. —¿Qué encontraron?

—Una servilleta de papel —dijo él—. La están analizando en busca de huellas.

—Podría ser algo que usó mientras estaba con mamá.

—Sí.

O podría tener las huellas del secuestrador.

Se quedó mirando la fuente, de la que apenas goteaba agua en una pila verdosa de algas.

—Luego sacaron a los perros del recinto del carnaval para rastrear su olor —continuó su padre—. Pero salvo en el aparcamiento, los perros no detectaron nada fuera del recinto.

Aubrey reflexionó sobre ello. —Así que es poco probable que Ethan se alejara solo.

Su padre asintió.

Entonces comprendió lo que aquello significaba. La posibilidad de que todo fuera una falsa alarma y de que Ethan apareciera milagrosamente, sano y salvo, se había esfumado.

No quería decirlo en voz alta, pero sabía que negar los hechos podría perjudicar a Ethan en lugar de ayudarlo. —Y como Ethan no desapareció sin más, alguien tuvo que llevárselo, probablemente en coche.

—Eso es lo que piensan ellos —dijo él.

Su madre no debería estar sola.

—Tengo que buscar a mamá —dijo ella. Se levantó y echó a andar hacia la casa.

—Fue negligente, ¿sabes?

La dureza de su voz la detuvo. Aubrey se volvió para mirarlo, con las mejillas encendidas de ira. —No, no lo fue. Lo perdió en la casa de la risa. Le podría haber pasado a cualquier padre o abuelo.

—Eso no la excusa.

—Quizá no del todo, pero lo que pasó no fue culpa suya.

—Hablas igual que sus abogados defensores.

Apretó la mandíbula y pensó en la demanda por negligencia médica y el juicio que habían consumido a su madre durante buena parte de los últimos dos años. Sin duda su padre había leído las actas.

—Y sus abogados tenían razón —dijo ella—. No fue culpa de mamá. El niño se cayó de las barras. No había indicios de hemorragia cerebral cuando lo examinó. Los peritos confirmaron que había sido tan minuciosa como lo habría sido cualquier otro médico.

—Aun así, un niño murió. Si tu madre hubiera tomado más precauciones, tal vez ese niño seguiría vivo.

Las palabras no dichas quedaron flotando entre ellos. *Tal vez Ethan no habría desaparecido.*

—Eso es buscarlo a toro pasado —dijo Aubrey—. ¿Y por qué tienes que ser tan cabrón y sacar esto ahora? ¿Por qué atacas a mamá cuando está hundida?

—Mi nieto ha desaparecido.

—Sí. Y Ethan también es su nieto. Ella también lo quiere. Todos lo queremos. Pero en lugar de apoyarla, la atacas —dijo ella. Le costaba respirar—. ¿Qué te *pasa*? Antes eras cariñoso y atento, pero ya no te reconozco. Hace ocho años que no te reconozco.

—¿Cuándo vas a dejar de defenderla? —preguntó él.

—¿Cuándo vas a dejar de culparla?

Y se alejó furiosa, abriéndose paso entre la hierba espesa, dejando atrás el sol intenso, de vuelta a las sombras, más decidida que nunca a llegar junto a su madre.

CAPÍTULO 5

Merecía que la culparan. Una abuela que había perdido a su propio nieto. Pero ¿de qué servía culparse si eso no traería a Ethan de vuelta sano y salvo?

Diana salió conmocionada de su pequeño despacho, donde el FBI estaba entrevistando a los miembros de la familia. Las preguntas del agente le habían parecido ataques personales que abrían viejas heridas y le recordaban lo frágil que era su felicidad. Preguntas sobre su relación con Kevin y su familia, con su exmarido, y sobre su reciente compromiso con Jonathan Woodward y su posible nominación a la Corte Suprema. Luego más preguntas sobre los Cole y la demanda por negligencia médica.

Había respondido con toda la sinceridad posible, consciente de que alguien de su entorno —o algo que ella hubiera hecho— podría estar detrás del secuestro de Ethan. Pero había percibido la culpa implícita en las preguntas del agente y se preguntó: «¿Hasta dónde escarbaría el FBI buscando un motivo?».

Vagó por las habitaciones de la planta baja, como una extraña en su propia casa. Completamente sola.

¿Habría llegado ya Aubrey?

Deseaba ver a su hija, pero también se sentía culpable por hacerla pasar por aquello.

Echó un vistazo a la sala de estar, al puesto de mando improvisado. No había rastro de los detectives que la habían mantenido informada de los avances. El FBI vigilaba su móvil y su correo electrónico, así como los de Kevin, Kim y los padres de Kim. Se preguntó si alguien habría recibido una demanda de rescate. Esa parecía su mejor esperanza: que hubieran secuestrado a Ethan por dinero. Y los Simmer eran el objetivo más probable por su riqueza y notoriedad.

Por supuesto, eso no la excusaba de haberlo perdido, ni ante ellos ni ante sí misma.

En la cocina, la cafetera seguía encendida, el café reducido a posos. Apagó la máquina. Sobre las encimeras de madera rayada había vasos de plástico y envases de poliestireno con restos de sándwich y ensalada sin tocar. Los recogió y los tiró a la basura bajo el fregadero. No recordaba cuándo había comido por última vez, pero no tenía apetito.

Alzó la vista hacia la foto de su madre cuando era joven, en un estante junto a los candelabros de latón del Shabat que había traído en su viaje a América. Su madre había escapado del Holocausto, pero sus padres y hermanos mayores no.

Diana se llevó los dedos a los labios y luego tocó el rostro de su madre. «Por favor, vela por nuestro querido Ethan y protégelo», rezó.

Se apartó de los ojos grandes y tristes de su madre. Sobre la mesa había un montón de correo que alguien debía de haber traído. Lo recogió y empezó a revisar las cartas, solo por hacer algo. Los sobres ya estaban abiertos. ¿Por qué? Entonces cayó en la cuenta de que el FBI probablemente había revisado el correo en busca de una nota de rescate.

De pronto, una oleada de agotamiento tan intensa la invadió que apenas podía mantenerse en pie. Durante la residencia, a veces había pasado cuarenta y ocho horas o más sin dormir, pero nunca se había sentido así.

No había dormido desde el sábado por la noche, dos noches atrás, cuando los Simmer habían dejado a Ethan. Había pasado gran parte de aquella noche despierta, atenta a cualquier ruido de la antigua habitación de Kevin, donde su nieto dormía en la cama de su padre, rodeado de pósteres de hobbits y la Tierra Media, la obsesión de Kevin durante toda su adolescencia. Pero Ethan no se había despertado.

Solo podía rezar para que la noche anterior también hubiera dormido profundamente, dondequiera que estuviera. Que quien se lo hubiera llevado —porque a esas alturas estaba claro que habían secuestrado a Ethan— fuera amable con su nieto.

Sostuvo el correo con una mano y, aferrándose a la barandilla con la otra, subió las escaleras.

La puerta del dormitorio de Aubrey estaba abierta. A Diana se le aceleró el corazón. Aubrey estaba allí. Su abrigo de invierno descansaba sobre la colcha blanca, y su maleta sin abrir estaba cerca de los pies de la cama.

Pero no estaba en su habitación.

Diana sintió una profunda decepción.

Quizá todo fuera un error. Quizá Ethan estuviera dormido en la cama de su padre.

Corrió unos pasos y abrió la puerta de la habitación de Kevin. La pequeña maleta de Ethan seguía en una silla, un par de zapatillas rojas en el suelo, la sudadera que se había puesto en el desayuno y luego se había quitado antes de salir hacia el carnaval, tirada del revés sobre la cama.

Pero Ethan no estaba.

Se llevó la mano al corazón y se dejó caer en la cama. En la pared de enfrente estaba Kevin con toga y birrete. Era su foto de graduación del instituto, que él nunca habría aceptado tener en su habitación junto a sus pósteres favoritos. Pero se había ido a Dartmouth, así que ella había colgado la foto y de vez en cuando se sentaba allí, sin superar del todo la culpa por haberse perdido su graduación. Se preguntaba si Kevin la había perdonado por anteponer a un paciente en estado crítico.

En aquel momento, había estado segura de que su hijo lo entendería, pero algo en su actitud fría cuando se reunió con la familia después de que él ya hubiera recibido el diploma le dijo que le había fallado, que llevaba mucho tiempo fallándole.

Después, había vuelto a meter la pata al no poder estar en su boda.

Él la miraba ahora con ojos oscuros y solemnes.

Igual que la había mirado el mes pasado, justo después de Navidad, cuando había volado a Nueva York para verlo por primera vez en ocho años y conocer a su nieto.

Había cogido un taxi desde La Guardia hasta el apartamento de su hijo en Manhattan, y le sorprendió encontrarlo esperándola en el

vestíbulo del edificio. No se habían abrazado, solo se habían saludado con formalidad, lo que le desgarró el corazón. Él le dijo que quería hablar con ella antes de subir a ver a Kim y Ethan. Tras dejar el equipaje con el portero, cruzaron hacia Central Park y se sentaron en un banco bajo un árbol desnudo, rodeados de montones de nieve sucia y hojas marrones y mojadas.

—Te he echado tanto de menos —dijo ella—. Gracias. Gracias por dejarme volver a tu vida.

Kevin apartó la mirada, el labio inferior tembloroso. Su pequeño príncipe. Siempre sería su pequeño príncipe, pasara lo que pasara.

—Siento lo que pasó —dijo ella—. Mi enfermedad, tu boda. Por favor, créeme que nunca hice nada para herirte a propósito —y le tendió la mano.

Él siguió con la mirada perdida en el parque, en dirección al Castillo de Belvedere, donde ella se había enamorado de su padre. Pero Kevin no sabía eso, ni todo lo difícil que habían pasado juntos, así que no podía entender lo devastada que quedó cuando Larry la dejó por otra mujer.

Kevin se volvió hacia ella, los ojos oscuros y serios.

Diana no sabía por qué Kevin y Kim habían accedido a perdonarla, y tampoco importaba. Solo le importaba recuperar a su hijo, conocer a la esposa de él y, sobre todo, tener a su nieto en su vida.

Durante los días siguientes, los cuatro fueron a museos y al teatro, y patinaron en el Rockefeller Center bajo el magnífico árbol de Navidad. Ella y Kim, y a veces Kevin, llevaban a Ethan a sus clases de kárate y gimnasia. Ethan la llamaba «abuela», e incluso Kim se reía y parecía cómoda a su lado. Cuando Diana preguntó si Ethan podía pasar unos días con ella en Miami, aceptaron. Kevin pensó que sería genial que su hijo durmiera en su antigua habitación y viera el parque donde había aprendido a jugar a la pelota.

—A Kim le pone nerviosa que Ethan se quede contigo —le dijo Kevin en privado—. Pero la tranquilicé. Eres su abuela, y sé que Ethan estará a salvo contigo.

Y ella lo había decepcionado.

—Lo siento, Kevin —le dijo a la foto.

Salió del dormitorio y cerró la puerta. Apenas capaz de mantenerse en pie, se apoyó en la pared para llegar a su propia habitación y se desplomó en la cama; el correo cayó a su lado. La habitación empezó a dar vueltas, y le recordó el espantoso paseo de las tazas de té, el barril giratorio de la casa de la risa y aquellos tiempos aún peores en que el vértigo se había apoderado de su vida. Se giró de costado y cerró los ojos.

La sobresaltó un suave timbre. Su teléfono móvil. Podría ser la demanda de rescate que habían estado esperando. Pero ¿por qué llamarla a ella y no a los Simmer? Buscó a tientas el teléfono en el bolsillo, con la mano temblorosa.

En la pantalla aparecía el nombre de Jonathan.

Se incorporó apoyándose en las almohadas y contestó, decepcionada de que no fuera la noticia que esperaban sobre Ethan, pero reconfortada al oír la voz dulce de su prometido.

—¿Te pillo en mal momento? —preguntó él—. ¿Estás con el agente del FBI?

—No, estoy en mi habitación.

—Ah, vaya. Estás descansando. Debería haber esperado a que me llamaras, pero he estado muy preocupado por ti, cariño.

—Me alegro de que hayas llamado.

—¿Alguna novedad?

—No. Nada todavía. —Parpadeó para despejarse—. ¿Cómo va el proceso de selección?

—Va, pero apenas puedo pensar en eso ahora mismo.

—Tienes que hacerlo, Jonathan. Sé lo mucho que significa para ti la nominación.

—No significa tanto para mí como tú. Solo tienes que pedírmelo y vuelvo a casa. No soporto estar aquí en Washington mientras tú pasas por esto sola.

—Eres un ángel, pero Aubrey está aquí. Estaré bien. No quiero que pongas tu vida patas arriba por mí.

Podía oírlo respirar, como si estuviera sopesando lo que iba a decir. —Tú *eres* mi mundo, Diana. No tenemos que esperar a casarnos para apoyarnos.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Esta era una de las razones por las que no había querido que volviera. Necesitaba ser fuerte ella sola. Pero también le preocupaba arrastrarlo al foco mediático cuando ya lo estaban investigando. El agente del FBI había mostrado curiosidad por Jonathan e incluso había sugerido que podría haber alguna conexión entre su posible nominación y la desaparición de Ethan.

Si la prensa se hacía eco de eso, no le haría bien a nadie.

—Te quiero, Jonathan. Muchísimo. Pero si vienes a Miami, me temo que eso convertirá la desaparición de Ethan en un acontecimiento mediático nacional. Todo el mundo se preguntará si quiere un juez del Tribunal Supremo con tanto drama personal en su vida. Primero, su prometida es acusada de ser responsable de la muerte de un niño por negligencia, y luego pierde a su propio nieto.

—Sabes que nunca antepondría mi carrera a mi familia.

—A eso me refiero. Nunca te pondrás a ti mismo por delante, y por eso necesito protegerte ahora. Mereces estar en el Tribunal Supremo. El país necesita gente como tú. No voy a permitir que lo pongas en peligro.

Él suspiró.

—Por ahora aguanto, pero si eso cambia, te llamaré. Te lo prometo.

—No me gusta, pero haré lo que me pides —dijo él.

—Gracias —dijo ella—. Gracias, cariño.

Colgó, pero se quedó con el teléfono apretado contra el pecho. Jonathan se había convertido en su roca. Se habían conocido dos años antes, en un evento de antiguos alumnos de la Universidad de Columbia; los había presentado el abogado que llevaba su demanda por negligencia médica. El eminente juez Jonathan Woodward acababa de volver a Miami, su ciudad natal, tras su nombramiento como juez de circuito del Undécimo Distrito. Empezaron a salir poco después, y la cosa se puso seria hacía unos meses, cuando terminó el juicio por negligencia.

Jonathan la había apoyado durante todo el proceso, especialmente cuando sus socios le insinuaron que debería plantearse la jubilación. Varios pacientes habían perdido la confianza

en la consulta y se habían pasado a otros pediatras. Jonathan la ayudó a superar la rabia inicial y a darse cuenta de que los pacientes no eran los únicos que habían perdido la confianza. Ella misma había empezado a cuestionar muchos de sus diagnósticos, hasta el punto de que apenas podía funcionar. Dejar la consulta hacía tres meses probablemente había sido lo mejor para ella también.

El peso del teléfono le presionaba el corazón. Se había enamorado de él sin esperarlo. Pilló la gripe y apenas podía levantarse de la cama. Él se quedó con ella a pesar de sus protestas: le sujetaba el pelo cuando vomitaba en el váter, se acurrucaba contra ella cuando temblaba de escalofríos, le daba cucharadas de sopa que había preparado de sobre.

Llámalo. Dile que lo necesitas. No dejes que el orgullo te impida buscar consuelo.

Cogió el teléfono, con el dedo listo para llamarlo.

—Mamá —dijo una voz desde la puerta—. Ay, mamá.

Diana dejó caer el teléfono, saltó de la cama y corrió hacia su hija. Abrazó a Aubrey con todas sus fuerzas. Olía el aroma especiado de su hija, que apenas disimulaba veinticuatro horas de aeropuertos y viajes.

A lo largo de todos los altibajos de Diana, sus batallas con el vértigo y los demonios que la atormentaban, Aubrey, a diferencia de su padre y su hermano, nunca la había abandonado.

A regañadientes, Diana la soltó y dio un paso atrás para examinarla. —Oh, mi pobre cariño. Estás agotada. —Le apartó un mechón de pelo del rostro pálido. Tenía ojeras oscuras bajo los grandes ojos marrones, como carboncillo difuminado—. No deberías haber venido. No con todo lo que tienes encima. Las clases empiezan esta semana. Jackson.

—Por supuesto que tenía que venir —dijo Aubrey—. Sabes que siempre estaré aquí para ti. —Hizo una pausa—. Y para Kevin. ¿Lo has visto? ¿Cómo lo lleva?

—Sí. Estuvieron todos en casa hace un rato. —No podía contarle a Aubrey lo destrozado que estaba esta mañana: un zombi roto. Y Diana lo había roto—. Sus suegros se han hecho cargo de todo. Le están quitando parte de la carga a Kevin.

—Ese es nuestro trabajo, mamá.

—Kevin no quiere que estemos, Aubrey.

—Claro que sí. Nos necesita a las dos. —Su hija le apretó la mano—. Pero dime, ¿cómo estás tú?

—He picado algo aquí y allá.

Su hija la miró con escepticismo y la guio hasta el borde de la cama para que se sentara.

—Están hablando con toda la familia. Kevin, Kim, los Simmer.

—He oído que los Simmer van a traer a sus propios investigadores —dijo Aubrey—. Cuanta más gente busque a Ethan, mejor.

Diana cogió el correo esparcido sobre la colcha y golpeteó los sobres para alinearlos.

—Mamá, basta. Es imposible vigilar a un niño el cien por cien del tiempo. No fuiste negligente.

—Estoy oyendo esas palabras demasiado a menudo.

—Entonces digamos que machacarte no sirve de nada. No te ayuda a ti ni ayuda a Ethan.

Dejó el correo de nuevo sobre la cama.

—Bien. —Aubrey pasó el dedo por un cuadrado de satén carmesí en la vieja colcha de retazos. Algunas puntadas que lo sujetaban se habían soltado—. Tienes esto desde que tengo memoria. Desde que papá vivía con nosotras.

—Es una colcha en perfecto estado. No iba a tirarla solo porque... —Diana se detuvo. Ella no lo había echado a *él*. Él la echó a *ella*.

—Está abajo, ¿sabes? —dijo Aubrey—. Sentado en el jardín de atrás.

—¿Quién? ¿Tu padre? ¿Cómo ha llegado tan rápido?

—Supongo que cogió el vuelo de noche.

Larry. Hubo un tiempo en que habían hecho frente juntos a cosas terribles, pero ya no eran el equipo invencible que habían sido.

—Estoy segura de que él lo entiende, pero Ethan también es su nieto. Hizo bien en venir.

—Sí. Por supuesto. Ojalá... —Diana negó con la cabeza. Le costaba retener sus pensamientos.

Alguien llamó suavemente al marco de la puerta.

—Deberíamos ir a apoyarlos, mamá —dijo Aubrey—. Quiero ver a Kevin.

—En realidad —dijo la detective—, los Simmer han pedido que no vaya. No quieren que su madre distraiga a la prensa.

—¿Qué? —dijo Aubrey—. Eso es indignante.

—Tiene razón, Aubrey —dijo Diana, avergonzada ante la detective y su hija—. La atención debe centrarse en encontrar a Ethan, no en quien lo perdió.

—No estoy tan segura —dijo Aubrey—. Creo que toda la familia debería estar unida para mostrar solidaridad.

—Me temo que esto lo manejan los Simmer —dijo González—. Ellos organizaron la rueda de prensa y pueden llevarla como quieran.

Una sensación de impotencia invadió a Diana. Los Simmer estaban controlando a su familia, y no había nada que pudiera hacer.

—Y nos vendría bien su ayuda aquí —le dijo González a Aubrey —. El agente especial Smolleck quiere hablar con usted.

—¿Conmigo?

—El FBI está hablando con todos los miembros de la familia.

Aubrey abrazó a Diana.

Diana se recostó contra los cojines. El teléfono estaba en la cama junto al montón de correo que había subido. Había estado a punto de llamar a Jonathan, pero quizá esperaría. Aubrey estaba aquí ahora, ocupándose de todo. ¿Y quería meterlo en este lío con Larry aquí y los Simmer imponiéndose? Quizá sería mejor dejar que las cosas se calmaran un poco.

Se incorporó apoyándose en un codo y extendió el correo sobre la colcha, con la esperanza de que una tarea mecánica calmara el miedo creciente que sentía por Ethan. Los sobres abiertos contenían facturas: tarjetas de crédito, FPL, DishNET. También había algunos anuncios, una revista médica y un sobre cuadrado cerrado que parecía una tarjeta de felicitación o una invitación. Sin remitente, y el sello no tenía matasellos. Qué raro. Estaba dirigido a mano a «Di Lynd». Pero Diana había dejado de usar ese apodo cuando se casó con Larry, en segundo de carrera.

En ese momento, Di Hartfeld dejó de existir.

¿Por qué el FBI no había abierto este sobre?

Deslizó un dedo bajo la solapa y sacó una tarjeta de felicitación infantil. Había una ilustración de un niño pequeño sonriente en un triciclo rojo, y sobre ella las palabras impresas: HOY ES TU DÍA ESPECIAL.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Nadie que ella conociera le enviaría una tarjeta como esa. Empezaron a temblarle las manos incontrolablemente mientras intentaba abrirla. Un papelito cayó sobre la cama. Dentro de la tarjeta aparecía el mismo niño sonriente, saludando desde el triciclo, y las palabras: ¡PORQUE ERES ESPECIAL!

Recogió el papel que había caído, intentando que no le temblara. Las palabras se difuminaron y luego se enfocaron con una claridad aterradora.

TENEMOS A ETHAN. ESTÁ A SALVO.

LO DEVOLVEREMOS ILESO SI HACES UNA COSA.

MATA A JONATHAN WOODWARD.

CAPÍTULO 6

La puerta del despacho de su madre estaba abierta. Aubrey se asomó a la pequeña habitación atestada de cosas, con su amplio ventanal bajo que daba a la jungla del patio trasero.

El agente especial Smolleck estaba de espaldas a ella, con algo en los brazos extendidos. Ocupaba demasiado espacio, sentado con rigidez en la desvencijada silla giratoria de madera de mamá, ante el escritorio de roble rayado orientado hacia la ventana. Salvo por aquel hombre, el despacho seguía igual que siempre, con pilas de facturas pagadas y sin pagar sobre el escritorio, y montones de revistas médicas encima de los archivadores de madera.

Junto al escritorio había estantes con docenas de fotos antiguas de Aubrey y Kevin, algunas de Aubrey y mamá, y varias de Ethan que ella le había enviado a su madre a lo largo de los años. En el estante superior se abría un hueco evidente entre una foto de Aubrey y Kevin de niños y una reciente de Kevin y Kim.

Entró en la habitación.

Smolleck sostenía un portarretratos. Aubrey distinguió la cara sonriente de Ethan, y su primer impulso fue arrancárselo de las manazas. Pero se recordó que el agente solo estaba haciendo su trabajo.

Era la foto del «Diente», que ella había tomado dos semanas antes en Manhattan. Aubrey había llevado a Ethan a una sesión de tarde para ver *El Rey León*. Después fueron al Ellen's Stardust Diner, donde a Ethan se le había caído un diente delantero y lo exhibía orgulloso en la foto. Era el primer diente de leche que perdía.

—La detective Gonzalez dijo que quería verme.

Smolleck miró por encima del hombro, sobresaltado, pero enseguida recuperó la compostura. Su rostro adoptó una expresión impenetrable que le impedía descifrar lo que pensaba, y dejó el portarretratos sobre el escritorio.

Ella la cerró y se sentó en una silla de travesaños al lado del escritorio, en diagonal a Smolleck. La silla era de la cocina y probablemente la habían traído para las entrevistas. Sobre el escritorio había un iPad, un bloc de notas amarillo lleno de anotaciones y un aparato del tamaño de un móvil que seguramente era una grabadora.

—Puede llamarme Aubrey —dijo ella, con la esperanza de rebajar un poco la formalidad del ambiente.

—Aubrey, entonces.

Aunque lo había visto en el vestíbulo al llegar, ahora tenía ocasión de estudiarlo, de decidir si era tan engreído como le había parecido en un principio. Debía de rondar los treinta y pocos, pero aparentaba más por sus modales rígidos, que ella atribuyó a algún paso por el ejército. Su actitud reservada era muy distinta de la fachada encantadora y desenfadada de Jackson. Y a diferencia de Jackson, que cultivaba el look «grunge», el agente del FBI iba impecable, desde la corbata perfectamente anudada hasta las uñas pulidas.

—Muy bien —dijo Smolleck.

—Lo que sea, si sirve para encontrar a Ethan cuanto antes.

—Estupendo.

—Está bien —dijo ella.

Él pulsó un botón.

Se sintió extrañamente inquieta. ¿Creía el FBI que la familia tenía algo que ver con la desaparición de Ethan? Claro que sí. Siempre se sospechaba primero de la familia. Papá había dicho que les habían pasado el polígrafo a todos. Seguramente a ella también se lo pasarían. Bueno, no tenía nada que ocultar.

—Háblame de su relación con su sobrino —dijo Smolleck.

—Vivo en Rhode Island y Ethan vive con sus padres en Manhattan, así que no lo veo tanto como me gustaría.

—¿Con qué frecuencia lo ve?

—Varias veces al año.

—¿Así que nunca ha estado distanciada de su hermano?

Era una palabra curiosa: *distanciada*. Ella y Kevin parecían dos extraños últimamente, pero eso era más de lo que estaba dispuesta

a compartir con Smolleck. Había trabajado duro para mantener abierta la comunicación entre ellos, pero había que reconocerle a Kevin el mérito de haberla dejado entrar. Quizá, en el fondo, nunca había dejado de verla como su hermana pequeña y aliada de la infancia. O tal vez esperaba que algún día ella fuera el salvavidas que los reconciliara a él y a mamá.

—No —dijo ella—. Nunca hemos estado distanciados.

—A diferencia de su madre —dijo Smolleck.

—Así es —respondió en voz baja.

Smolleck hizo girar el bolígrafo entre los dedos como si fuera una batuta.

Seguramente ya había oído las versiones de mamá, Kevin y Kim sobre lo sucedido, así que ¿a qué venía preguntar otra vez? ¿Acaso Smolleck andaba buscando contradicciones?

—Mis padres decidieron divorciarse hace ocho años, justo en la época de la boda de Kevin. Mi madre cayó enferma y no pudo asistir.

—¿Estaba grave?

—Lo bastante como para que la hospitalizaran.

—No acabo de entenderlo —dijo Smolleck—. ¿Por qué iba a enfadarse su hermano porque ella estuviera enferma?

—Creyó que lo había fingido.

—¿Y por qué iba a pensar eso?

Sus ojos recorrieron las fotos de los estantes. Ninguna de Kevin y mamá.

—Nuestro padre le dijo a Kevin que estaba fingiendo. Que no estaba enferma de verdad, sino que buscaba compasión o llamar la atención al no ir a la boda.

—¿Y su hermano decidió creerle a su padre? —preguntó Smolleck—. Me sorprende que no fuera más comprensivo con su madre.

Aubrey se sintió incómoda, como si estuviera traicionando a su madre. —No fue solo por la boda —dijo—. Mi hermano tenía problemas con mi madre desde hacía tiempo.

—¿Qué tipo de problemas?

No le gustaba el rumbo que estaban tomando las preguntas. Era como si sospechara que mamá estaba detrás del secuestro de

Ethan. Tenía que hacerle entender que eso era imposible.

—Cosas típicas entre padres e hijos —dijo Aubrey, con la esperanza de quitarle importancia—. Kevin era un niño sensible. A veces sentía que nuestra madre no le prestaba suficiente atención.

—¿Usted se sentía así?

—En absoluto. Nuestra madre nos quiere. Siempre antepuso nuestras necesidades a las suyas. —Al menos esa era la percepción de Aubrey. Pero sabía por sus estudios que los hijos de una misma familia rara vez veían a sus padres de la misma manera.

—De acuerdo —dijo Smolleck—. Volvamos a la boda. Su madre tuvo que ingresar en el hospital y no asistió. Háble me de su enfermedad.

—Sufría vértigo severo por una lesión antigua. Se le agudiza cuando tiene mucho estrés.

Miró algo en el bloc amarillo. —Una lesión que sufrió cuando estaba en la universidad, ¿verdad? En Barnard. Y su padre estaba en la Universidad de Columbia. Allí se conocieron, ¿no?

—Sí.

—¿Sabe cómo se lesionó?

—La verdad es que no. Tuvo un accidente. Es todo lo que sé. —La estaba poniendo a la defensiva—. ¿Esto tiene algo que ver con Ethan?

—Ah, lo siento. —Se rascó la hendidura de la ceja con el bolígrafo—. Está estudiando psiquiatría, ¿verdad? Seguro que está analizándome a mí y a mis preguntas.

—Estoy haciendo el doctorado en psicología —dijo ella—. No estoy en la facultad de medicina.

Le pareció que le guiñaba un ojo, pero debió de imaginárselo. —Me alegra que lo hayamos aclarado —dijo él—. Entonces, ¿está con alguien?

—Estaba. —Se miró la mano desnuda. Jackson nunca había llegado a comprarle un anillo, aunque llevaba años insinuándolo. Ahora sabía que nunca había tenido intención de formalizar la relación—. Lo dejé hace un par de días.

—Hace un par de días —repitió, y apretó los labios—. ¿Su novio había conocido a Ethan? ¿Sabía que tenía una relación estrecha con

su sobrino?

—Bueno, sí, pero... —Smolleck no podía estar pensando que Jackson estuviera involucrado.

—¿Es posible que su novio estuviera tan enfadado por la ruptura como para intentar vengarse de usted?

—¿Secuestrando a Ethan? —Negó con la cabeza—. No. Desde luego que no. No es propio de él.

—Supongo que sus estudios de psicología la hacen bastante buena para saber lo que la gente hará o dejará de hacer.

—Así es. —Se irguió en el asiento—. En particular, conozco a Jackson. —Se detuvo. Había creído conocerlo, pero se había negado a ver cómo era en realidad—. Creo... creo que es muy poco probable que esté involucrado.

—¿Puede darme los datos de contacto de Jackson para descartarlo?

Le dio a Smolleck el teléfono y la dirección de correo electrónico, con una extraña sensación de violación de su intimidad. Había oído que Jackson se había ido a vivir con una estudiante de posgrado del departamento de inglés, pero no conocía los detalles.

El agente anotó lo que le había dicho en el bloc amarillo y volvió a mirarla. —Háble me de su hermano y su esposa —dijo, cambiando de tema tan bruscamente que Aubrey se sobresaltó—. ¿Tienen un buen matrimonio?

—Supongo.

—Kevin trabaja en finanzas en BBM —dijo Smolleck—. Baer Business Machines es un buen negocio familiar con el que emparentar.

—Supongo que sí. ¿Hay alguna razón por la que lo menciona?

—¿Kevin se lleva bien con sus suegros? —preguntó sin responder a su pregunta.

Este agente del FBI iba dando palos de ciego. Primero insinuó que mamá había participado en el secuestro, luego Jackson, y ahora parecía sospechar de los Simmer, o quizá de BBM. Pero, claro, cualquiera podía ser sospechoso. ¿Lo era ella?

—No sabría decirle cómo es su relación con los Simmer —respondió. O, más exactamente, no le correspondía a ella decirlo.

Hacía un par de años, en uno de esos raros momentos de complicidad entre hermanos, Kevin le había confesado que odiaba trabajar en BBM. Ernest Simmer lo trataba como a un recadero, pero Kevin se sentía atrapado porque su suegro le pagaba muy bien. Kevin le había dicho a Kim que quería dejarlo, pero ella no estaba dispuesta a renunciar a su cómodo nivel de vida. Claro que habían pasado dos años desde aquella conversación. Quizá las cosas habían cambiado.

Smolleck se inclinó hacia delante en la silla de su madre. Crujió. —Entonces, ¿qué pasó con su madre?

Otra vez con mamá. ¿A qué venía este jueguecito? —¿A qué se refiere? —preguntó.

—Durante ocho años Kevin y Kim la excluyeron de sus vidas; luego, cuando Ethan cumple seis años, vuelven a acogerla. —Su voz se había suavizado, ya no sonaba agresivo—. ¿Por qué la perdonaron después de tanto tiempo?

Era una buena pregunta. Una sobre la que ella misma había reflexionado, pero que ella supiera, no había habido ningún acontecimiento ni cambio concreto.

Smolleck seguía mirándola fijamente.

—No lo sé con seguridad —dijo—. Quizá Kevin y Kim decidieron que ya era hora de que Ethan conociera a su otra abuela.

Cogió la foto de Ethan enseñando su diente de leche.

Aubrey se encogió.

—Sí, lo entiendo. Pero las fechas me parecen extrañas.

—Si está intentando montar un caso contra mi madre, es absurdo. ¿Por qué iba a secuestrar a Ethan ahora, cuando por fin se ha reconciliado con mi hermano y puede ver a su nieto cuando quiera?

—Una paradoja interesante.

—No es ninguna paradoja, porque mi madre no lo secuestró.

—Somos varios los que estamos aquí del equipo CARD, señorita Lynd. Perdón, quiero decir Aubrey.

Se le encendió la cara. No estaba acostumbrada a que le hablasen así.

—Hablemos de la demanda por negligencia médica —dijo Smolleck, sin esperar respuesta—. ¿Sabe de alguna amenaza contra su madre por parte de la familia de Ryan Cole?

—No, pero ¿se lo ha preguntado a ella?

—La demanda afectó bastante a su madre, ¿verdad? Tengo entendido que dejó la consulta poco después de que terminara el juicio.

Aubrey se apartó el cuello de lana del jersey. Hacía demasiado calor allí dentro. Tendría que haberse cambiado de ropa al llegar.

Smolleck la miraba fijamente con aquellos malditos ojos iridiscentes.

—Mi madre y su prometido decidieron que era buen momento para que se jubilara.

—Así es —dijo Smolleck—. Su prometido. Jonathan Woodward. Lo están considerando para el Tribunal Supremo. Es difícil que haya dos carreras brillantes en una familia. ¿Por eso lo dejó?

¿Intentaba provocarla otra vez? No respondió.

—Lo conoce, supongo —dijo Smolleck.

—¿A Jonathan? Por supuesto.

—¿Y le cae bien?

—Mucho.

—¿Su madre le mencionó alguna vez que él tuviera enemigos? ¿Alguien que pudiera tomarse mal su nombramiento para el Tribunal Supremo?

Aubrey miró por la ventana hacia la espesa maraña de árboles y luego volvió a mirarlo. Había dado por hecho que el secuestro de Ethan era un rapto al azar, o que alguien quería hacerse con el dinero de Prudence Simmer. No se le había ocurrido que pudiera tener motivaciones políticas.

—¿Usted lo cree posible?

—Supongo que sí, pero no tengo mucho que ofrecerle. Mi madre nunca me comentó nada al respecto. ¿No sería mejor preguntarles directamente a ella o a Jonathan?

—Buena idea —dijo—. Sigamos. El juez Woodward estudió Derecho en Columbia justo cuando su madre y su padre hacían la carrera allí.

—No. Se conocieron en Miami hace un par de años.

—¿Su padre conocía al juez en Columbia?

—Ni idea —dijo Aubrey—. ¿Se lo ha preguntado a él? ¿Y qué tiene que ver esto con Ethan?

—¿Cómo es su relación con su padre?

Sus preguntas la zarandeaban. Estaba claro que intentaba pillarla desprevenida. Pero ¿sobre qué?

—Mi padre y yo no tenemos mucha relación.

—¿Desde el divorcio?

—Así es.

—¿Con qué frecuencia se ven?

—Poco.

Smolleck volvió a mirar el bloc amarillo.

—Lo dudo —respondió ella—. Mi padre saca del corredor de la muerte a hombres inocentes condenados injustamente por asesinato. Es un héroe. Todo el mundo lo quiere y lo admira.

—Excepto usted.

Hubo un tiempo en que él también había sido su héroe.

—Supongo que no le gusta su novia.

—No, no me gusta. ¿Puedo preguntarle adónde quiere llegar con todo esto?

Se recostó en la silla.

—No le sigo. ¿Saber qué de Ethan?

—Que su madre había vuelto a congraciarse con su hermano y que Ethan iba a pasar unos días con ella.

—Supongo —dijo Aubrey—. Seguramente Kevin se lo contó. Pero ¿por qué es eso un problema? ¿Qué más da que mi padre supiera que Ethan estaba aquí? No es que haya secuestrado a su propio nieto.

Smolleck se inclinó hacia delante y sujetó el bolígrafo por los extremos con los dedos índices.

La pregunta directa la pilló desprevenida. Cogió la foto del escritorio.

Le faltaba un diente y lucía una sonrisa de oreja a oreja.

Un diente más cerca de ser adulto, pero todavía un niño. Y ella allí, incapaz de protegerlo. —Ojalá pudiera decírtelo.

Se levantó de la silla y devolvió la foto al estante, junto a las demás. De nuevo rodeado de familia y seres queridos.

Al menos eso podía hacer por su sobrino.

CAPÍTULO 7

Diana llegó al baño justo a tiempo para vomitar en el inodoro. Solo expulsó bilis amarga. Las arcadas se sucedieron una tras otra hasta que por fin las náuseas cedieron, aunque no así el dolor agudo en el estómago. Apoyó la cabeza en las baldosas frías del suelo.

Durante los últimos seis años, lo que más había deseado era formar parte de la vida de su nieto. Ahora que por fin había podido abrazarlo, besarlo y oler su dulce cabello, alguien amenazaba con hacerle daño.

A menos que asesinara a su prometido.

Se incorporó y volvió a mirar la nota que tenía en la mano.

TENEMOS A ETHAN. ESTÁ A SALVO.

Concéntrate en eso. Su nieto estaba vivo. Estaba a salvo.

Examinó el pequeño papel, probablemente arrancado de un bloc. Le dio la vuelta.

tienes hasta la medianoche del martes. si no tenemos prueba física de la muerte de jonathan woodward, ethan morirá.

si hablas con la policía o el fbi, ethan morirá.

Ethan morirá.

Una nueva oleada de náuseas la sacudió. Matar a Jonathan, o Ethan moriría.

Y no tenía a nadie a quien recurrir.

Se levantó del suelo y se vio en el espejo, pálida y demacrada. Le temblaban las manos mientras abría el grifo y llenaba un vaso

con agua fría. El agua se le derramó por la barbilla y el pecho al beber.

La nota había caído al suelo. La recogió y volvió a meterla en la tarjeta de felicitación. La imagen de un niño pequeño en un triciclo rojo le saltó a la vista; esta vez captó su significado.

Se agarró al borde del lavabo mientras la habitación y el recuerdo giraban a su alrededor.

El niño pequeño pasó pedaleando junto a ella en un triciclo rojo. Llevaba un jersey de rayas azules y blancas. Daba vueltas y vueltas con el triciclo por la acera agrietada frente al viejo edificio de ladrillo, y se detenía para sonreírle y saludarla con la mano. Ella pasó deprisa junto a él hacia la puerta de roble desgastada y golpeó con fuerza la aldaba de latón. Necesitaba hablar con ellos.

—Déjenme entrar —aporreó la puerta.

Un niño pequeño en un triciclo rojo. No podía ser una coincidencia.

La nota. La tarjeta.

Si alguien las veía...

Si alguien ataba cabos...

Corrió al dormitorio mientras las paredes se cerraban a su alrededor. *«Escóndelo. Escóndelo rápido».* ¿Pero dónde? ¿En un cajón, en el armario, en un libro?

El corazón le latía con fuerza. Aubrey o el detective podían entrar en cualquier momento.

Cogió el bolso de debajo de la mesita de noche y metió la tarjeta dentro.

El móvil estaba en la cama, encima del montón de correo. Se quedó mirándolo.

¿Qué otra opción tenía?

Cogió el teléfono, se tumbó y se acurrucó en posición fetal. Luego pulsó el botón de marcación rápida que la conectaba con el primer hombre al que había amado en mucho, mucho tiempo.

Respondió al primer tono. —¿Estás bien, cariño?

Cerró los ojos, pero el mareo no cesaba.

—Por favor, ven, Jonathan —dijo, rezando por estar haciendo lo correcto—. Te necesito.

CAPÍTULO 8

Aubrey odiaba que él la hubiera descolocado. Que la hubiera puesto tan a la defensiva. Había huido del despacho de su madre después de que Smolleck terminara de interrogarla, le diera su tarjeta de visita y le asegurara que el FBI y la policía estaban haciendo todo lo posible para traer a Ethan de vuelta sano y salvo.

Le sorprendía que no le hubiera pedido que pasara por el polígrafo, pero quizá se lo estaba guardando para la próxima conversación.

No sabía qué pensar del agente especial Tom Smolleck. Su línea de interrogatorio y su actitud agresiva no tenían ningún sentido. Los años universitarios de sus padres y la enfermedad de mamá no podían tener nada que ver con la desaparición de Ethan. Y la insistencia de Smolleck en la dinámica y las relaciones familiares la inquietaba. Incluso los Simmers —por muy desagradables que le parecieran— querían a su nieto.

No se imaginaba a ellos ni a nadie de la familia montando un secuestro.

Miró la hora. Poco después de las cuatro y media. Kevin y Kim iban a hacer una declaración a la prensa a las cinco en su hotel. Le enfurecía que los Simmers no quisieran que su madre estuviera allí. A través de la ventana abatible del comedor, veía un par de sedanes negros, un coche de policía y el viejo BMW rojo de su madre en la entrada. Todas las furgonetas de los medios se habían ido y habían dejado profundos surcos negros en el césped. Se preguntaba dónde estaría su padre, si lo habrían invitado a la rueda de prensa o si habría vuelto con su novia, dondequiera que se alojaran.

¿Y cómo estaría llevando Kevin todo esto?

¿Sabría lo de la orden de los Simmers, o estaría esperando que mamá estuviera en la rueda de prensa?

Miró el teléfono en busca de mensajes. Ninguna respuesta de Kevin a su mensaje anterior. Lo llamó con marcación rápida. Saltó el buzón de voz. —Llámame, por favor —dijo, y luego envió otro mensaje. Mamá y yo queremos estar en la rueda de prensa. Los Simmers dicen que no. ¿Qué quieres tú?

Probablemente Kevin no recibiría sus mensajes si el hombre que había contestado antes a su teléfono aún lo tenía, pero tenía que seguir intentándolo.

Fue a la cocina a buscarle algo de comer a su madre y la vista familiar la tranquilizó por un momento: la mesa redonda y blanca, las cortinas de chintz color atardecer y los armarios de madera con frentes de cristal, pintados de blanco mucho antes de que la familia de Aubrey se mudara allí. En un pequeño estante había una foto de la abuela de Aubrey de joven. Nana había vivido cerca y siempre estaba allí cuando Aubrey volvía del colegio.

Con mamá y papá absortos en sus carreras, era Nana quien daba la mayoría de los abrazos, las palabras de aliento y las galletas Mallomars, siempre con un vaso de leche.

Aubrey echaba de menos a su abuela a menudo, pero ahora especialmente le habría venido bien un abrazo y una galleta Mallomars.

Abrió el frigorífico, sorprendida de encontrarlo a rebosar. Leche entera, zumo de naranja, tápers de ensalada de frutas, palitos de queso, salchichas y bolsitas de zanahorias baby. Su madre casi nunca tenía mucha comida en casa.

Todo esto estaba allí para Ethan.

Cogió la bolsa de zanahorias. La última vez que había estado con Ethan, él había cogido dos zanahorias pequeñas y se había metido una en cada agujero de la nariz, fingiendo ser un dragón.

—¿Los dragones comen zanahorias? —le había preguntado ella.

Él se las había sacado de la nariz y luego había dicho con una sonrisa de oreja a oreja: —Solo zanahorias con mocos.

Era una de sus palabras favoritas. *Mocos.*

Puso ensalada de frutas en un plato junto con unos cuantos palitos de queso y una bolsa de zanahorias, y subió.

Al abrir la puerta de la habitación de su madre, le llegó un vago olor a vómito.

Mamá estaba en posición fetal encima de la colcha de retazos, con los ojos cerrados. Estaba rodeada de correo y revistas, con el teléfono cerca de la mano abierta. Tenía el pelo oscuro hasta los hombros despeinado, y la blusa blanca abotonada muy arrugada y húmeda, como si se le hubiera caído agua encima. La blusa parecía la misma que llevaba el día anterior en la foto del carnaval. Era el uniforme típico de mamá —camisa blanca y vaqueros—, pero Aubrey se preguntó si su madre se habría molestado en cambiarse desde ayer.

La escena le recordó aquellas veces de cuando era niña, y luego otra vez cuando papá se fue hacía ocho años: su madre acurrucada en la cama, con los ojos apretados contra algún dolor terrible.

Aubrey oscurecía la habitación y le ponía paños fríos en la frente, susurrando una y otra vez: *Mamá, por favor, ponte bien*.

—¿Mamá? —dijo en voz baja—. ¿Estás enferma?

Su madre parpadeó. Parecía estar intentando fijar la vista en un punto, como si la habitación le diera vueltas.

—¿Es el vértigo?

—Estaba un poco mareada, pero ya se me ha pasado.

—Te he traído algo de comer.

—No, gracias.

—Tienes que comer.

Su madre suspiró y se incorporó apoyándose en el cabecero de latón. Cogió el plato y el tenedor y comió unos bocados.

Aubrey se sentó en la cama. —Acabo de hablar con el agente especial Smolleck.

Su madre jugueteó con un palito de queso.

—Hizo muchas preguntas sobre nuestra familia. Sobre papá y Jonathan.

—¿Jonathan? —Mamá levantó la cabeza de golpe—. ¿Por qué preguntaba por Jonathan?

Le sorprendió la actitud defensiva de su madre. —Tiene sentido que el FBI tenga en cuenta la conexión con el Tribunal Supremo —dijo Aubrey—. ¿Jonathan te ha hablado de algún enemigo?

Su madre negó con la cabeza y dejó el plato en la mesita de noche.

—Smolleck también preguntó por la familia del niño que murió. ¿Crees que es posible que los Cole hayan secuestrado a Ethan para vengarse de ti?

—No lo sé, Aubrey. —Se volvió a tumbar.

Algo iba mal, sin duda. Media hora antes, su madre había estado lúcida y alerta, muy ella misma, a pesar del trauma de la desaparición de Ethan, pero ahora mostraba signos de una depresión profunda.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Aubrey—. ¿Ha entrado papá mientras yo estaba abajo y te ha dicho algo que te haya molestado?

—Por favor, déjame en paz. —Su voz sonaba apagada—. Quiero dormir.

Aubrey miró el correo esparcido sobre la cama. Facturas, folletos y revistas, pero faltaba algo. Recordó a su madre alineando los sobres antes. Uno blanco y cuadrado había sobresalido por encima de los demás. Se había fijado en que llevaba sello, lo que sugería una carta o tarjeta personal, pero no le había dado más importancia.

Hasta ahora.

Examinó el correo sobre el edredón de retazos, pero el sobre cuadrado no estaba en la cama con los demás. ¿Habría llegado una nota de rescate? Eso los acercaría un paso más a recuperar a Ethan.

—¿Mamá? —dijo—. ¿Había algo en el correo?

Su madre abrió los ojos y buscó la mirada de Aubrey, como si quisiera comunicarle algo desesperadamente. Luego negó con la cabeza.

Fuera lo que fuese lo que había ocurrido mientras Aubrey estaba abajo con el agente del FBI, estaba claro que su madre no quería hablar de ello, al menos no allí, en la casa.

Aubrey aspiró el olor a vómito. Necesitaba sacar a su madre de allí, llevarla a un lugar menos tóxico. A algún sitio donde se sintiera segura y le contara qué la aterrorizaba.

Por el bien de Ethan, tenía que hacerlo cuanto antes.

CAPÍTULO 9

Caminaron en silencio hacia el parque, por la ruta que Aubrey solía recorrer en bicicleta, zigzagueando por calles estrechas de frondosa vegetación, dejando atrás casas antiguas de madera y estuco, y bajando luego la suave pendiente desde lo alto del acantilado hasta South Bayshore Drive.

Eran casi las cinco y las sombras se alargaban.

Su madre apretaba el bolso bandolera contra el pecho como si fuera un escudo, con el rostro crispado en una mueca de preocupación. Por mucho que Aubrey quisiera saber si había recibido una nota de rescate, tenía que tratarla con delicadeza. Presionarla podría hacer que se cerrara en banda, y eso sería lo peor para Ethan.

Llegaron a la esquina de South Bayshore y esperaron a que cambiara el semáforo mientras los coches pasaban sin cesar. Su madre miraba fijamente al frente, moviendo los labios, como si estuviera resolviendo un problema complejo. El semáforo se puso en verde y cruzaron hacia el parque junto a la bahía, pasando junto a jóvenes que hacían ejercicio en el circuito y corrían por el sendero. El cielo era de un azul intenso, el aire dulce y fresco. Parecía no encajar con la ansiedad que Aubrey sentía por dentro.

Ella y su madre se sentaron en un banco a la sombra, cerca de donde el agua lamía un muro bajo de rocas de coral, desde donde se veían los barcos atracados en Dinner Key. A sus espaldas, un perro ladraba lastimero en la zona vallada para perros.

¿Dónde estaría Ethan en ese momento? ¿Llorando, pidiendo que su mamá o su papá, o incluso la tía Aubrey, fueran a rescatarlo?

Tenían que encontrarlo.

—Háblame, mamá —dijo Aubrey—. Por favor, dime qué te pasa.

Su madre apretó el bolso con más fuerza contra el pecho, pero no respondió.

—No puedes hacer esto sola.

—Déjalo, Aubrey.

—¿De qué tienes tanto miedo?

—¿No lo entiendes? Tengo que proteger a Ethan.

—¿Protegerlo de qué?

Su madre se quedó mirando el agua que batía contra las rocas.

Aubrey contuvo el aliento.

—Nada. No estoy pensando con claridad.

—Mamá, ¿has recibido una nota de rescate?

Varios perros empezaron a ladrar en la zona de perros.

—Vi un sobre cuadrado con el resto del correo —dijo Aubrey—. ¿Había una nota de rescate dentro?

Su madre asintió apenas.

—Dios mío —dijo Aubrey—. Tenemos que contárselo al FBI.

—No.

Su madre no estaba siendo razonable.

—Por favor, Aubrey. Es peligroso que te metas en esto.

—Ya estoy metida, así que hablemos —su voz le sonaba más firme de lo que se sentía—. ¿Por qué tienes miedo de contárselo al FBI?

—Dijeron... —su madre respiró hondo—. Dijeron que no avisara a la policía ni al FBI.

—Pero Ethan... ¿está a salvo?

—Creo que sí.

—¿Qué quiere decir eso?

—La nota decía que lo tienen ellos. Que está a salvo.

A salvo. Ethan estaba a salvo. Y si era un secuestro con rescate, los secuestradores seguramente intentarían mantenerlo bien hasta canjearlo por lo que querían.

—¿Quieren dinero? —preguntó Aubrey—. Démosles lo que pidan y recuperémoslo.

—No es tan sencillo.

—Seguro que los Simmer pondrán lo que haga falta.

—No quieren dinero.

—Entonces, ¿qué? ¿Qué quieren?

Su madre se miró la mano derecha, el anillo de compromiso que le había regalado Jonathan: un pequeño zafiro rodeado por un halo de diminutos diamantes. Murmuró algo tan bajo que Aubrey no estaba segura de haberla oído bien.

—¿Has dicho Jonathan?

Su madre alzó la vista y la miró a los ojos. Había en ellos una oscuridad que Aubrey no había visto nunca.

Aubrey intentó asimilar lo que su madre le estaba diciendo.

Su madre asintió.

Era una locura. O quizá no. Smolleck había sugerido que el secuestro tenía motivaciones políticas.

—No quieren un intercambio.

—Pero has dicho...

—Quieren a Jonathan muerto.

—¿Qué?

—Y quieren que lo mate yo.

Se quedó mirando a su madre, convencida de que había oído mal. Alguien quería que su madre matara al hombre que amaba a cambio de la vida de su nieto. *¡Imposible!* Era el tipo de cosas que solo pasaban en las películas. Pero la vida ya había dado un giro surrealista: Ethan había sido secuestrado. Eso tampoco debería pasar en la vida real.

—Tienes que avisar al FBI —dijo Aubrey.

—No puedo. La nota decía... —su madre se humedeció los labios—. Dijeron que si avisaba a las autoridades, le harían daño a Ethan.

Aubrey sintió que se mareaba. No era ingenua. Sabía desde que Ethan desapareció que el desenlace podía ser devastador, pero ahora había una nota y una amenaza que convertían aquella terrible posibilidad en algo mucho más real.

Pensó en su sobrino, que sonreía mientras se sacaba las zanahorias de la nariz. *Mocos*, había dicho entre risas. Los dragones solo comían zanahorias con mocos.

La situación la superaba por completo, pero ya habían pasado veintiséis horas desde que se llevaron a Ethan. —¿Los secuestradores te dieron un plazo?

—Quieren pruebas de la muerte de Jonathan antes de la medianoche del martes —dijo su madre—. Lo llamé. Le dije que viniera a Miami. No le dije por qué.

Un escalofrío le recorrió la espalda a Aubrey. —¿Y qué piensas hacer cuando llegue?

—No lo sé. Supuse que, si me están vigilando, esperarían que hiciera venir a Jonathan. Es el primer paso.

¿El primer paso para planear su asesinato?

—¿Y el segundo? —preguntó Aubrey.

—No he llegado tan lejos.

—Mamá, no puedes estar pensando en...

—He intentado idear un plan. Podría contarle a Jonathan lo de la nota. Si está de acuerdo, podría darle un fármaco que le ralentizara el corazón lo suficiente para que lo declararan muerto.

—Un momento —dijo Aubrey—. ¿Piensas darle un fármaco? ¿No es arriesgado para él?

—Sí, pero tengo que hacer algo.

—¿Y después qué? Dijiste que quieren pruebas de su muerte.

—No estoy segura. No lo he pensado a fondo.

Era evidente que su madre estaba desesperada, con aquella solución sacada de Romeo y Julieta, pero intentar fingir la muerte de Jonathan podría acabar en otro desastre.

—No hay garantía de que esta gente devuelva a Ethan aunque crea que Jonathan está muerto —dijo Aubrey.

Su madre hizo girar el anillo de compromiso en el dedo.

—Y esto no es algo que puedas hacer sola. Necesitarías al médico forense y a mucha otra gente para que te ayudara. Tendrías que meter al FBI en esto.

—No —dijo su madre—. Nada de FBI.

¿Y si su madre tenía razón? Avisar al FBI podría poner a Ethan en mayor peligro. Pero un plan para fingir la muerte de Jonathan nunca funcionaría. Tenían que encontrar algo mejor.

Aubrey observó los barcos que se mecían en el agua. Se habían formado algunas nubes que reflejaban un tono rosado mientras el sol empezaba a ponerse. Eran casi las seis. La nota le había dado a

su madre hasta la medianoche del día siguiente. Treinta horas desde ese momento.

Treinta horas para recuperar a Ethan sano y salvo.

Y tenían que hacerlo sin el FBI.

CAPÍTULO 10

Su mente entró en un surco conocido. Paso uno, observar. Paso dos, recopilar datos. Paso tres, derivar predicciones como consecuencia lógica. Paso cuatro, poner a prueba la hipótesis mediante experimentos. Paso cinco, interpretar los resultados.

Pero el método científico solo funcionaba en un entorno controlado, y aquel no lo era en absoluto. Aubrey estaba fuera de su zona de confort.

Un velero se deslizaba por la bahía, resplandeciente bajo la luz del atardecer.

Treinta horas.

Se enderezó. Que no pudiera probar la hipótesis no significaba que no pudiera analizar la situación con lógica.

—Empecemos por la nota —le dijo a su madre—. Dijiste que estaba en el sobre cuadrado. Lo vi en la cama. Tenía sello, pero no matasellos. ¿El FBI no está revisando el correo en busca de notas de rescate? ¿Cómo se les pudo pasar?

—No lo sé.

—Alguien debió de colarla con el correo después de que el FBI lo revisara.

Su madre frunció el ceño, como sopesando la idea.

—Entonces alguien que estuvo hoy en la casa probablemente la puso allí —Aubrey sacó su iPhone—. Hagamos una lista de todos los que han estado en la casa —empezó a teclear nombres mientras los decía en voz alta—. El detective González, el agente especial Smolleck y sus respectivos equipos.

—¿Crees que alguien de la policía o del FBI está involucrado? —preguntó su madre.

—Tenemos que considerarlo —Aubrey pensó un momento—. Por desgracia, no podemos averiguar si hay algún agente o policía

corrupto infiltrado en el equipo sin revelar que sabemos lo de la nota.

—Y entonces los secuestradores podrían hacerle daño a Ethan —dijo su madre.

Tenía razón. Contárselo al FBI, aunque pudieran hacerlo en secreto, podría acabar con cualquier posibilidad de que Ethan volviera sano y salvo.

Varios corredores pasaron por el sendero detrás del banco. Aubrey se volvió a mirarlos mientras seguían hacia la bahía. Un hombre con gafas de sol le devolvió la mirada y aminoró el paso; luego echó a correr tras los demás. ¿Lo habrían enviado para vigilarlas?

No había nadie en quien su madre y ella pudieran confiar. Estaban solas.

—¿Y los periodistas? —le preguntó a su madre—. ¿Entró alguno? ¿Para usar el baño, quizá?

—No lo sé.

—¿Alguien más entró en la casa?

—No creo.

Aubrey siguió tecleando en el teléfono. —También tenemos a Ernest y Prudence Simmer, Kevin y Kim, y a papá.

—¿Los estás poniendo en la lista? —dijo su madre—. Pero nadie de la familia pondría a Ethan en peligro.

—No podemos descartar a nadie.

—Kevin y Kim no secuestrarían a su propio hijo —dijo mamá.

Aubrey tampoco quería creerlo, pero sopesó la posibilidad.

Su hermano y su esposa podrían haber organizado el secuestro y la amenaza a Jonathan para castigar a mamá por el incidente de la boda, pero parecía una reacción desmesurada, y nunca habían dado muestras de ser cruelmente vengativos. Además, eran padres cariñosos y protectores, no de los que usarían a su hijo como peón.

—No creo que lo hicieran —coincidió Aubrey—. Centrémonos en los demás que estuvieron antes en la casa y pensemos si alguien más podría tener algo contra Jonathan —pensó en los Simmer—. ¿Podría el nombramiento de Jonathan para la Corte Suprema afectar los intereses de Prudence en Baer Business Machines? BBM ha sido

criticada últimamente por adquirir competidores, y Jonathan se ha pronunciado abiertamente en contra de las grandes fusiones corporativas. Si lo nombran, Prudence podría sufrir un duro golpe financiero.

—Tienes razón —su madre se inclinó hacia ella, asintiendo—. Los Simmer van a traer a sus propios investigadores. Eso les facilitaría fabricar sus propios hechos e interpretaciones y desviar la atención de sí mismos.

—Cierto, pero...

—Pero eso significa que Ethan está a salvo —su madre tenía las mejillas encendidas—. Prudence y Ernest nunca le harían daño. Nunca.

La posibilidad de que los Simmer hubieran orquestado el secuestro resultaba tentadora. Su madre tenía razón: nunca le harían daño a su nieto, pero la mejor oportunidad de recuperar a Ethan sano y salvo era considerar todos los ángulos. —Los Simmer podrían estar detrás de esto, pero ¿y si no lo están?

El rostro de su madre se descompuso.

—Te pregunté antes si Jonathan tiene enemigos —dijo Aubrey —. ¿Se te ocurre alguno? ¿Alguien molesto por algún fallo que haya dictado como juez de circuito, o amenazado por su posible nombramiento?

—Que yo recuerde, no —su madre miró hacia el horizonte, que se oscurecía—. Pero espera... No sé por qué no pensé en esto antes. Si esto tiene que ver con su nominación a la Corte Suprema, puedo hablar con él sin más. Seguro que retira su candidatura.

Parecía una buena solución. Demasiado buena. —¿Los secuestradores ofrecieron eso como opción? —preguntó Aubrey.

—Bueno, no.

—¿Y no lo habrían hecho? Si solo quisieran mantener a Jonathan fuera del tribunal, podrían haber exigido simplemente que se retirara. No te habrían dicho que lo mataras.

—Quizá sabían que le contaría lo de la nota y la están usando para asustarlo y que se aparte de la nominación.

—Puede que tengas razón —dijo Aubrey—, pero volvamos a quienes tuvieron ocasión de dejar la nota en la casa hoy —como su

padre.

Observó a un pelícano surcar el cielo y luego zambullirse de golpe en el agua para atrapar un pez. Tan inofensivo, y de pronto, sin previo aviso, lanzándose a matar. Igual que su padre ocho años atrás. Y ninguno de ellos había estado preparado.

¿Sería su padre capaz de secuestrar a su propio nieto?

Se había comportado de manera extraña en el patio trasero: su ira exagerada hacia mamá, su lenguaje corporal sin correspondencia con sus palabras. Había mentido sobre algo.

—¿Podría papá tener algún motivo para querer muerto a Jonathan?

—¿Tu padre? —Mamá se quedó callada. El graznido áspero de un sinsonte rasgó el silencio—. No lo creo —dijo finalmente.

—¿Papá lo conoce?

—No lo creo, pero es posible. Podrían haberse conocido en alguna convención de abogados o en algún caso.

Aubrey pensó en las preguntas de Smolleck. Se le ocurrió que quizá él tenía algo concreto en mente. —¿Y en Columbia?

Su madre se estremeció. —¿Columbia?

Algo de lo que había dicho Aubrey había tocado una fibra sensible en su madre, pero no podía imaginar qué.

—Jonathan estaba en la facultad de Derecho cuando tu padre hacía la carrera —dijo su madre—. Dudo que se conocieran allí. Pero aunque se hubieran conocido, creo que vas por mal camino. ¿Por qué iba a querer tu padre que yo matara a Jonathan?

—¿Celos de que por fin seas feliz?

—No, cariño. Quítate eso de la cabeza. Tu padre y yo tendremos nuestros problemas, pero él no es capaz de matar a nadie, y desde luego no me pondría a mí en esa situación. Y jamás habría secuestrado a Ethan.

—¿No crees que Star podría manipularlo?

—No hasta ese punto. ¿Y por qué querría ella que Jonathan muriera?

—Quién sabe. Pero ¿qué sabemos realmente de ella? Solo que apareció en la vida de papá hace ocho años y de repente él está obsesionado con ella. ¿Cómo puede tener tanto poder sobre él?

Su madre parecía triste. —No es tan difícil cautivar a un hombre después de más de treinta y cinco años de matrimonio, sobre todo cuando su esposa pasa demasiado tiempo con sus pacientes y no el suficiente con él.

¿Su madre se lo creía? Aubrey sabía que el matrimonio de sus padres había sido inestable durante años, pero los cuatro habían fingido que todo iba bien. Mantener unida a la familia había sido la misión de todos. Al menos, eso era lo que Aubrey siempre había pensado. Hasta que papá se marchó. Pero quizá se había cansado de fingir.

Quizá tenía razón.

—¿Dónde está la nota, mamá?

Su madre apretó el bolso.

—La tienes contigo, ¿verdad? —dijo Aubrey—. Enséñamela.

—No veo de qué serviría.

—Por favor. Quizá cuando lea exactamente lo que dice se me ocurra algo.

Su madre echó un vistazo a su alrededor. Estaba oscureciendo y casi todos, incluidos los corredores, se habían marchado. Solo quedaban un par de personas en el parque canino con sus perros.

Mamá metió la mano en el bolso y sacó un sobre cuadrado, del que extrajo una tarjeta de felicitación. En la portada había la imagen de un niño.

Aubrey contuvo el aliento. Una tarjeta de felicitación de apariencia inocente. ¿Una broma cruel de alguien? ¿Quién haría algo así?

Su madre sacó un pequeño trozo de papel de la tarjeta y se lo entregó a Aubrey.

Lo leyó. El pulso se le aceleró como un contador Geiger aproximándose a una fuente de radiación.

TENEMOS A ETHAN. ESTÁ A SALVO.

LO DEVOLVEREMOS ILESO SI HACES UNA COSA.

MATA A JONATHAN WOODWARD.

Ver la amenaza impresa, sostener el trozo de papel: no eran solo las palabras de su madre.

Era real. Aterradoramente real.

Su madre murmuró algo.

—¿Qué? —Aubrey no podía oír nada con el martilleo en los oídos—. ¿Qué has dicho?

—Dale la vuelta a la nota.

—¿Hay más? —Aubrey miró el reverso del papel. En letras más pequeñas, en minúsculas, estaba escrito:

tienes hasta la medianoche del martes. si no tenemos prueba física de la muerte de jonathan woodward, ethan morirá.

si hablas con la policía o el fbi, ethan morirá.

Su madre había dicho que podrían hacerle daño a Ethan, pero ¿matarlo? ¿Matar a un niño de seis años que acababa de perder su primer diente de leche y al que le gustaba hacer bromas sobre mocos? Entonces Aubrey se recordó: Ethan no era el objetivo final, sino Jonathan.

¿O sí?

—Dios mío —dijo Aubrey.

—¿Qué pasa? —preguntó su madre.

Aubrey intentó ordenar sus pensamientos, asegurarse de expresarlo bien. —¿Por qué alguien se tomaría la molestia de secuestrar a Ethan si lo que realmente quiere es matar a Jonathan?

—No te sigo.

—Secuestrar a un niño, dejar una nota de extorsión: es muy complicado. Y cuando se amenaza la vida de un niño, piensa en toda la atención mediática y la intervención policial. ¿No habría sido más fácil que mataran a Jonathan directamente?

Su madre frunció el ceño. —Es verdad. Quien esté haciendo esto no puede estar seguro de que yo lo mataría.

—Lo que significa que matar a Jonathan quizá no sea el objetivo final.

Los últimos rayos de sol cayeron sobre el rostro de su madre, iluminando la comprensión en sus ojos. —Alguien quiere hacerme daño obligándome a elegir entre mi nieto y el hombre que amo.

—No solo hacerte daño. —Aubrey miró la tarjeta de felicitación en el regazo de su madre y luego la miró a los ojos—. Creo que alguien está intentando destruirte, mamá.

CAPÍTULO 11

Diana estaba paralizada. Era el verdadero objetivo del ultimátum de los secuestradores.

—Vámonos de aquí, mamá. —Su hija se levantó del banco y la cogió de la mano—. No es seguro quedarse aquí.

—No les serviría de nada hacerme daño —dijo Diana—. No después de tomarse la molestia de secuestrar a Ethan y enviarme la nota.

—Puede que sí, pero tenemos que volver a casa. Necesitamos averiguar quién dejó ese sobre en el buzón.

—Ve tú.

—No pienso dejarte aquí sola. No sabemos quiénes son ni de qué son capaces.

—Por favor, déjame quedarme un rato. Necesito pensar. Si alguien va a por mí, tengo que conocer a esa persona.

Aubrey frunció el ceño. —¿Crees que sabes quién es?

—Es pura lógica.

Aubrey titubeó. —Papá pudo dejar la tarjeta.

Diana agradeció que el sol se hubiera puesto y Aubrey no pudiera verle la duda en la cara. Mantuvo la voz serena. —Ya hemos hablado de esto. Pudo dejarla cualquiera.

—¿Lo estás protegiendo?

—No digas tonterías. ¿Por qué iba a protegerlo?

—No lo sé —dijo Aubrey—. ¿Por qué lo harías?

—No lo haría. Ya te lo he dicho. —Respiró hondo para calmarse —. Ahora, por favor, déjame un rato a solas. Tengo el móvil. Tú y la policía estáis en marcación rápida por si pasa algo.

Su hija miró a su alrededor, como sopesando qué hacer. Había luces encendidas a lo largo de los senderos y algo de claridad en el cielo que probablemente duraría otra media hora. Una mujer estaba sentada sola en un banco del parque canino con su perro pequeño.

—Por favor, Aubrey. Necesito un poco de tiempo.

—Vale —dijo, con tono escéptico—. Si es lo que necesitas.

Diana la vio alejarse del parque y volvió la vista hacia los barcos que se mecían en la luz grisácea.

¿Por qué le había preguntado Aubrey si estaba protegiendo a Larry? Ni ella ni Larry hablaban nunca del pasado, así que Aubrey no tenía manera de conocer el acuerdo tácito entre ellos. Y sin embargo, su hija había hecho la pregunta como si tuviera un sexto sentido.

Diana contempló las ondas gris oscuro teñidas de rojo por el sol poniente.

El mismo sol poniente, la misma bahía, pero todo era tan distinto.

Se habían mudado allí desde Nueva York cuando ella tenía treinta y dos años, justo después de que naciera Kevin. Había querido estar cerca de su madre, que estaba deseando cuidar al bebé mientras Diana seguía ejerciendo la medicina. En aquellos primeros años, ella y Larry solían sentarse a la orilla de la bahía al atardecer con una botella de vino. A Larry le gustaba hablar de las emocionantes aventuras que les aguardaban. Pero quizás, ya entonces, él era capaz de ver más allá de su sonrisa forzada y saber que ya no compartía sus ilusiones como antes. No es que no lo hubiera querido; lo había querido. Eso nunca había cambiado. Ni siquiera después de que su farsa estuviera a punto de desmoronarse hacía veinte años.

Odiaba pensar en ello, pero, lo reconociera o no, la aparición de un hombre que decía ser Jeffrey Schwartz y el terrible recordatorio de sus años universitarios habían redefinido su matrimonio.

Incluso después de que los medios informaran de que el hombre era un impostor y la historia se hubiera olvidado, ella y Larry habían comprendido que nunca podrían escapar del pasado. Habían intentado retomar su vida normal, pero era tan falsa como el hombre que había acaparado los titulares.

Quizás mantener la fachada fue lo que llevó a Larry a buscar refugio en otra mujer. En aquel momento, Diana se había quedado tan conmocionada por su exigencia de divorcio que se había

derrumbado, presa de un miedo irracional a quedarse sola. En su visión distorsionada de las cosas, había creído que ella y Larry tenían una obligación mutua, su propio pacto privado de protección mutua. ¿Cómo se atrevía a abandonarla? Y para colmo, Larry le había contado a Kevin que ella había fingido su enfermedad, lo que había alejado aún más a su hijo.

Había vivido sumida en el miedo y la rabia hasta que, por fin, con Jonathan, había redescubierto la alegría. Ahora alguien quería arrebatársela.

¿Era posible que, del mismo modo que ella se había sentido cuando Larry la abandonó, su exmarido viera ahora su compromiso con Jonathan como una ruptura del vínculo que los unía, una traición a su feo secreto?

Imposible, pensó, mientras otro recuerdo afloraba. El Larry que había conocido jamás se volvería contra ella de esa manera.

———

Lo llamaban veranillo de San Martín, y nadie tenía ganas de trabajar, aunque era finales de septiembre, un mes después del comienzo de las clases, y todos deberían haber estado estudiando. El aire estancado de treinta y dos grados, cargado de humo, los volvía a todos perezosos, incluida Di. Se tumbó sobre un pedazo de hierba seca en el extenso césped de la Universidad de Columbia, rodeada de docenas de estudiantes. Más allá se alzaba lo que parecía el Panteón con sus columnas jónicas y su cúpula, pero en realidad era la Biblioteca Low de Columbia, el alma del campus, como proclamaba su estatua del Alma Mater. Las amplias escalinatas del edificio estaban cubiertas de estudiantes. Muchos, como los del césped, fumaban marihuana, y aunque a Di no le gustaba, no podía evitar inhalar los dulces vapores que parecían formar parte de la atmósfera.

Estiró las piernas y se miró el bronceado desvaído, vestigio de los días de sol en la playa de Crandon Park, en Miami. No había esperado necesitar ropa de verano en Nueva York, pero su madre le

había metido en la maleta aquellos pantalones cortos de cuadros escoceses en tonos pastel y una blusa rosa sin mangas, por si acaso. Sabía que era diferente de la mayoría de las chicas de Barnard College, con sus vaqueros y camisetas teñidas, y le molestaba parecer alguien que no se había enterado de que el *Donna Reed Show* había dejado de emitirse hacía tres años. Pero sobre todo, le desconcertaba de verdad lo diferentes que eran las personas en Nueva York de las de Miami. Y no es que fuera una pueblerina. Pero algo había pasado aquel verano mientras ella estaba en Europa con sus padres. Quizás fue Woodstock. O el primer hombre en pisar la luna. O quizás la escalada de la guerra de Vietnam. Pero cuando volvió a casa de vacaciones y después se marchó a la universidad con una maleta llena de vestidos de Burdines Sunshine Fashions, se encontró en un mundo completamente distinto.

Observó a los estudiantes aletargados, tumbados en mantas o jugando al frisbee con sus pantalones cortos y camisetas, algunos chicos con el pelo largo recogido en coletas, rasgueando guitarras o pasándose porros, las chicas con reflectores solares para broncearse la cara. Varios profesores habían sacado sus clases al aire libre, donde los estudiantes se sentaban en semicírculos bajo robles frondosos, fingiendo escuchar lecciones sobre la sabiduría de Sófocles y la decadencia de Roma y la civilización.

Aspiró otra bocanada de aire dulce y somnoliento, sorprendida al ver a su compañera de habitación que se acercaba a toda prisa, llena de energía y determinación, un contraste discordante con todos los demás. Aunque, claro, Gertrude no se parecía a nadie que Di hubiera conocido antes. Tan dueña de sí misma que incluso presumía de su feo nombre como si fuera una medalla.

Gertrude fumaba un cigarrillo, con el pelo negro recogido en una trenza que se balanceaba a su espalda mientras se deslizaba entre los estudiantes del césped. Llevaba lo de siempre, hiciera el tiempo que hiciera: una blusa de algodón blanco de manga larga con bordados alrededor del escote redondeado, no del todo transparente pero casi lo bastante como para dejar ver que no llevaba sujetador, y unos vaqueros raídos que arrastraban por el

suelo y que no habían visto la lavadora desde que las dos chicas se habían instalado en su cuarto de la residencia hacía un mes.

Se detuvo junto a Di y le tendió la mano libre.

Di le cogió la mano, resbaladiza por el sudor, y se dejó levantar.

—A una reunión —dijo Gertrude. Tras las gafas de cristales rosados, sus ojos parecían violetas—. Ya llegamos tarde.

—¿Qué tipo de reunión? —preguntó Di, intentando seguir el paso acelerado de Gertrude.

—Unos tíos que conozco —dijo Gertrude. El sol arrancaba destellos a la chapa militar de acero inoxidable que llevaba al cuello, la de su hermano. No se la quitaba nunca, ni para ducharse—. Vamos a arreglar este puto mundo.

—Vale —dijo Di—. Pero no te enfades si me largo a medias. Ya te dije que paso de la política.

—Paso de la política —la imitó Gertrude, clavando la dicción afectada y los aspavientos de Di. Era un camaleón nato—. No me puedo creer que comparta cuarto con la puñetera Pollyanna.

Rodearon la imponente biblioteca, cruzaron un patio y entraron en un edificio en el que Di no había estado nunca. Como ese semestre tenía todas las clases en Barnard, normalmente solo iba a Columbia para usar la biblioteca principal.

Gertrude tiró el cigarrillo, abrió de un tirón la puerta de la escalera y subió los peldaños a la carrera; el repiqueteo de sus zuecos de madera resonaba contra el hormigón. Di apagó la colilla con el pie y siguió a su amiga hasta el segundo piso.

El pasillo estaba desierto. Había aulas a ambos lados, pero ninguna con clase. Gertrude se detuvo junto a una puerta y miró a través del cristal de la parte superior, como si estuviera decidiendo qué hacer. Se rascó el lunar de la mejilla derecha. Le daba un aire sexy, pero Di sabía que más le valía no decírselo nunca. Gertrude era una intelectual, no un objeto sexual. No le interesaba atraer a los hombres, lo había dicho mil veces. Follárselos era otra historia.

Tiró de la puerta del aula y le echó un vistazo rápido a Di.

Entraron en un aula donde media docena de estudiantes, en su mayoría chicos jóvenes con patillas pobladas y pelo largo, estaban sentados en semicírculo. Había una chica rubia guapa, con unos ojos

azules inquietos y un cuello largo que le daban aspecto de garza joven. Di la reconoció de las residencias. Linda no-sé-qué.

Di siguió la dirección de sus miradas hacia el frente del aula. Un tipo delgado y guapo, con un pañuelo blanco sobre la melena rubia y ondulada que le llegaba a los hombros, estaba encaramado en el escritorio. Llevaba vaqueros rotos y una camisa blanca vaporosa que podría haber lucido un poeta del Renacimiento, solo que la suya estaba abierta casi hasta la cintura y dejaba ver un pecho bronceado con vello dorado.

—Paz —dijo Gertrude, alzando dos dedos en el gesto simbólico. Se acercó a él y le plantó un beso largo en los labios. Después se apartó y dijo—: He traído a mi compañera de cuarto. Di Hartfeld.

El chico le sonrió a Di. Tenía los ojos de un azul clarísimo y un hoyuelo adorable en la barbilla.

La luz había desaparecido casi por completo del cielo y las olas oscuras batían contra las rocas. Hubo un tiempo en que Diana creyó conocer a Larry tan bien como se conocía a sí misma. La verdad era que no lo conocía en absoluto. Se preguntó si alguna vez lo había conocido de verdad.

CAPÍTULO 12

El paseo de vuelta a casa desde el parque no había servido para acallar las inquietantes preguntas que bullían en la mente de Aubrey. ¿Quién había dejado la tarjeta con aquella devastadora amenaza? ¿Estaría su padre implicado de algún modo? ¿Y cómo podía conseguir respuestas sin revelar que sabía lo de la nota y poner a Ethan en un riesgo aún mayor?

El olor a ajo y salchicha se imponía al habitual olor a humedad cuando entró en la casa. Siguió el aroma hasta el cuarto de estar, donde esperaba encontrar a Smolleck.

Era un buen punto de partida, pero tendría que ser cautelosa con lo que decía y preguntaba para no despertar sus sospechas.

Se detuvo en la entrada del cuarto de estar, desorientada por el brillo inesperado. Habían encendido todas las luces —algo que ella o su madre rara vez hacían— y la habitación había cambiado aún más desde que había pasado por allí antes. Frente a las estanterías había pizarras portátiles con anotaciones y ampliaciones de fotos. Las mesas de centro y auxiliares, arrimadas contra las paredes, estaban cubiertas de botellas de Coca-Cola, vasos de plástico y cajas de pizza. Varios agentes del FBI comían pizza en sus puestos de trabajo improvisados: mesas plegables en el centro de la habitación.

Aubrey se acercó a las pizarras y examinó las fotos ampliadas. Ethan en el carnaval. Fotos que probablemente había tomado su madre. Se preguntó por qué estaban allí, hasta que reparó en que en el fondo de cada foto había multitudes de personas. Muy posiblemente, una de ellas era el secuestrador de Ethan.

Se estremeció al imaginar a alguien que agarraba a su pequeño sobrino y se lo llevaba pataleando y llorando a un coche o camión cercano.

Pero eso no era probable. Ethan habría montado un escándalo, y la gente habría intervenido, o al menos se lo habría mencionado a

la policía.

Lo que significaba que Ethan probablemente conocía a quien lo había convencido para que se fuera del carnaval.

—No deberías estar aquí.

Se volvió hacia el agente especial Smolleck. Estaba de pie casi en posición de firmes, todavía con la chaqueta del traje, la camisa blanca impecable y la corbata perfectamente anudada.

—Esta es mi casa —dijo ella.

—Lo siento, pero esta es una investigación activa. Va contra el protocolo que cualquier miembro de la familia vea en qué estamos trabajando.

Seguía tan arrogante como cuando la había entrevistado un par de horas antes.

—Entiendo —dijo ella—. Pero ¿no ayudaría que mostrara estas fotos a la familia para ver si reconocemos a alguien entre la gente?

Se le subieron los colores.

—Gracias.

Smolleck la estudió con el ceño fruncido, como si pudiera leer en su rostro que ocultaba algo. Le sorprendió que él agarrara una caja de pizza cerrada, una botella de Coca-Cola y un par de vasos de plástico, y dijera:

Lo siguió a través de las puertas acristaladas hasta la mesa y las sillas de hierro forjado del patio. El pequeño espacio estaba iluminado por un aplique de exterior oxidado que tenía al menos dos bombillas fundidas. Proyectaba sombras sobre los adoquines de ladrillo y el jardín de rocas. Más allá estaban las tumbonas donde se había sentado con su padre antes, pero quedaban en total oscuridad.

Smolleck se sentó en una de las sillas y abrió la caja de pizza.

Vaciló, pero el olor a queso y salchicha era irresistible. Cogió una porción y le dio un mordisco.

—Así que aquí fue donde creció.

Miró hacia atrás, a través de las puertas acristaladas, hacia los desconocidos en el cuarto de estar demasiado iluminado.

—Me preguntaba si podría ponerme al día —dijo—. ¿Sacaron alguna pista de la rueda de prensa de Kevin y Kim?

Sirvió Coca-Cola en los vasos de plástico.

Negó con la cabeza.

Los rasgos de Smolleck se suavizaron, o quizá era la iluminación.

¿A qué venía tanta sensibilidad? ¿Una nueva estrategia del FBI?

—En fin —dijo, dando otro mordisco a la pizza—, preguntó por la declaración de Kevin y Kim a la prensa. Ya está generando un montón de llamadas. No es de extrañar, teniendo en cuenta lo que ofrecen de recompensa.

No preguntó cuánto ofrecían los Simmer. Sabía que sería mucho.

—Difícil saberlo. Estamos investigando todas las pistas.

—¿Alguien de la familia es sospechoso?

Dejó de masticar.

—Porque no quería que estuviera en la zona de la investigación. Si ninguno de nosotros fuera sospechoso, no le importaría que viera lo que están haciendo.

—¿Tiene motivos para creer que alguien de su familia está implicado?

Le estaba devolviendo las preguntas. Bueno, ella también sabía jugar a eso.

Se rascó la pequeña hendidura de la ceja. Una señal delatora. Algo en las pruebas del detector de mentiras había resultado sospechoso.

—No lo sé —dijo ella—. Por eso pregunto.

—A su padre no le hicimos el polígrafo —dijo.

Eso sí que era nuevo. Trató de disimular la sorpresa.

—Ni a usted.

—¿Por qué no le hicieron la prueba a mi padre?

—Es un procedimiento voluntario —dijo—. Una forma de descartar a miembros de la familia para poder centrarnos en otros posibles sospechosos.

Bajó la mirada hacia los manojos de hierbajos verdes que brotaban entre los adoquines enmohecidos. —No me ha pedido que me someta al polígrafo —dijo—. ¿Se lo ha pedido a mi padre?

—¿Estaría dispuesta a someterse al polígrafo?

Se le encendió la cara. Esperaba que él no pudiera ver el rubor con aquella luz tan tenue. La prueba del detector de mentiras probablemente la obligaría a revelar lo que sabía sobre la nota de rescate. —Por supuesto que lo haré —dijo, tirándose un farol—. Pero no ha respondido a mi pregunta sobre mi padre.

Él esbozó una leve sonrisa, como si creyera que había anotado un tanto. —Su padre dijo que estaría dispuesto a someterse si teníamos motivos para sospechar de su implicación, pero que hasta entonces prefería no hacerlo.

—Muy de abogado —dijo Aubrey, aunque su mente iba a mil por hora. ¿Estaba su padre ocultando algo, o se había negado por principios? Lo más probable era que Ethan conociera a la persona con la que se marchó del carnaval—. Supongo que han confirmado que el vuelo de mi padre desde California aterrizó después de que Ethan desapareciera, y que no es sospechoso.

Smolleck le lanzó una mirada dura. —Sí, confirmamos los horarios de los vuelos y el paradero de todos los miembros de su familia cuando Ethan desapareció. ¿Tiene algún motivo para creer que su padre debería ser sospechoso?

—Por supuesto que no —respondió rápidamente, aliviada de que su padre no hubiera podido ser quien se llevó a Ethan—. Solo hago una suposición lógica sobre por qué no insistió con lo del polígrafo.

Smolleck frunció el ceño, visiblemente molesto con sus preguntas. Dio otro mordisco a la pizza. Un poco de queso y salsa le cayó en la corbata, pero no se dio cuenta. Por alguna razón, aquello le produjo satisfacción.

—¿Por qué me preguntaba por el pasado de mis padres?

—¿Qué sabe de sus inclinaciones políticas en la universidad? —preguntó él.

—¿Inclinaciones políticas? —Se preguntó si aquello tendría algo que ver con Jonathan—. Mis padres nunca tuvieron interés especial en la política.

—Que usted sepa.

—¿Por qué iban a ocultármelo?

—No lo sé. ¿Le ocultan cosas?

No respondió.

Él la observaba, a la espera.

—Hay muchas cosas de las que no hablamos —dijo—. No es que nos ocultemos nada.

—Lo siento —dijo—. No pretendía disgustarla.

«Ya, claro». Respiraba con dificultad. Él había vuelto a alterarla, y ella estaba fracasando estrepitosamente en su intento de sonsacarle información. Dio un largo trago al refresco, consciente de cómo él la escrutaba en busca de señales delatoras, igual que ella a él. —Nos hemos desviado de lo que quería hablar con usted —dijo.

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿Qué avances han hecho? Dijo que estaban investigando a delincuentes sexuales. ¿Han encontrado alguna pista?

—Hemos identificado a todos los delincuentes sexuales fichados en la zona y los estamos investigando. También estamos investigando a todos los empleados del carnaval. —Intentó reclinarse en la silla de hierro forjado, como para ponerse cómodo, pero la pesada silla no cedió. Desistió y apoyó los brazos en la mesa, uniendo las yemas de los dedos en forma de pirámide.

¿A qué venía tanta seguridad? —¿Y los padres de Ryan Cole? —preguntó—. ¿Sabía que después de que terminara el juicio civil intentaron presentar cargos penales contra mi madre?

—Lo sabemos.

—¿Y que en el juzgado el señor Cole montó una escena y juró que se vengarían de mi madre?

Apoyó las manos en la mesa. —¿Qué clase de escena?

Había recuperado el control. —Cole le gritó a mi madre desde el otro extremo de la sala. La llamó asesina.

—Ya veo. —Metió la mano en el bolsillo y tecleó algo en el móvil —. Me aseguraré de que el detective González lo sepa. La policía está siguiendo la pista de los Cole. —La miró a los ojos—. ¿Hay algo más que quiera preguntarme para asegurarse de que estamos haciendo nuestro trabajo?

Ignoró el sarcasmo. Era hora de hacer las preguntas que de verdad importaban. —¿Alguien ha recibido una petición de rescate?

—¿Aparte de usted o de su madre?

Se le volvió a encender la cara. ¿Era posible que él supiera lo de la nota que había recibido su madre y la estuviera manipulando?

—Obviamente usted sabría si la hubieran contactado, e imagino que su madre se lo habría dicho si hubieran contactado con ella. —Su tono era más suave. Por alguna razón, se estaba replegando en aquel pequeño duelo verbal—. Y no, nadie se ha puesto en contacto con su hermano, su esposa ni los Simmer, pero tenemos intervenidos sus móviles y cuentas de correo.

—¿El mío y el de mi padre no?

—De momento, no —dijo—. Solo conseguimos una orden judicial para los familiares con los que probablemente contactarían para pedir el rescate.

Aubrey bajó la vista hacia la corteza de pizza que tenía en la mano para que Smolleck no pudiera leerle la cara. —¿Y el correo postal? ¿También lo revisan?

—Por supuesto —dijo.

Procuró mantener un tono neutro. —¿Alguno de sus agentes ha recogido hoy el correo y lo ha revisado?

Siguió su mirada hacia el equipo del FBI en el interior del salón, intensamente iluminado. —Sí —dijo.

—Hoy ha habido mucha gente en la casa —dijo Aubrey—. FBI, policía. ¿Llevan un registro de todos? ¿Les han comprobado los antecedentes a todos?

Se puso tenso. —¿Tiene algún motivo para creer que alguien ha manipulado el correo?

Aquello no estaba saliendo como ella quería. Tenía que dar marcha atrás antes de revelar sin querer algo sobre la nota de rescate. Lo miró a los ojos. —Agente especial Smolleck, no sabemos quién se llevó a Ethan ni por qué. Quiero asegurarme de que mi madre y yo no corremos peligro durmiendo en nuestra propia casa.

—¿Es eso lo que de verdad te preocupa? —No apartó la mirada.

La sangre le latía en los oídos. —Lo que de verdad me preocupa es recuperar a Ethan —se puso de pie—. Y espero que a usted también.

Salió del patio a toda prisa antes de que él pudiera hacerle más preguntas, porque cada vez estaba más claro que toda su

experiencia analizando el comportamiento humano no servía de nada en un duelo verbal con un maestro.

CAPÍTULO 13

Diana salió del parque y se detuvo en South Bayshore Drive a esperar un hueco en el tráfico. Varios coches pasaron a toda velocidad en dirección al centro de Coconut Grove. Probablemente gente que iba a cenar o que volvía a casa después de trabajar hasta tarde.

No podía ir a casa.

Todavía no.

No con el FBI merodeando por allí.

Paró un taxi que pasaba y se subió. Eran poco más de las siete, y Jonathan no llegaría a Miami hasta dentro de media hora más o menos, pero podía esperarlo en su apartamento.

Dio al conductor la dirección de Brickell Avenue, a un par de kilómetros de allí, y luego llamó a Aubrey para decirle adónde iba y que no se preocupara. No tenía sentido llamar a Smolleck. Su teléfono tenía GPS si querían localizarla. En vez de eso, le envió un mensaje a Jonathan para que se reuniera con ella en su apartamento. Lo vería cuando aterrizara.

Pulsó «Enviar» y se estremeció. Ahora Jonathan y el FBI sabían dónde estaría. ¿Lo sabía también quien la estaba amenazando? El taxi giró por Brickell Avenue y se dirigió hacia el centro, dejando atrás rascacielos de lujo con vistas a la bahía de Biscayne. No estaba segura de qué haría cuando viera a Jonathan. De si le contaría lo de la nota. Tenía una mente brillante; quizá pudiera ayudarla a averiguar quién la había enviado y qué hacer después.

Volvió a la realidad cuando el taxi se detuvo frente al imponente edificio de Jonathan, un condominio de construcción reciente con todas las comodidades de un hotel de cinco estrellas. Se había sorprendido la primera vez que Jonathan la llevó allí. La fachada de mármol moderno del edificio no encajaba con la imagen que tenía del hombre modesto al que le encantaba hablar de teoría económica

y civilizaciones antiguas. Pero Jonathan le había explicado que compró el condominio poco después de que muriera su esposa. Un lugar con servicio de habitaciones las veinticuatro horas había sido una buena elección para un viudo que no sabía cocinar y no tenía ningún interés en aprender.

Pagó al conductor y atravesó el vestíbulo de techos altos, lleno de arte abstracto, hasta los ascensores. Introdujo el código de seguridad y el ascensor privado la subió rápidamente al apartamento de Jonathan en el piso cuarenta y dos. En el vestíbulo exterior del apartamento, introdujo el código de nuevo y al abrir la puerta le golpeó una ráfaga de aire helado. Se estremeció al encender las luces, que rebotaban en los suelos de mármol blanco, los muebles blancos y las paredes blancas. Había algunos toques de carmesí en cuadros estratégicamente colocados y pesados pisapapeles de cristal en la mesa de centro y en las estanterías a ambos lados del gigantesco televisor de pantalla plana.

Un decorador había diseñado el interior, claramente sin entender las sensibilidades del hombre que viviría allí. Un hombre que amaba los libros, no la televisión, y que usaba trajes de hacía diez años, no la última moda. Pero quizá Jonathan había querido algo desprovisto de calidez y personalidad cuando su esposa murió tras luchar contra el cáncer durante varios años.

Diana miró la bandeja rectangular de cristal Lalique en la mesa del vestíbulo. Era una pieza antigua con tres compartimentos, una pieza con la que el decorador había quedado muy satisfecho. Pero Jonathan la había modificado para adaptarla a sus necesidades. Con una pistola de etiquetas, había hecho pegatinas azules que pegó en cada compartimento donde guardaba las llaves: Coche, Casa, Oficina. «¿Qué tienen de malo las etiquetas?», había preguntado cuando el decorador horrorizado vio su obra.

Diana cogió las llaves del Ford SUV negro, que tenía desde hacía una eternidad y del que no pensaba deshacerse. Dejó las llaves, subió el aire acondicionado a veinticuatro grados, fue al dormitorio y sacó el jersey burdeos de Jonathan de su armario. Era un hombre pequeño, y el jersey solo le quedaba un poco grande. Podía oler su aroma, la loción para después del afeitado que solía

usar. Eau Sauvage. Una vez le había dicho que la usaba desde la universidad, lo que no le sorprendió en absoluto.

Abrió con esfuerzo la puerta del balcón, que estaba atascada, y salió. El viento soplaba fuerte allí fuera, así que cerró la puerta tras de sí para que no volara todo por dentro.

El balcón era estrecho, apenas cabían muebles, pero rodeaba todo el apartamento. Se apoyó en la balaustrada y contempló la impresionante vista.

Al norte había edificios que en su día fueron los rascacielos de Miami pero que ahora parecían meros juguetes en comparación con las nuevas construcciones. Al sur, la bahía se extendía en la oscuridad hasta el puente que unía el continente con Key Biscayne. Podía ver las luces de los coches que lo cruzaban, como dos hileras de diminutos diamantes.

Miró el anillo de compromiso que Jonathan le había dado, con su halo de diamantes.

¿De verdad alguien creía que mataría a Jonathan a cambio de la vida de Ethan?

Se agarró a la barandilla. Justo debajo había un cuadrado de verde, donde ella y Jonathan se sentaban a veces. Le sobrevino una poderosa oleada de mareo. Se echó hacia atrás. El viento le agitaba el pelo. Cuarenta y dos pisos de altura.

Nadie sobreviviría a una caída desde esa altura.

¿Podría hacerlo para salvar la vida de Ethan?

Miró hacia la bahía negra, hacia las diminutas luces del puente. Empezaron a difuminarse.

¿Valía la pena salvar a su nieto al precio de la vida de Jonathan?

Un ruido de ruedas detrás de ella la sobresaltó.

—Aquí estás, cariño —dijo Jonathan.

Ella hundió la cabeza en su cuello y sintió el ligero roce de su barba incipiente, olió el Eau Sauvage y el aroma de él que había llegado a amar. Llevaba un abrigo. Había venido de Washington para estar con ella. Porque la amaba.

Le tomó el rostro amable con las manos temblorosas y lo miró. Unas pocas arrugas en su piel pecosa, sobre todo líneas de expresión alrededor de los ojos color avellana, tras las gafas de

montura de carey. El viento le revolvió unos cuantos cabellos rojizos y grises sobre la calva.

—Estoy aquí, cariño —dijo él—. He venido a cuidar de ti.

La presión y el dolor que se habían ido acumulando desde que Ethan desapareció salieron a la superficie, y el terror que había contenido se liberó.

Se aferró al hombre al que amaba y al que, por un breve instante, había considerado matar.

Y por primera vez desde que su nieto había desaparecido, se echó a llorar.

CAPÍTULO 14

La ducha no le había aclarado las ideas. Aubrey estaba molesta por haberse dejado escudriñar por Smolleck, pero al menos había sacado algo en claro de su conversación con él. Por alguna razón, el FBI seguía interesado en el pasado de sus padres. Smolleck también había mencionado algo inquietante sobre su padre: su negativa a someterse al detector de mentiras.

Pensó en el extraño comportamiento de su madre en el parque cuando Aubrey había sugerido que papá podría haber dejado la nota. Las palabras de mamá habían sido demasiado enfáticas, demasiado defensivas.

«No digas tonterías. ¿Por qué iba a protegerlo?».

Le había recordado las evasivas que recibía de niña cuando les preguntaba a sus padres si algo iba mal. Siempre se echaba atrás, temerosa de disgustarlos aún más.

Pero ya no era una niña.

Aunque estaba convencida de que su padre no había estado directamente implicado en el secuestro de Ethan, intuía que sabía algo. Algo que podría ayudarlos a recuperar a Ethan.

Se puso unos vaqueros y un jersey de manga larga, y fue al dormitorio de su madre. Cogió el juego de llaves de repuesto que mamá siempre le dejaba en el cajón de arriba de la cómoda, y bajó las escaleras a toda prisa con la esperanza de no llamar la atención del equipo del FBI.

Smolleck querría saber adónde iba y por qué, y una visita a su padre podría levantar aún más sospechas.

Salió de la casa y fue hasta la entrada, donde estaba aparcado el viejo BMW 325i descapotable rojo de su madre. Dio marcha atrás, maniobró por las calles estrechas hasta la US 1 y se dirigió hacia South Beach.

Cuando lo había llamado antes, su padre le había dicho que Star y él se alojaban en un apartamento de multipropiedad, y la había invitado a pasarse a tomar una copa. No le hacía ninguna gracia volver a ver a Star, pero no quería sugerir otro sitio y arriesgarse a que su padre cambiara de opinión. Tenía que enfrentarse a él e intentar desenredar aquel lío antes de que alguien saliera malparado.

Había poco tráfico y condujo el viejo coche justo por encima del límite de velocidad. Recordaba cuando su madre lo había comprado, poco antes de que Aubrey cumpliera ocho años. Mamá había bajado la capota y los había llevado a ella y a Kevin a dar un paseo cruzando el puente hasta Key Biscayne, cantando con una emisora de clásicos, y luego habían parado en el puerto deportivo a comer buñuelos de caracola y Coca-Colas.

Había sido un día estupendo.

También era la única vez que Aubrey recordaba haber visto a su madre bajar la capota.

Poco después de que mamá comprara el coche, todo cambió en casa de los Lynd. Sus padres empezaron a discutir, luego mamá enfermó y se quedó en cama durante lo que a Aubrey le parecieron semanas o meses, aunque probablemente solo fueron unos días. Años después, comprendió que mamá había sufrido un ataque de vértigo, y se preguntó si el secuestro y asesinato de Jimmy Ryce también la había cambiado.

Tardó veinte minutos en llegar a Meridian Avenue en Miami Beach: una bonita calle arbolada con viejos edificios de apartamentos de colores pastel y casas estrechas. La dirección que le había dado su padre correspondía a un edificio art déco de tres plantas color mostaza que parecía más una vivienda particular que el lujoso apartamento de multipropiedad que había esperado. Estaba frente a un parque del barrio, rodeado por una valla metálica.

Encontró aparcamiento junto al parque y cruzó hasta el edificio, rodeado de setos altos y vegetación frondosa. Unas rejas decorativas de hierro forjado cubrían las ventanas y la puerta acristalada de la entrada. Desde luego, no era un lugar que elegiría su padre, con sus gustos modernos. A un lado de la entrada había una puerta de

garaje estrecha y combada, pero en la entrada de gravilla crecían malas hierbas, como si el garaje apenas se usara.

Aubrey examinó el antiguo interfono junto a la puerta de entrada, retranqueada, que tenía un timbre para cada uno de los cinco apartamentos. Pulsó el del «100» para anunciar su llegada y se fijó en que la puerta exterior estaba ligeramente entreabierta. Le abrieron enseguida y entró en un pequeño vestíbulo con suelo de terrazo deslucido. Echó un vistazo alrededor: una escalera que subía a los otros apartamentos, una puerta de servicio a la izquierda que probablemente daba al garaje, y un pasillo que llevaba directamente a una puerta trasera. Debajo de una hilera de buzones había una caja de cartón con varios tubos metálicos cortos, probablemente material de fontanería para alguno de los apartamentos.

La puerta de la derecha se abrió y salió su padre, con el pelo blanco húmedo y bien peinado, como si acabara de ducharse. Se había quitado la camisa azul claro de cuello abotonado que llevaba en casa de su madre y ahora vestía una camisa de manga corta por fuera, con estampado de palmeras.

—Pasa —dijo—. Nos alegra que hayas llamado.

Le molestaba que incluyera a Star en la bienvenida, pero al menos no parecía enfadado con ella después de la discusión de antes.

Entró directamente en el salón, que olía a aire acondicionado a tope y parecía amueblado en los años ochenta, con sofás de ratán en las esquinas, tapizados con estampado tropical, un comedor de ratán a juego y una estantería llena de figuritas de conchas marinas y cristal de colores pastel. Un ventilador de techo colgaba en medio del salón, y otro en la pequeña cocina americana que, a juzgar por la encimera de mica, no se había reformado en muchos años. La única concesión al presente era el televisor de pantalla plana en la pared de enfrente de uno de los sofás.

—Ya lo sé —dijo su padre, como si le leyera el pensamiento—. No es el típico apartamento de multipropiedad, pero es muy práctico, y Star consiguió que nos lo dejaran todo el tiempo que lo necesitemos. Le tocó el hombro con suavidad. —Y el bar está bien surtido, así que ¿qué te pongo?

—¿Está ella aquí? —preguntó Aubrey, mirando hacia una puerta cerrada más allá de la cocina que probablemente era el dormitorio.

—Star ha salido a comprar algo para picar, pero no tardará en volver. Fue a la cocina y abrió un armario. —Bueno, ¿qué va a ser? ¿Un cóctel? ¿Vino?

—Vino está bien —dijo ella, alzando la voz por encima del zumbido de un ruidoso aire acondicionado de pared—. Me da igual de qué tipo.

Sacó tres copas de vino de un armario, abrió una botella de tinto y sirvió.

Ella observó sus movimientos seguros, su ceño de concentración. Recordaba cómo le había preparado huevos revueltos un sábado por la mañana en que mamá había ido al hospital a ver a un paciente. Qué ricos le habían parecido aquellos huevos.

Volvió al salón y le dio una de las copas, llena casi hasta el borde, y se sentó en uno de los sofás.

Ella se sentó en el otro sofá y dejó la copa de vino sobre la mesa de centro de mica color chicle, junto a un cenicero de conchas marinas y un mando a distancia.

Su padre dio un largo trago de vino. —Ha sido duro ver esa rueda de prensa esta noche, ¿verdad?

—Más duro para Kev —dijo ella en voz baja. Aunque ir al parque con su madre había sido crucial, Aubrey lamentaba no haber visto a su hermano. Lamentaba no haber estado allí para apoyarlo. Todavía no había respondido a sus mensajes, pero la mejor ayuda que podía darle era encontrar a Ethan y traerlo a casa sano y salvo.

Se inclinó hacia su padre. —Papá, necesito preguntarte algo.

—Claro. Pregunta.

—Smolleck me dijo que te negaste a hacerte la prueba del polígrafo.

Arqueó las cejas blancas. —¿Y a él qué le importa hablar de mí contigo?

—Simplemente surgió —dijo ella—. ¿Por qué no te la hiciste?

Él la observó. El blanco de sus ojos azules estaba veteado de rojo. Antes los tenía claros, y se preguntó si habría estado llorando, o quizás bebiendo. —No hay ninguna obligación legal de hacérsela

—dijo—. Y a mí no me sirve de nada. Estaba en California cuando se lo llevaron.

—Pero la usan para descartar sospechosos. No hacérsela levanta sospechas.

—¿Para quién? —Se le enrojeció la cara—. ¿Crees que secuestré a mi propio nieto?

—Creo que el FBI está interesado en ti por alguna razón.

—Entonces son un hatajo de imbéciles —dijo—. ¿Por qué están perdiendo el tiempo?

—Smolleck me preguntó por tus antiguas actividades políticas.

—¿Qué? —Dejó la copa de vino sobre la mesa con demasiada fuerza—. ¿Y eso qué tiene que ver con la desaparición de Ethan?

—No lo sé —dijo ella—. ¿Podría haber alguna conexión? ¿Estuviste alguna vez metido en algún grupo que pudiera usar a Ethan para presionarte?

—¿Metido? ¿De qué demonios estás hablando, Aubrey?

—Intento entender por qué Smolleck preguntaba por ti. Mencionó la Universidad de Columbia. Preguntó si conocías a Jonathan de allí.

Su padre abrió mucho los ojos y enseguida apartó la mirada. Cogió la copa de vino y la hizo girar. Estaba ocultando algo.

—¿Conocías a Jonathan antes de que empezara a salir con mamá?

Negó con la cabeza y dio un sorbo de vino.

—¿Pasó algo cuando estabas en la universidad? ¿Algo relacionado con el accidente de mamá? —Estaba dando palos de ciego, lanzándole las mismas preguntas que Smolleck le había hecho a ella, porque ¿por qué iba a importarle eso al FBI? ¿Y por qué su padre parecía estar ocultando algo?

Su padre respiró hondo. Parecía a punto de explotar. Luego soltó el aire. —¿Por qué estás aquí, Aubrey? ¿Qué demonios estás haciendo?

Nunca había usado con ella un tono tan acusatorio y beligerante. Claro que ella tampoco lo había enfrentado nunca mientras crecía. Quizás porque temía que reaccionara así y destrozara la burbuja de cristal ya agrietada en la que vivían.

Intentó mantener la voz serena. —Alguien tiene a Ethan —dijo —. Me pregunto si sabes quién y dónde está. Y creo que alguien está jugando a un juego psicológico retorcido. No sé por qué, pero quizás tú sí. Estoy preocupada por Ethan y por ti.

Él siguió mirándola fijamente mientras le palpitaba una vena en el cuello.

—Por favor, papá. Si lo sabes, dime qué está pasando. Dímelo antes de que Ethan o alguien salga herido.

Dio un golpe en la mesa de café y el cenicero salió volando hasta estrellarse contra el suelo de terrazo. —¿Ella te ha metido esto en la cabeza? —dijo, escupiendo las palabras.

Aubrey estaba atónita. Nunca lo había visto tan enfadado.

—Tu madre, ¿te ha enviado ella? Lo único que he intentado estos últimos ocho años es arreglar las cosas con ella. Conseguir que Kev y Kim olvidaran su rencor y la dejaran ver a su nieto. Y al final me hicieron caso. Pero ¿tu madre reconoce alguna vez lo que he hecho por ella? No. Es una mujer amargada que quiere venganza.

—Te equivocas —dijo Aubrey, desconcertada—. Mamá no sabe nada de esto.

—Ya, *seguro* que no sabe nada —espetó—. ¿Columbia? ¿Política? ¿Por qué iba a preguntar el FBI por eso si no se lo ha metido ella en la cabeza? Y si lo ha hecho, es tonta, porque todo se le volverá en contra.

—¿Qué quieres decir?

—Eso, niñita, es algo que deberías preguntarle a tu querida madre.

CAPÍTULO 15

A Aubrey le ardieron las mejillas. Jamás en su infancia le había gritado su padre. Claro que prácticamente lo había acorralado, así que ¿qué esperaba? ¿Una palmadita en la espalda y un «buen trabajo»? Aun así, no entendía por qué insinuaba que mamá ocultaba algo de su pasado.

Él levantó la copa de vino y se quedó inmóvil. Ella siguió su mirada hacia la puerta principal, donde Star sujetaba una bolsa de la compra con un brazo. Aubrey no había oído entrar a la novia de su padre, pero probablemente llevaba allí buena parte de la discusión. Igual que la primera vez que la conoció, años después de la boda de Kevin, cuando Star había permanecido entre las sombras antes de dejarse ver. Aubrey volvió a sentir una punzada de amargura en las entrañas.

—Hola, Aubrey —dijo Star.

Aubrey estaba demasiado alterada para mantener una conversación civilizada, sobre todo con la mujer que había destrozado el matrimonio de sus padres y había hecho tanto daño a su madre. Se levantó.

—Oh, por favor, no te vayas. He ido corriendo a la tienda a comprar queso y galletas para todos.

Aubrey miró a su padre. Después de la pelea, estaba segura de que querría que se marchara cuanto antes, pero parecía más triste que enfadado. Quizá cuando hubiera tenido tiempo de asimilar la conversación, se replantearía abrirse a ella.

—Quédate, Aubrey —dijo él—. No quiero que nos despidamos así.

Volvió a sentarse, en parte para contentar a su padre, pero también porque sentía curiosidad por aquella mujer y por si habría tenido algo que ver con la desaparición de Ethan. Como habían comentado ella y mamá, apenas sabían nada de ella.

Star ocupó el lugar de su padre en el sofá y se cruzó de manos sobre el regazo. Llevaba las uñas cortas, pintadas de rosa pálido, y lucía anillos en todos los dedos. Aubrey no la había visto desde que coincidieron todos en Nueva York para el cuarto cumpleaños de Ethan.

Seguía tan atractiva y juvenil como siempre, aunque debía de rondar la edad de mamá, con una altura y complexión similares. Llevaba el pelo blanco y vaporoso muy corto, pegado al cráneo. El flequillo pixie, las cejas negras arqueadas y los largos pendientes de aro acentuaban sus grandes ojos azules, que en ese momento escrutaban a Aubrey con rapidez.

—Por favor, cuéntame qué está pasando —dijo Star.

—No. Ninguna.

Star se tiró de uno de los pendientes.

Aubrey procuró ser educada sin soltar demasiado.

Su padre volvió con una bandeja de queso y galletas y una copa de vino para Star, y se sentó a su lado. No miró a Aubrey. Ella se preguntó si se arrepentía de haberle gritado antes.

—Gracias, cariño —dijo Star mientras aceptaba el vino y daba un sorbo.

—¿Cómo lo lleva tu madre? —preguntó Star.

—Va tirando —dijo Aubrey.

—Tiene suerte de tenerte. Sé que vosotras dos siempre habéis estado muy unidas.

—Sí —dijo Aubrey—. Y me alegro de que estés aquí para apoyar a mi padre.

Star arqueó una ceja, como si hubiera captado el sarcasmo de Aubrey.

Aubrey miró a su padre, que la observaba con el ceño fruncido. Ya lo había irritado, así que bien podía seguir haciendo preguntas, aunque a él no le gustara el rumbo que tomaban.

—Oh, sí —dijo Star—. He llegado a conocer bastante bien a Ethan. Es un niño encantador. Lo considero casi como si fuera mi propio nieto.

Se preguntó si Star la estaba provocando, recordándole que durante todos esos años en que mamá había estado alejada de

Ethan, aquella mujer había formado parte de su vida. Aubrey procuró que no se le notara la rabia en la voz y preguntó con desenfado:

Star pareció desconcertada y luego respondió:

—¿Pero hijos sí tienes?

Star mordisqueó una galleta con queso.

Aubrey percibió la incomodidad de Star. Aquello era nuevo. ¿Tendría algún esqueleto en el armario?

Star esbozó una sonrisa forzada que no le iluminó la mirada.

—¿Tu hija vive cerca de ti en Los Ángeles?

Star dio otro sorbo de vino. Quizá tenía sed, o quizá estaba evitando la pregunta. El aire acondicionado arrancó con un carraspeo y luego empezó a zumbar.

Su padre se inclinó en el sofá.

—Ah —dijo Aubrey—. Entonces, ¿la conoces, papá?

Star le puso una mano en el brazo. —Está bien, Larry. —Se volvió hacia Aubrey—. Por desgracia, mi hija y yo llevamos años sin hablarnos. Ha sido muy difícil para mí, por eso entiendo lo que debió de sentir tu madre al distanciarse de tu hermano y su familia. —Se puso de pie—. Me temo que tendrás que disculparme, pero noto que me está entrando una migraña. No hemos dormido mucho, y supongo que tú tampoco.

Su padre hizo ademán de levantarse.

—No, no, no te levantes, Larry. Habla con tu hija. Os veis tan poco que estoy segura de que os gustaría poneros al día.

Aubrey la observó deslizarse sobre el terrazo y entrar en lo que probablemente era el dormitorio.

—¿Así que ahora crees que Star está involucrada? —dijo su padre en voz baja. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho—. Porque no podrías estar más equivocada.

—Solo intentaba entablar conversación. Llevas tiempo diciéndome que la conozca mejor.

—Star es una de las personas más amables y desinteresadas que he conocido —dijo—. ¿Sabías que ha sido la mayor defensora de tu madre todos estos años? Fue ella quien me presionó para que

convenciera a Kev y a Kim de que permitieran a tu madre ver a Ethan. Star sabe lo doloroso que es cuando tus hijos no te quieren.

—Lo siento, papá. No pretendía dar la impresión de estar acusando a nadie. —Aunque las intenciones de Star fueran desinteresadas, a Aubrey le enfurecía que su padre siguiera defendiéndola.

Se levantó para irse. —Pero voy a seguir haciendo preguntas hasta que encontremos a Ethan. Y si te importa tanto como dices, tú también deberías empezar a hacerlas.

CAPÍTULO 16

Diana vio cómo Jonathan le servía un brandy y se servía otro. Luego él se quitó el abrigo y se sentó a su lado en el sofá de cuero blanco.

Le temblaban las manos al sujetar la copa.

—Mi pobre querida —dijo Jonathan. Se levantó, fue al dormitorio y regresó con una manta de ganchillo que Diana no había visto nunca. Mientras se la echaba sobre los hombros, ella se preguntó si la habría tejido su difunta esposa—. Debería haber venido antes. No tenías por qué enfrentarte a esto sola.

Los cristales de sus gafas de carey estaban rayados y picados por los años. Aún llevaba la chaqueta del traje, aunque se había aflojado la corbata. Rayas azules y grises.

Era una de las corbatas que ella le había comprado para las entrevistas del puesto de juez, porque todas las que tenía eran demasiado anchas y pasadas de moda.

Se había reído cuando ella le dio la caja de corbatas. «Gracias, querida», había dicho. «Pero hasta aquí llego con tus intentos de cambiarme».

Y ella había respondido: «Jamás se me ocurriría cambiarte. Te quiero, aunque estés irremediablemente anticuado».

—Alguien quiere que te mate —dijo ella en voz baja.

Él parpadeó rápidamente, sus ojos color avellana desconcertados, y frunció el ceño.

—Había una nota —continuó ella—. Alguien la dejó dentro de una tarjeta en mi casa esta tarde. Decía que devolverían a Ethan sano y salvo si te mataba.

—Dios mío. ¿Se la has enseñado al FBI?

Ella negó con la cabeza.

Su mirada recorrió la habitación, aunque no parecía ver nada. Tenía el rostro más pálido de lo habitual, las pecas más marcadas.

Ella dio un sorbo al brandy, esperando que el ardor le calmara los nervios.

Él se quedó mirando su copa. Las manos le estaban cubiertas de manchas de la edad, y entre los nudillos, deformados por la artritis, le crecían algunos pelos dorados.

—Posiblemente —respondió ella.

—Pero ¿cómo saben de Ethan? ¿O de mí?

—Podrían haberme estado siguiendo. Quizá han vigilado mi casa y vieron llegar a Ethan. Y podrían haber leído sobre nuestro compromiso en los perfiles que salieron cuando te postulaste para la Corte Suprema —dio otro trago—. Pero hay otros que pueden tener motivos contra los dos.

—Pero acabas de decir que crees que tú eres el objetivo de los extorsionadores.

—El objetivo «principal». No deberíamos descartar que también quieran eliminarte a ti.

—Cierto —dijo él—. Entonces, ¿quién podría querer acabar con los dos?

—¿Los Simmer?

Él arqueó una ceja.

—Podrías ser una amenaza para ellos si consigues la nominación.

Jonathan asintió.

Ella se quedó mirando los tres pisapapeles carmesí de la mesita.

—¿Tu exmarido? Nunca tuve la impresión de que fuera vengativo o siquiera celoso.

—Aubrey cree que podría ser manipulado por su novia.

—¿Así que Aubrey sabe lo de la nota?

—Sí.

—Me alegra que no hayas tenido que enfrentarte a esto sola —dijo él, y le apretó el hombro—. Y ahora también me tienes a mí. Entonces, ¿por qué crees que Larry y su novia pueden estar involucrados?

—No sé mucho sobre Star, lo que significa que todo es posible.

—¿Y Larry? —Su rostro reflejaba preocupación, aunque era su propia vida la que estaba en peligro. Tenía que decírselo.

—Me preocupa que esto pueda estar relacionado con algo que sucedió cuando estaba en la universidad —dijo ella.

—¿A qué te refieres?

—April Fool —apenas logró pronunciar las palabras antes de que se le cerrara la garganta.

Incluso después de tantos años, no podía hablar de ello, pero no hacía falta.

Los ojos de Jonathan se abrieron de par en par tras las gafas. Conocía la referencia al 1 de abril de 1970, el día de la explosión. Para cualquiera que hubiera estudiado en el Barnard College o en la Universidad de Columbia por aquel entonces, el April Fools' Day nunca volvería a ser un día para gastar bromas.

Esperó a que él la encarara, a que le preguntara qué podía haber hecho hacía más de cuarenta y cinco años para que alguien intentara amenazarla ahora. Pero Jonathan apuró su copa y fue al mueble bar a servirse otra.

Se quedó allí mirando por la puerta corredera de cristal, con gesto pensativo, como si estuviera sopesando argumentos legales. Y un escalofrío la recorrió.

¿Y si él lo sabía?

Jonathan había estado en la Facultad de Derecho de Columbia en aquella época. Podría haber conocido a gente, quizá incluso haber tenido alguna conexión personal con April Fool. Alguna herida que le había ocultado, esperando el momento adecuado para vengarse. Toda esta terrible situación podría ser cosa suya.

¿Era Jonathan su enemigo?

No. No era posible. Se habría dado cuenta si la hubiera estado engañando.

Además, Jonathan jamás se volvería contra ella. Y plantear un ultimátum que implicara su propia muerte no tenía sentido. No estaba pensando con claridad. El miedo por Ethan y la falta de sueño la estaban volviendo paranoica.

Jonathan volvió al sofá, se sentó a su lado y la tomó de la mano. —Todavía estás fría. —Le acarició la mejilla—. Sabes que te quiero mucho. Si hay algo en tu pasado, no me importa.

Ella se estremeció.

Él le ajustó la manta sobre los hombros. —Me crees, cariño, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo ella, y enseguida desvió la mirada.

CAPÍTULO 17

Aubrey dejó el coche de su madre en el oscuro camino de entrada, junto a los dos sedanes negros, y entró por la puerta principal. Casi esperaba encontrarse a Smolleck plantado en el vestíbulo, brazos cruzados sobre su traje demasiado elegante, con cara de «te pillé».

Pero no había nadie.

Aguzó el oído por si llegaba algún ruido del fondo de la casa. No sonaba ningún teléfono, pero seguramente las llamadas con pistas se estaban desviando al puesto de mando que los Simmers habían montado en el Ritz.

Eran casi las nueve y media, más de treinta horas desde que Ethan había desaparecido. ¡Treinta horas! Por la nota de rescate, creía que seguía vivo, pero eso no significaba que estuviera a salvo. Era solo un niño pequeño. Ojalá no estuviera asustado.

Solo unos meses antes, Ethan había pasado la noche en su apartamento de Providence mientras Kevin y Kim asistían a una gala en Newport. Jackson se había largado por ahí para que ella y Ethan no tuvieran que aguantar a un «sujetavelas», o eso había dicho. Ahora Aubrey entendía qué había estado haciendo en realidad.

Ethan y ella se habían acomodado entre almohadas en su cama para ver una película sobre un niño que intentaba burlar a un par de malos. En un momento dado, el niño se escondía en la parte trasera del coche de sus padres. Los malos lo buscaron en el coche, pero no lo vieron, oculto bajo un transportín de perro encajado detrás del asiento del conductor.

A Ethan le había encantado que el niño los burlara, pero más tarde, esa misma noche, se despertó de una pesadilla sobre la película y lloró llamando a su madre. Aubrey lo consoló y le dijo que el niño estaba a salvo, que había sido muy valiente, igual que Ethan.

¿Habría alguien consolando a su sobrino esa noche cuando llorara por su madre?

Subió las escaleras a toda prisa. Comprobó que su madre aún no había vuelto de casa de Jonathan y fue a su habitación a por el portátil.

Tenía mucho que hacer.

Tenía un mensaje de Smolleck con un archivo adjunto. Se lo había enviado a toda la familia. Smolleck había escrito:

> Por favor, revisen las fotos adjuntas y presten especial atención a las personas del fondo. Avísenme si reconocen a alguien.

O sea que había seguido su sugerencia. Su respeto por él subió un peldaño. Abrió el archivo adjunto. Había seis fotos, tomadas en la feria, probablemente con el iPhone de su madre.

Ethan, con su camiseta azul cielo del delfín saltarín, salía en todas.

Amplió cada foto y estudió a la gente del fondo, una por una. No reconoció a nadie, pero también se fijó en si alguien miraba a Ethan o tenía aspecto sospechoso.

Examinó la última foto, el selfi de Ethan y Mama.

Había una mujer junto a un puesto, de cara a la cámara. Parecía mirar a Ethan con el ceño fruncido.

Aubrey amplió el rostro hasta que empezó a pixelarse y luego lo volvió a enfocar. La mujer tenía la barbilla pronunciada, llevaba gafas de sol grandes y el pelo oscuro y alborotado recogido hacia atrás. Aparentaba unos cuarenta años y tenía algo sobre el labio superior arqueado —un lunar o un grano—, Aubrey no sabía distinguirlo.

Buscó a la mujer en las otras fotos, pero no la encontró. Entonces reparó en otra cosa: un hombre que no parecía de los que van a ferias. También salía en otra foto. Era corpulento y musculoso, con los dos brazos cubiertos de tatuajes. Aubrey amplió la imagen. Los tatuajes parecían serpientes entrelazadas. El hombre tenía barba rojiza descuidada, la cabeza rapada y llevaba gafas oscuras. Debía de rondar los treinta y tantos. Y aunque no miraba a Ethan, resultaba sospechoso que apareciera en dos fotos sacadas en dos

puntos distintos de la feria. Podía ser uno de los feriantes que el FBI estaba investigando, pero se aseguraría de que Smolleck lo supiera.

Respondió al mensaje:

> No reconozco a nadie, pero fíjese en la mujer de la Foto 6 —pelo oscuro, gafas de sol y lunar sobre el labio— que mira hacia Ethan. También en el hombre corpulento con barba y brazos tatuados de las Fotos 1 y 5. ¿Feriante?

Dudó. Smolleck estaba haciendo su trabajo, y además atendía sus sugerencias. Tenía que dejar de tratarlo como si fuera el enemigo.

Añadió: *Gracias por enviar las fotos*, pulsó «Enviar» y se recostó en la silla.

La mirada se le fue a las bolas de nieve. Dos niños que tiraban de un trineo, una madre con su hija en un bosque de abetos nevados, una familia en plena guerra de bolas de nieve.

Cuando Aubrey había acorralado a su padre en el apartamento de tiempo compartido para sacarle respuestas, él había señalado a Mama con rabia. Reconoció la táctica de intimidación. Su padre ocultaba algo. Si no, ¿por qué se habría puesto tan a la defensiva cuando le preguntó por la política y por Columbia?

Y sin embargo, no podía imaginar que el hombre que la había abrazado mientras la guiaba pista abajo, cuando tenía demasiado miedo para bajar sola, estuviera implicado en el secuestro de su propio nieto.

A menos que otro estuviera al mando.

Y la mujer que lo tenía hechizado desde el primer día era la candidata más probable.

Star Matin.

Cuando la conoció, Star se había presentado pronunciando el apellido como la palabra francesa para «mañana», y Aubrey había pensado que se escribía «Matanne». Después supo que no.

Tecleó «Star Matin» en Google y apenas obtuvo resultados, todos relacionados con el negocio de joyería de Star. Fue siguiendo cada enlace hasta dar con un artículo en una revista pequeña llamada *Southern Comfort*. Era antiguo, de hacía diez años, de antes de que Star se liara con su padre.

> Star Matin nació en Charleston como auténtica dama sureña. Para complacer a sus padres, llevaba vestidos con volantes, aprendió a hacer reverencias y no bebió de más en su baile de debutante, cuando en realidad lo que quería era ser una marimacho. Estudió arte en Agnes Scott College, en Decatur, Georgia, y luego trabajó en publicidad y marketing antes de independizarse y crear su propia línea de joyería deslumbrante, The Star Collection, que pueden encontrar aquí mismo, en Buckhead, donde Star lleva diez años con su boutique en el exclusivo centro comercial Peachtree Shoppes. Como dice Star: «¡Siempre pensé que quería ser una marimacho, pero la verdad es que me encanta ser mujer!»

Un artículo de relleno sin mucho contenido, pero coincidía con lo que Aubrey sabía. Buscó imágenes y encontró un par de fotos de Star en varios eventos con su padre. Volvió a la búsqueda original y rastreó enlaces más antiguos, pero no había nada.

Había llegado el momento de investigar los antecedentes de su padre. Quizá encontrara respuestas a su creciente lista de preguntas.

¿Por qué no se había sometido al polígrafo? ¿Por qué Smolleck preguntaba por sus ideas políticas y por su época en la Universidad de Columbia? ¿Y conocía su padre a Jonathan de antes?

Empezaría por lo que sabía e iría avanzando desde ahí.

Su padre había estudiado en Columbia de 1967 a 1971.

Su madre había estudiado en Barnard, la universidad hermana, de 1969 a 1973.

Aubrey buscó en internet a ver si podía acceder a los anuarios universitarios de alguno de los dos, pero estaban protegidos con contraseña, así que probó otra cosa. Recordaba que sus padres se habían conocido en el 69, así que buscó en Google «Universidad de Columbia 1969» para ver qué pasaba en aquella época.

Aparecieron artículos con referencias a protestas estudiantiles y huelgas. Ya sabía algo de aquella época: la impopular guerra de Vietnam, la oposición al reclutamiento, las tensiones raciales, el surgimiento de la cultura hippie y el consumo descarado de drogas.

Hizo clic en un enlace a un vídeo de YouTube: un documental de 1969 sobre una huelga estudiantil y la toma de la universidad. Lo vio sorprendida por la ira de los estudiantes que agitaban los puños, captada en aquella película en blanco y negro de imagen entrecortada.

La rebelión y el activismo eran completamente ajenos a su experiencia como universitaria en Brown, y ahora en el posgrado. Sus años de carrera habían consistido en sacar buenas notas y estudiar con profesores de prestigio. Pero aquellos estudiantes de Columbia, liderados por un grupo llamado SDS, o Estudiantes por una Sociedad Democrática, según explicaba el narrador, estaban en guerra contra la administración de la universidad. Afirmaban que Columbia estaba al servicio de las grandes corporaciones que financiaban la maquinaria bélica. Empresas cuyos directores ejecutivos formaban parte del consejo de administración de Columbia o aportaban cuantiosas donaciones a la universidad, como Lockheed, General Dynamics, CBS y Baer Business Machines.

Aubrey detuvo el documental. No se había dado cuenta de que hubiera habido un vínculo entre el negocio familiar de Prudence y Columbia, pero no le sorprendía. BBM era una de las corporaciones más poderosas del país. Seguramente tenían intereses en muchos sitios, incluso ya en 1969.

Buscó información sobre el consejo de administración de Columbia y descubrió que Emmet Baer, fundador de BBM, había formado parte del consejo de 1965 a 1970.

Kevin le había contado una vez que Prudence quería que él y Kim le pusieran a su hijo Emmet, por su abuelo, pero por una vez

Kim se había puesto del lado de Kevin y habían acordado llamarlo Ethan. Sin embargo, Aubrey no alcanzaba a imaginar qué relación podía tener que Emmet Baer hubiera estado en el consejo de Columbia con el secuestro de Ethan.

Volvió al documental y siguió viendo las imágenes entrecortadas de los manifestantes estudiantiles, que tomaban cinco edificios de la universidad y después se atrincheraban frente a la policía.

Sus padres habían estado en Columbia durante aquel período radical, pero Aubrey le había dicho a Smolleck que sus padres no eran gente politizada. La reacción de su padre esa noche sugería que quizá se había equivocado. Buscó a su madre y a su padre en el documental, intentando reconocer entre los estudiantes melenudos a quienes imaginaba que habrían sido sus padres entonces, pero si habían estado allí aquel día, Aubrey no logró identificarlos.

Buscó en Google «Larry o Lawrence Lynd» y «Universidad de Columbia», y le salieron varias referencias en biografías recientes que lo mencionaban como graduado de Columbia. Acotó la búsqueda añadiendo «1969» y «1970». No apareció nada.

Si su padre había participado en algún tipo de activismo estudiantil, no había sido muy visible.

Luego buscó en Google «Diana Hartfeld» y «Diana Lynd», ya que su madre se había casado en segundo de carrera, combinándolo primero con «Columbia» y luego con «Barnard».

Tampoco encontró nada sobre su madre.

Buscó «Larry Lynd y Jonathan Woodward», pero no obtuvo ningún resultado que los relacionara.

Entonces se le ocurrió otra cosa. Smolleck había mencionado el accidente en el que su madre había resultado herida, como si tuviera alguna relación con la desaparición de Ethan.

Buscó en Google «Accidente, Universidad de Columbia, 1969».

No hubo resultados específicos, pero en WikiCU, el sitio wiki de la Universidad de Columbia, había una lista de incidentes notables de 1969. Protestas, estudiantes que tomaban edificios universitarios, la eliminación del ROTC del campus y más referencias a la organización SDS. Hizo clic en el enlace de WikiCU a 1970 y revisó las entradas hasta que una le llamó la atención:

El grupo estudiantil revolucionario Stormdrain vuela por accidente su sede, ubicada en un brownstone.

Aubrey siguió un enlace al artículo. Una foto en blanco y negro tomada de noche mostraba a varios policías frente a una hilera de casas adosadas de ladrillo. Barricadas y escombros bordeaban la calle, pero lo más llamativo era el hueco negro entre dos majestuosos brownstones. El edificio de en medio había quedado arrasado.

El pie de foto decía: Emplazamiento del brownstone de Morningside Heights que explotó en Abril de 1970, Con un saldo de cuatro muertos, Entre ellos tres estudiantes de la Universidad de Columbia.

¿Sería este el accidente en el que estuvo su madre?

—¿Te ocultan cosas? —le había preguntado Smolleck.

Aubrey no había respondido, inquieta por la respuesta que le vino a la cabeza.

«Sí», le ocultaban cosas.

Pero ella tenía tanta culpa como ellos. Nunca les había preguntado a sus padres por su pasado, consciente de que el tema estaba vedado. Había crecido procurando no hacer olas porque sabía que el matrimonio de sus padres no era del todo estable. Luego, hacía ocho años, después de que papá se marchara y el barco hubiera zozobrado, había sentido una necesidad aún mayor de proteger a su madre evitando adentrarse en aguas peligrosas.

Pero esos días habían terminado. Aubrey tenía preguntas que solo mamá podía responder, y se las iba a hacer. Aunque acabaran hundiendo el barco.

CAPÍTULO 18

La tarima de madera crujió frente a la puerta de su dormitorio.

—¿Mamá? —llamó Aubrey—. ¿Eres tú?

Su madre abrió la puerta y asomó la cabeza. Estaba pálida como un fantasma.

—¿Qué pasa? —Aubrey empezó a levantarse—. ¿Es Ethan...?

Su madre alzó la mano.

—Ha pasado algo. Estás alterada.

Mamá la miró confundida, pero enseguida su expresión se aclaró.

Aubrey soltó el aire.

—¿Y tú? —su madre señaló el portátil—. ¿Qué has estado haciendo?

—Investigando.

—¿Sobre qué?

Aubrey observó a su madre, pendiente de su reacción, mientras respondía.

Su madre abrió mucho los ojos.

—Porque parece importarle a Smolleck. Y porque papá actúa como si supieras algo importante que pasó entonces.

—¿Tu padre?

—Fui a verlo esta noche. Quería hacerle algunas preguntas sobre el pasado, pero lo volvió todo contra ti.

Mamá aferró la colcha.

¿Qué estaba ocultando?

Su madre apartó la mirada.

«Oh, no», pensó Aubrey. «Por favor, no».

—Estaba fuera del edificio cuando explotó —dijo su madre, mirándola a los ojos—. Así fue como me lesioné. La onda expansiva me perforó el tímpano y me alcanzaron los escombros.

—Pero ¿estuviste involucrada?

—¿Qué quieres decir?

—¿Tuviste algo que ver con la explosión?

—Fue un accidente —dijo su madre—. Una bomba que estalló sin querer.

—Lo sé. Lo leí.

—Yo no fui responsable de esa explosión.

—¿Crees que la explosión podría estar relacionada con el secuestro de Ethan?

—No veo cómo.

Aubrey miró las bolas de nieve en el estante sobre su escritorio. Por fin había agitado los copos, pero ya se habían posado, y todo seguía igual que antes. No estaba más cerca de encontrar la verdad.

—Ven aquí, cariño.

Era la voz reconfortante que su madre usaba cuando Aubrey estaba disgustada o frustrada de niña. Y como una niña, Aubrey fue a sentarse a su lado. Dejó que su madre la abrazara, aunque sentía que había claudicado. Había cedido demasiado fácilmente al no insistir más, pero se había pasado la vida contentando a mamá: un patrón difícil de romper.

—Son casi las diez —dijo Aubrey, apartándose con suavidad—. Seguramente estén repitiendo la rueda de prensa de Kevin y Kim. Deberíamos verla.

—¿Te acuerdas de cuando veíamos *Las chicas Gilmore* juntas? —preguntó mamá—. Nos tumbábamos aquí, en tu cama. Echo de menos esos días.

—Yo también.

Se oyó la voz de la presentadora, que explicaba cómo Ethan Lynd, de seis años, había desaparecido en un carnaval del barrio el domingo, sobre las tres de la tarde.

En la parte inferior de la pantalla pasaba un número de teléfono para llamar con pistas o posibles avistamientos. Apareció una de las fotos que mamá había sacado en el carnaval: Ethan con su enorme sonrisa y sus hoyuelos, los rizos dorados revoloteando a su alrededor.

A su madre se le cortó la respiración.

—No. *No* como Jimmy Ryce —dijo Aubrey—. Vamos a recuperar a Ethan sano y salvo.

La voz de la presentadora continuó:

La cámara pasó a las imágenes de Kevin y Kim.

Aubrey sintió que el pecho se le hundía mientras observaba a su hermano y a su cuñada. Kevin parecía sostener a Kim, que miraba al frente con expresión ausente. A un lado tenían un gran póster de Ethan; al otro, Prudence y Ernest Simmer.

Y entonces la ira superó a la tristeza.

Ella y su madre deberían haber estado allí, con Kevin. ¿Cómo se atrevían los Simmer a intentar agrandar el abismo entre ellos en un momento así?

Kevin habló, luchando con cada palabra como si le arrancaran las muelas. Tenía el pelo castaño despeinado y las mejillas sin afeitar, pero lo que más afectó a Aubrey fueron sus ojos: ojos oscuros y solemnes que albergaban tanto dolor.

Y ella no había estado allí para apoyarlo.

Kevin y Kim se apartaron de los micrófonos y Prudence y Ernest se adelantaron. Primero abrazaron a su hija y a su yerno; luego se volvieron hacia las cámaras. Todo en Prudence era incoloro, incluso los labios. Su melena rubia le rozaba los hombros de la blusa de seda beige. Prudence Baer Simmer no parecía en absoluto una heredera altiva, sino una abuela desesperada. Sus ojos pálidos escudriñaban las cámaras con expresión desorientada. Ernest se cernía sobre ella, la cabeza calva reluciendo bajo las luces, los hombros encorvados, un brazo sosteniendo a su esposa. Esa gente no estaba fingiendo.

Aubrey había barajado la posibilidad de que los Simmer estuvieran detrás del secuestro de Ethan y la nota amenazante, pero ¿cómo podían mostrarse tan afligidos si eran los responsables?

Prudence se inclinó hacia el micrófono. —Ofrecemos una recompensa de un millón de dólares a quien proporcione información que permita recuperar sano y salvo a nuestro nieto, Ethan Lynd.

—Un millón de dólares —susurró su madre.

—Si han visto a Ethan o conocen a alguna de las personas que se llevaron a nuestro pequeño, por favor llamen a este número. —Prudence levantó un cartel con el número y lo leyó en voz alta. Era el mismo que se deslizaba por la parte inferior de la pantalla.

Prudence y Ernest hablaron otro minuto sobre Ethan, y entonces, para sorpresa de Aubrey y aparentemente también de los Simmer, Kim se abrió paso hasta ponerse delante de ellos. Tenía el pelo rubio revuelto, los ojos rojos e hinchados. —Es mi bebé —dijo con lágrimas corriéndole por las mejillas—. Por favor, si tienen a mi pequeño... —Las palabras se le atragantaron.

Kevin se acercó y la abrazó mientras miraba fijamente a la cámara. —Ethan, ¿estás viendo esto? Te queremos, pequeño. Vamos a llevarte a casa. —Y entonces se le descompuso el rostro.

Mamá negó con la cabeza. —Nunca me lo perdonará.

Aubrey no sabía cómo consolarla. Su madre probablemente tenía razón. Kevin no la perdonaría, pasara lo que pasara.

La presentadora estaba hablando y en la pantalla apareció «Entrevista exclusiva». —Tenemos una entrevista exclusiva con una familia que puede arrojar luz sobre esta horrible tragedia. ¿Estás ahí, Roberto?

—Sí —dijo él—. Gracias, Lourdes. Estoy con Rhonda y Chris Cole, los padres de Ryan Cole, un niño que murió hace tres años mientras estaba al cuidado de la doctora Diana Lynd, la abuela paterna de Ethan.

—Por el amor de Dios —dijo Aubrey—. No puedo creer esto.

—Señor y señora Cole —continuó el reportero—, ¿pueden hablarnos de su experiencia con la abuela de Ethan, la doctora Diana Lynd?

Los Cole se miraron. Iban vestidos de manera formal: él con traje, ella con un vestido negro de cuello alto.

Rhonda tomó la palabra. El pelo castaño y sin vida le caía suelto hasta los hombros, y miraba las manos, no a la cámara. —Cuando nos enteramos de lo que había pasado, sentimos que teníamos que dar la cara y contar al mundo lo que sabíamos.

—¿Y qué es, señora Cole? —la animó a continuar el reportero.

—Esa mujer, la abuela del niño, bueno, es doctora. Se suponía que tenía que cuidar de nuestro hijo, pero dijo que no le pasaba nada. Y entonces nuestro Ryan se murió.

—¿Cree que eso tiene algo que ver con la desaparición de Ethan? —preguntó el reportero.

—¿Qué clase de doctora dice que un niño está bien y lo manda a casa a morir? —Rhonda Cole se secó los ojos, pero el desprecio la delató cuando se le torció el labio.

Aubrey cayó en la cuenta de que los Cole podrían haber dejado la nota. Quizá el triciclo rojo de la tarjeta era una referencia a su hijo.

—La doctora Lynd fue exonerada de cualquier responsabilidad en la demanda por negligencia médica que ustedes presentaron contra ella, ¿no es así? —preguntó el reportero.

—Sí, pero no debería haberlo sido —dijo Chris Cole.

—Es irresponsable —dijo Rhonda Cole—. Mató a nuestro hijo y no mostró ningún remordimiento, y ahora su nieto está desaparecido. ¿Por qué no estuvo en la conferencia de prensa si no tiene nada que ocultar? ¿Por qué la policía no la ha detenido?

—Esa mujer es una asesina de niños —dijo Chris Cole, tan alto que sobresaltó al reportero.

—No puedo creer esto —dijo Aubrey.

Mamá agarró la mano de Aubrey y la apretó con fuerza.

El reportero parecía alterado. Se tocó la oreja, como si estuviera escuchando instrucciones. —Gracias, señor y señora Cole —dijo—. Te devuelvo la conexión, Lourdes.

—A continuación, conoceremos a unos cachorros adorables que buscan hogar —dijo Lourdes, mientras entraba un anuncio.

—Son unos chiflados, mamá. —Aubrey hervía de rabia por dentro. Apagó el televisor con el mando, se levantó y cerró de golpe las puertas del armario.

—Los Cole están muy enfadados. —Mamá se arrebujó en el jersey—. Son padres que perdieron a su hijo.

Aubrey se apoyó en el armario y se frotó los brazos. *«Asesina de niños».* Las palabras la helaron, aunque sabía que no eran verdad.

Pero Ethan seguía desaparecido, y Aubrey no tenía ni idea de dónde buscar ni qué hacer para evitar que su querido sobrino acabara siendo víctima de otra persona.

CAPÍTULO 19

Asesina de niños, la habían llamado.

Quizá tenían razón. Diana se estremeció en su dormitorio, demasiado frío. Quizá era ella la verdadera villana en todo esto. No sería la primera vez que creía estar del lado del bien y resultaba que se equivocaba.

Se puso un camisón de franela y se metió bajo el viejo edredón de retazos, ya gastado, con la esperanza de que el calor le quitara los escalofríos. El ataque de los Cole la había alterado, pero durante el juicio se había vuelto casi inmune a sus arrebatos de locos. Lo que más le preocupaba era lo que todo aquello le estaba haciendo a su familia.

Kevin parecía al borde del colapso mientras suplicaba en televisión que le devolvieran a su hijo. Pero Aubrey también estaba atrapada en la vorágine, y sentía el mismo tipo de indignación que Diana había experimentado cuando abrió los ojos por primera vez a las injusticias del mundo.

La ironía era que los padres de Diana se habían esforzado tanto por proteger a su hija, igual que Diana había esperado poder hacer con los suyos.

Sus pobres padres.

No entendió hasta hace poco lo difícil que debió de ser aquel año para ellos.

Di vio el asombro en los rostros de sus padres al observar su atuendo: vaqueros raídos y una blusa campesina que había comprado en un mercadillo del Village. Estaban en Nueva York unos días, y era la primera vez que la veían en seis semanas, desde que empezó el primer curso. Odiaba la sensación de haberlos

decepcionado, pero sabía que tenía que mantenerse firme. Ahora esta era su vida.

Tomaron el metro hasta el Stage Deli a comer sándwiches de pastrami, pero Di no tenía mucho apetito. Se estaba perdiendo una reunión sobre una importante manifestación contra la guerra. O quizá era a Lawrence a quien no quería perderse.

—¿Por qué no comes? —preguntó su madre.

Di jugueteó con el pepinillo del plato. —No tengo hambre.

Su padre puso cara de médico preocupado. —No estarás tomando drogas, ¿verdad?

—Claro que no, papá —mintió.

—La lisergida es una droga muy peligrosa —dijo él—. Puede causar ataques de pánico, violencia, incluso psicosis.

—No estoy tomando LSD.

Su padre continuó como si no la hubiera oído. —Y hay estudios que demuestran que, años después del consumo, puede haber cambios perceptivos a largo plazo.

—Lo que estoy experimentando ahora mismo son cambios perceptivos a corto plazo —dijo Di—. Y no por las drogas. Es como si hubiera estado dormida toda mi vida. Por fin estoy despertando y veo las cosas terribles que ocurren en el mundo. Y lo más importante: estoy intentando detenerlas.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó su madre, con el acento yiddish más marcado por la agitación—. Te vistes como una hippie, hablas como una revolucionaria. Te enviamos a la universidad para que recibieras una educación.

—Y la estoy recibiendo —dijo Di—. Una educación mejor de lo que jamás soñé.

Sus padres intercambiaron una mirada preocupada. —Esto no está bien —dijo su padre—. Vuelve a Miami con nosotros. Es peligroso que te quedes aquí.

Di se rio. —¿Qué es peligroso? ¿Enfrentarse a nuestro gobierno? ¿No dejar que nos arreen a los hornos como hicieron los nazis con sus ciudadanos?

Su madre palideció.

—Oh, mamá. —Di le tomó la mano—. ¿No entiendes que es importante que alcemos la voz? Si los judíos hubieran luchado, quizá habrían sobrevivido más. Quizá tus padres y tus hermanos seguirían vivos.

Su madre apartó la mano. —No sabes nada de estas cosas.

—Y no solo hablo de los judíos —dijo Di—. El pueblo alemán también. Deberían haberse enfrentado a Hitler. Igual que nosotros tenemos la obligación de decirle a nuestro gobierno que está haciendo mal las cosas.

Su madre echó la silla hacia atrás. —Vámonos, Louie —dijo—. No puedo seguir oyendo esto. Nuestra hija se ha vuelto loca.

———

Diana se subió más el viejo edredón. Su madre había tenido razón. *Se había* vuelto loca. Pero en aquel momento solo veía la emoción embriagadora de hacer algo para que el mundo fuera un lugar mejor. Había criticado el miedo de sus padres a desafiar la autoridad y a llamar la atención. Le avergonzaba pensar en su descarada ingenuidad y en cuánto debió de herirlos. Pero entonces estaba embriagada por un sentimiento de rectitud.

Y por *él*.

Cerró los ojos y vio un destello blanco contra la oscuridad. Y recordó lo que había sentido al observarlo.

———

Parecía volar mientras guiaba al grupo por el parque, el cabello rubio suelto sobre los hombros bajo el pañuelo blanco, la camisa blanca ondeando a su alrededor.

Di jadeaba mientras se apresuraba a seguir el ritmo de los otros treinta estudiantes que habían seguido a Lawrence desde la universidad hasta Central Park. Había empezado a llamarse a sí mismo Lawrence de Columbia, y era difícil no compararlo con

Lawrence de Arabia, o al menos con Peter O'Toole, que lo había interpretado en la película.

Al llegar al Great Lawn de Central Park, la multitud se convirtió en miles de personas que se movían como una sola, como una ameba gigante en expansión. Parecía que todos estaban allí por lo que llamaban la Moratoria para Terminar la Guerra en Vietnam, y Di se sentía en el mismísimo centro. Hasta los árboles parecían haberse vestido para la ocasión con brillantes tonos rojos y naranjas. Sobre ellos, el Castillo Belvedere se alzaba en lo alto de una colina.

Los manifestantes llevaban carteles: «Haz el amor, no la guerra», «Traed a nuestros chicos a casa», «La guerra no es buena para los niños ni para ningún ser vivo». Y coreaban: «¡No, no iremos!».

Di gritaba con los demás. Por fin estaba haciendo algo importante en su vida. Ayudaba a detener una guerra terrible que solo beneficiaba al gobierno y a las grandes empresas.

Aspiró el dulce olor de la marihuana y el humo de las pequeñas hogueras a su alrededor, y vio a Lawrence subirse a los hombros de Steve, el tipo más grande del grupo con diferencia. Lawrence agitó en el aire una pequeña tarjeta blanca. —¡No, no iré! —gritó. Encendió una cerilla y la acercó al borde de la tarjeta. —¡Quémala!

Los demás del grupo vitorearon y gritaron: —¡Quémala! ¡Quémala!

Su tarjeta de reclutamiento ardió en llamas, pero Lawrence no la soltó, ni siquiera cuando el fuego le tocó los dedos. Di sintió que se desvanecía. No sabía si era por el dolor que imaginaba que él sentía o por su arrogancia seductora, y no le importaba. Solo deseaba tener algo que quemar, para demostrarle que la había conmovido. Que lo seguiría adondequiera que él la llevara.

Gertrude se había encaramado a los hombros huesudos de Jeffrey. El cuerpo fibroso de él era más fuerte de lo que parecía, pues soportaba el peso de ella sin problemas. Gertrude agitaba los brazos, con los ojos destellantes en violeta detrás de sus gafas rosas, los pezones visibles bajo la blusa blanca transparente. —Vamos, camaradas —gritó la compañera de cuarto de Di—. Quemad

vuestras putas tarjetas de reclutamiento. No dejéis que os envíen a matar a gente inocente, a niños inocentes.

El rostro ceñudo de Jeffrey, casi oculto tras sus enormes patillas, cobró vida. —¡Quemadlas, camaradas! ¡Que arda todo!

Varios chicos sacaron sus tarjetas y las prendieron.

Linda estaba junto a Di, el cabello pajizo pegado a las mejillas sonrojadas, los ojos azules brillantes como si tuviera fiebre. Se llevó los brazos a la espalda y sacó triunfante el sujetador por la manga de la camiseta. —No tengo tarjeta de reclutamiento —gritó Linda—, pero al menos puedo quemar esto.

Lawrence sonrió y le lanzó una caja de cerillas.

Linda encendió varias cerillas a la vez y las acercó al sujetador mientras los demás la animaban. El fuego prendió y las llamas brotaron.

—Vamos, camaradas —gritó Gertrude—. ¡Ni locos iremos!

—¡Ni locos iremos! —corearon todos en respuesta. Cada vez más fuerte. Cada vez más rápido—. ¡Ni locos iremos! —Di sintió el frenesí creciente a su alrededor, la euforia borrosa—. ¡Ni locos iremos!

—¡Al castillo! —gritó Lawrence, señalando hacia Belvedere—. ¡Asaltemos el castillo!

A lomos de los anchos hombros de Steve, Lawrence cargó colina arriba. Gertrude iba justo detrás, aferrada a Jeffrey, con la trenza negra rebotándole en la espalda, mientras el resto del grupo los seguía.

Llegaron a la terraza del castillo, que daba al Gran Césped y al lago Belvedere. Lawrence saltó de la espalda de Steve y se encaramó al muro de contención para que todos pudieran verlo.

—Camaradas —gritó—, tenemos que decidir quiénes somos y qué queremos lograr.

—¡Eso, eso! —gritó alguien.

—SDS nos ha fallado —dijo Lawrence—. La organización está plagada de disensiones y luchas de poder. ¿Cómo vamos a luchar por la paz si nos pasamos el tiempo peleándonos entre nosotros?

Todos aplaudieron.

Di buscó a Gertrude con la mirada. Estaba apartada, fumando un cigarrillo mientras se recostaba contra Jeffrey. Se recostaba con una familiaridad que sugería que pronto se quitaría la ropa para él.

Sin duda, en nombre de la paz.

—Necesitamos cooperación —gritó Lawrence—, no condenas.

El grupo vitoreó.

—¿Por qué no nos unimos a los Weathermen? —gritó Linda.

Lawrence se volvió hacia ella con expresión paciente. Linda parecía casi una niña, con aquellos ojos grandes y su cuerpo menudo de bailarina. Entonces él alzó el puño y gritó: —¡Porque podemos hacerlo mejor!

Todos vitorearon.

—Los Weathermen quieren una revolución en suelo estadounidense —dijo Lawrence—. Pues nosotros queremos paz en suelo estadounidense. —Extendió los brazos desde lo alto del muro; a su espalda, una multitud de miles en el Gran Césped; frente a él, su propio grupo, pequeño pero apasionado—. ¡Y paz en todo el mundo!

Estallaron en otra oleada de gritos y aplausos.

«Paz», pensó Di. Iban a luchar por la paz. Estaban plantando cara, como debería haber hecho el pueblo alemán. Como deberían haber hecho los judíos.

—Los peces gordos están preparando una tormenta de destrucción —dijo Lawrence—. Nos toca a nosotros drenar su veneno inmundo y dejar un mundo más limpio, mejor. —Cerró el puño—. Somos Stormdrain, y queremos paz en suelo estadounidense y paz en todo el mundo.

—¡Stormdrain! —gritó Steve, y todos vitorearon.

—¡Lawrence de Columbia! —Estalló otro vitoreo—. ¡Lawrence de Columbia es nuestro líder!

—Todos somos líderes —respondió Lawrence—. Estamos juntos en esto. —Se quitó el pañuelo blanco de la cabeza y lo agitó en el aire—. ¡Y si tenemos que usar tácticas revolucionarias para lograr nuestros objetivos, que así sea! —bramó.

Di se estremeció. ¿Tácticas revolucionarias?

Alguien empezó a cantar la canción de John Lennon sobre dar una oportunidad a la paz, y todos se unieron.

Ella se cogió del brazo de Steve y Albert, que estaban a cada lado. Todos se habían cogido de los brazos y se mecían de un lado a otro mientras cantaban.

Lawrence recorrió a sus seguidores con la mirada, escudriñando la multitud con aquellos ojos azules. «Mírame», rezó Di en silencio. «Mírame».

Pero sus ojos se posaron en Gertrude. Ella tenía los brazos alrededor del cuello de Jeffrey y se restregaba contra él.

«Pobre Lawrence», pensó Di, justo cuando él apartó la mirada de Gertrude y sus ojos se encontraron con los de ella.

Y cuando él le sonrió, lo único que pudo hacer fue devolverle la sonrisa.

Diana tocó la almohada del lado de él, donde nunca dormía, ni siquiera después de ocho años. —Oh, Larry —susurró—. Nuestras intenciones eran tan buenas. ¿Cómo pudo todo salir tan mal?

CAPÍTULO 20

El aire a pescado de la bahía le embotaba la mente mientras Aubrey corría por la ruta que solía tomar en el instituto: la avenida Tigertail hasta el Museo Vizcaya, y luego de vuelta por South Bayshore Drive. Los robles y banianos que se extendían sobre su cabeza bloqueaban la intensidad del sol matutino y dejaban el pavimento agrietado y reseco moteado de luz, igual que en sus carreras matutinas de hacía diez, doce años.

Después de aquellas carreras, siempre se había sentido mejor, como si de verdad tuviera cierto control sobre su vida. Pero su tónico especial había perdido la magia.

Esa mañana, el golpeteo de sus pies no consiguió liberarla de la ira que sentía hacia los Cole tras el ataque a su madre la noche anterior, ni de la frustración por no haber avanzado en la investigación sobre el pasado de sus padres.

Llegó a casa sin aliento y empapada en sudor, y echó un vistazo al camino de entrada y los arbustos. El coche de su madre y un sedán negro. No había periódico, pero quizá los agentes del FBI se lo habían llevado para comprobar si había alguna nota de rescate escondida entre las páginas.

Entró en la cocina a por un vaso de zumo de naranja y luego asomó la cabeza en el cuarto de estar. Smolleck no estaba. El agente Tan Lee, al que le habían presentado la noche anterior, estaba sentado a solas frente a sus ordenadores. El periódico, abierto por una página interior, descansaba en la mesa junto a él. Alcanzó a leer el titular: SIN PISTAS SOBRE EL NIÑO DESAPARECIDO.

Ya era noticia vieja, relegada a las páginas interiores. El mundo había seguido adelante, pero Ethan seguía desaparecido.

—¿Hay novedades? —preguntó.

El agente Lee echó un vistazo al periódico y luego la miró.

Se apoyó en el marco de la puerta. Antes de salir a correr había leído en internet todo lo que había podido, pero confiaba en que el FBI supiera más que los periodistas.

Lee recorrió la habitación con la mirada, como si temiera que alguien entrara. Habían retirado las fotos ampliadas de las paredes. ¿Habrían encontrado a un sospechoso entre la multitud del carnaval?

—Hemos descartado a todos los agresores sexuales fichados de la zona —dijo Lee—. Y a los empleados del carnaval.

—Eso está bien —dijo Aubrey, aunque por la nota ya sabía que no había ningún agresor sexual de por medio—. ¿Y los Cole?

—Supongo que habrás visto los tuits —dijo él.

Sí, los había visto. #dóndeestálaabuela? #abuelaasesina? #ladoctoramató. Y muchos otros que ponían a su madre a parir.

—Lo sabemos. —Le sonó el teléfono—. Disculpa.

Subió a ducharse. La puerta del dormitorio de su madre estaba cerrada. Eran ya más de las ocho. Ojalá hubiera conseguido dormir algo.

El agua caliente le golpeaba el cuerpo mientras daba vueltas a si los Cole podrían estar detrás del secuestro de Ethan.

Después de verlos en las noticias, los había buscado a fondo en Google, tratando de encontrar alguna razón por la que pudieran querer hacer daño a Jonathan, o incluso matarlo, además de vengarse de su madre.

No había encontrado nada.

Pero aunque consideraba bastante probable que los Cole hubieran enviado la nota amenazante, no estaba dispuesta a contárselo al FBI y arriesgarse a que los secuestradores cumplieran su amenaza de matar a Ethan.

Se secó deprisa y se recogió el pelo en una coleta. Después de vestirse, fue al dormitorio de su madre. La cama estaba hecha, y su madre, con un camisón de franela, estaba sentada en una de las butacas orejeras junto a la chimenea, con una cajita y unas fotos en color en el regazo.

—Buenos días —dijo Aubrey, sentándose en la otra butaca—. ¿Has dormido?

—Un poco.

—¿Quieres que te suba el desayuno? —preguntó Aubrey.

—No hace falta, gracias. Bajo en un rato y me lo preparo yo.

—¿Qué miras?

—Fotos antiguas.

—¿De qué?

—De viejos amigos —dijo su madre—. De tu padre y de mí.

—¿Y por qué las miras ahora?

—Tus preguntas de anoche me hicieron pensar en el pasado. Pasaron cosas terribles, como aquella explosión, pero también hubo muchos buenos momentos.

Aubrey tardó un momento en darse cuenta de que el hombre del pañuelo blanco era su padre. El joven Larry tenía el pelo rubio hasta los hombros, un hoyuelo en la barbilla y unos intensos ojos azules que parecían buscar algo.

—Para mí era como un ser extraordinario —dijo su madre—. Mi caballero de brillante armadura sobre un corcel blanco.

A Aubrey se le hizo un nudo en la garganta. Era una canción que siempre les había encantado a ella y a su madre: «Mi caballero héroe». Recordó cómo le cambiaba la cara a su madre cuando escuchaba la letra. Solo ahora caía en que, para su madre, la canción había sido sobre su padre.

—Parece una estrella de cine —dijo Aubrey—. ¿Iba disfrazado?

—Así se vestía entonces. A finales de los sesenta, todo el mundo interpretaba algún papel.

Aubrey estudió la foto. Había sido un héroe para ella y para su madre. Y se dio cuenta de que las dos se habían sentido atraídas por el mismo tipo de hombres carismáticos.

—¿Lo sientes? ¿Por qué?

—Por todo el daño que te hizo.

—La culpa fue tanto mía como suya. Cambié mucho más que él. —Sacó otra foto de la caja—. Mira esta.

Aubrey examinó la segunda foto. ¡Qué hermosa era su madre! El largo cabello oscuro le enmarcaba el rostro en forma de corazón, los grandes ojos marrones llenos de luz. Sus padres se abrazaban por la cintura. Detrás de ellos, a lo lejos, se veía una gran multitud, un lago y árboles con hojas rojas y naranjas. Mamá sonreía. No, más

bien se reía. Aubrey no recordaba haber visto nunca tanta alegría en su rostro.

—La hicieron el día que nos enamoramos —dijo mamá.

El desasosiego en el estómago había vuelto. No tenía sentido que su madre estuviera allí sentada, recordando viejos tiempos y mirando fotos antiguas, cuando ambas necesitaban averiguar quién se había llevado a Ethan.

A menos que estuviera buscando algo en las fotos.

Aubrey cogió una de encima del montón. —¿Quiénes son?

—Amigas. La de las gafas era mi compañera de habitación.

Tres jóvenes muy guapas que levantaban dos dedos haciendo el símbolo de la paz de los años sesenta. Todas tenían más o menos la misma altura, pero por lo demás eran muy diferentes. Su madre estaba en el centro, con una amplia sonrisa y el cabello castaño oscuro suelto sobre los hombros. La chica de su izquierda era rubia y de aspecto tímido. La de la derecha tenía una sonrisa contenida y la barbilla marcada. Llevaba gafas de montura metálica con cristales rosas, y el cabello negro le caía en una sola trenza sobre la blusa blanca bordada. Con la otra mano, acariciaba el colgante rectangular de su collar.

—Tu compañera de habitación parece muy intensa.

—Lo era.

—¿Qué es lo que sujeta? Parece que le importa mucho.

—La placa de identificación de su hermano —dijo su madre—. Nunca se la quitaba, ni siquiera para ducharse.

—¿Mantuviste el contacto con alguna de estas mujeres?

Su madre se tensó y le quitó la foto de las manos. —No. Perdimos el contacto. —Dejó caer la foto en la caja y puso la tapa.

Fin del tema.

Pero para Aubrey, algo empezaba a cobrar sentido. Esas chicas, o algo más en la caja, podían tener relación con la desaparición de Ethan. Al menos, estaba segura de que eso era lo que su madre creía.

¿Por qué si no estaría mirando esas fotos?

Aubrey no se creía que fuera por nostalgia. Por desgracia, también le quedaba claro que mamá no estaba dispuesta a contarle

nada.

—Voy al hotel a ver cómo están Kevin y Kim —dijo Aubrey. Sabía que su madre no se sentiría cómoda entrando en territorio Simmer—. ¿Estarás bien?

—Sí, claro. —Mamá apretaba la pequeña caja contra el pecho, como si la estuviera protegiendo. O protegiendo sus secretos.

Aubrey salió de la habitación preguntándose qué secretos merecían protegerse cuando la vida de Ethan estaba en juego.

CAPÍTULO 21

Apretó la pequeña caja contra el pecho. Había sido un reflejo arrebatarle la foto a Aubrey, pero Diana sabía que no serviría de nada contarle a su hija sobre aquella época de su vida.

Quitó la tapa y repasó las fotos una vez más, deteniéndose en la de ella con Gertrude y Linda. Había olvidado lo unidas que habían estado las tres al comienzo del primer año. Antes de que todo cambiara.

Volvió a guardar las fotos en la caja, tratando de ignorar el pequeño sobre blanco, amarillento por el paso del tiempo, pero finalmente cedió a aquella insistencia y sacó la tarjeta. La tarjeta había acompañado una docena de rosas enviadas a su habitación de la residencia el día después de la manifestación contra la guerra en Central Park.

Diana estudió la escritura cursiva, similar a la cuidadosa caligrafía que tendría después, cuando se hizo abogado, pero más firme y decidida, como él había sido en otro tiempo.

D-Nuestro amor es más fuerte que el dolor. Con amor, L-

Quizá eso había sido cierto en otro tiempo, pero ya no.

Volvió a meter la tarjeta en el sobre, la colocó entre las fotos y guardó la caja en la vieja maleta azul donde la había tenido todos esos años. No era exactamente un escondite, ¿o sí? Pero si había estado escondiendo la caja, había sido para ocultarse los recuerdos a sí misma.

Se recostó en la silla y cerró los ojos, estremeciéndose al recordar el vientre desnudo en aquella noche fría.

La casa de piedra rojiza pertenecía a un estudiante de primer año llamado Michael Shernovsky, que se había unido recientemente a Stormdrain. Aunque *pertenecía* no era exactamente la palabra correcta. El edificio era propiedad de los padres de Michael, que le dejaban vivir allí con un par de compañeros de piso. Estaba en la frontera entre East Harlem y Morningside Heights. Pero si Michael se lo hubiera dicho a la gente, muchos no habrían venido: los blancos que estudiaban en Columbia no caían muy bien en la comunidad negra. Al menos, eso era lo que Lawrence le había dicho cuando le habló de la fiesta de Halloween a la que iban.

Di se aferró con más fuerza al brazo de Lawrence mientras sorteaban botellas rotas en una acera agrietada, bordeada de casas de tres pisos de ladrillo rojizo que probablemente habían sido elegantes en otro tiempo, pero que ahora estaban casi todas deterioradas. Ventanas tapiadas cubiertas de grafitis proclamaban: **Lo Negro Es Hermoso. Sé Tú Mismo. MLK Jr. Murió P**

Siguió a Lawrence escalinata arriba hasta una puerta de roble desgastada cubierta de telarañas de gasa, un esqueleto colgante y un símbolo de la paz. Ahora que estaban allí, Di se cuestionaba la sensatez de su disfraz de Halloween. Había descartado ponerse la ropa de siempre porque quería destacar del resto de las chicas, que seguramente irían con cintas en el pelo y vestidos largos y sueltos de algodón, o vaqueros rotos y blusas campesinas. En cambio, debajo de la chaqueta militar verde que había conseguido en una tienda de excedentes del ejército, llevaba pantalones de harén y un top que dejaba el vientre al aire, al estilo de *Mi bella genio*. Por desgracia, en lugar de sexy, se sentía cohibida. Ella y Lawrence solo llevaban saliendo un par de semanas y no habían cruzado la línea que su compañera de cuarto cruzaba sin pensárselo dos veces, pero temía que su atuendo gritara: «Haz el amor, no la guerra».

Lawrence llamó con la aldaba de latón deslustrado y le dedicó una sonrisa, como si le leyera el pensamiento. Iba vestido de sí mismo, con el pañuelo blanco en la cabeza y la camisa blanca y suelta, aunque ella sabía que le habría encantado que lo confundieran con Lawrence de Arabia.

La puerta se abrió, aunque Di no habría sabido decir quién, porque la persona había desaparecido cuando ella entró en el vestíbulo oscuro y parpadeó para quitarse el humo de los ojos. Olía a marihuana, tabaco e incienso, pero había otro olor que aspiró hondo.

Chocolate.

La música le llegaba de todas partes. Jimi Hendrix a la guitarra eléctrica, Ravi Shankar al sitar y la voz ronca y desgarrada de Janis Joplin.

Había gente en las habitaciones a izquierda y derecha, fumando, bebiendo y charlando animadamente. Casi todos eran de Stormdrain y no llevaban disfraz, pero vio a un Richard Nixon y a alguien que intentaba ser Paul o Ringo, no sabía cuál.

Steve hablaba con Albert frente a una chimenea tapiada. Llevaba una camiseta de fútbol americano con hombreras, y Albert iba disfrazado de Groucho Marx. Los dos sostenían vasos de plástico rojos, probablemente ron con Coca-Cola, que a los de Stormdrain les gustaba llamar Cuba Libres, porque, al fin y al cabo, eran revolucionarios.

El anfitrión, Michael, vestido de astronauta, se acercó y le dio a Lawrence un abrazo de oso.

Había fumado marihuana unas cuantas veces en las reuniones, pero esto le quemó los pulmones y la hizo toser.

Michael sonrió.

—Voy a por uno de esos —dijo Di, y se dirigió hacia la cocina.

Una chica menuda con el pelo rubio muy corto, vestida con una bata acolchada rosa, estaba colocando brownies en una bandeja en la cocina. Di tuvo que mirar dos veces.

Su amiga se volvió y se tocó la cabeza.

—Te queda genial —dijo Di—. Ahora sí que pareces Mia Farrow.

Lawrence cogió dos brownies y le dio uno a Di.

Linda soltó una risita.

Di le dio un buen mordisco al brownie. El intenso sabor a chocolate no lograba enmascarar del todo el amargor de la marihuana.

—¿Qué pasa? —preguntó Lawrence.

—Tiene un regusto a tiza —dijo ella sin inmutarse, esperando que él pillara la referencia cinematográfica.

Él se rio y la agarró del brazo.

Lo había pillado. La «entendía». Ahora tenían su propia broma privada.

La condujo entre personas desplomadas contra las paredes del pasillo que llevaba al vestíbulo. Una puerta con la pintura descascarillada daba a la parte trasera de la casa. Unos cuantos abrigos colgaban de los ganchos en la pared, pero había un montón más grande en el suelo.

—Quítate la chaqueta —dijo Lawrence mientras se quitaba la suya y la dejaba caer encima del montón.

Pensó en lo poco que la tapaba el disfraz y se cruzó de brazos.

—Yo te daré calor, nena.

Tenía las manos sorprendentemente calientes, pero ella se estremeció al sentir su contacto.

—Mmm. Qué bien —dijo él, y la atrajo hacia sí para besarla.

La lengua de él se coló en su boca, cálida, húmeda y con sabor a chocolate. Ella se abandonó en sus brazos, mareada y flotando por el efecto del brownie.

Una voz áspera canturreaba que el amor era más fuerte que el dolor.

—Oh, tío —dijo él, y se apartó con suavidad.

Ella se rio, aunque no estaba segura de si se refería a ella o al brownie. Terminó el resto del suyo y el subidón fue a más.

—Buena chica —dijo él—. Ahora, fuera esa chaqueta. Quiero ver lo que he estado tocando.

Ella se la quitó y la tiró encima de la de él.

Él la miró fijamente y ella se sintió desnuda.

«Nuestro amor es más fuerte que el dolor», escupió el cantante, y las palabras flotaron entre ellos.

«No pares. No dejes nunca de mirarme», pensó Di.

Un tipo con ropa de camuflaje entró tambaleándose en la pequeña habitación, pasó junto a ellos y abrió de golpe la puerta trasera. Una ráfaga de aire frío la envolvió, junto con el sonido de arcadas del tipo vomitando en el patio.

—Larguémonos —dijo Lawrence, y la tomó de la mano.

Se agarró a una barandilla de madera sin pulir y bajó hasta la mitad de los escalones que conducían a una habitación grande y fría que olía a humedad y moho. En Miami no había sótanos, y aquel le daba muy mal rollo. Echó un vistazo rápido a las estanterías de madera, las tuberías que colgaban del techo, el calentador de agua oxidado y otros mecanismos que no supo identificar. Un gran banco de trabajo estaba arrimado a una pared de ladrillo que rezumaba mortero.

Lawrence hurgaba entre las telarañas y parecía pasárselo bien.

—Encantador —dijo ella—. ¿Podemos irnos ya?

—¿Quieres irte? Pero si este sitio es alucinante. Le preguntaré a Michael si podemos usarlo como cuartel general de Stormdrain. Podemos conseguir mesas y sillas plegables. Quizá una imprenta para hacer nuestros propios folletos.

«¿Qué tipo de material?», estuvo a punto de preguntar, pero en realidad no le importaba. Solo quería salir de allí.

—Vale, nena. Yo también voy.

—¿Qué tienes en mente? —dijo ella, aunque sabía exactamente qué tenía en mente. Ella también.

La condujo escaleras arriba hasta el segundo piso, sorteando a gente borracha o colocada que bloqueaba el paso.

Joe Cocker gritaba que necesitaba ayuda de sus amigos.

Llegaron a lo alto de las escaleras y Lawrence abrió una puerta, de la que escapó un olor a incienso, cera de vela, marihuana y algo más humano. Ella se asomó al interior. Las velas proyectaban sombras contra las paredes. Masas de color carne se retorcían sobre el rectángulo blanco en el suelo. Brazos y piernas y cabezas y lenguas y pechos y penes.

Di retrocedió un paso.

Lawrence se rio.

Uno de los cuerpos se separó de los demás y se deslizó fuera del colchón. La diosa desnuda se acercó a la puerta, con la trenza negra casi deshecha y la placa de identificación de su hermano colgándole entre los pechos perfectos.

—Vuelve aquí, Gert —llamó una voz desde la habitación.

—Vete a follar un libro de leyes, Jeff —respondió Gertrude, y se volvió hacia ellos con una sonrisa.

—¿Has comido un brownie? —le preguntó Gertrude a Lawrence, aunque sonaba como si le estuviera ofreciendo otra cosa.

Él la miró con descaro, igual que había mirado a Di antes, con la misma hambre.

Di hizo una mueca. Esa palabra era suya.

—Los hice yo —dijo Gertrude—. Receta de la abuela.

Él le sonrió.

Una broma privada entre ellos, y Di quedaba completamente al margen.

—Entonces, ¿venís? —Gertrude sonrió y le tendió la mano.

Él se volvió hacia Di.

—Pollyanna también.

Di se sintió arrastrada hacia la habitación, hacia el frenesí.

Pero todo aquello estaba mal. El sexo tenía que ver con el amor, no con cuerpos manoseándose sin más. Di soltó bruscamente la mano de Gertrude y salió corriendo al pasillo.

Las lágrimas calientes le corrían por las mejillas. Era una farsante. Una impostora. No era genuina como Gertrude. Y lo había perdido, probablemente para siempre.

Jefferson Airplane cantaba sobre la verdad y las mentiras.

Entonces las manos cálidas de él le rodearon la cintura, su aliento tibio en el cuello. La giró hacia él. Cerró los ojos y lamió el chocolate de sus labios, fundiéndose con aquel hombre al que deseaba tan desesperadamente. Sintió un ardor en la espalda, como si unos ojos se le clavaran.

Se volvió, esperando encontrar a Gertrude mirándolos.

Pero no había nadie.

———

Diana abrió los ojos de golpe. El corazón le latía con fuerza. Había algo en el recuerdo que había olvidado, pero no tenía que ver con Gertrude. Era Jeff. Jeffrey Schwartz. No había pensado en él en

veinte años, así que ¿por qué ahora? Intentó calmar la respiración. Jeff había estado colado por Gertrude; Diana siempre lo supo. Pero lo que había olvidado era que Jeff había sido estudiante de Derecho en Columbia. Al mismo tiempo que Jonathan.

No podía significar nada, ¿verdad? Entonces, ¿por qué no conseguía quitarse de encima esa sensación de que Jeff estaba justo detrás de la puerta, observándola? Riéndose de ella.

CAPÍTULO 22

El Ritz de Coconut Grove estaba en una pequeña elevación con vistas a la bahía, a diez minutos a pie de la casa de Aubrey, pero ella había tardado seis. Se había apresurado para ver a Kevin y comprobar qué estaba pasando en el puesto de mando de los Simmer, pero también tenía prisa por volver a casa y seguir investigando el pasado de su madre en el ordenador. Esperaba encontrar algo sobre esas dos mujeres de la foto, o cualquier cosa relacionada con la explosión del edificio de piedra rojiza.

Entró en un vestíbulo suntuoso y silencioso, lleno de mármol en tonos tierra y grandes columnas, donde varios reporteros deambulaban. Siguió las indicaciones del recepcionista hasta una de las salas de reuniones que daban al vestíbulo. Un hombre con traje oscuro estaba en la puerta con un iPad. Comprobó su nombre en la tableta y luego le pidió identificación antes de dejarla entrar. Se preguntó si la policía había sido tan cuidadosa el día anterior, cuando alguien coló la tarjeta de felicitación con el correo.

La gran sala bullía de voces. Aubrey observó las diferentes estaciones del puesto de mando de los Simmer. Dos mujeres con camisetas que decían «Centro Nacional para Niños Desaparecidos y Explotados» estaban sentadas en una mesa en la parte delantera de la sala. Ambas llevaban auriculares y tecleaban en sus portátiles, probablemente atendiendo llamadas de la línea directa. En una mesa cercana, la detective Gonzalez hablaba con otro agente.

Media docena de hombres y mujeres trajeados habían ocupado varias mesas al fondo y trabajaban en sus ordenadores o hablaban por teléfono.

Parecían del FBI, pero probablemente eran los investigadores privados que los Simmer habían contratado.

Kevin, Kim y los Simmer no estaban en la sala.

Aubrey se acercó a la detective Gonzalez. Parecía más demacrada que el día anterior, con el pelo negro grasiento recogido hacia atrás, dejando al descubierto su rostro pálido.

—¿Tiene un minuto? —preguntó Aubrey.

—Claro.

—Quería preguntarle por su reacción al ataque de los Cole contra mi madre. ¿Podrían tener ellos a Ethan e intentar desviar la atención de la policía?

—Consideramos esa posibilidad. Fui a verlos anoche después de la entrevista.

—¿Y?

Gonzalez negó con la cabeza.

—Sí, por supuesto. Pero eso demuestra su motivo para secuestrar a Ethan.

—Ya hemos confirmado sus coartadas respecto a dónde estaban cuando se llevaron a Ethan. También los hemos tenido bajo vigilancia desde el secuestro. En este momento, es poco probable que estén involucrados.

—¿Así que los está descartando como sospechosos?

—No estamos descartando a nadie —respondió con cierta impaciencia.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Aubrey.

—Sus investigadores están encima de los Cole, a pesar de sus coartadas.

—¿Lo están?

—¿Por qué le sorprende?

Aubrey miró al otro lado de la sala hacia los investigadores de los Simmer. Parecían decididos mientras conversaban entre ellos y señalaban las pantallas de sus ordenadores.

Gonzalez frunció el ceño; sus gruesas cejas casi se tocaban. Aubrey se preguntó si la detective era capaz de leerle el pensamiento. Que los Simmer encabezaban el ataque contra los Cole porque esperaban desviar las sospechas de sí mismos. Pero la posibilidad de que los Simmer estuvieran detrás del secuestro de Ethan seguía desconcertándola, sobre todo después de ver su auténtico dolor durante la rueda de prensa.

—Sean cuales sean las intenciones de los Simmer —dijo Gonzalez—, más les vale que su gente no interfiera en la investigación policial.

Los Simmer parecían tan cansados y marchitos como en la televisión el día anterior. Nada que ver con personas que hubieran secuestrado a su propio nieto, sino más bien como abuelos devastados. Aubrey los había visto un puñado de veces desde la boda de Kevin y Kim, generalmente en alguna de las celebraciones de cumpleaños de Ethan. Prudence siempre había sido fría con Aubrey, aunque nunca del todo grosera.

La grosería no era propia de una Baer.

Ernest se detuvo para hablar con uno de los hombres de traje oscuro mientras Prudence tomaba asiento en una mesa larga y sacaba un portátil de su bolso.

—Disculpe —dijo Aubrey a la detective—. Necesito hablar con ellos.

Se acercó a los Simmer y se quedó a unos metros de distancia para no parecer que estaba escuchando a escondidas. El hombre con el que Ernest hablaba tenía la mano en la cadera, lo que dejaba a la vista una identificación de algún tipo. El logotipo familiar de BBM la pilló por sorpresa. Había pensado que esa gente era de una empresa de seguridad privada.

Se le ocurrió que el dinero de la recompensa y la investigación no procedían de los fondos personales de los Simmer, como había supuesto, sino de Baer Business Machines. Eso era extraño. A menos que los Simmer creyeran que los secuestradores tenían a BBM como objetivo por alguna razón. Pensó en el documental que había visto la noche anterior y se preguntó si podría haber una conexión entre BBM y la explosión del edificio de piedra rojiza.

Se acercó a la mesa de los Simmer con la esperanza de sacarle más información a Prudence de la que había conseguido de Smolleck.

Prudence frunció el ceño, como si intentara ubicarla.

—Hola, señora Simmer.

—Audrey —dijo Prudence, aceptando su mano—. Qué terrible que tengamos que vernos de nuevo en estas circunstancias.

—Sí, es terrible —dijo Aubrey, decidiendo no corregir su nombre.

Prudence se aferró a Aubrey. La mano de la mujer estaba huesuda y fría. El esmalte rojo de sus uñas estaba parcialmente mordido.

—Quería decirle lo mucho que mi madre y yo agradecemos que hayan puesto el dinero de la recompensa y los investigadores privados.

Prudence se quedó con la mirada perdida. Una mancha de café con forma de ameba le ensuciaba la blusa de seda beige.

—Es estupendo que tengan los recursos de Baer Business Machines a su disposición.

Prudence apartó su mano de la de Aubrey.

—Sí, por supuesto. —Era evidente que así no iba a sacarle información a Prudence. Tenía que probar otra cosa—. ¿Sus investigadores han encontrado algo sospechoso de los Cole?

—Todavía no —dijo Prudence.

—La policía dice que tienen coartada.

—Las coartadas son fáciles de fabricar, querida. —Algo al otro lado de la sala llamó la atención de Prudence—. Esto es inaceptable —murmuró.

Aubrey se giró y vio a su hermano cruzar la sala tambaleándose. Llevaba la camisa de algodón blanco arrugada y por fuera del pantalón. Kevin se detuvo y se frotó una mejilla sin afeitar, como si no entendiera qué hacía toda esa gente afanándose por encontrar a su hijo.

Se le encogió el corazón. Su hermano mayor. Le vino un recuerdo. Kevin sujetando su bicicleta rosa mientras corría a su lado, y luego su grito de alegría cuando la soltó y ella pedaleó sola calle abajo. Tenía seis años entonces. La misma edad que Ethan ahora.

Echó a andar hacia él, pero vaciló. Con el estrés que llevaba encima, podría montar una escena y descargar todo en ella: su dolor, su impotencia, su rabia contra su madre. Pues que lo haga, decidió, y siguió caminando. Que la usara de saco de boxeo si eso era lo que necesitaba. Su hijo había desaparecido.

—Hola, Kev.

Él parpadeó, como si no entendiera qué hacía ella allí.

No eran ni las diez, pero le olía el aliento a alcohol. No iba a juzgarlo si eso era lo que necesitaba para sobrellevar la desaparición de su hijo.

Él miró hacia su suegra, que lo observaba con desaprobación.

—¿Quieres salir? —preguntó Aubrey.

—Claro.

Lo llevó a una terraza cerca de la piscina, donde se sentaron en un par de sillas cuadradas de mimbre bajo una palmera. Un jardinero podaba los setos y las plantas, pero no había huéspedes a la vista.

—¿Kim ha vuelto a la habitación? —preguntó.

—Sí. Prudence la tiene drogada con algo. Órdenes del médico, o eso dice. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó una botellita de whisky, seguramente del minibar. La abrió y le lanzó una mirada desafiante—. ¿Tienes algún problema con esto?

Ella negó con la cabeza y él dio un trago.

—Te llamé y te escribí varias veces —dijo.

Se encogió de hombros.

A Aubrey no le parecía bien. Ojalá su hermano fuera más fuerte y pudiera hacerse cargo de sí mismo y de Kim.

—No soy ningún Bilbo Bolsón. Nunca lo fui.

Ella le tomó la mano. Si no podía ser fuerte, al menos quería que supiera que no estaba solo.

El jardinero cortó varios tallos sueltos de buganvilla fucsia, que cayeron sobre las baldosas de piedra. Uno fue a parar a la piscina y quedó flotando en el agua azul verdosa.

—¿Te acuerdas de cuando casi te ahogas? —preguntó Kevin, soltándole la mano.

—¿Casi me ahogué?

Asintió.

—No recuerdo nada de esto.

—Tenías cinco años, supongo. Yo estaba en tercero. Los dos sabíamos nadar. Había un tobogán que daba a la piscina. Bajé de cabeza. Tragué agua. —Dio otro trago de la botella—. Quizá me dio vergüenza, no sé. Me viste toser y te reté a hacerlo tú también.

Intentó recordar, pero no le venía nada.

—Subiste al tobogán y te tumbaste de cabeza, como había hecho yo. Solo que llevabas uno de esos flotadores de plástico en la cintura.

—¿Qué pasó?

—Bajaste y caíste al agua cabeza abajo, con los pies pataleando en el aire. Me di cuenta de que estabas atrapada, de que no podías darte la vuelta. El flotador te quedaba demasiado ceñido para salir de él, y te mantenía la cabeza hundida.

Algo empezó a volver. La sensación de estar bajo el agua, pero no recordaba haber sentido miedo.

—¿Qué hiciste? —preguntó.

Dio otro trago y se quedó mirando la piscina.

—¿Saltaste a por mí?

—Debería haberlo hecho, ¿verdad? Tenía ocho años. Era un buen nadador. Podría haberte salvado sin problema.

—Pero no lo hiciste.

Se quedó mirando la botellita de whisky.

Le dio pena, no rabia.

—Era como si estuviera paralizado —dijo—. Me quedé mirando tus piececitos pataleando en el aire, hasta que no sé cómo conseguiste enderezarte.

—¿Mamá y papá llegaron a enterarse?

—Alguien se lo contó. Recuerdo a mamá gritándole a papá por habernos dejado solos en la fiesta. Nunca la había visto tan enfadada. —Se quedó pensativo un momento—. Ahí empezó todo con mamá.

—¿Qué empezó?

—Ya no fui su principito después de eso.

Giró la botella entre los dedos. Por encima del reloj de oro, la muñeca se le veía huesuda y enrojecida, igual que cuando era adolescente.

—Mamá siempre te ha querido —dijo ella.

—No —Kevin dio otro trago—. Me echó la culpa de todo lo que salió mal y lleva castigándome desde entonces.

—Pero Kev...

—No. Escúchame. ¿Te acuerdas de aquella pelea tremenda que tuvieron mamá y papá cuando éramos pequeños? ¿La que parecía no acabar nunca?

—¿Te refieres a cuando desapareció Jimmy Ryce?

Ladeó la cabeza, confuso. —¿El niño que secuestraron y luego apareció muerto? —Se le descompuso el rostro.

No tendría que haber mencionado a Jimmy Ryce. Solo conseguiría que Kevin se asustara más pensando en lo que podría pasarle a Ethan.

Kevin suspiró hondo. —Sí. Fue justo por esa época. Yo tenía once años cuando empezó la Guerra de los Lynd.

Guerra de los Lynd. Para Aubrey, aquellas semanas siempre habían sido el tiempo de pesadilla entre el «antes» y el «después».

—La guerra fue culpa mía —dijo Kevin—. Estaban peleando por mi culpa.

—Estaban alterados por lo de Jimmy Ryce, Kev. Preocupados de que algo así nos pudiera pasar a ti o a mí. —Al menos, así era como ella lo recordaba.

—No. —Negó con la cabeza enérgicamente—. Fue culpa mía. Odiaban a mi amigo Jeff. Decían que era una mala influencia, pero les desobedecí y seguí juntándome con él.

—Eso no tiene sentido.

—Los oí discutir —dijo Kevin—. Recuerdo que mamá decía: «Jeff va a acabar con nosotros». Pero papá estaba de mi lado. Le dijo que dejara de preocuparse por Jeff.

Se quedó mirando la piscina. La rama de buganvilla se había hundido hasta el fondo. —Pero mamá tenía razón. Jeff acabó con ellos —dijo Kevin—. Después de esa pelea, empezaron a odiarse. —Se llevó la botella vacía a los labios y la sacudió con frustración al ver que no salía nada—. Mamá nunca me perdonó —dijo, y el cuerpo empezó a temblarle—. Arruiné su matrimonio. Arruiné nuestra familia.

—Eso no es verdad, Kev.

—Tú no lo sabes, Aubrey. —Su voz cortaba como un cristal roto —. Me culpó por casi dejarte ahogar y por aquella pelea tremenda con papá. Lleva toda la vida castigándome. Primero se pierde mi

graduación, luego mi boda. Y ahora... —Se le quebró la voz—. Ahora pierde a mi hijo.

Abrió la boca para defender a su madre, pero volvió a cerrarla. Kevin estaba sufriendo, y discutir con él no iba a servir de nada. Le quitó la botella con suavidad de la mano crispada, lo rodeó con los brazos y lo estrechó contra sí mientras él temblaba. —Vamos a encontrarlo, Kev. Ethan estará en casa pronto, sano y salvo.

Kevin echó la cabeza hacia atrás de golpe. Tenía los ojos llenos de dolor. —¿Me lo prometes?

Se le encogió el corazón. ¿Quién era ella para prometer algo así?

—Sí —dijo—. Te lo prometo.

CAPÍTULO 23

Diana se preguntaba si Jonathan ya habría llegado a Frazier's. Desde que lo llamó para pedirle que se vieran, había tardado más de media hora en ducharse, ponerse una blusa blanca y vaqueros, y llegar al centro de Coconut Grove.

Había caminado despacio, con la mente hecha un torbellino.

Era imposible que Jonathan hubiera conocido a Jeffrey Schwartz. Había habido cientos de estudiantes en la facultad de derecho. Pero si lo había conocido, entonces probablemente sabía más de lo que había dado a entender sobre Stormdrain y April Fool. Incluso podría estar implicado en el secuestro de Ethan.

Pero este era el hombre que le preparaba té cuando notaba que estaba decaída. El hombre con el que estaba prometida. Era imposible que ocultara un pasado o una agenda secreta. El problema estaba en su cabeza. Estaba ansiosa y estresada, y la falta de sueño le hacía ver villanos donde no los había.

Torció por una calle lateral, casi un callejón, donde un toldo a rayas rojas y blancas sobresalía de la fachada de ladrillo blanco de un pequeño edificio. Verlo la tranquilizó. Frazier's Ice Cream and News. Aquella combinación de quiosco, heladería y cafetería era uno de los establecimientos más antiguos del Grove, y ya se consideraba pintoresco cuando Diana y Larry se mudaron allí, hacía treinta años.

El escaparate estaba cubierto de anuncios locales: «Apartamentos en alquiler», «Paseadores de perros disponibles (cariñosos)» y «Especialidades del día: Chili, Ensalada de atún, Helado de pistacho». Las mismas especialidades que llevaban ofreciendo los últimos treinta años.

Solía venir con Aubrey y Kevin a comprarles cucuruchos. Kevin siempre pedía vainilla, pero Aubrey elegía pistacho. Diana había pensado traer a Ethan para darle un capricho. Se enderezó.

¡*Iba* a traer a Ethan aquí!

La campanilla de la puerta tintineó cuando entró, como siempre. El local estaba vacío salvo por Jonathan, sentado a una destartalada mesa para dos. Se levantó al verla, el rostro pálido y pecoso fruncido en un gesto de preocupación. Llevaba una camisa de manga corta de madras descolorida, metida en unos pantalones caqui.

Una oleada de culpa la invadió. Seguía siendo Jonathan. ¿Cómo podía dudar de él?

Se acercó y le dio un abrazo leve, no el achuchón de siempre. Diana se preguntó si respondía a su frialdad o si él también guardaba algún secreto.

—Llegaste rápido —dijo ella.

—Lo más rápido que pude. Sonabas muy angustiada.

—Perdona si te preocupé.

Él echó un vistazo al quiosco, las revistas, el mostrador.

—El chili siempre ha estado muy bueno.

Jonathan hizo una seña al joven del mostrador.

—Solo agua, gracias.

Jonathan pidió dos aguas y se sentó frente a ella en la pequeña mesa. Se ajustó las gafas.

—¿Tom Smolleck? —Diana se tensó—. ¿Fue a tu apartamento?

—Así es. Quería hacerme unas preguntas.

—¿Hablaste con él?

—Bueno, sí. Claro. ¿Cómo no iba a hacerlo?

Si Jonathan había mencionado la nota al FBI, Ethan estaba perdido.

—De la nota, nada.

Ella asintió, aliviada.

—Preguntó por gente que pudiera usar a Ethan como peón político en mi nominación, o por alguien a quien hubiera podido ofender en el pasado. Como ya le había dado muchas vueltas al tema, le di algunos nombres.

—¿Algo más? —preguntó ella.

Él clavó la vista en la superficie opaca de mármol de la mesa.

—¿Algo más?

Él la miró a los ojos.

Ella apartó la mirada. Los periódicos y las revistas estaban cuidadosamente apilados en los estantes, todo en su sitio. Tan distinto del resto del mundo.

—Diana —dijo él con suavidad—, no quiero que esto gire en torno a mí, porque entiendo lo asustada y alterada que estás, pero...

El joven dejó el chili en la mesa, junto con el agua y los cubiertos.

—Háblame, Diana —dijo Jonathan cuando se fue—. ¿Por qué querías quedar aquí?

Probó una cucharada de chili, luego otra, sin saber cómo preguntarle lo que necesitaba preguntarle. Sin saber qué haría si sus respuestas demostraban que era un villano en todo aquello.

—¿Es por April Fool? —preguntó él.

El corazón le dio un vuelco. Así que sí sabía algo.

—¿Qué pasa? —preguntó él—. ¿Por qué me miras así? Anoche me dijiste que creías que April Fool podía tener algo que ver con el secuestro y la nota.

Dio un largo trago de agua. *Había* sido ella quien sacó el tema de April Fool la noche anterior. La pregunta de Jonathan podía ser perfectamente inocente. Tenía que calmarse.

Él inspiró hondo y soltó el aire despacio.

Descabellado. Se erizó. ¿Estaba intentando desviarla de descubrir la verdad sobre él?

—Nada es demasiado descabellado —dijo ella, sosteniéndole la mirada.

Él parpadeó y apartó la vista. —Lo siento —dijo—. Tienes razón. Deberías estar investigando todas las posibilidades. ¿Qué puedo hacer para ayudar?

Podría haber sido una táctica de abogado para encubrir su propia implicación, pero ella seguiría el juego.

—Uno de los miembros de Stormdrain asistió a la Facultad de Derecho de Columbia —dijo ella—. Habría sido estudiante cuando tú estabas allí.

—¿Te refieres a Jeffrey Schwartz?

Levantó la barbilla de golpe. —¿Cómo sabías que me refería a él?

—Todo el mundo conocía a Jeffrey. Fue un gran escándalo en la facultad de derecho en aquella época. Uno de los nuestros involucrado con April Fool, que pasó a la clandestinidad. Luego, por supuesto, se convirtió en noticia de primera plana en el 81 después de los asesinatos en el banco, y de nuevo hace unos veinte años cuando aquel loco se presentó diciendo que era Jeffrey Schwartz.

Le alivió que hablara de él con tanta naturalidad. —A veces olvido que esto fue noticia de primera plana —dijo ella.

Jonathan se frotó uno de los nudillos inflamados. —Pero también conocía a Jeffrey personalmente. Empezó conmigo en el 68. Estábamos en el mismo grupo de estudio de Derecho Constitucional.

—¿Lo conocías? ¿Mucho?

—No muy bien, me temo. Jeffrey era brillante, eso lo recuerdo. Tenía la mente más aguda de nuestro grupo cuando hablaba, lo cual no era frecuente.

—¿Tuviste contacto con él fuera del grupo de estudio y las clases?

Negó con la cabeza.

—¿Sabías que estaba involucrado con Stormdrain?

—No hasta después de April Fool. —Dio un bocado al chili—. De hecho, ahora que lo pienso, no recuerdo a Jeffrey en ninguna de mis clases durante el segundo año. Probablemente no habría vuelto a acordarme de él de no ser por su participación en esas terribles tragedias.

—¿Has visto o hablado con Jeffrey desde entonces?

Puso cara de sorpresa. —Por supuesto que no. ¿Por qué me preguntas esto?

—Como dijiste, no dejo piedra sin mover.

Negó con la cabeza. —Estas cosas sucedieron hace mucho tiempo, Diana. Fue una época terrible para muchos de nosotros. ¿Tienes que desenterrarla?

—Sí, debo hacerlo —dijo ella—. ¿Conocías a alguien más involucrado con Stormdrain?

Bajó la mirada de golpe, como si ella hubiera tocado una fibra sensible. Dio un sorbo de agua y se alisó los pocos cabellos grises

sobre la calva. —Conocía a una mujer del grupo. Salimos durante un tiempo.

—Dios mío —dijo ella—. ¿Saliste con alguien de Stormdrain y nunca me lo dijiste?

—¿Por qué te lo habría dicho? Salí con varias mujeres en la universidad y la facultad de derecho.

En circunstancias normales, esto habría tenido sentido. Jonathan no sabía nada de la participación de ella en Stormdrain, así que no habría habido razón para mencionar a alguna mujer con la que había salido. Sin embargo, con la desaparición de Ethan, esto adquiría un significado completamente nuevo.

—No sé qué vio en mí —dijo él—. Yo era un aburrido estudiante de derecho, y ella era una fogosa revolucionaria.

Fogosa revolucionaria. Solo había una mujer en Stormdrain que encajara con esa descripción. —¿Cómo se llamaba? —preguntó Diana.

—¿Qué importa? —dijo él.

—¿Quién era, Jonathan?

Retrocedió como un caballo asustado ante la pregunta. O tal vez fue por su tono de voz.

—Gertrude —dijo—. Gertrude Morgenstern.

Había salido con Gertrude. ¿Cómo podía no haberlo sabido?

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —Su propia voz le sonó demasiado alta.

Él se miró las manos pecosas, entrelazadas sobre la mesa. —No era algo de lo que estuviera orgulloso.

La campanilla de la puerta principal sonó. Un joven y una mujer con ropa de correr entraron. Diana reparó en que el hombre tenía una pierna protésica.

Diana hizo un esfuerzo por calmar la respiración. Si quería que Jonathan se abriera, tenía que dejar de ser acusatoria.

—Nunca le conté a nadie lo de mi relación con Gertrude —dijo Jonathan—. ¿Te imaginas el daño que me habría causado políticamente si hubiera salido a la luz que una vez salí con una de las organizadoras de Stormdrain?

Diana sabía exactamente lo que habría pasado. Habría arrasado con su carrera. Nunca lo habrían considerado para la Corte Suprema. Tomó otro sorbo de agua. El cerebro se le estaba nublando de tanta información. Jonathan había salido con Gertrude. Jeffrey Schwartz había salido con Gertrude.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos? —preguntó, haciendo un esfuerzo por mantener un tono neutro.

—Unos tres meses más o menos. Rara vez en público. No estoy seguro de si ella no quería que nos vieran juntos, o si disfrutaba de nuestro tiempo a solas tanto como yo. Me avergüenza un poco decir que yo estaba bastante contento con el arreglo. Ella venía a mi habitación tarde por la noche y se iba unas horas después. No dormí mucho durante esos tres meses.

—¿Sabías que también estaba viendo a Jeffrey Schwartz?

Suspiró. —No me sorprende.

La mente le iba a mil. —¿Crees que es posible que Jeff esté detrás del secuestro de Ethan y el ultimátum?

Frunció el ceño. —Eso no tiene sentido. ¿Por qué ahora, después de cuarenta y cinco años?

Para castigarla, por supuesto, pero ¿cómo podía explicarle eso a Jonathan? —¿Qué pasó entre Gertrude y tú? —preguntó, cambiando de tema.

—Bueno, no puedo decir que acabáramos sin hacer ruido —dijo él—. Fue toda una escena, la verdad. No como nada que hubiera vivido antes, ni después.

Miró a la joven pareja que se probaba mutuamente los cucuruchos en el mostrador. —Estaba muy enfadada conmigo —dijo —. Podría decir que decepcionada, pero fue mucho más profundo que eso.

—¿Por qué? ¿Qué quería de ti?

—Que compartiera sus ideales. Que me uniera a ella.

—¿Pero no querías comprometerte con algo político que pudiera perjudicar tu futuro?

—Oh, cielos, Diana. Eso suena un poco duro.

—Ayúdame a entender.

—Me temo que es cierto —dijo—. Admiraba lo que SDS, los Weathermen y Stormdrain querían lograr. Al menos, al principio. Detener la guerra. Combatir los prejuicios raciales. Hacer que el gobierno rindiera cuentas de sus acciones. Pero cuando las organizaciones decidieron que la violencia era un medio justificado para alcanzar sus fines, no quise saber nada más de ellas.

Sonó la campanilla de la puerta. La joven pareja salió con sus helados. El hombre caminaba con naturalidad, perfectamente cómodo con su pierna ortopédica.

—Pero Gertrude sí —dijo ella.

—Gertrude no solo abogaba por la violencia, la exigía. —Sus ojos se habían vuelto húmedos y brillantes—. Insistió en que me uniera a ella en su gran gesto final, o atenerme a las consecuencias. Le dije que no quería saber nada de eso, ni de ella. Salió de mi habitación más furiosa de lo que jamás he visto a nadie. —Se quitó las gafas y se frotó los ojos—. Quizá podría haberlo evitado. Quizá podría haberla salvado.

—Nada podría haberla salvado —dijo Diana.

Se puso las gafas de nuevo. —Me imagino que tú lo intentaste.

La respiración se le atascó en el pecho. —¿Qué quieres decir?

—Nada. —Hizo un gesto vago con la mano. Tenía la cara enrojecida.

Jonathan estaba ocultando algo.

—¿Qué más no me has contado? —dijo ella.

Se pasó la lengua por los labios. —Te conocía en aquella época.

—¿Me *conocías*?

—Bueno, no exactamente. Sabía quién eras. Sabía que eras la compañera de piso de Gertrude.

Su rostro entraba y salía de foco. Este hombre al que amaba y con el que planeaba casarse le había mentido.

La había engañado.

Igual que Larry.

—Por favor, no te enfades conmigo, Diana.

—¿Sabías quién era yo cuando nos conocimos? —preguntó ella.

—No estaba seguro. Cuando nos presentaron en el evento de Columbia, pensé que eras tú, aunque tu nombre era diferente. No

has cambiado mucho, aunque yo desde luego sí. —Se tocó la calva, un débil intento de aligerar el ambiente—. Hubo un tiempo en que tenía una larga melena pelirroja, bigote y barba. —Hizo una pausa —. ¿Me recordaste cuando nos conocimos?

—No. Habría dicho algo si lo hubiera hecho. ¿Por qué no lo hiciste tú?

—¿Y decirte qué, exactamente? ¿Que sabía que habías sido la compañera de piso de una extremista de Stormdrain? ¿Una mujer con la que había tenido una relación? Habría sido incómodo para ambos.

—¿Y después? —preguntó ella—. ¿Cuando nos conocimos mejor? Tuviste muchas oportunidades de mencionarlo.

—Cuanto más tiempo pasaba, más incómodo resultaba sacarlo a relucir.

—Bueno, ya no es incómodo, Jonathan. Ahora simplemente siento que me has mentido deliberadamente.

—No, Diana. No es así. —Alargó la mano por encima de la mesa para coger la suya. Tenía los dedos fríos. Ella se apartó.

Había confiado en Jonathan. Pero si la había engañado ocultándole que la conocía de la universidad y nunca le había hablado de su relación con Gertrude, ¿en qué más le habría mentido?

—Dime la verdad, Jonathan. ¿Por qué nunca me hablaste de Gertrude o Stormdrain o April Fool?

—He intentado con todas mis fuerzas olvidar aquella época.

—¿Por qué? —preguntó ella—. ¿Qué significaron para ti?

Clavó la mirada en el suelo de baldosas blancas, amarillentas y agrietadas por el paso del tiempo. —Perder a Gertrude fue devastador —dijo—. La quería mucho.

Las palabras le abofetearon con un viejo y familiar escozor. Se sintió ultrajada y herida, pero no estaba segura de si era porque Jonathan le había mentido o porque la vieja rivalidad entre ella y Gertrude seguía viva.

Pero ¿cómo podía ser? Gertrude estaba muerta.

CAPÍTULO 24

Dos niños rubios de la edad de Ethan se salpicaban en la zona poco profunda de la piscina del hotel. Aubrey observó cómo sus padres les ponían manguitos en los brazos y dejaban un cubo con animales de plástico en los escalones.

Ojalá pudiéramos estar siempre cerca para vigilar a nuestros hijos. Ser para siempre como la familia intacta de su bola de nieve. Se alegraba de que Kevin hubiera vuelto a su habitación y no tuviera que presenciar esta escena familiar tan feliz. Se había marchado de forma abrupta después de hablar con ella, visiblemente disgustado. Había esperado consolarlo, pero solo había conseguido hacer aflorar sus sentimientos de culpa.

Dado lo que sabía sobre las relaciones familiares, no debería haberle sorprendido que ella y Kevin hubieran vivido aquel terrible período de su infancia de forma tan distinta, pero así había sido. Para Kev, había sido la «Guerra de los Lynd», algo de lo que se culpaba a sí mismo, mientras que ella siempre había asociado el cambio en sus padres con el secuestro de Jimmy Ryce. Independientemente de la causa, la frialdad que surgió entre sus padres había dejado huella en ambos. Habían pasado gran parte de su infancia procurando no hacer nada que pudiera disgustar a ninguno de los dos.

Habían sido una familia disfuncional, pero tanto ella como Kev habían creído que eso era mejor que una familia rota. Viendo las cicatrices que podía percibir en sí misma y en su hermano, quizás habría sido mejor que sus padres simplemente se hubieran separado.

Pero los «y si» no importaban ahora, no con Ethan desaparecido. Se levantó y volvió al interior del hotel. Comprobaría si había novedades y luego se iría a casa para retomar su investigación.

El centro de operaciones bullía de actividad igual que cuando se había marchado casi una hora antes. Prudence y Ernest seguían en una mesa rodeados de sus investigadores. Su padre y Star habían llegado mientras ella estaba con Kevin y se encontraban solos en un rincón de la sala. Parecían alterados, como si estuvieran discutiendo. Su padre tenía la cara enrojecida, y Star permanecía rígida, con el pelo corto y blanco erizado como la cresta de una cacatúa. Star se dio la vuelta y caminó deprisa hacia la puerta principal; los pantalones y la blusa de seda azul flotaban tras ella, con un enorme bolso Louis Vuitton al hombro. Al ver que Aubrey la observaba, cambió de dirección con la sutileza de un navegante que ajusta el rumbo y se dirigió hacia ella. Los músculos de su cara pasaron de tensos a preocupados.

—Vaya, hola, Aubrey —dijo, con su lento acento sureño—. No te había visto antes. ¿Está tu madre aquí también?

—No. Solo yo.

Se apartó un mechón inexistente de la cara con los dedos enjoyados, en lo que parecía un gesto nervioso o distraído. Tenía ojeras bajo los ojos azules y una red de finas arrugas bajo el maquillaje que Aubrey no había notado la noche anterior en el apartamento de tiempo compartido. No creía que Star estuviera realmente preocupada por Ethan y se preguntó qué le quitaba el sueño.

—Me imagino que su prometido es un consuelo para ella —dijo Star.

—Todos estamos intentando consolarnos unos a otros.

—Solo pregunto porque me importa ella —dijo Star, quizá captando la frialdad en la voz de Aubrey—. Y sí, puede que también me sienta un poco culpable de que tu padre esté aquí conmigo cuando tu madre es quien podría necesitar su apoyo. —Star le dio unas palmaditas en el brazo—. No soy una bruja, querida. Espero que lo creas.

No una bruja, pero desde luego lo parecía.

Su padre se interpuso entre ellas.

—Papá.

—Voy a por una taza de té —dijo Star—. ¿Puedo traeros algo a alguno de los dos?

Su padre se frotó la nuca y examinó la sala, como si no supiera qué decir.

—¿Sobre qué estabais discutiendo tú y Star?

Apretó los labios y se quedó mirando la puerta por la que Star se había marchado. Su rostro inexpresivo no tenía nada que ver con el hombre apasionado de la foto que su madre le había enseñado esa mañana. Un caballero blanco sobre un corcel nevado. Pero ya no. Al menos no para mamá ni para Aubrey.

—Star está agotada —dijo—. Los dos lo estamos. Eso nos tiene de los nervios.

—Ya veo.

—Lo siento. No quería parecer desdeñoso. —Le tocó el brazo—. ¿Por qué no salimos?

Salieron de la sala y encontraron un par de sillas al final del pasillo.

—Esto está mejor —dijo, sentándose—. Hay muchos oídos ahí dentro.

—¿Y no quieres que oigan algo?

Bajó la mirada hacia la alfombra con estampado de espirales doradas y azules.

Un recuerdo la asaltó. Tenía ocho años y jugaba en una liga de fútbol del barrio. Mamá no había podido ir al partido, pero papá estaba en casa después de un largo juicio fuera de la ciudad y vino a animarla. Estaba tan orgullosa de su apuesto padre, que le gritaba desde las gradas.

—¡Corre, princesa!

—Niña estúpida —dijo una de las madres.

Su padre fulminó con la mirada a la mujer, cogió a Aubrey en brazos y la alejó del campo. La dejó llorar contra su pecho hasta que se le acabaron las lágrimas. Luego la llevó a Frazier's y le compró un helado de pistacho con nata.

Le dijo algo que había olvidado hasta ahora.

Estoy orgulloso de ti por haberlo intentado con todas tus fuerzas, princesa. Eso es lo que importa. A veces pasan cosas. Te

confundes. Quieres tanto ayudar a tu equipo que acabas haciéndoles daño. Pero no puedes seguir castigándote. Tienes que intentar seguir adelante.

Ahora no podía evitar preguntarse a qué equipo había hecho daño él y si alguna vez había logrado seguir adelante.

—Háblame de tu madre —dijo, levantando la vista de la alfombra. Su voz sonaba inusualmente suave—. ¿Cómo lo está llevando?

Mamá había estado mirando fotos de él esa mañana. Pensando en él, también. Pero ¿de verdad le preocupaba cómo estaba, o solo preguntaba por educación?

Lo miró a los ojos. Inyectados en sangre, como los de Kevin. —Está bien.

Dejó escapar un pequeño suspiro. —No crees que tenga derecho a preocuparme por ella, pero sí lo tengo. Sobre todo después de lo que le hizo esa gente anoche.

—Tú también la atacaste ayer. La culpaste de la desaparición de Ethan.

—Estaba alterado. Nunca he dudado de que tu madre quiere a Ethan y solo desea lo mejor para él. Pero los Cole son un par de calumniadores despreciables.

—Los Simmer parecen creer que ellos están detrás del secuestro.

—Tienen sus propias razones para desviar la investigación hacia los Cole —dijo su padre—. Así se quitan la presión de encima.

—¿Crees que los Simmer están involucrados?

Negó con la cabeza. —Casi desearía que así fuera.

—Entonces, ¿quién crees que tiene a Ethan?

—Anoche fuiste muy dura conmigo.

¿Por qué cambiaba de tema? —Lo siento —dijo ella—. Estaba frustrada. Ethan ha desaparecido y no entiendo por qué tú...

Levantó la mano. —Me hiciste pensar en cosas que habría preferido dejar enterradas.

Se estremeció de aprensión. Pero esto era lo que quería. Saber si sus padres le ocultaban secretos. Secretos que podrían tener relación con la desaparición de Ethan. —¿Qué cosas?

—En el pasado. Mi pasado, el de tu madre. Y empecé a preguntarme si alguien de aquella época podría haber secuestrado a Ethan para vengarse de nosotros.

Se enderezó en el asiento. Su madre había negado esa posibilidad la noche anterior. —¿Vengarse de vosotros por qué? Dímelo, papá. No te entiendo nada.

Una niña pequeña con un vestido largo de fiesta y cintas en el pelo llegó corriendo por el largo pasillo entre risas. Se detuvo a poca distancia de ellos y se escondió detrás de una pesada cortina.

Su padre se quedó mirando la cortina, que se movía.

—¿Por qué querría alguien vengarse de vosotros? —volvió a preguntar Aubrey.

—Tu madre y yo formamos parte de una organización radical en la universidad.

¿Por qué mamá no le había contado esto?

—Las cosas salieron muy mal —dijo su padre—. Tres de nuestros amigos murieron.

—Dios mío, papá. ¿Mamá y tú erais de Stormdrain?

Palideció. Se cubrió la cara con las manos.

Aubrey se mareó, como si estuviera en lo alto de una escalera, a punto de caer. —¿Lo erais? —volvió a preguntar—. ¿Formasteis parte de Stormdrain?

No respondió. Se quedó sentado con las manos sobre los ojos.

Sintió como si cientos de hormigas le recorrieran los brazos y la espalda. Su madre había dicho que pasaba junto al edificio cuando explotó, pero había dejado claro que ella no era responsable.

¿Le había mentido mamá?

No podía imaginar a ninguno de sus padres capaz de matar a alguien a sabiendas. Si lo hubieran hecho, los habrían detenido y condenado.

—Papá. Necesito saberlo. ¿Tuvisteis mamá o tú algo que ver con la explosión del edificio?

La miró a los ojos. Estaban llenos de un dolor que ella nunca había visto. —No —dijo—. Por supuesto que no.

—Casey, sal —llamó un niño. Un niño pequeño con pajarita y pantalones cortos de vestir venía trotando por el pasillo, mirando a

izquierda y derecha—. Ya no quiero jugar más.

Aubrey respiró hondo. Quería creer a su padre con todas sus fuerzas. —Pero dijiste que las cosas salieron muy mal y que vuestros amigos murieron.

Vaciló. —Sí, pero no fue culpa nuestra.

Sus padres no eran asesinos. Su padre tenía que estar diciendo la verdad. —¿Es posible que alguien os culpe igualmente? —preguntó.

—¡Casey! —llamó el niño—. ¡Casey, sal ya!

—Eso es lo que me preocupa. —Parpadeó mirando algo a lo lejos y se tensó. Star estaba al otro extremo del pasillo y se acercaba hacia ellos—. No hablemos de esto delante de ella.

—Pero si crees saber por qué alguien secuestró a Ethan, tienes que decírselo al FBI.

—Ahora no —dijo en voz baja cuando Star llegó lo bastante cerca para oírlos.

—Espero no interrumpir —dijo Star—. ¿Puedo sentarme con vosotros?

Se levantó y le ofreció su silla a Star. No parecía contento. Aubrey tampoco. El tiempo apremiaba. Si su padre sabía algo, tenían que actuar rápido.

Star se sentó con la espalda muy recta, como si hubiera ido a clases de etiqueta. —Y bien, ¿de qué estabais hablando?

Los ojos de su padre se encontraron con los de Aubrey. Decían: *luego*. —De lo preocupados que estamos los dos —le dijo a Star.

—Por supuesto. —Star se inclinó y le dio unas palmaditas en la mano.

Aubrey necesitaba alejar a su padre de Star. Estaba a punto de sugerirle que la acompañara a ver cómo estaba Kevin cuando sonó su teléfono. *Nuestro amor es más fuerte que el dolor.*

—Seguro que es tu madre —dijo Star—. Contesta, no te preocupes por nosotros.

Aubrey miró a su padre. Tenía el rostro preocupado. Pulsó «Responder». —¿Estás bien, mamá?

—Estoy bien —dijo su madre—. No quería que te preocuparas. Voy al piso de Jonathan.

—¿A casa de Jonathan? ¿No sería mejor que te quedases en casa?

—La casa ya no me parece un hogar.

—Lo entiendo. Te avisaré si pasa algo aquí.

Aubrey oyó unas risitas que se convirtieron en carcajadas al colgar.

El niño había apartado la cortina y dejado a la niña al descubierto. —¡Te encontré! —gritó.

—¿Está bien? —preguntó su padre.

—Sí —dijo Aubrey.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de mí —dijo Star, masajeándose las sienes—. Se supone que debería estar apoyándote, Larry, y no hago más que flaquear.

—¿Puedo traerte algo? —Su voz sonaba apagada, como una grabación mecánica.

—No, gracias, querido. —Se puso de pie—. Lo que necesito es echar una cabezadita. Cogeré un taxi de vuelta al apartamento.

—Te llevo yo —dijo él.

«¡No!», quiso gritarle Aubrey a su padre. «Necesito que te quedes aquí y hables conmigo».

—De ninguna manera. —Star se apartó el flequillo blanco y ralo de la frente—. Tienes que quedarte aquí por si pasa algo. Echaré una siesta y luego volveré.

Le dio unas palmaditas en el pecho, asintió hacia Aubrey, se dio la vuelta y se alejó por el pasillo.

Los dos niños pasaron corriendo junto a ella, persiguiéndose el uno al otro.

—Bien —dijo Aubrey—. Ya se ha ido. Ahora dime: ¿por qué crees que alguien podría culparos a ti o a mamá de la explosión del edificio?

Su padre miraba hacia donde se había ido Star, con el ceño fruncido, aunque ella ya no estaba a la vista.

—¿Qué? —dijo, claramente distraído.

Algo estaba pasando entre su padre y Star, pero Aubrey no tenía ni idea de qué. Necesitaba que volviese a centrarse en lo importante.

Él parpadeó. —¿Dije eso?

—Sí. Papá, ¿qué está pasando? Si tienes alguna pista sobre Ethan, tenemos que informar al FBI.

—¿Una pista? —Negó con la cabeza—. Olvida eso. Estaba divagando. Todo esto es muy estresante. Me estoy volviendo paranoico con todo y con todos. —Miró hacia la puerta del puesto de mando—. Será mejor que me vaya. Quiero asegurarme de que Star esté bien.

Se alejó a toda prisa, dejando a Aubrey con la misma confusión que sintió en aquel partido de fútbol cuando echó a correr en la dirección equivocada, sin saber quién estaba de su lado... y quién no.

CAPÍTULO 25

Diana estaba sentada en el sofá blanco del salón de Jonathan. Al otro lado de las puertas correderas de cristal, el cielo tenía el mismo tono de azul que la maleta con la que había llegado a la universidad en su primer año. La maleta que guardaba en el armario, llena de recuerdos.

El pasado estaba en todas partes, pero no sabía si le serviría de algo ni cómo podría ayudarla a averiguar quién se había llevado a Ethan para recuperarlo.

Oyó el tintineo de cristales y miró a Jonathan, que estaba inclinado sobre el mueble bar. Habían venido directamente de la cafetería y no habían cruzado palabra durante el corto trayecto. Ella había estado pensando en Gertrude y en cuánto decía Jonathan que la había amado. ¿Era posible que la culpara de su muerte? ¿Podría haber secuestrado a Ethan para vengarse? La venganza era un motivo poderoso que llevaba a la gente a hacer cosas impensables, pero esta teoría solo tenía sentido si Jonathan sabía lo que realmente había ocurrido el Día de los Inocentes.

—Acaban de dar las doce —dijo Jonathan con voz suave, sacándola de sus pensamientos—. Creo que ya es hora de empezar a beber.

Diana dio un trago.

—¿Todavía quieres hablar de ella? —Sonaba exasperado.

—Sí.

Negó con la cabeza y soltó un resoplido.

Gertrude había sido como una mariposa. Libre y hermosa. Pero siempre había habido algo duro a su alrededor. Diana se preguntó si esa era la persona que Jonathan había conocido o si él había visto otra faceta de ella.

—Rompimos más o menos una semana antes de la explosión del Día de los Inocentes —dijo él—. Nunca volví a verla.

Diana también recordaba la furia de Gertrude. Luego, unos días antes del Día de los Inocentes, algo cambió. Su compañera de habitación parecía más tranquila, incluso feliz.

El cambio de humor de Gertrude habría coincidido con la época en que, según Jonathan, habían tenido su gran pelea. Entonces, ¿por qué estaría tan contenta?

Un recuerdo enterrado afloró a su mente. Gertrude bailando por la habitación con un pañuelo de colores vivos, cantando: «La cucaracha, la cucaracha». Después se echó a reír. «Creo que voy a repasar mi español, Pollyanna. Podría venirme bien».

Como si estuviera planeando irse. ¿Lo estaba? ¿Con quién? ¿Con Jonathan, Jeffrey Schwartz o con alguien más?

Un par de días después, Gertrude estaba muerta.

Diana apuró el coñac y dejó la copa con demasiada fuerza sobre la mesa. El golpe hizo que Jonathan diera un respingo.

—¿Cómo te sentiste cuando te enteraste de que Gertrude había muerto en la explosión? —preguntó Diana.

Frunció sus cejas rojizas y canosas.

—¿Estabas enfadado?

—¿Enfadado? —Parecía realmente desconcertado—. Bueno, después de superar el duelo, sí, estaba enfadado con ella, claro. Enfadado porque se había metido en esa situación.

—¿Y no culpabas a Stormdrain?

—No más de lo que culpaba al gobierno o a la universidad por sus políticas intransigentes.

Ella tampoco estaba segura de adónde iba. Jonathan no parecía saber nada de la conexión de Diana con Stormdrain, lo que significaba que era poco probable que tuviera algo que ver con el secuestro de Ethan.

Pero quedaba Jeffrey. Si conocía la verdad sobre el Día de los Inocentes y culpaba a Diana de la muerte de Gertrude, ¿podría haberse enfurecido aún más por su relación con Jonathan, el hombre que había competido con él por la atención de Gertrude hacía cuarenta y cinco años?

¿Podría Jeffrey haber secuestrado a Ethan y presentado el ultimátum, castigando así a Diana y eliminando a su antiguo

adversario? ¿O acaso Gertrude había tenido otros amantes y confidentes secretos? La verdad era que Diana no sabía quién estaba detrás de aquella exigencia mortal. Solo sabía que tenía que hacer algo para recuperar a Ethan.

—¿Diana? —El tono de Jonathan era suave.

No le gustaba cómo la estaba mirando, como si fuera una enferma mental.

Abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla.

—¿Qué? —preguntó ella.

Negó con la cabeza y soltó un hondo suspiro.

—No.

—Diana, el FBI está preparado para este tipo de situaciones.

—He dicho que no.

Clavó la mirada en la barandilla, fijándose en un punto para que la habitación dejara de dar vueltas. Se sentía atrapada. «Cálmate. Piensa». Podría no haber ninguna conexión entre Jonathan, Jeffrey o cualquier otro de aquellos días, y el ultimátum. Era su sentimiento de culpa lo que la hacía creer que el Día de los Inocentes estaba implicado. ¿Y si se equivocaba y había una solución mucho más sencilla? Una solución en la que nadie tuviera que morir.

Se volvió hacia su prometido.

—¿Qué cosas?

Cuando Diana le había planteado la idea a Aubrey, lo habían considerado una posibilidad remota, pero se estaban quedando sin opciones. Si funcionaba, tanto Ethan como Jonathan se salvarían.

La miró por encima de las gafas, con el ceño fruncido.

—Sí.

Hizo girar la copa de brandy entre las manos.

—Dijiste que nunca antepondrías tu carrera a la familia —dijo ella—. ¿Solo intentabas apaciguarme?

—Por supuesto que no, pero no voy a actuar precipitadamente.

—¿Precipitadamente?

—Tenemos que pensarlo bien, cariño. La nota decía que querían que me mataras. No decía nada de que yo me retirara.

—Pero quizá tu renuncia los satisfaría. Quizá amenazaron con hacerle daño a Ethan solo para asustarnos. Para asegurarse de que

no aceptarías la nominación.

—Pero no hay garantía de que recuperemos a Ethan si me retiro.

—Si hay alguna posibilidad de que funcione, tenemos que intentarlo.

Apuró el resto del brandy.

—Si no intentamos apaciguarlos, matarán a Ethan.

Se levantó y volvió a llenarse la copa en el bar. Dio un largo trago.

¿Por qué se demoraba cuando en pocas horas vencería el plazo de los secuestradores? ¿O acaso sus aspiraciones políticas eran demasiado importantes, como lo habían sido cuando se alejó de Gertrude?

—¿Lo harás, Jonathan?

—Quiero pensarlo bien.

—Entonces piénsalo bien.

—Diana —dijo él, acercándose.

Ella alzó la mano para detenerlo.

—No te vayas —dijo él—. No así. No cuando estás enfadada conmigo.

La siguió por el vestíbulo hasta la puerta principal.

—Prefiero caminar.

CAPÍTULO 26

El sol del mediodía caía a plomo sobre Diana, martilleándole la cabeza y abrasándole la espalda a través de la blusa blanca de algodón mientras caminaba hacia el sur por Brickell Avenue, alejándose del centro y del edificio de Jonathan.

En la calle no corría ni una gota de aire; los altos y anchos condominios bloqueaban cualquier brisa, de modo que incluso las palmeras que bordeaban la acera permanecían inmóviles. A Diana le costaba respirar.

Jonathan no estaba dispuesto a salvar a su nieto. Sí, ella entendía su argumento de que retirarse de la Corte Suprema podría no ser lo que buscaban los secuestradores, pero al menos debería haberlo intentado. Ahora se le agotaban las opciones. Los secuestradores querían una respuesta en menos de doce horas, y no tenía nada que ofrecerles.

«Si no tenemos prueba física de la muerte de Jonathan Woodward, Ethan morirá».

No le cabía la menor duda de que iban en serio.

La acera blanca empezó a dar vueltas ante sus ojos. Se agarró a una palmera, arrepentida del brandy que había tomado en casa de Jonathan, y esperó a que se le pasara el mareo.

Había sido una insensatez ponerse a caminar a casa tan alterada. Respiró hondo varias veces y vio una parada de autobús a unos metros. Se tambaleó hasta allí y se desplomó en el banco, agradecida por la sombra de una palmera cercana.

Tenía miedo. No sabía de qué sería capaz. Necesitaba a Aubrey.

Pulsó el teléfono, pero la pantalla siguió en negro; seguramente se había quedado sin batería.

Estaba sola.

Un autobús que iba en dirección contraria se detuvo en la parada. El conductor la miró, expectante. Ella negó con la cabeza y

le hizo un gesto para que siguiera. El autobús arrancó con un rugido, dejando tras de sí el hedor del tubo de escape.

Jonathan no quería ceder ante amenazas de violencia. Sus palabras le habían despertado una sensación de déjà vu. Todos habían creído en la violencia en aquel entonces. La habían aceptado como la única forma de conseguir lo que querían.

Alguien seguía creyendo que era la respuesta. Pero ¿con qué fin? ¿Qué querían de ella esas personas que habían secuestrado a su nietecito? ¿La muerte de Jonathan?

Solo pensarlo le revolvió el estómago. Era médica, por el amor de Dios. Una sanadora, no una asesina.

El viejo grito de guerra resonó en su cabeza. «¡Alguien debe morir!». Para avanzar, había que destruir. Para hacerse notar, había que matar.

Quizá fuera así de simple.

———

Di se sentaba con Linda en la primera fila de sillas plegables, cerca de la chimenea tapiada, en aquella casa de piedra rojiza, fría y húmeda. Era finales de noviembre, pero no había calefacción, así que todos llevaban abrigos y chaquetas.

Michael había pintado un enorme símbolo de paz sobre la repisa de la chimenea, y en las paredes había fotos de revistas con atrocidades de guerra. Una de las chicas encendió velas en la repisa y por toda la habitación, envolviendo a todos en sombras parpadeantes. De las ventanas colgaban sábanas para que desde la calle no se pudiera ver el interior.

La mayoría de las chicas estaban llorando, ella incluida. Habían visto las fotos en las noticias, y todas las revistas las habían publicado: *Time*, *Life*, *Newsweek*.

La masacre de My Lai. Había ocurrido meses antes, en marzo, pero la noticia se había silenciado hasta que un tenaz periodista de investigación, Seymour Hersh, sacó todo a la luz. Desde que la noticia había salido hacía unos días, no se hablaba de otra cosa. El

asesinato de cientos de mujeres vietnamitas, niños, ancianos... gente corriente. Asesinados a sangre fría. Por soldados estadounidenses.

«Esta vez se han pasado de la raya», había dicho Lawrence. «Ahora el mundo se dará cuenta por fin de esta guerra inmoral».

Los miembros de Stormdrain fueron entrando en el salón y sentándose. El dulce olor de la marihuana los acompañaba. Todos hablaban en voz baja, pero Di percibía una energía nerviosa en la habitación.

Buscó a Lawrence entre los jóvenes, pero no lo vio. Ojalá viniera a abrazarla antes de que empezara la reunión. Se habían hecho pareja en Halloween, hacía veintidós días. Era la primera relación seria de Di, y ella trataba cada día como un aniversario. Solo que, desde las noticias de My Lai, Lawrence andaba distraído, como si algo estuviera echando raíces dentro de él y creciendo.

Di lo entendía; era lo que más le gustaba de él. Que se preocupara tanto por aquella gente que vivía al otro lado del mundo. Lawrence había llorado al leer que a las mujeres las habían violado en grupo y luego mutilado. Algunas madres se habían echado sobre sus bebés con la esperanza de protegerlos, pero los soldados apartaron los cadáveres y asesinaron también a los niños.

—Igual que el Holocausto —había dicho Di.

Lawrence le había tomado las manos y respondido:

—¿Qué crees que nos dirá Lawrence que hagamos? —preguntó Linda.

«Todos somos víctimas», pensó Di. «Ahora, entonces, siempre. A menos que los detengamos».

Estaba a punto de responderle cuando vio que su amiga abría los labios y los ojos se le iluminaban con una adoración casi religiosa. Di se volvió y vio a Lawrence avanzar hacia el frente de la sala. Tenía el rostro inusualmente enrojecido, la mandíbula apretada.

Todos guardaron silencio cuando él se plantó frente a ellos, de espaldas a la chimenea.

—Gracias por venir, camaradas —dijo en voz tan baja que Di notó cómo todos a su alrededor se inclinaban hacia él.

Una figura entró en la sala y se apostó en la esquina delantera, justo donde no llegaba el resplandor de las velas, pero Di habría reconocido a su compañera de piso en cualquier parte, incluso entre las sombras.

Lawrence miró a Gertrude y luego siguió hablando. Pero Di solo prestaba atención a medias. Se preguntaba si los dos acababan de estar «juntos». Si «esa» era la razón de sus mejillas sonrojadas.

—El gobierno la ha cagado esta vez —estaba diciendo Lawrence —. Está creciendo un movimiento, y no solo de estudiantes como nosotros. La gente corriente se está indignando a medida que salen a la luz los hechos. El ejército estadounidense está asesinando a cientos, quizá miles, de civiles inocentes.

Sus palabras atraparon a Di y todo lo demás huyó de su mente.

—Quemando vivos a mujeres, niños, gente como nosotros, con napalm —la voz de Lawrence se volvió más fuerte, más furiosa—. Destruyendo sus aldeas con ataques aéreos y bombardeos —se le dilataron las fosas nasales—. Matando por matar.

La gente se removía en sus sillas. Di también. Era imposible quedarse quieta mientras lo escuchaba.

Lawrence señaló las fotos de las paredes. —Nos hemos convertido en un país de asesinos de bebés.

Linda soltó un grito ahogado. Se aferraba al asiento de la silla, como si temiera caerse.

Lawrence cerró el puño. —¡No vamos a quedarnos de brazos cruzados y aceptarlo!

—¡No vamos a aceptarlo! —gritó Gary, un nuevo miembro de Stormdrain. Otros se unieron y alzaron los puños al aire.

—Habéis visto el clamor —dijo Lawrence—. Hace unos días, en Washington DC, medio millón de nuestros camaradas marcharon contra estos asesinos. No será la última protesta que veamos. La semana que viene, el gobierno celebrará un sorteo de reclutamiento para aumentar sus efectivos militares. Para intentar mandarnos a los demás a esta guerra inmoral. Pero no lo vamos a consentir. —Alzó la voz—. No vamos a consentir que maten bebés en nombre de la democracia.

—¡No más asesinatos! —gritaron.

La voz de Linda le retumbaba en el oído, casi histérica. —¡No más asesinatos!

Lawrence levantó los brazos para calmarlos; su camisa blanca y holgada le recordó a Di las túnicas de un profeta.

Los gritos continuaron a pesar de sus esfuerzos. —No más asesinatos. No más asesinatos. —La gente agitaba los brazos, se subía a las sillas, corría por los pasillos presa del frenesí.

Di buscó a su compañera de habitación, pero ya no estaba en la esquina y no conseguía verla con tanto movimiento en la sala.

—Camaradas —dijo Lawrence. La luz vacilante de las velas danzaba sobre su barbilla hendida, sus mejillas hundidas—. Camaradas, tenemos que trazar un plan.

El ruido se apagó. La gente volvió a sus asientos o se apoyó en las paredes. Todas las miradas estaban puestas en Lawrence.

—Siento vuestra rabia, camaradas —dijo—. La comparto.

Otro estallido de voces.

Esperó a que se calmaran de nuevo y dijo: —Cuando formamos Stormdrain, nuestra misión era clara. Paz en suelo estadounidense. Y paz en todo el mundo. —Levantó la mano para pedir silencio y continuó—: Pero hemos aprendido que para lograr la paz, a veces la violencia es necesaria.

—¡Hagamos volar a esos hijos de puta por los aires! —gritó Jeffrey desde el fondo de la sala.

Lawrence negó con la cabeza. —Así no.

—Entonces, ¿qué coño hacemos? —gritó Steve—. ¿Quedarnos de brazos cruzados mientras siguen matando bebés?

—Tenemos que demostrarles que vamos en serio —dijo Lawrence—, pero no recurriremos a las tácticas del gobierno. Eso nos convertiría en lo mismo que ellos.

Varios asintieron.

—Estamos trabajando en un plan para destruir ciertos objetivos importantes —dijo Lawrence—. Estatuas de valor histórico. Propiedades del gobierno. Y propiedades de empresas que apoyan la industria bélica.

—Sí, tío —gritó una voz.

Di se removió en la silla, incómoda con lo que Lawrence sugería. Podría haber heridos. Pero Lawrence nunca correría un riesgo así. Estaba segura de que sabía lo que hacía.

—Cada acto de violencia debe estar vinculado a una injusticia concreta, y es crucial que expliquemos qué hacemos y por qué en un Manifiesto. —Lawrence hizo una pausa—. Nuestro primer Manifiesto y primer acto de represalia estarán dedicados a las víctimas de la Masacre de My Lai.

Todos empezaron a hablar a la vez, pero Lawrence levantó la mano. —Lo llamaremos Proyecto George —dijo—. Vamos a volar la estatua de George Washington en Union Square Park.

—Por fin —gritó Steve—. Cuenta conmigo.

—Yo también —dijo Albert.

—¿Cómo vamos a volar nada? —preguntó Gary—. ¿Acaso sabemos algo de bombas?

La sala quedó en silencio y todos se volvieron hacia Lawrence. A la luz vacilante de las velas, sus rasgos parecían demacrados, pero luego esbozó una sonrisa forzada. —Venid conmigo, camaradas. —Salió de la sala hacia el pequeño vestíbulo y bajó al sótano.

Di se abrió paso entre la multitud en la escalera y se asomó por la barandilla de madera áspera. El sótano se había transformado desde que había estado allí con Lawrence unas semanas antes, en la fiesta de Halloween. En el centro había una imprenta y mesas plegables con cajas apiladas. Pero lo que más le llamó la atención fue el banco de trabajo contra la pared de ladrillo, donde Lawrence estaba junto a Gertrude.

—Esto, camaradas —gritó Lawrence por encima del ruido. Esperó a que todos se callaran—. Esto, camaradas, es nuestra fábrica de bombas.

En el banco de trabajo, Di distinguió botellas, tubos, cajitas de clavos, latas metálicas de líquido para mecheros. Vio a Lawrence mirar la mesa y luego cruzar la mirada con Gertrude. Di sintió una punzada de celos. Lawrence y Gertrude compartían algo de lo que ella no formaba parte.

—Debemos tratar estas bombas con respeto —dijo Lawrence al grupo, mientras Gertrude se metía la mano en el bolsillo y sacaba un

cigarrillo y una caja de cerillas—. Nuestro objetivo es llamar la atención y que nos reconozcan mediante la destrucción de propiedades —dijo—. No vamos a matar a nadie.

Gertrude se dispuso a encender la cerilla, justo cuando la mano de Lawrence se cerró sobre la suya. —¿Qué coño haces? —dijo él.

Ella se echó la trenza por encima del hombro y lo miró fijamente. —¿Volar una estatua? —Apartó la mano—. ¿Eso es lo mejor que se te ocurre?

Lawrence apretó la mandíbula.

Gertrude se volvió hacia el grupo. —Si queremos que nos oigan, tenemos que armar más ruido.

La gente alrededor de Di pareció encogerse, como si quisiera desaparecer.

—¿Quién me apoya? —gritó Gertrude.

Nadie habló. Lawrence respiraba con dificultad, los puños apretados.

—Decís que queréis cambiar el mundo —dijo Gertrude—, pero no lo decís en serio. Ninguno de vosotros está dispuesto a hacer lo que haga falta. —Clavó la mirada en Di.

Di hizo una mueca, dejada en evidencia delante de todos por su compañera de habitación. Todas sus proclamas sobre acabar con la injusticia, su misión de prevenir otro Holocausto. Solo eran palabras.

—Para detener la violencia, debemos ser violentos —dijo Gertrude—. Para detener los asesinatos, tenemos que matar. Si queremos avanzar, tenemos que destruir —gritó—. ¡Alguien tiene que morir!

El pitido estridente de un claxon devolvió a Diana al presente. De una vieja pesadilla a la que estaba viviendo ahora.

En menos de doce horas, alguien iba a matar a Ethan a menos que ella matara a Jonathan primero.

Ese era el trato.

Sacudió la cabeza. El mareo se le había pasado.

Para avanzar, había que destruir. Ese había sido su mantra. Alguien tiene que morir.

Observó el tráfico que pasaba por Brickell Avenue, luego se puso de pie y caminó lentamente bajo el resplandor cegador de vuelta hacia el imponente edificio de Jonathan.

Con la esperanza de encontrar otra salida.

CAPÍTULO 27

El sol era demasiado brillante, casi doloroso, con un ángulo distinto al que Aubrey se había acostumbrado en Rhode Island. Aquí en Miami, los colores eran más vivos, como en una película en alta definición.

Y sin embargo, lo que Aubrey más necesitaba ver seguía oculto para ella. Su visita al puesto de mando de los Simmers no le había aclarado nada. Es más, había salido de allí aún más perpleja, sobre todo por el comportamiento errático de su padre: su insinuación, y posterior negación, de que tenía alguna idea de quién estaba detrás del secuestro.

Al doblar la esquina llegó a la casa de su infancia. Tom Smolleck estaba apoyado en uno de los coches negros, hablando por teléfono. Le hizo una señal para que esperara un momento mientras terminaba la llamada. El sol le daba de lleno, y tenía la frente perlada de sudor justo debajo del pelo rapado. Terminó la llamada y se acercó a ella con la placa bien visible en la cintura.

—¿Tienes unos minutos? —preguntó.

Estaba deseando volver a investigar en el ordenador, pero al fin y al cabo él era del FBI. —Por supuesto.

—Vamos a dar una vuelta.

Estuvo a punto de preguntarle qué quería de ella, pero decidió que ya lo averiguaría. Además, también tenía preguntas que hacerle.

—¿Cómo va la investigación? —preguntó mientras él conducía por la calle estrecha y llena de baches—. ¿Algún posible sospechoso entre la multitud del carnaval?

Giró hacia Tigertail. —Tus observaciones sobre las dos personas de aspecto sospechoso en las fotos fueron acertadas —dijo—. Nosotros también nos habíamos fijado en la mujer de las gafas de sol y en el hombre con los brazos tatuados. Estamos intentando identificarlos.

—Mi padre me dijo que los perros rastreadores encontraron una servilleta con el olor de Ethan en el carnaval. ¿Encontraron huellas útiles?

—Las únicas huellas que pudimos sacar eran de tu madre. —Se detuvo en un semáforo, con los labios fruncidos como si estuviera decidiendo algo, y se volvió hacia ella—. Vamos a comer algo. —Por lo visto, pensaba alargar la conversación—. ¿Hay algún sitio cerca?

—Me gusta Scotty's, pero es al aire libre, así que quizás prefieras...

—¿Cómo se llega?

Le indicó el camino y llegaron al restaurante en un par de minutos. Aparcó en el aparcamiento casi vacío y salieron del coche. Al sol hacía calor, pero corría una brisa que venía de la bahía.

Vaciló junto al coche, como si quisiera quitarse la chaqueta, pero se la dejó puesta. Probablemente llevaba un arma.

Caminaron por un sendero hacia el restaurante, y el olor a gasolina del puerto deportivo le trajo recuerdos de su infancia. Smolleck se detuvo al llegar a la bahía. El agua ondeaba y reflejaba las nubes blancas y esponjosas en el cielo azul. La vista era la misma que desde el parque donde ella y su madre se habían sentado la noche anterior, pero a veces olvidaba lo hermosa que debía de resultar para alguien que no fuera de allí.

Continuaron hacia la zona de mesas, bajo un toldo blanco y verde. La clientela del almuerzo aún no había llegado, y solo había un puñado de personas sentadas, la mayoría con camisetas y pantalones cortos. Las mesas y las sillas eran de plástico, y las cartas se mantenían en pie gracias a los grandes botes rojos de kétchup y a los saleros y pimenteros.

Se sentaron a una mesa lo más cerca posible del muelle, donde la brisa era más fuerte. El aire le ondeaba bajo la coleta y le refrescaba el cuello. Smolleck se desabrochó el botón superior de la camisa y se aflojó la corbata. Tenía la camisa blanca húmeda bajo la chaqueta. Se acercó una camarera con gorra de béisbol, camiseta verde y pantalones cortos caqui. Pidieron buñuelos de caracol y gambas al coco.

—Solíamos comer aquí cuando era niña —dijo Aubrey cuando se fue la camarera—. Mi madre trabajaba hasta tarde y odiaba cocinar, pero creo que habríamos venido de todos modos.

Miró hacia la bahía, recordando aquellas tardes, sobre todo las de antes de que sus padres se volvieran dos desconocidos: el reflejo del atardecer en las nubes del este, el frescor del aire cuando se ponía el sol, cómo su padre y su madre de vez en cuando intercambiaban una mirada que solo ellos entendían.

—Parece que tuviste una infancia feliz —dijo Smolleck.

—Bastante feliz —respondió, aunque le habría gustado conocerlo mejor para poder contarle más.

—Es curioso cómo, cuando estamos en medio de algo, se convierte en todo nuestro mundo y no podemos imaginar nada diferente. —Tenía una expresión distante en el rostro, como la noche anterior cuando se habían sentado en el patio—. Casi como si estuviéramos en una burbuja de cristal y nada existiera fuera de ella.

Así que él también sabía lo que eran las burbujas. —¿Alguna vez te has sentido así? —preguntó.

—Unas cuantas veces. —Se frotó la hendidura de la ceja—. Andaba con malas compañías cuando estaba en el instituto. Faltábamos a clase, consumíamos muchas drogas y nos importaba una mierda el resto del mundo.

—¿Pasó algo?

Cogió la botella de kétchup y raspó la suciedad del cuello con la uña del pulgar. —Mi madre murió de cáncer de mama en mi último año de instituto. Fue todo muy rápido. Tan rápido que no había aceptado que se estaba muriendo, y de pronto ya era demasiado tarde.

—Eso debió de ser muy duro para ti.

—Y por supuesto me sentí culpable, como si mi estilo de vida le hubiera provocado el cáncer. Así que dejé las drogas, me corté el pelo y me alisté en los marines. Pasé un tiempo en Afganistán.

—¿Y qué tal fue?

Se encogió de hombros. —Pensaba que en el ejército tomaría las riendas de mi vida, pero acabé en otra burbuja distinta. Sin pensar. Sin cuestionar. Solo seguir órdenes.

No muy diferente de lo que ella había estado haciendo hasta hacía poco.

—¿Por eso entraste en el FBI? ¿Para poder cuestionar las cosas?

Le dedicó esa media sonrisa. —Algo así.

Una lancha motora pequeña y ruidosa maniobró marcha atrás hacia el amarre y agitó el agua.

—Entonces, ¿te va bien en el FBI?

Se quedó mirando el agua ondulante. —Diría que he ganado en autoconocimiento. Sé que la gente tiende a quedar atrapada en su entorno. El FBI no es una excepción. —Se volvió hacia ella—. ¿Y tú? ¿Alguna vez sientes que estás atrapada en un espacio sin aire?

Pensó en Jackson. En cómo casi no podía respirar cuando él y Wolvie se marcharon por primera vez. No era nada comparado con lo que estaba viviendo ahora. —Perder a Ethan es como estar atrapada en una pesadilla.

Él asintió. —Por supuesto que sí.

La camarera dejó dos vasos de agua sobre la mesa y fue a tomarles nota a los que habían bajado del barco.

Aubrey cogió su vaso de agua. En medio de toda la ansiedad por Ethan y su madre, era un alivio tener a alguien con quien hablar.

Había malinterpretado a Smolleck. Su actitud de agente duro del FBI era una fachada.

—Investigamos a tu novio —dijo él.

Su inesperado cambio de rumbo la sobresaltó y derramó el agua. Por lo visto, Smolleck se sentía incómodo con la conversación personal y necesitaba volver a su papel profesional.

—No es sospechoso —dijo Smolleck, con voz más suave, como si lamentara haberla sobresaltado.

—No pensé que lo fuera.

Se rascó un nudillo. ¿Qué le costaba tanto decir?

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó ella—. Está claro que tienes algo en mente.

—Hablé con el juez Woodward esta mañana.

A Aubrey le ardieron las mejillas. No se lo esperaba. Si su madre le había hablado a Jonathan de la nota, él podría habérselo contado a Smolleck.

—¿Pasa algo? —preguntó él.

Necesitaba tantear cuánto sabía Smolleck. —La posible nominación de Jonathan podría estar relacionada con la desaparición de Ethan.

—Podría estarlo —dijo Smolleck—. Pero ¿hay algo más?

Escondió las manos bajo la mesa para que él no notara el temblor delator. —¿A qué te refieres?

—El juez Woodward parecía demasiado preocupado por tu madre.

—Es su prometida. Normal que esté preocupado por ella.

—Pero el juez Woodward parecía convencido de que el secuestro estaba relacionado con ella. ¿Por qué no iba a considerar también que el objetivo de los secuestradores podrían ser los Simmers, o tu padre, o incluso tu hermano y su mujer? O, ya puestos, dado que no hay petición de rescate, ¿que algún pederasta se ha llevado a Ethan?

Su madre debía de haberle contado a Jonathan lo de la nota, y ahora el FBI sospechaba de su existencia por el comportamiento torpe de Jonathan.

La camarera les sirvió la comida. Eso le dio a Aubrey un minuto para recomponerse y pensar en una respuesta, pero en cuanto la camarera se fue, Smolleck continuó. —Está claro que si hubiera una petición de rescate, nos ayudaría muchísimo. Sabríamos a quién tienen en el punto de mira los secuestradores y qué quieren. Sin eso, nos vemos obligados a dispersarnos en mil direcciones y estamos perdiendo un tiempo precioso.

Tenía razón. Cuanto más supiera el FBI, más probable sería que encontraran a Ethan. Se dio cuenta de que su propósito al traerla allí era convencerla de que le revelara la existencia de la nota. Quizás para sacarla de lo que él podría haber percibido como la burbuja en la que ella y su madre se habían encerrado. Pero le preocupaba que los secuestradores cumplieran su amenaza y mataran a Ethan si informaban al FBI.

Smolleck cogió uno de los langostinos con coco y le dio un mordisco. —Están buenos —dijo—. Deberías comer algo.

No tenía apetito, pero cogió un buñuelo de caracola.

—Sabes, Aubrey, la mayoría de las notas de rescate dicen expresamente que no se contacte con las autoridades, o harán daño a la víctima.

Prácticamente le estaba diciendo que lo sabía, pero tenía que andarse con cuidado para que lo que dijera ayudara a Ethan, no lo perjudicara.

—Has dicho que Jonathan parece demasiado preocupado por que mi madre sea el objetivo de los secuestradores —dijo ella—. Si crees que es por una nota de rescate en ese sentido, ¿no tendría sentido investigar esa posibilidad aunque no se confirme que la nota existe?

Él tiró la cola del langostino en el plato con gesto de disgusto. Le sorprendió sentirse mal por haberlo decepcionado con su respuesta evasiva.

—Suponiendo que mi madre sea el objetivo —continuó ella—, ¿es posible que alguien de su época universitaria esté detrás del secuestro?

—Lo que me interesa es por qué crees que esa es la posibilidad más probable.

—No he dicho que sea la más probable.

—Pero es la que me estás señalando.

—Tienes razón —admitió ella—. Creo que hay algo. Pero fuiste tú quien me habló del pasado de mis padres, así que me puse a investigar por mi cuenta.

—Vale. Me parece justo —dijo él—. Dime por qué crees que hay una conexión con el secuestro de Ethan.

—Creo que mis padres estuvieron involucrados de alguna manera con un grupo revolucionario en la universidad. ¿Es posible que alguien crea que tuvieron algo que ver con la explosión de 1970, la que mató a varios estudiantes, y haya secuestrado a Ethan para vengarse?

—Hemos estado investigando a miembros de Stormdrain que podrían haber tenido vínculos con tus padres.

Así que el FBI también estaba considerando esa teoría. Por fin estaba consiguiendo algo de información. Se preparó para lo que él pudiera revelar sobre sus padres.

—Uno es un hombre llamado Jeffrey Schwartz —dijo Smolleck —. Pasó a la clandestinidad después de la explosión y luego participó en un atraco a un banco en el que hubo muertos, unos años después. No hemos podido localizarlo. —Comió otro langostino, como si estuviera compartiendo detalles burocráticos, no revelaciones que podrían ponerle el mundo patas arriba.

—Lo curioso es que hace unos veinte años, un hombre que decía ser Jeffrey Schwartz se presentó en una oficina del FBI insistiendo en que tenía información secreta sobre la explosión de 1970.

—¿Qué información?

—Dijo que la explosión del edificio no había sido un accidente y que sabía quién lo había volado.

¿Aquel hombre sabía quién había volado el edificio? Un escalofrío le recorrió el cuerpo al pensar en lo que eso podía significar. Pero si sus padres hubieran estado involucrados, Smolleck no estaría hablando con ella con tanta naturalidad.

—¿Te dijo quién lo hizo? —preguntó ella.

Smolleck negó con la cabeza. —No. No sabía nada. Investigamos su historia. No era Schwartz, y no había estado en ningún lugar cerca de Nueva York en el momento de la explosión. Resultó ser un psicótico con trastorno delirante. Por lo visto, estaba obsesionado con el incidente y quería ser el centro de atención.

Una idea no dejaba de rondarle la cabeza.

Hacía veinte años sus padres habían tenido una pelea fuerte. Hoy mismo, Kevin había dicho que creía que había sido por un amigo suyo, porque había oído a mamá decir: «Jeff va a acabar con nosotros». ¿Y si sus padres en realidad habían estado discutiendo sobre *este* Jeffrey? ¿O era forzar demasiado las cosas?

—¿Y el verdadero Jeffrey Schwartz? —preguntó—. ¿Qué fue de él?

—Estamos intentando localizarlo, así como a una mujer llamada Linda Wilsen. Sufrió quemaduras graves en la explosión. También está en paradero desconocido.

—¿La gente desaparece así, sin más?

—Constantemente —dijo—. Se van a Canadá o a México, o incluso se esconden a la vista de todos con una identidad nueva.

Una brisa le trajo un fuerte olor a pescado. —¿Y qué hay de BBM? ¿Es posible que alguien de la empresa se esté vengando de mis padres?

—¿BBM? ¿Por qué los mencionas?

—El abuelo de Prudence fundó Baer Business Machines.

—Lo sabemos.

—Vi a varios empleados de BBM en el puesto de mando de los Simmers.

Frunció el ceño; el ángulo del sol hacía que sus ojos grises parecieran inquietantemente claros. —¿Por qué te preocupa eso?

—Porque el abuelo de Prudence, Emmet Baer, fue miembro de la junta de síndicos de Columbia desde 1965 hasta 1970.

Había dejado de comer. —Te escucho.

—Stormdrain estuvo activo en el campus entre 1969 y 1970 y habría sido un verdadero quebradero de cabeza para la administración.

—¿Qué tiene eso que ver con BBM?

—Vi un documental filmado en 1969 sobre la toma de varios edificios universitarios por parte de estudiantes. En el documental, la voz en off afirmaba que la Universidad de Columbia estaba vinculada a grandes corporaciones que financiaban la maquinaria bélica. Una de las corporaciones que mencionaban era Baer Business Machines.

—Entonces, ¿crees que puede quedar algún rencor hacia los miembros de Stormdrain de aquella época?

—No tengo ni idea de qué pensar. No sé qué tuvieron que ver mis padres con Stormdrain. He buscado a los dos en Internet, pero no he encontrado nada sobre ninguno. —Tragó saliva—. Dime una cosa. El FBI sabe cosas que el público desconoce. ¿Qué tuvieron que ver mi madre o mi padre con la explosión del brownstone en abril de 1970?

La observó durante un largo momento. —Lo siento, Aubrey, pero no estoy autorizado a revelarlo.

Y sus padres se negaban a contárselo.

Miró hacia la bahía. Un par de veleros navegaban contra el viento en un elegante pas de deux.

Tantos secretos.

Tantas cosas que ignoraba.

Lo que sí sabía era que el FBI estaba intentando encontrar a Ethan y traerlo a casa sano y salvo, pero lo hacían con las manos atadas. La nota podría ayudarlos. Y la oscura pregunta que no dejaba de apartar de su mente: ¿y si su pequeño sobrino moría porque ella no se lo había contado?

—Hay una nota —dijo en voz baja, sabiendo que iba en contra de los deseos de su madre, con la esperanza de haber tomado la mejor decisión para Ethan.

Se enderezó en el asiento. —¿La tienes?

Negó con la cabeza y dio un sorbo de agua. —No, pero la vi.

—Cuéntame.

—Alguien la coló entre el correo del lunes después de que el FBI lo hubiera revisado todo. Estaba dentro de una tarjeta de felicitación.

—¿Viste el sobre? ¿La tarjeta? —Sacó el móvil y empezó a teclear.

—Solo vi la parte de arriba del sobre. Tenía un sello que no estaba matasellado.

—Ya veo —dijo Smolleck—. Por eso te interesaba tanto saber quién había estado dentro de la casa. ¿Dónde está ahora?

—Mi madre tiene el sobre y la tarjeta. Vi la portada de la tarjeta cuando me enseñó la nota.

—¿Qué puedes contarme?

—Era para un niño. En la portada había un dibujo de un niño pequeño. Y la tarjeta decía: «Hoy es tu día especial».

—¿Impreso en la tarjeta?

—Sí.

—¿Algo que destacara en la tarjeta? ¿Qué decía por dentro?

—No vi el interior. Solo la portada. El niño iba montado en un triciclo rojo.

Smolleck frunció el ceño. —Si no viste el interior, ¿cómo sabes lo de la amenaza?

—La nota venía aparte.

—¿Y esa sí la viste?

—Sí. Estaba escrita en un trozo de papel, como de un bloc pequeño. Estaba mecanografiada. —Se la había aprendido de memoria. Se la había repetido a sí misma una y otra vez, como si recitar el mensaje pudiera cambiarlo o revelar algún secreto oculto —. En un lado decía en mayúsculas: Tenemos a Ethan. Está a salvo. Lo devolveremos ileso si haces una cosa.

Dio otro sorbo de agua. Smolleck esperaba.

—En el reverso del papel, le daban a mi madre hasta medianoche para hacer lo que pedían. Decían que si avisaba a las autoridades, Ethan moriría. —Se le revolvió el estómago. Ya estaba dicho y no podía retractarse—. Por favor, dime que hice bien en contártelo. Que esto ayudará a recuperar a Ethan sano y salvo.

—¿Y qué es lo único que quieren que haga tu madre? —preguntó con tono formal.

Ella bajó la mirada hacia las colas de gamba que él había dejado en el plato.

—Quieren que mi madre mate a Jonathan Woodward.

—Dios santo. —El rostro de Smolleck se puso rojo—. ¿Y nos lo habéis ocultado?

La rabia le subió por la garganta. —No te atrevas a juzgarnos ni a mí ni a mi madre. Amenazaron con matar a Ethan si os contábamos lo de la nota. ¿Qué habrías hecho tú si la vida de tu hijo estuviera en juego?

Él soltó el aire. —Tienes razón. Lo siento. Gracias por contármelo ahora. Es solo que... hemos perdido mucho tiempo.

Metió la mano en la cartera y sacó un par de billetes, que dejó sobre la mesa.

—Esto lo cambia todo —dijo, poniéndose de pie—. Tenemos que volver.

—Tendrás cuidado con lo que te he contado, ¿verdad? —dijo ella mientras lo seguía hasta el coche—. Prométeme que no haréis nada que ponga en peligro a Ethan.

—Por supuesto que tendremos cuidado. Pero necesitaremos la nota. Podría contener pruebas forenses.

—Ya te lo he dicho, la tiene mi madre.

El teléfono de Smolleck sonó cuando llegaron al coche. Atendió la llamada. Aubrey observó cómo su expresión mudaba a algo parecido a la incredulidad.

—De acuerdo —dijo—. Voy para allá enseguida.

Se guardó el teléfono en el bolsillo y miró a Aubrey con expresión fría e indescifrable. —¿Dónde está tu madre ahora?

No le gustó el tono duro de su voz. —Ha ido al apartamento de Jonathan. ¿Por qué?

—Porque Jonathan Woodward está muerto.

CAPÍTULO 28

—¿Muerto? —Aubrey estaba atónita. No era posible. Entonces le asaltó un pensamiento aún más aterrador—. ¿Mi madre está bien?

—No sabemos dónde está tu madre —dijo Smolleck—. Tiene el móvil apagado, así que no podemos localizarla por GPS.

Mamá estaba bien, pero Jonathan estaba muerto. —¿Qué le pasó?

—Al parecer cayó, o lo empujaron, desde su balcón.

Lo empujaron desde su balcón.

—Tengo que irme. —Smolleck abrió la puerta del coche.

—Ella no lo hizo. —Aubrey notó el tono suplicante de su propia voz—. Agente Smolleck, mi madre nunca haría algo así.

—¿Ni siquiera para salvar a su nieto? —espetó él.

¿Qué estaba diciendo? ¿Se había cumplido el ultimátum de los secuestradores? Dio un paso hacia él, debatiéndose entre la esperanza y el miedo. —¿Alguien se ha puesto en contacto sobre Ethan? ¿Está bien?

La ira se desvaneció del rostro de Smolleck. Negó con la cabeza. —No hay noticias sobre Ethan.

—¿Nada?

—Lo siento —dijo Smolleck.

Empezó a temblar de pies a cabeza. Jonathan estaba muerto. Por lo que Aubrey acababa de contarle a Smolleck, su madre probablemente era sospechosa de su asesinato. Y Ethan seguía desaparecido.

Smolleck le estaba diciendo algo.

Parpadeó, tratando de concentrarse. —¿Qué?

—¿Necesitas que te lleve a casa? —Su voz sonaba amable.

Negó con la cabeza, consciente de las lágrimas que le corrían por las mejillas. —Es mi sobrino —susurró—. Tenemos que encontrarlo.

Él le puso la mano en el hombro. Un toque ligero, como el de Wolvie cuando le apoyaba las patas encima porque sabía que estaba disgustada. —Lo estamos intentando —dijo Smolleck. Luego se dio la vuelta, subió a su coche y se marchó.

El temblor se intensificó. Aubrey se abrazó y se frotó los brazos. Le castañeteaban los dientes. Fue hasta el bordillo y se sentó en un bolardo. Si le hubiera contado a Smolleck lo de la nota antes, quizás esta tragedia podría haberse evitado. Jonathan podría seguir vivo y su madre podría no ser sospechosa. Quizás el FBI ya habría encontrado a Ethan.

Se secó las lágrimas con un gesto brusco. Como la niña obediente que siempre había sido, Aubrey había hecho caso a su madre con lo de la nota, en lugar de hacer lo que creía correcto.

Sacó el teléfono y pulsó la tecla de marcación rápida. Saltó directamente el buzón de voz de su madre. Dejó un mensaje. —Llámame. Por favor.

Temblorosa, se puso de pie. Tenía que encontrarla. Salió a toda prisa del aparcamiento y subió por el acantilado hacia su casa, tratando de convencerse de la inocencia de su madre. Mamá había estado considerando darle a Jonathan un medicamento para ralentizarle el corazón y simular su muerte, pero nunca lo habría asesinado, ni siquiera para salvar a Ethan.

Entonces, ¿dónde estaba y por qué no contestaba el teléfono?

Aminoró el paso cerca de su casa, jadeando, pero no solo por el esfuerzo. Aquella sensación de descontrol venía de un lugar muy profundo.

Había perdido el norte.

Su madre no era la persona que había creído conocer tan bien. Puede que hubiera sido una revolucionaria universitaria. Alguien que había estado involucrada en algo tan terrible que ahora, muchos años después, probablemente habían secuestrado a su nieto y asesinado a su prometido por culpa de sus acciones. Pero Aubrey todavía no sabía qué había hecho su madre entonces, ni de qué era capaz ahora.

Su casa de la infancia se alzaba frente a ella. Paredes de un salmón desvaído cubiertas de enredaderas, tejado a dos aguas rojo

oscuro, buganvillas que colgaban sobre las ventanas en arco.

La Bella Durmiente. Así la había llamado siempre su padre. Su princesa, la Bella Durmiente.

La Bella Durmiente había vivido escondida en esta casa, feliz de trabajar en sus óleos de naturalezas muertas, coleccionando bolas de nieve con escenas que nunca cambiarían.

Aubrey había pasado la vida sonámbula. Sin querer mirar más allá de lo que le decían, con la intuición de que sus preguntas alterarían las cosas de algún modo. Era hora de despertar y enfrentarse a la verdad. Hora de descubrir quién era realmente su madre.

Porque ya había pasado demasiado tiempo, y Ethan seguía desaparecido.

CAPÍTULO 29

Diana se puso las gafas de sol y avanzó a trompicones hacia las luces rojas y azules frente al edificio de Jonathan mientras las sirenas aullaban a su alrededor.

Docenas de hombres y mujeres la arrastraban consigo, horrorizados y excitados a la vez por aquella intrusión en sus pausas rutinarias para comer.

—Se ha tirado uno —dijo alguien junto a ella—. Mi amigo lo vio caer.

—Yo he oído que lo empujaron —dijo otra persona.

Se le revolvió el estómago. Sabía que debería salir corriendo, pero no podía evitarlo. Tenía que ver.

La multitud se agolpaba contra las barricadas policiales. Los reporteros aguardaban junto a sus furgonetas mientras los cámaras grababan. Le llegaban fragmentos. *Aún no se sabe. Suicidio o asesinato. Lleno de agentes del FBI*. *Un pez gordo.*

Se abrió paso entre la multitud de mirones hasta llegar a una barricada. Todos grababan con el móvil, los brazos en alto como en un saludo nazi.

Observó a los uniformados y los de traje que llenaban la pequeña plaza ajardinada bajo el balcón de Jonathan. Aguzó la vista para ver qué había detrás. Varias personas estaban arrodilladas junto a una lona. La lona que cubría el cuerpo.

Alzó la vista. Cuarenta y dos pisos. Había gente en el balcón de Jonathan. Tanta gente. Pero sabía que ninguno era Jonathan.

Le llegó un aroma. Eau Sauvage.

Oyó un sonido ahogado.

—¿Estás bien? —le preguntó alguien a su lado.

No. No estoy bien. Me muero por dentro. No le salieron las palabras.

Al otro lado de la barricada, uno de los trajeados escrutaba a la multitud. Le resultaba familiar. Smolleck.

Bajó la cabeza de inmediato y se dio la vuelta hacia la multitud. No puedo quedarme aquí. Huir.

No puedo dejarlo, gritó su corazón. *Lo quiero. Lo quiero.*

Sus pies siguieron avanzando, abriéndose paso entre la horda, alejándola de allí.

La voz en su cabeza acalló la del corazón.

Ahora no. Aquí no. Ya llorarás por él después.

Tendrás todo el tiempo del mundo.

CAPÍTULO 30

Aubrey no sabía dónde encontrarla. Lo único que sabía era que su madre había estado en el apartamento de Jonathan, así que hacia allí iba.

Los coches pasaban veloces a su lado. Gente por todas partes, pero Aubrey nunca se había sentido más sola. Sonó el teléfono y dio un respingo. Lo sacó del bolso y miró la pantalla. «Número desconocido».

Contestó. —¿Diga?

—Soy yo —dijo su madre con voz temblorosa, apenas audible—. Reúnete conmigo en el Círculo. Antes de que Aubrey pudiera preguntar nada, su madre colgó.

El corazón le latía con fuerza. Era justo lo que había querido: hablar con su madre y averiguar qué había hecho antes de que el FBI diera con ella. Pero vaciló. Lo correcto era llamar a Smolleck. Sin embargo, si alguien del pasado de su madre estaba detrás del secuestro de Ethan, era más probable que se lo contara a ella que al FBI. Era su mejor oportunidad de recuperar a Ethan.

Aubrey miró el teléfono que tenía en la mano. Lo apagó. Sin GPS en el viejo coche de su madre y con el teléfono apagado, nadie podría rastrearlas.

Nadie las encontraría en el Círculo.

Siguió conduciendo con la sensación de ser una fugitiva. Si acusaban a su madre de asesinato, a Aubrey bien podrían arrestarla como cómplice por no entregarla. Era una sensación perturbadora y desconocida. Siempre había sido la chica buena, la que nunca desafiaba a la autoridad.

Excepto aquella vez que insistió en marchar en el Círculo de Miami. Acababa de cumplir doce años y le daba vergüenza el aparato nuevo que llevaba en los dientes. En el colegio había aprendido que un promotor inmobiliario había descubierto un

yacimiento arqueológico de casi dos mil años de antigüedad. Un círculo perfecto de once metros y medio construido por los indios tequesta. El promotor quería trasladarlo para construir un edificio de apartamentos de lujo. Aubrey se había indignado ante la idea de destruir el pasado y le había suplicado a su madre que la llevara a la marcha de protesta para «Salvar el Círculo».

Mamá le había dicho que ni hablar. Las manifestaciones eran peligrosas: la gente salía herida y rara vez salía algo bueno de ellas. Aubrey se había mantenido en sus trece hasta que Mamá aceptó a regañadientes. Marcharon juntas con docenas de personas por el solar destrozado, al grito de: «¡Salvad el Círculo!».

Aubrey se había sentido eufórica y no entendía por qué su madre parecía tan enfadada y alterada, sobre todo teniendo en cuenta que habían salido victoriosas. Un par de días después de la marcha, Mamá le regaló un caballete con lienzos y pinturas al óleo, y libros llenos de bodegones. Mamá nunca lo dijo, pero Aubrey entendió que pintar haría feliz a su madre; marchar, no.

Ahora se preguntaba si habría alguna razón especial para que Mamá quisiera reunirse allí después de tantos años.

El tráfico se ralentizó mientras Aubrey continuaba por Brickell Avenue. A lo lejos se veían luces parpadeantes rojas y azules. El Círculo estaba junto al río Miami, unas manzanas al norte del edificio de Jonathan, así que tendría que pasar por la escena del crimen. A medida que se acercaba, veía la multitud congregada junto a las furgonetas de los informativos y los vehículos de emergencia, probablemente curioseando ante el cuerpo destrozado de Jonathan.

Alzó la vista hacia el imponente edificio. Se preguntó cuáles habrían sido los últimos pensamientos de Jonathan mientras caía al vacío. Si había visto a la persona que lo empujó. Si es que lo habían empujado.

Una parte de ella quería detenerse y despedirse de aquel hombre que había amado a su madre. Y a quien, estaba segura, su madre había amado. Pero Smolleck probablemente estaba allí. Si la veía, seguro que enviaría a alguien a seguirla cuando se marchara, y no quería arriesgarse.

Siguió hacia el Círculo, rezando para que, cuando viera a su madre cara a cara, las dudas que no dejaban de multiplicarse en su cabeza se esfumaran como por arte de magia.

CAPÍTULO 31

Su madre estaba frente al estrecho río, en el borde del Círculo de Miami. Llevaba una blusa blanca y vaqueros, y el pelo oscuro le ondeaba con la brisa. El solar en obras de la infancia de Aubrey era ahora un pequeño parque a los pies de una torre de apartamentos recién construida.

Se volvió cuando Aubrey estaba a unos metros, como si percibiera su presencia. A pesar de las gafas oscuras, Aubrey adivinó la angustia en las comisuras caídas de su boca y en sus mejillas hundidas.

Era su madre, pero ya no conocía a aquella mujer.

Sin mediar palabra, se acercaron a uno de los bancos tallados en piedra que rodeaban el antiguo círculo, ahora enterrado bajo plantas y mantillo.

—Jonathan está muerto —la voz de su madre sonó apagada.

Aubrey inspiró bruscamente. ¿Lo sabía ya, o buscaba que ella se lo confirmara? Inocente, se dijo. Su madre era inocente.

Su madre asintió. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas bajo las gafas de sol.

¿Por qué formulaba la pregunta así, como si supiera lo que había pasado? Inocente. Su madre era inocente.

—No saltó —dijo su madre—. Jonathan tenía mucho por lo que vivir.

—Sí, así era —aquel era el hombre al que su madre había querido. Aubrey aún lo creía—. Lo siento, mamá.

Su madre alargó la mano y le acarició la mejilla con la suavidad de un pañuelo de seda.

Aubrey se tensó.

—¿Quién sabe cuánta culpa tengo yo en todo esto? Ethan. Jonathan.

A Aubrey se le revolvió el estómago.

Su madre clavó la mirada en los arbustos que cubrían el círculo.

—¿Dónde estabas, mamá? Me dijiste que ibas a su apartamento.

Su madre se quitó las gafas de sol y se secó los ojos con el pañuelo.

—¿Jonathan y tú discutisteis?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque es la explicación más lógica de que te marcharas y volvieras andando.

—Te he dicho que quería estar sola.

—¿Sobre qué discutisteis?

—¿Me estás escuchando? Te he dicho que quería estar sola.

Su madre parecía fuera de sí. Aubrey suavizó el tono.

Su madre pareció confundida.

¿Debería pedirle que le enseñara el móvil? Pero si lo había apagado, Aubrey sabría que mentía.

Entonces tendría que aceptar que su madre era una asesina.

—Aubrey —la voz de su madre la sobresaltó—. Mírame.

Sostuvo la mirada intensa de su madre. Había en ella una determinación que un momento antes no estaba.

—Yo no empujé a Jonathan desde ese balcón.

Aubrey se sintió mareada, pero era porque había dejado de respirar. Quería creerla con todas sus fuerzas. Llenó los pulmones con el aire del río, que traía un leve olor a gasolina.

—¿Por qué iba a pensar eso?

—Le hablé de la nota. Sabe lo del ultimátum: matar a Jonathan para salvar a Ethan.

—Dios mío. ¿Se lo dijiste? Pero ¿qué va a pasar con Ethan? ¿Y si le hacen daño? —su madre parecía presa del pánico. Miró a la gente que paseaba por el paseo fluvial, los barcos, la torre que se alzaba sobre ellos—. ¿Por qué no se ha puesto nadie en contacto por lo de Ethan?

El miedo de su madre parecía auténtico. Sacó el móvil del bolso y tocó la pantalla, pero siguió apagada.

—No tiene batería. Se me había olvidado que no tiene batería —le tendió el teléfono a Aubrey—. ¿Cómo van a decirme dónde está si

no pueden contactar conmigo?

No había mentido sobre el móvil.

—No tienen que llamar a nadie para devolver a Ethan —dijo Aubrey—. Pueden hacerlo sin más, si es lo que pretendían.

—Pero no es eso —dijo su madre—. Quieren verme sufrir. Primero Jonathan. Y ahora... Dios mío —se levantó.

—Dime quiénes son. ¿Por qué quieren que sufras?

—Tengo que irme —dijo su madre—. Creo que sé por qué está pasando todo esto.

—¿Tiene que ver con tu pasado?

—Puede ser.

—¿Sabes quién tiene a Ethan? ¿Dónde está?

—Todavía no, pero quizá pueda averiguarlo.

—Hay otra forma mejor —dijo Aubrey—. Ven conmigo a ver a Smolleck. Enséñales la nota. Que la analicen. Cuéntales tu teoría. Quizá puedan ayudar.

—No van a escuchar. Solo les importa quién está detrás del asesinato de Jonathan, no quién tiene a Ethan. Me encerrarán y entonces será demasiado tarde. No recuperaremos nunca a nuestro pequeño.

¿Volvía Aubrey a caer en la misma trampa, tan deseosa de complacer a su madre que estaba dispuesta a seguirle la corriente, o era esta la mejor oportunidad para Ethan?

—Tienes que confiar en mí, cariño. Por favor, solo un poco más. Si no encuentro lo que busco, iré al FBI.

Si entregaba a su madre a Smolleck ahora, eliminaría una vía importante para encontrar a Ethan. Mamá conocía a gente de su pasado y podría investigar mucho mejor si no estaba encerrada en una sala de interrogatorios.

—Dime adónde vas —dijo Aubrey.

Su madre vaciló.

Tenía razón. Era mejor que no lo supiera.

—Por supuesto.

Aubrey sintió un nudo en la garganta. Aquella mujer era su madre, no una desconocida.

Mamá volvió a ponerse las gafas de sol, con las manos temblorosas. Acababan de asesinar a su prometido y su nieto había desaparecido. ¿Sería capaz de hacerlo? ¿Los que habían secuestrado a Ethan y matado a Jonathan intentarían hacerle daño a ella también? ¿Hacía bien Aubrey dejándola marchar?

Era la mejor oportunidad para Ethan.

Su madre echó a andar, pero se detuvo y bajó la mirada hacia las plantas que cubrían el círculo enterrado.

—¿Qué día?

—El día que «salvamos el Círculo».

¿Por qué sacaba eso a colación ahora?

—Si crees que te impedí ser quien querías ser, lo siento.

—Yo no…

Su madre levantó la mano.

—No hace falta hablar de esto ahora.

—Sí hace falta. Por si no tenemos otra ocasión.

—Mamá, no…

—Quiero que lo sepas.

Se alejó deprisa, antes de que Aubrey pudiera decir nada.

Aubrey se quedó mirando las bonitas plantas que cubrían el antiguo círculo indio, enterrado bajo tierra. La mayoría de la gente ni siquiera sabía que existía.

Una vez se había manifestado con mamá para salvar el Círculo. Tantos esfuerzos, tanta pasión por salvar el pasado, solo para que volviera a quedar oculto.

Quería gritarle a su madre que volviera. Porque le aterrorizaba no volver a verla nunca.

Y no era justo haber llegado tan lejos para que todo terminara así.

CAPÍTULO 32

La vena de la sien derecha de Smolleck palpitaba mientras esperaba en el vestíbulo de la casa de la madre de Aubrey.

Aubrey había confiado en poder evitarlo, no solo porque no sabía cómo explicar dónde había estado la última hora, sino también porque estaba deseando llegar a su ordenador.

«Hice lo correcto», se repitió. «Dejarla ir era la mejor oportunidad para Ethan».

—¿Puede acompañarme, por favor? —Smolleck no esperó respuesta y la guio hasta el despacho de su madre, al fondo de la casa.

Se sentó tras el escritorio y le indicó la otra silla.

—¿Dónde ha estado? —preguntó.

Ella miró por la ventana, hacia los árboles del patio. Un arrendajo azul se posaba en una de las ramas. Mantente lo más cerca posible de la verdad. —Buscando a mi madre.

—¿Puedo ver su teléfono?

Se lo entregó, confiando en que él no notara que le temblaban las manos. Lo había vuelto a encender al aparcar en la entrada.

Él lo examinó. —¿Por qué lo tenía apagado antes?

—¿Intentaba localizarme? ¿Hay noticias sobre Ethan?

—No hay noticias sobre Ethan, y sí, he estado intentando localizarla. Recibió una llamada de su madre, ¿verdad?

—Sí —dijo ella.

—¿Qué le dijo?

Aunque Smolleck había dicho que no estaban interviniendo sus llamadas, no le sorprendería que hubieran grabado toda la conversación. —Mi madre me pidió que nos viéramos en el Círculo.

—¿Qué es eso?

—Bueno, pensé que se refería al parque al que solíamos ir cuando yo era niña.

—¿Qué parque?

Ella vaciló. —Ponce Circle. Está en Coral Gables.

La vena de la sien de Smolleck ya no palpitaba con tanta furia. —¿Estaba allí?

—No —dijo Aubrey—. Fui hasta allí y esperé, pero no apareció. Supongo que entendí mal el lugar de la cita. Puede que se refiriera a Alhambra Circle o Cocoplum Circle o incluso Miami Circle Park. —Estaba dando demasiadas explicaciones. Más de las que él había pedido, algo que los mentirosos solían hacer creyendo que eso les hacía parecer inocentes.

Él tocó la pantalla del teléfono, probablemente revisando el registro de llamadas.

Ella volvió a mirar por la ventana. El arrendajo azul se había ido.

Dejó el teléfono sobre el escritorio, al parecer sin haber encontrado nada de interés. —Hemos emitido un ATL sobre su madre.

—¿ATL?

—Boletín de «Intento de Localización». Es sospechosa de la muerte de Jonathan Woodward.

—Supuse que pensaría eso después de que le hablara de la nota del rescate. Pero eso no es suficiente para arrestarla.

—¿Así que ahora es abogada?

Sintió que le ardían las mejillas.

—Entonces probablemente sepa que encubrir a un fugitivo es un delito grave.

—¿Es mi madre una fugitiva? ¿Se ha emitido una orden de arresto contra ella?

—Todavía no, pero tenemos algo más que su informe sobre la existencia de la nota.

—¿Sí? ¿Qué?

Se miraron fijamente hasta que la vena de la sien de Smolleck comenzó a palpitar con fuerza de nuevo. —No voy a darle información hasta que empiece a ser sincera conmigo.

—No sé en qué puedo ayudarle —dijo ella—. ¿Está seguro de que empujaron a Jonathan? ¿No pudo ser una caída accidental?

—Es muy improbable que fuera un accidente.

Había una mancha descolorida en el escritorio de roble, donde una vez había derramado quitaesmalte mientras se pintaba las uñas. Su madre se lo había tomado con filosofía, pero Aubrey se había enfadado mucho consigo misma. ¿La perdonaría mamá si le contaba la verdad a Smolleck?

—Sé que no confía en mí ahora mismo —dijo ella—. Entiendo por qué, pero le hablé de la nota del rescate. Si lo piensa, quien escribió esa nota probablemente estaba más interesado en perjudicar a mi madre que en matar a Jonathan.

—Entonces, ¿por qué está muerto?

—Quizás quien envió la nota pretendía que pareciera que mi madre lo había matado. Sabían que usted o la policía sospecharían de ella automáticamente si conocían la existencia de la nota.

—Es una teoría.

Lo era. Y buena. —Mi madre no es una mujer impulsiva —dijo ella—. No creo que matara a Jonathan. —¿Estaba repitiendo el mantra para convencerse, o de verdad lo creía?

Sus ojos recorrieron las fotos de Ethan.

Algunas las había tomado ella misma, pero otras las había conseguido de su padre y su hermano. Se las había enviado todas a su madre, sabiendo lo feliz que la hacían las fotos de su nieto. Había una de Ethan montado a caballo, otra en Disneyland, y una reciente y tonta que Ethan se había hecho poniendo una mueca fea.

Le encantaba hacerse selfies y había aprendido a enviárselos.

Algo en la foto de la «mueca fea» la detuvo. Se levantó y cogió la foto enmarcada del estante. Ethan estaba en primer plano, pero detrás de él había una mujer que no reconocía. Una mujer mayor de pelo gris que lo miraba fijamente, con la barbilla adelantada y el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Smolleck.

—Esta mujer. Me resulta familiar.

—¿No la conoces?

Aubrey negó con la cabeza.

—¿Sabes dónde se tomó la foto?

Reconoció los muebles de cuero negro y un cuadro en blanco y negro de un laberinto que era uno de los favoritos de su padre. —Es

el apartamento de mi padre en Los Ángeles. La foto se tomó hace un par de semanas. Lo sé porque a Ethan le faltaba el diente de delante.

—La mujer podría ser una vecina o una amiga —dijo Smolleck.

—Sí. Probablemente. —Devolvió la foto al estante. Tenía el original en su ordenador, donde podía estudiarlo con más detenimiento. Había tanto que hacer, y allí estaba ella, perdiendo un tiempo precioso.

—¿Algo más con lo que quieras distraerme? —preguntó Smolleck.

—Agente Smolleck. Mi sobrino está desaparecido. Me preocupa que la muerte de Jonathan y la búsqueda de mi madre hayan hecho que todos dejen de centrarse en encontrarlo.

Se le tensaron los hombros. —Encontrar a Ethan es nuestra prioridad número uno.

—Bien —dijo ella mientras salía de la habitación—. Me alegra que al menos estemos de acuerdo en eso.

CAPÍTULO 33

Aubrey cerró la puerta de su dormitorio. Acababa de mentirle al FBI, pero ese era el menor de sus problemas. Su madre era claramente sospechosa, y Ethan seguía sin aparecer.

Abrió el portátil.

Esa mañana, su padre le había dicho que creía que alguien relacionado con Stormdrain o con la explosión del brownstone podría tener conexión con el secuestro de Ethan. Había insinuado que él o su madre habían tenido algo que ver con aquella catástrofe, para luego negarlo.

Pero Smolleck también estaba interesado en Stormdrain, y mamá se había marchado a ocuparse de algo relacionado con su pasado.

Aubrey buscó en Google «Stormdrain, explosión brownstone, abril 1970» y revisó los resultados. Algunos eran páginas de viajes que señalaban el brownstone como un lugar interesante y poco convencional para visitar. Había fotos del antes y el después: la estructura ennegrecida del edificio en 1970 tras la explosión, y un edificio moderno y angular con grandes ventanales y una placa en la fachada. También había blogs y artículos de varios años atrás sobre Stormdrain, y un artículo de Wikipedia que decidió leer primero.

Según el artículo, Stormdrain había sido una organización estadounidense de izquierda radical que surgió a finales de 1969 en el campus de la Universidad de Columbia y fue brevemente una facción de SDS, Estudiantes por una Sociedad Democrática, antes de escindirse. Su objetivo era crear un partido revolucionario para derrocar al gobierno de Estados Unidos.

A Aubrey aún le costaba imaginar a sus padres como revolucionarios que querían derrocar al gobierno.

Siguió leyendo. Stormdrain había llevado a cabo una campaña de atentados con bombas desde diciembre de 1969 hasta abril de

1970, atacando estatuas patrióticas, como una de George Washington en Union Square Park, además de bancos y edificios gubernamentales y corporativos. Stormdrain se había atribuido explosiones en los vestíbulos de las sedes en Manhattan de Mobil Oil, IBM, General Telephone and Electronics y Baer Business Machines.

Otra conexión con BBM y Prudence.

Siguió leyendo sobre los atentados. Aunque hubo daños materiales, nadie murió ni resultó herido. Stormdrain siempre tomaba precauciones para que no hubiera nadie cerca cuando detonaban sus bombas.

El artículo seguía hablando de los miembros fundadores del grupo, todos estudiantes de la Universidad de Columbia y Barnard College, aunque no mencionaba a ninguno de sus padres.

Leyó los nombres de los fundadores: Steve Robinson, Jeffrey Schwartz, Albert Jacobs, Linda Wilsen y Gertrude Morgenstern, y reparó en que Schwartz y Wilsen eran las dos personas que, según Smolleck, el FBI estaba buscando. Veinte años atrás, un hombre con trastornos mentales había afirmado ser Jeffrey Schwartz, un suceso muy sonado que coincidió con la gran discusión de sus padres.

Hizo clic en el enlace a un artículo sobre Schwartz. La foto, borrosa y en blanco y negro, mostraba a un hombre delgado y ceñudo con el pelo oscuro largo y patillas de hacha. Echó un vistazo al artículo. Había estudiado en la Facultad de Derecho de Columbia. Fue uno de los líderes de Stormdrain Underground, una facción militante de Stormdrain vinculada a varios atentados con bombas ocurridos después de April Fool, entre finales de 1970 y 1981. Participó en un atraco a un banco frustrado en 1981, en el que murieron un cajero, un guardia de seguridad y un agente de policía. Seguía prófugo y en la lista de los más buscados del FBI.

Leyó el párrafo titulado «La farsa de Jeffrey Schwartz», que básicamente decía lo mismo que le había contado Smolleck. Un hombre que afirmaba ser Jeffrey Schwartz había insistido en que sabía quién era el responsable del atentado del brownstone de 1970, pero resultó ser mentira.

Aunque parecía un dato sin importancia, se preguntó si alguien habría preparado al falso «Jeffrey Schwartz» para asustar a sus padres. No había forma de saberlo sin hablar con el hombre que se había hecho pasar por Schwartz, algo que Aubrey no podía hacer, pero pensaba pedirle a Smolleck que lo investigara.

Abrió el artículo sobre Linda Wilsen, la otra persona a la que buscaba el FBI, con la esperanza de encontrar una foto que pudiera comparar con la de la caja de su madre. No había ninguna, solo una breve reseña de cómo Linda había sobrevivido a la explosión de April Fool pero había sufrido quemaduras graves y desfigurantes en casi todo el cuerpo. Nunca la acusaron de ningún delito, pero dejó Barnard y volvió a Arkansas. No había nada sobre su vida desde entonces. Buscó en Google «Linda Wilsen Arkansas», pero no encontró resultados que pudieran corresponder a una mujer de sesenta y tantos años. Claro que, si hubiera sido tan fácil, el FBI ya sabría dónde estaba.

Volvió al artículo principal sobre Stormdrain y pinchó en el enlace de la explosión del brownstone. Su madre había dicho que resultó herida cuando pasaba por allí, pero no le había dado más detalles.

Aubrey siguió leyendo. También conocida como April Fool, la explosión había tenido lugar el 1 de abril de 1970 en Morningside Heights, un barrio cercano a la Universidad de Columbia.

La explosión se produjo por la detonación prematura de una bomba que estaban montando miembros de Stormdrain, lo que activó otros explosivos y redujo el brownstone a escombros en llamas. Las bombas, según el miembro de Stormdrain Steve Robinson, iban a usarse para volar el Arsenal de Lexington Avenue.

Tres estudiantes de la Universidad de Columbia murieron en el acto: Michael Shernovsky, Gary Cohen y Gertrude Morgenstern. Una cuarta, Linda Wilsen, logró escapar de los escombros con quemaduras de tercer grado y fue hospitalizada. Un niño de cinco años, Martin Smith, que jugaba delante del brownstone en el momento de la explosión, fue rescatado del lugar, pero murió antes de llegar al hospital.

Maldita sea. Un niño había muerto. Eso no lo sabía. Los padres del pequeño podrían haber culpado a los suyos de su muerte si creían que mamá o papá habían tenido algo que ver con la explosión.

Volvió al artículo.

Durante varios días, el rastreo de los escombros sacó a la luz una «fábrica de bombas» con varios paquetes sin detonar de ocho cartuchos de dinamita con mechas, seis bombas de tubo, restos de cócteles molotov y temporizadores.

Todo eso, además de las bombas caseras que habían estallado en la explosión. La escena del crimen fue espantosa, y se tardó una semana en identificar a los tres estudiantes. Se creía que Gertrude Morgenstern sostenía la bomba cuando explotó y fue quien sufrió el mayor impacto.

La identificaron por los restos hallados en el lugar: la punta de un dedo, una trenza chamuscada, unas gafas de montura metálica aplastadas y jirones de ropa, entre ellos un zueco de madera.

Aubrey se echó hacia atrás en la silla. Su padre había dicho que los que murieron en la explosión habían sido amigos suyos. Pensó en su madre sentada frente a la chimenea esa mañana, revisando una caja con fotos. «Solo unos viejos amigos».

Aubrey cruzó el pasillo hasta la habitación de su madre y cerró la puerta. Abrió los cajones de la cómoda y el armario y rebuscó entre la ropa. Ninguna caja. Miró en cajas de zapatos y recipientes en los estantes del armario. Nada. Sacó el equipaje de su madre y abrió la cremallera de cada pieza. Había una vieja maleta azul sin ruedas. Aubrey la dejó en el suelo y abrió los cierres. La maleta estaba llena de ropa vieja: vaqueros gastados y camisetas teñidas, blusas campesinas, pantalones de harén y un top de cuello halter, además de una cajita cubierta de símbolos de la paz fluorescentes.

Guardó la maleta en el armario y volvió a su habitación con la caja. Si Smolleck subía, no quería tener que explicarle por qué estaba husmeando en el dormitorio de su madre.

Dejó la caja en el escritorio y la abrió. Dentro había papeles doblados y un puñado de fotos. Encima estaban las fotos que mamá le había enseñado antes, la de su padre solo y la de los dos juntos.

Los papeles eran un surtido de horarios de clases, boletines de notas y diplomas de Barnard College a nombre de Diana Hartfeld.

Nada censurable.

Abrió un sobre diminuto, de los que suelen acompañar los arreglos florales. Estaba amarillento con el tiempo. Dentro había una pequeña tarjeta. Aunque la letra era algo distinta de la actual, reconoció la escritura firme de su padre, cada letra marcada con fuerza en el papel, que delataba una gran seguridad en sí mismo, ya desde la universidad.

D-Nuestro amor es más fuerte que el dolor. Con amor, L-

El tono de su madre.

Era evidente que la canción era especial para los dos. Volvió a guardar la tarjeta en el sobre y examinó el resto de las fotos. Hombres jóvenes en una fiesta. Su padre aparecía en un par de ellas, con la bufanda blanca cubriéndole el pelo. Los hombres llevaban el pelo largo y patillas. Varios tenían barba. Uno de los hombres delgados, con patillas de hacha, se parecía a la foto de Jeffrey Schwartz, pero tenía la cara vuelta, así que no podía asegurar que fuera él. Dio la vuelta a las fotos. Sin fechas. Nadie identificado.

Llegó a la foto de las tres mujeres que había visto con su madre. En el reverso, con la pulcra letra de su madre, ponía: *Con Linda y Gertrude en manifestación contra la guerra, 15 de octubre de 1969.*

¿Linda Wilsen y Gertrude Morgenstern? Probablemente. Gertrude no era precisamente un nombre común.

Las dos habían estado en la explosión del edificio de piedra rojiza. Linda había sufrido quemaduras graves, y Gertrude había muerto.

Aubrey volvió a mirar a las tres mujeres jóvenes y felices de la foto.

¿Y mamá?

¿Qué hacía exactamente junto al edificio de piedra rojiza aquel día?

CAPÍTULO 34

Había algo en los grandes edificios con sus techos altísimos y sus ecos amortiguados que le oprimía el pecho a Diana. Incluso la Biblioteca de Miami-Dade, con su arquitectura de estilo español, suelos de baldosas de terracota y pasillos abovedados, le recordaba a aquella otra biblioteca, a aquel otro tiempo. Entró a toda prisa en el edificio fresco y oscuro huyendo del patio, demasiado caluroso, demasiado luminoso, compró una tarjeta de invitado de cinco dólares para poder usar un ordenador y encontró un rincón apartado.

«Para detener el asesinato, tenemos que matar». El grito de guerra de Gertrude. Su profecía.

Ahora había más muerte, y una vez más, Diana era la culpable. Pero no iba a pensar en Jonathan ahora. Simplemente no podía.

Se conectó al ordenador de la biblioteca y buscó artículos sobre April Fool que hubieran aparecido poco después de la explosión del brownstone.

Aunque no pudo acceder al *New York Times* sin suscripción y no quería dejar rastro de su paradero, encontró referencias a algunos artículos en blogs recientes. Los leyó, pero todos contenían la misma información. La explosión en el brownstone había sido un accidente.

Tres miembros de Stormdrain habían muerto: Michael Shernovsky, Gary Cohen y Gertrude Morgenstern. Estaban montando una bomba destinada a volar la Armería de Lexington Avenue. Una cuarta miembro de Stormdrain, Linda Wilsen, sobrevivió a la explosión con quemaduras de tercer grado.

Nada más. Ninguna especulación. Ninguna incertidumbre. La explosión había sido un accidente.

Tecleó «April Fool, Biblioteca Low de Columbia» en el buscador. Docenas de resultados, pero solo uno incluía ambas referencias. Un reportaje de interés general publicado en 2000. El periodista había

entrevistado a varios antiguos estudiantes de Columbia que asistían a la universidad en abril de 1970. No reconoció sus nombres, y ninguno de los entrevistados afirmaba haber estado involucrado con Stormdrain. Leyó el artículo y se detuvo en la línea que había estado esperando encontrar.

Los radicales de Stormdrain fabricaban bombas para destruir edificios. Había habido rumores de que la Biblioteca Low de Columbia era un objetivo, pero nunca se confirmó.

Nunca se confirmó.

El brillo de la pantalla le provocaba dolor de cabeza. Cerró los ojos y escuchó los sonidos amortiguados a su alrededor: pasos y susurros.

———

Di caminaba por la Rotonda de la Biblioteca Low de Columbia, oyendo el eco de sus propios pasos en la enorme sala abovedada, junto con los susurros de los futuros estudiantes de primer año y sus padres, que admiraban la arquitectura neoclásica y los bustos de dioses y diosas griegos.

Había estado tomando notas para su clase de historia del arte, bastante segura de que habría preguntas sobre el propio legado artístico de Columbia en el examen, pero ahora solo le quedaban unas horas para preparar el examen de cálculo antes de salir a encontrarse con Lawrence.

Bajó a toda prisa los amplios escalones de la biblioteca, pasó junto a la estatua de bronce de Alma Mater con los brazos levantados y el cetro, y se preguntó fugazmente si eso también entraría en el examen de arte. Sobre todo pensaba en lo que vendría después. Lawrence la iba a llevar a cenar a un restaurante que había descubierto en el Village, y luego al Fillmore East a escuchar a los Grateful Dead.

Abrió con llave la puerta de su habitación en la residencia, aliviada de que Gertrude no estuviera. No quería tener que contarle sus planes con Lawrence y aguantar su sarcasmo.

Cada una tenía su escritorio, pero Gertrude respetaba tan poco los límites personales en la habitación como en su vida sexual. Sobre el escritorio de Di había papeles y libros abiertos que no estaban allí esa mañana. Disgustada, Di recogió los libros. Química, observó. Gertrude no cursaba química.

Un papel grande con diagramas azules estaba desplegado sobre el escritorio. Un plano arquitectónico. Pero Gertrude no cursaba arquitectura.

Di examinó el plano. En la parte superior de la página ponía «BIBLIOTECA LOW», donde acababa de estar. Había un diagrama de cada planta, incluido el sótano. Alguien había escrito notas en el papel con tinta negra, con letra firme.

> *Centro administrativo. Oficina del presidente.*
>
> *Día de Orientación Profesional, 3/4, Rotonda. Empresas Fortune 100. Se esperan varios cientos de estudiantes.*

En el diagrama del sótano, varios puntos estaban marcados con una *X* roja. Di hizo coincidir la ubicación de las *X* con la planta de arriba. La Rotonda, donde a menudo se celebraban eventos importantes.

Incluida la próxima Feria de Empleo, dentro de unos días.

Dios mío.

La puerta se abrió detrás de ella. Gertrude entró con varios libros en las manos y frunció el ceño.

—¿Qué es esto? —Di levantó el plano.

—¿Qué parece? —Gertrude arrojó los libros sobre su cama.

—Parece un plan para volar la Biblioteca Low.

—Planeamos volar la armería —dijo Gertrude—. Lo sabes.

—Entonces, ¿de qué va todo esto?

Gertrude se encogió de hombros.

—Estás planeando matar a gente inocente, ¿verdad?

—¿Inocente? —dijo Gertrude. Sus pupilas parecían palpitar, como siempre que estaba enfadada—. No te refieres a las grandes corporaciones que financian la maquinaria de guerra, ¿verdad? —Se acercó más—. ¿O a los estudiantes burgueses que quieren ir a trabajar para ellas? ¿Son esos los inocentes a los que te refieres?

Di podía olerle el aliento: cigarrillos y algo mentolado. Gertrude le quitó el plano y lo dobló por las marcas.

—¿Quién sabe de esto? —preguntó Di.

—Solo un par de los ungidos. Me están ayudando a fabricar las bombas. Auténticos petardazos.

—Creo que te has vuelto loca, Gertrude.

—Hay que traer la guerra a casa, nena.

Di negó con la cabeza.

Gertrude se rio.

—Pues tú no eres precisamente el Che Guevara.

—Oye, Pollyanna.

Di se volvió para mirarla desde el umbral.

—Tenía razón sobre ti —dijo Gertrude—. No tienes lo que hace falta para cambiar el mundo.

Di sintió un arrebato de rabia.

Diana abrió los ojos y se encontró con la pantalla resplandeciente del ordenador. Comprobó el teléfono desechable que había conseguido antes de ir a la biblioteca para llamar a Aubrey cuando estuviera lista. Eran más de las tres.

Sabía lo que tenía que hacer. Era la única forma de hacer las paces consigo misma de una vez por todas.

Salió de la biblioteca, fresca y en penumbra, y se adentró de nuevo en la luz cruda e implacable del sol.

Haría las paces y después se lo contaría a Aubrey.

Rezó para que su hija lo comprendiera.

CAPÍTULO 35

Aubrey guardó la caja de su madre en un cajón del escritorio. Si había alguna conexión entre el secuestro de Ethan y su madre o su padre, no sabía cómo encontrarla. Esperaba que a su madre le estuviera yendo mejor, hiciera lo que hiciese.

Miró la hora. Poco después de las tres.

Con Jonathan muerto, la fecha límite del martes a medianoche ya no tenía validez, pero Ethan llevaba desaparecido cuarenta y ocho horas. Cuarenta y ocho horas lejos de su mamá y su papá. No quería pensar en lo aterrorizado que debía de estar. Tenía que probar otra cosa.

Su portátil estaba sincronizado con el iPhone y contenía todas sus fotos. Abrió el álbum que había creado para Ethan, con la esperanza de encontrar alguna pista en la foto que le había llamado la atención en el despacho de su madre. Ethan en el apartamento de su abuelo haciendo una mueca mientras una anciana lo observaba. Como le había dicho a Smolleck, había algo en la mujer que le resultaba familiar.

Fue pasando las fotos de Ethan de bebé, las de él aprendiendo a caminar, luego las recientes, hasta que llegó al selfi que se había tomado con la anciana al fondo. Comprobó si la mujer aparecía en alguna otra foto. No. «Recortó» el rostro de la mujer y lo amplió. Tenía el cabello corto, gris y rizado. Los ojos azules, un poco desenfocados, y una barbilla alargada. Sus labios le recordaban a una estrella de cine de los años veinte: el superior fino y arqueado, el inferior carnoso y prominente. Aubrey amplió más la foto. Encima del labio arqueado había un pequeño lunar. Fue entonces cuando se dio cuenta de lo que faltaba en la foto. Arrugas. La mujer no era vieja. Tenía la piel de alguien de unos cuarenta años. Podría haberse vuelto canosa prematuramente, o haberse hecho un estiramiento facial, o quizá pasaba algo más.

Aubrey estudió el ceño fruncido de la mujer mientras miraba a Ethan. Lo que le resultaba familiar era la expresión, pero ¿a qué le recordaba?

A algo reciente.

Fue a sus correos electrónicos, abrió el de Smolleck con las fotos del carnaval y encontró la foto de la mujer con gafas de sol mirando hacia Ethan. Ahí estaba. El mismo ceño fruncido.

«Recortó» el rostro de la mujer del carnaval y lo puso junto al de la mujer de pelo gris. Los mismos labios arqueados y barbilla prominente. Justo encima del labio superior, en el mismo lugar exacto, había un pequeño lunar.

Tenía que ser la misma mujer.

Estaba a punto de llamar a Smolleck cuando un pensamiento inquietante la detuvo.

La mujer de pelo gris había estado en el apartamento de su padre. ¿Qué hacía allí y qué tenía que ver su padre con todo esto? En lugar de a Smolleck, llamó al móvil de su padre, impacientándose mientras sonaba sin que él contestara.

—¿Aubrey? —dijo él, contestando al quinto tono. Se le oía jadeante.

—Sí, soy yo. ¿Dónde estás?

—En el apartamento de tiempo compartido.

—Tengo que preguntarte algo —dijo ella.

—¿Qué es?

—Había una mujer con el pelo gris en tu casa cuando Ethan te visitó hace un par de semanas. ¿Quién era?

A través del teléfono, oyó que movían cosas. Cajones que se abrían y se cerraban. ¿Qué estaría buscando? —¿Papá? ¿Sabes quién era la mujer?

—¿Mujer? Ah, debes de referirte a la niñera —hizo una pausa—. ¿Por qué preguntas por ella?

—¿Recuerdas su nombre?

—Déjame pensar. Le dijo a Ethan que la llamara señorita Alice. Parecía muy agradable, y a Ethan le caía bien. ¿Qué pasa?

—¿De dónde salió?

—De alguna agencia de niñeras. Star se encargó de todo.

—¿Está Star ahí? ¿Puedes preguntarle?

—No está aquí. —Su voz sonaba extraña.

—Dime lo que sabes sobre la niñera.

Lo escuchó respirar y se preguntó si estaría inventándose algo.

—Recuerdo que fue de última hora —dijo finalmente—. No me gusta salir sin Ethan cuando me visita, pero Star no sabía que venía. Me sorprendió con entradas para un concierto. Dijo que no teníamos que ir, pero no quería decepcionarla. Dijo que encontraría una niñera de confianza. Una adulta, no una cría.

A través del teléfono, oyó abrirse una cremallera. Luego otra. Como si él estuviera revisando las maletas.

—¿Fue esa la única vez que Alice lo cuidó? —preguntó ella.

—Vino también la noche siguiente. Como te dije, a Ethan parecía caerle bien. No pensé que hubiera ningún problema. ¿Lo hay?

—Se parece a una mujer que aparecía en una de las fotos del carnaval observando a Ethan.

—¿Qué estás diciendo? ¿Crees que la mujer que contratamos para cuidar a Ethan lo secuestró? Eso es ridícu… —se detuvo en seco.

Oyó un crujido, como si su padre estuviera sacudiendo un trozo grande de papel, quizá una hoja de periódico. —Qué demonios —dijo él.

—¿Qué pasa? ¿Has encontrado algo?

Respiraba de forma entrecortada, como si le faltara el aire. —¿Qué es, papá?

—Nada —dijo él. Hubo un ruido apagado, como si estuviera doblando el papel.

Entonces oyó la voz de una mujer de fondo. —Larry, ¿estás aquí?

—Tengo que irme —dijo él, y antes de que ella pudiera decir otra palabra, había colgado.

Se quedó mirando el teléfono que tenía en la mano, preguntándose qué demonios había pasado.

CAPÍTULO 36

Su padre se comportaba de manera extraña, pero al menos Aubrey había conseguido sacarle algo de información. Ahora tenía por dónde empezar.

Empezando por Star. Ella había contratado a la niñera, lo que significaba que podría estar implicada en el secuestro.

¿Y su padre? ¿Estaba involucrado? Había parecido sinceramente sorprendido cuando Aubrey le preguntó por la niñera, así que, de momento, daría por hecho que no.

Pero eso planteaba una posibilidad inquietante. ¿Y si su padre le mencionaba a Star que Aubrey se había interesado por la niñera? ¿Estaría poniéndose en peligro? Aunque su padre había parecido tan absorto en lo que fuera que hubiera encontrado que era poco probable que sacara el tema. Además, cabía la posibilidad de que Star no tuviera nada que ver con el secuestro y que la niñera hubiera actuado por su cuenta o para otra persona.

Claro que todo esto partía de la suposición de que la niñera y la mujer del carnaval eran la misma persona, y de que era la secuestradora, algo que aún estaba por demostrar.

«Alice», la había llamado su padre, pero ¿quién era?

Le envió un correo a Smolleck con una breve explicación y adjuntó las dos fotos:

> La mujer que estaba en el apartamento de mi padre hace dos semanas parece ser la misma que la del carnaval, la que vigilaba a Ethan. Nótense las similitudes en los labios, la barbilla y el lunar sobre el labio. Mi padre dijo que era una niñera de una agencia que contactó Star. Cuidó a Ethan dos noches seguidas y parece que le cayó bien al niño.

Con suerte, el FBI podría identificarla. Quizás incluso confirmar que la niñera y la mujer del carnaval eran la misma persona. Pero ¿eso los conduciría hasta Ethan?

Un momento después, recibió la respuesta de Smolleck.

Gracias. Lo investigaré.

Le sorprendió que no hubiera llamado ni subido. Se acercó a la ventana. Uno de los sedanes negros había desaparecido. Smolleck probablemente se había marchado después del enfrentamiento en el despacho de su madre. Se preguntó si habría vuelto al apartamento de Jonathan o si estaría buscando a su madre.

Volvió al ordenador y se quedó mirando la pantalla.

Si la niñera había venido de Los Ángeles y esperaba a Ethan en el carnaval, ¿adónde lo habría llevado?

Aubrey descartó un hotel, porque con toda la publicidad sobre Ethan, alguien podría fijarse en una mujer y un niño pequeño que se registraran el domingo. Entonces, ¿dónde llevaría una secuestradora a un niño sin que la notaran? Probablemente no a un piso, por los vecinos entrometidos. Quizás habían alquilado una casa para ese fin, pero Aubrey tenía otra idea.

Era una posibilidad remota, pero buscó en Google «Cómo averiguar quién es propietario de un inmueble en Florida». Aparecieron varios enlaces a registros de propiedades de Miami Beach. Eligió uno que cobraba una pequeña tarifa, pensando que así tendría acceso a información más completa. Dada la posible conexión de Star con la niñera, decidió empezar por ahí. Introdujo el nombre de Star Matin. Sin resultados. Introdujo el nombre de su padre y se sintió aliviada cuando solo apareció la casa de Coconut Grove. La propiedad completa se había transferido a su madre hacía ocho años. A continuación, probó con la dirección de la multipropiedad donde se alojaban su padre y Star. Esperaba ver el nombre de Star, pero la propiedad había sido adquirida dos años antes por Time-Share Dreams por 1,2 millones de dólares.

Parecía un negocio legítimo, pero buscó en Google «Time-Share Dreams» para ver qué otras propiedades tenía la empresa. No encontró nada, ni rastro de presencia en internet, algo que habría esperado de una empresa dedicada a vender multipropiedades. Volvió a la web de registros del condado e indagó en la titularidad de Time-Share Dreams, hasta que finalmente dio con un documento que identificaba a J. W. Hendrix como presidente, con una dirección en Atlanta.

¿J. W. por Jonathan Woodward, o era una coincidencia?

Salió de la web del condado y buscó en Google «J. W. Hendrix, Atlanta». Aparecieron un par de resultados aproximados, entre ellos Janis Hendrix. Buscó imágenes de «Janis Hendrix». Todas las fotos eran de Janis Joplin y Jimi Hendrix, dos artistas famosos de Woodstock que habían muerto jóvenes. Revisó las demás imágenes. Si alguna de ellas era Janis Hendrix, no tenía forma de saberlo. Rastreó todos los enlaces de Janis Hendrix, pero no encontró nada útil, así que no pudo confirmar que J. W. Hendrix fuera Janis Hendrix.

Su investigación sobre la multipropiedad era otro callejón sin salida, aunque de todos modos lo más probable era que la suposición fuese errónea. Si Ethan hubiera estado en el apartamento con su padre y Star, jamás habrían invitado a Aubrey.

Había perdido casi una hora y no estaba más cerca de encontrar a Ethan. Su mirada se posó en sus bodegones. Una manzana solitaria. Un jarrón. Un caballo de bronce en el centro de una mesa vacía.

Quizás el problema era que estaba analizando cada aspecto del secuestro de Ethan por separado. Necesitaba encajar todas las piezas. Hasta ahora, tenía fotos de una mujer que había cuidado a Ethan en Los Ángeles y que también había aparecido en el carnaval. Además estaba el interés de Smolleck y de sus padres en Stormdrain, así que reunió los nombres de las personas vinculadas a la organización: Steve Robinson, Jeffrey Schwartz, Albert Jacobs, Linda Wilsen y Gertrude Morgenstern.

Linda Wilsen y Gertrude Morgenstern habían sido amigas de su madre. Alguien que decía ser Jeffrey Schwartz había acudido al FBI

hacía veinte años para insistir en que la explosión del brownstone no había sido un accidente y que sabía quién lo había volado. Eso había ocurrido justo cuando el matrimonio de sus padres empezó a desmoronarse. ¿Había alguna conexión?

Aún había una gran laguna en la información. No sabía qué papel habían desempeñado sus padres en Stormdrain ni en la explosión.

Abrió el cajón del escritorio y sacó la pequeña caja de su madre. Estudió cada foto de nuevo, pero no dejaba de volver a la de Linda y Gertrude, las dos mujeres que habían estado en la explosión.

Linda había resultado herida. Nadie sabía qué había sido de ella.

Dejó la foto sobre el escritorio y abrió en el ordenador las fotos de la niñera, pero salvo el color de ojos, no había ni el más remoto parecido con Linda. Y, por supuesto, la edad no cuadraba. Linda tendría ahora sesenta y tantos años, y la niñera probablemente era unos veinte años más joven.

Aubrey contempló a la guapa mujer rubia de ojos azules. Incluso en la foto se notaba que Linda había sido delicada y elegante.

Muy parecida a Star.

Dios mío. ¿Podría ser Star Linda Wilsen?

Linda podría haberse sometido a una reconstrucción facial completa y ya no ser reconocible como la estudiante de Barnard College de la foto. Podría haber cambiado de identidad y haber vuelto en busca de venganza por la muerte de su amiga y su propia desfiguración. Pero ¿por qué esperar tanto? A menos que hubiera estado preparándolo todo, esperando a que cada detalle fuera perfecto.

Aubrey sintió un revoloteo en el estómago mientras las piezas empezaban a encajar. Star había propiciado la reconciliación entre Kevin y su madre, lo que habría creado la oportunidad de que Ethan visitara a mamá. Star había contratado a la niñera, quizás para que esta estableciera una relación con Ethan y el niño se fuera del carnaval con ella por voluntad propia. Y durante los últimos ocho años, Star había puesto al padre de Aubrey en contra de su madre y no había dejado de manipularlo.

Tenía que llamar a su padre de inmediato.

Marcó el número de su padre y esperó. Tres, cuatro, cinco tonos, y saltó el buzón de voz. Agarró el bolso y las llaves del coche y bajó las escaleras corriendo. El teléfono sonó justo cuando salía.

Smolleck. Contestó.

—Aubrey —la voz de Smolleck sonaba ronca.

Algo debía de haber pasado con mamá.

—Acabas de llamar a tu padre.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—Tengo su teléfono.

—Ah —dijo, confundida—. ¿Dónde está? ¿Está ahí?

—Ha tenido un accidente de coche. Bueno, en realidad lo han atropellado.

Las piernas le flaquearon.

—¿Aubrey?

Se sentó en el césped del jardín delantero y se quedó mirando los profundos surcos que habían dejado las furgonetas de los periodistas. Sabía que no era un error.

—Tu padre está en coma. La ambulancia lo llevó al Centro Médico Mount Sinai en Miami Beach.

En coma. Su padre estaba en coma. Lo habían atropellado. ¿Había intentado Star matarlo cuando él le preguntó por la niñera? ¿Era culpa de Aubrey?

—Quién —dijo—. ¿Quién conducía el coche?

—Fue un atropello con fuga —dijo Smolleck. Tosió para aclararse la garganta—. Pero hay un testigo que vio a quien conducía.

Atropello con fuga.

No era Star.

—¿Lo han detenido?

—Era una mujer —dijo—. Llevaba gafas de sol, pero tenía el pelo oscuro por los hombros y una blusa blanca.

El corazón le latía demasiado fuerte. Le martilleaba en los oídos.

—Aubrey. Tienes que decirme dónde está tu madre.

CAPÍTULO 37

La enfermera de la planta de la UCI le dijo que su padre estaba en quirófano y que seguiría allí varias horas más. No conocían el alcance de sus lesiones ni el pronóstico. Su esposa estaba muy alterada y había tenido que marcharse, le explicó, y Aubrey tardó un momento en caer en que se refería a Star, no a su madre.

Puede que su madre fuera quien intentó matarlo.

Aubrey fue a una pequeña sala de espera vacía y sin ventanas, donde un televisor colgado de la pared mostraba a un hombre trajeado con voz monótona. Se sentó en una de las sillas y se quedó mirándolo, tratando de procesar lo que decía. Algo sobre la economía y los mercados financieros. Aguzó el oído, pero no lograba entender nada; aun así, era mejor que pensar en si su padre moriría, en si su madre había conducido el coche que lo atropelló y en dónde estaba el pequeño Ethan.

Vació la mente y se fijó en un anuncio que empezó. Una escapada vacacional. Dos personas a caballo en una playa desierta. Le recordó aquella vez que su familia se había alojado en Sea Island, en Georgia, y habían salido a montar un día de mucho calor. Su padre iba en un gran caballo blanco y se había atado un pañuelo a la cabeza para que el sudor no le cayera en los ojos. Recordaba cómo lo había mirado su madre. Su héroe. ¿Por qué querría matar a su caballero de blanca montura?

El testigo tenía que haberse equivocado con el conductor del coche.

Aubrey notó una presencia en el pasillo. Reparó en la camisa blanca arrugada del joven, en su cara sin afeitar y en su pelo castaño revuelto antes de caer en que era su hermano.

Entró tambaleándose y se dejó caer en la silla de al lado.

Estuvo a punto de rechazarla, pero cambió de opinión.

Desenroscó el tapón del whisky y dio un trago.

Le frotó el hombro. Quería decirle que todo iba a salir bien, pero no se lo creía. Dudaba que nada volviera a estar bien nunca.

—¿Quién te avisó de lo de papá? —preguntó.

—La detective González. Es maja. Me pidió un taxi para traerme. Dijo que llamaría si había novedades.

—Shhh, Kev —dijo con suavidad—. Lo encontrarán.

Se secó los ojos con la manga, apuró el resto del whisky y dejó la botella vacía sobre una mesita llena de revistas.

—¿Qué quieres decir?

—Es el diablo, ¿no?

Aubrey se estremeció.

—¿Por qué la dejé volver a mi vida?

Kevin hablaba de mamá. Smolleck o alguien debía de haberle contado que el conductor del coche se parecía a ella.

—Quería que me quisiera —dijo—. Volver a ser su principito. ¡Qué idiota!

Probablemente su madre no tenía ni idea de cuánto los había herido a los dos con su frialdad.

—Te quiere, Kev. Tenía sus propios problemas y no sabía cómo demostrarlo.

Sacudió la cabeza con rabia.

—Pero fue papá quien dijo que debías perdonarla —dijo Aubrey.

—Me refiero a hace años, cuando la dejó. No creerás que fue solo porque conoció a otra, ¿verdad?

Aubrey siempre había dado por hecho que Star era la razón, pero quizá su padre sospechaba que mamá podía ser capaz de algo terrible.

«Mi madre no intentó matar a mi padre. No mató a Jonathan».

Kevin miró la botella de vodka que ella tenía en la mano, sin abrir.

Vaciló, pero se la dio. Probablemente era mejor que estuviera aturdido.

Dio un sorbo de vodka.

—No pasa nada, Kev.

—¿Crees que intentará matarnos a nosotros también? —preguntó.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Oí a los investigadores decir que probablemente mató a Jonathan. Y la mujer que conducía el coche que atropelló a papá se parecía a ella. Quizá esté intentando librarse de todos nosotros.

—No, Kev. No pienses eso.

«Mi madre no intentó matar a mi padre. No mató a su prometido».

—Lo siento, Aubrey —dijo—. Siento no haberte ahogado.

Su hermano estaba muy borracho. Se le estaban mezclando los pensamientos.

Sacudió la cabeza como un niño terco.

Ella abrió la boca para decirle que se equivocaba. Que todo aquello era un terrible error. Su familia volvería a estar junta, riendo y celebrando el próximo cumpleaños de Ethan. Felices y a salvo. Como le había prometido esa misma mañana.

Pero esta vez, las palabras se le quedaron atragantadas en el corazón.

CAPÍTULO 38

La voz monótona de la televisión o el alcohol habían hecho mella en su hermano. Estaba acurrucado en la silla, dormido, pero aferraba la botella vacía de vodka como si fuera un elixir de vida. Aubrey lo dejó en la sala de espera y echó a andar por el pasillo de linóleo, dejando atrás el control de enfermería, las habitaciones de los pacientes y las máquinas que pitaban.

No le gustaba lo que le pasaba por la cabeza: aquellos sentimientos oscuros y negativos. Entendía que Kevin necesitara dejarse llevar por ellos. Era casi imposible de asimilar: Ethan, Jonathan, su padre. Tenía que haber otra explicación.

Su madre no era una asesina.

Al llegar al final del pasillo se dio la vuelta y vio al agente especial Smolleck acercándose. Fue hacia él a toda prisa, con la esperanza de que trajera buenas noticias, una esperanza que se imponía al miedo de recibir más malas.

Entonces vio su expresión tensa.

—Tengo entendido que tu padre está en cirugía —dijo él.

—Sí.

—Vamos a hablar a otro sitio.

Bajaron en el ascensor en silencio. Ella lo siguió hasta un pequeño patio interior con varios árboles raquíticos. Había varias personas, probablemente visitantes y personal del hospital, sentadas en los bancos o charlando en corrillos.

Smolleck señaló un carrito de comida.

—Estoy bien. Gracias.

Se sentaron en uno de los bancos. Smolleck llevaba la corbata torcida y la camisa menos impecable que antes.

—No hemos localizado a tu madre. Te agradecería mucho que me ayudaras.

Ella no respondió.

—Pensé que teníamos el mismo objetivo —dijo él—. Recuperar a Ethan sano y salvo.

—No sé dónde está.

Un camillero llevó a una anciana en silla de ruedas hasta la esquina soleada del patio. La anciana alzó el rostro arrugado hacia el sol y cerró los ojos.

—¿Has averiguado algo sobre la niñera del carnaval? —preguntó Aubrey.

Negó con la cabeza.

—Pero la mayoría de las agencias tienen fotos de sus niñeras, ¿no? ¿No podrían identificarla con un software de reconocimiento facial?

—Estamos en ello.

—¿Y la factura de la agencia? ¿Star o mi padre no recibieron ninguna por los servicios?

—No hemos encontrado nada en los extractos de sus tarjetas de crédito.

—Entonces, ¿qué significa eso? ¿Star está mintiendo?

—Es posible.

Por supuesto que Star estaba mintiendo. Aubrey solo necesitaba convencer a Smolleck.

—Dices que tenemos el mismo objetivo —dijo ella—. Pero me estás ocultando información.

—Hay varios aspectos de esta investigación que...

No estaba para aguantar sus evasivas.

Él frunció el ceño.

—¿Qué tuvieron que ver con la explosión?

—Ya te dije que no estoy autorizado a decirlo.

—¿Hicieron un trato con el FBI? ¿Por eso no puedes decírmelo?

—No estoy autorizado a decirlo.

Su terquedad la sacaba de quicio.

—Te agradezco que intentes resolver esto, pero ayúdanos a hacer nuestro trabajo —dijo él—. Ayúdanos a encontrar a tu madre.

—Hace veinte años, un hombre que decía ser Jeffrey Schwartz se presentó ante el FBI y dijo que sabía quién había provocado la explosión del edificio. Salió en los titulares, y creo que asustó a mis

padres. Creo que pensaron que el verdadero Jeffrey Schwartz los perseguía. Dime por qué.

—No puedo.

—¿Mis padres volaron el edificio?

Parecía desolado. Negó ligeramente con la cabeza.

—¿Entonces qué fue? ¿Por qué le tenían miedo a Schwartz?

Apretó los labios. No iba a soltar prenda.

Pero ella no había acabado con las preguntas.

—No lo sabemos, Aubrey. Mira, basta ya. Dime dónde está tu madre.

—¿Y el hombre que dijo ser Schwartz? ¿Lo han encontrado? ¿Le han preguntado por qué fue al FBI? ¿Quién le metió en la cabeza hacerse pasar por Schwartz?

—Es un psicótico.

—¿Lo han encontrado?

Dejó escapar un suspiro exasperado.

—¿Y?

—No sirvió de nada. Dijo que no sabía de qué le hablábamos.

—¿Dónde lo encontraron?

Smolleck negó con la cabeza, molesto.

Centro comercial de lujo en Buckhead. ¿Dónde había oído eso?

Frunció el ceño.

El corazón le latía con fuerza.

—Basta, Aubrey. Estás forzando conexiones imposibles. ¿Cómo iba Star siquiera a saber de Schwartz?

—Porque no es Star. Es Linda Wilsen.

—No lo es, Aubrey. Déjalo ya y dime dónde está tu madre.

—Piénsalo —dijo ella—. Hay un parecido físico entre Star y Wilsen. Tienen la misma edad.

Negó con la cabeza.

—Star podría haber urdido un plan elaborado para castigar a mis padres durante todos estos años. Primero convence a un tipo con delirios de que vaya al FBI, sabiendo que las noticias sobre April Fool alterarían a mis padres. Luego consigue que mi padre deje a mi madre. Y finalmente, cuando le conviene, logra que mi padre

convenza a Kevin de dejar que mi madre forme parte de la vida de Ethan, y lo secuestra.

—Aubrey.

—Lo sé. Necesitas un motivo —dijo ella—. Linda Wilsen quedó completamente desfigurada en la explosión. Si culpaba a mis padres, ahí tienes tu motivo.

—Aubrey.

—Pero…

—Linda Wilsen está muerta.

—No, no lo está. Dijiste que no podías encontrarla.

—La encontramos. Se mudó a Canadá en 1971 y cambió de nombre. Hemos confirmado que murió en 1980.

—Pero…

—Star no es Linda Wilsen. Tenemos que hablar de tu madre.

Aubrey miró a la anciana. Tenía el rostro en sombras, pero mantenía los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, como esperando que el calor volviera a alcanzarla.

¿Estaba Aubrey tan desesperada por demostrar la inocencia de su madre que veía patrones donde no los había y se inventaba una versión alternativa de los hechos, llena de fallos?

—Sé que crees que estás haciendo lo correcto al intentar protegerla —dijo Smolleck—, pero no es así.

Aubrey deseó que el sol alcanzara el banco donde estaban sentados.

—Te estás aferrando a un clavo ardiendo.

—¿Dónde estaba ella cuando el coche atropelló a mi padre?

Smolleck negó con la cabeza.

—Antes de que condenes a mi madre, quiero saber por qué estás tan seguro de que Star no puede ser sospechosa.

—Star estaba en su apartamento —dijo Smolleck—. Nos dijo que tenía migraña y le pidió a tu padre que fuera a buscarle la medicina a la farmacia.

—Pero ¿no te parece la oportunidad perfecta para seguirlo e intentar matarlo?

—Excepto que la conductora del coche se parecía a tu madre.

—Star podría haberse puesto una peluca.

—El todoterreno era de la misma marca y modelo que el de Jonathan.

—¿Qué?

—Un aparcacoches vio a una mujer con el pelo oscuro hasta los hombros y una blusa blanca salir del garaje con el todoterreno de Jonathan, minutos después de que él se precipitara al vacío. Por desgracia, el coche no tiene GPS, así que no podemos rastrearlo.

—Aún podría haber sido Star —dijo Aubrey—. ¿Has comprobado su coartada? ¿Has investigado sus antecedentes?

—¿Dónde está tu madre, Aubrey?

—No lo sé.

—Vieron a tu madre en el apartamento de Jonathan poco antes de que muriera. Alguien parecido a ella salió del edificio conduciendo el todoterreno de Jonathan justo después de su muerte. Un testigo describió a la conductora del todoterreno que atropelló a tu padre, y la descripción coincide con la de tu madre. Casi lo mata.

—Pero ella no llamó a la niñera —dijo Aubrey.

—Eso aún no puedo explicarlo.

—¿Entonces crees que mi madre también estuvo detrás del secuestro de Ethan?

No respondió. Se limitó a mantener el rostro impasible, como una máscara.

A Aubrey le faltó el aire.

—¿Dónde está? —dijo Smolleck.

La esquina del patio estaba completamente en sombras, y la anciana en la silla de ruedas había desaparecido.

—Si lo supieras, ¿me lo dirías?

—No lo sé —repitió.

Se puso de pie.

Lo vio alejarse por el patio y entrar de nuevo en el hospital. Quería gritarle, decirle que iba detrás de la persona equivocada, que su madre no era una asesina. Pero sabía que no le creería.

Porque ella tampoco lo creía.

CAPÍTULO 39

Aubrey salió del patio y bordeó la parte trasera del hospital, dejando atrás la sala de urgencias y los aparcamientos, hasta llegar a la amplia bahía.

El Mount Sinai ocupaba uno de los terrenos más hermosos de Miami Beach, donde antes se alzaba un gran hotel. Ahora, varios edificios componían el complejo médico, la mayoría con vistas espléndidas a la bahía y al centro de Miami.

Caminó hasta la orilla. El sol comenzaba a ponerse y le hería los ojos al mirarlo. Parpadeó. La bahía se extendía ante ella, clara y centelleante, pero bajo la superficie distinguía sombras en movimiento.

Nunca debería haber dejado que su madre se marchara del Circle. Debería haber llamado a Smolleck para que el FBI la detuviera y así evitar otra tragedia. Una vez más, Aubrey había caído en la trampa. Había deseado tanto creer que su madre era inocente y que dejarla marchar era lo mejor para Ethan que había ignorado las señales de su deterioro: las negaciones airadas, las súplicas lastimeras, las vehementes promesas. Con toda su formación psicológica, Aubrey debería haberse dado cuenta de que su madre estaba desesperada y era capaz de hacer cosas impensables en circunstancias normales.

Mamá podría haber matado a Jonathan creyendo que era la única forma de recuperar a Ethan. Pero ¿por qué habría intentado matar a papá, si justo ayer lo había defendido? A menos que temiera que él revelara algún secreto comprometedor de su pasado. De una cosa estaba segura Aubrey: sus padres ocultaban algo de sus años universitarios.

¿Estaba mamá tan trastornada que esta cadena de asesinatos era solo el comienzo? Kevin había llamado a su madre el diablo y creía que arremetía contra todos los cercanos a ella, que ni siquiera

sus propios hijos estaban a salvo. Aubrey no lo aceptaba. Si su madre había matado a Jonathan e intentado matar a papá, era porque creía que con sus muertes salvaría a Ethan de algún modo. Su madre podía haber asesinado, pero no era una psicópata.

Smolleck también había insinuado que mamá estaba detrás del secuestro de Ethan. ¿Era eso posible? El dolor de mamá por la desaparición de su nieto parecía auténtico, y a diferencia de lo que ocurría con Jonathan y papá, no tenía ningún motivo de peso para hacerle daño. Pero eso no significaba que su madre no supiera algo que pudiera ayudarlos a recuperar a Ethan.

Respiró el aire húmedo. Bajo el agua, las sombras se movían.

Unas notas musicales sacaron a Aubrey de sus pensamientos. Era el tono genérico de su móvil, y aunque no reconocía el número, lo más probable era que fuese su madre.

Dejó que sonara mientras una nube se deslizaba frente al sol. Necesitaba un momento para prepararse antes de contestar. El teléfono enmudeció tras el sexto timbre. Aubrey se quedó mirando el icono de llamada perdida.

Podría devolver la llamada y quedar con ella, pero Smolleck seguramente la seguiría. Probablemente traería a la policía con un equipo SWAT. Helicópteros, agentes con chalecos antibalas, M16 y escopetas. Rodearían a mamá. ¿Huiría? ¿Le dispararían?

El teléfono volvió a sonar. El mismo número.

Mamá había dicho algo inquietante al marcharse de Circle Park.

«Aunque termines odiándome, debes saber que te quiero más que a la vida misma».

Su madre podía haber matado a su prometido e intentado matar a su padre.

Pero también podía saber quién tenía a Ethan.

Aubrey pulsó «Responder» y se llevó el teléfono al oído.

—Cariño —dijo su madre. Cariño, como mamá siempre la llamaba.

Seguía siendo su madre.

—Reúnete conmigo en el lugar de la abuela —dijo su madre, y colgó.

Aubrey miró el teléfono. *«El lugar de la abuela».* Una vez más, su madre se mostraba críptica, probablemente porque suponía que la llamada estaba intervenida, pero sabía que Aubrey entendería la referencia. Su mente repasó rápidamente las opciones.

Pulsó el número de Smolleck.

—De acuerdo —dijo él—. Hable.

El sol poniente se ocultaba tras una nube que bloqueaba sus rayos hirientes. *«Mamá, espero que me perdones por esto».*

—Si me reúno con mi madre, me preocupa que usted me siga y la detenga.

—Ya no puede protegerla más.

—Usted dijo que tenemos el mismo objetivo: recuperar a Ethan sano y salvo. Creo que mi madre puede saber quién lo tiene.

—¿Por qué nos ocultaría esa información?

—No estoy segura. Puede que esté protegiendo a alguien o algo de su pasado. Pero si la detiene, las cosas podrían torcerse con Ethan.

—¿Qué tiene en mente?

—Mi madre confía en mí. Déjeme reunirme con ella a solas.

—No voy a perderla de vista.

—Lo entiendo, pero ¿puede hacerlo discretamente? Déjeme hablar con ella e intentar averiguar quién tiene a Ethan, si es que ella lo sabe.

Él guardó silencio un buen rato.

La nube frente al sol se había teñido de un púrpura amoratado.

—Es probable que haya matado a su prometido e intentado matar a su padre.

—Mi madre nunca me haría daño.

—Esperemos que no —dijo él.

CAPÍTULO 40

Aubrey no había vuelto al Monumento al Holocausto de Miami Beach desde que su abuela murió, hacía ya diez años. El parque y jardín de esculturas se encontraban en la calle Diecinueve con la avenida Meridian. Ella, mamá y Kevin solían venir con Nana tres o cuatro veces al año, para ciertas festividades judías y otras ocasiones especiales para su abuela.

Al aparcar el BMW de su madre en un hueco justo a la entrada del monumento, cayó en la cuenta, con cierta incomodidad, de que estaba a solo unas manzanas del apartamento de tiempo compartido y del lugar donde habían atropellado a su padre. Su madre había estado por la zona, pero Aubrey se sintió aliviada al no ver el todoterreno negro de Jonathan aparcado cerca. Se preguntó dónde se apostarían los agentes de Smolleck.

Se apresuró hacia la entrada, sorprendida de no ver a nadie, aunque el monumento cerraba al atardecer y el cielo ya empezaba a oscurecerse. Su madre no estaba en el Jardín de la Meditación. Aubrey contempló la gigantesca mano de bronce extendida hacia lo alto, que se alzaba desde un estanque de nenúfares hacia el cielo, y recordó el asombro que había sentido la primera vez que la vio. La escultura era hermosa, hasta que reparabas en las almas atormentadas que intentaban trepar por la mano para escapar del infierno.

Pasó junto a una estatua de dos niños aterrorizados aferrados a su madre, atravesó el cenador de madera cubierto de enredaderas de buganvilla blanca y dejó atrás las losas de granito negro grabadas con fotos del Holocausto.

Su madre tampoco estaba allí.

Al entrar en el túnel de piedra, la envolvieron las voces inquietantes de niños cantando, que brotaban de los altavoces. Aminoró el paso al acercarse a la estatua del fondo del túnel: un

niño pequeño que pedía ayuda. Junto a ella, de pie, había una mujer con blusa blanca y el pelo oscuro hasta los hombros.

Su madre se volvió al oírla acercarse. Mamá extendió los brazos hacia ella.

Aubrey no podía abrazarla. Simplemente no podía.

Su madre dejó caer los brazos.

Aquel lugar era demasiado silencioso, demasiado íntimo. Además, a Smolleck le costaría vigilarlas allí.

—Prefiero que no nos quedemos aquí —dijo Aubrey.

Su madre ladeó la cabeza, pero no preguntó nada.

El tráfico circulaba por la calle, más allá del monumento. Al otro lado del estanque había un par de hombres. Probablemente de Smolleck.

Su madre se sentó en uno de los bancos, cerca de la última estatua: la misma mujer de la entrada del monumento. Allí, al final de su viaje, la mujer y sus dos hijos yacían muertos, a la sombra de las palabras de Ana Frank sobre sueños e ideales destrozados.

—Ven, siéntate, Aubrey.

Aubrey se quedó donde estaba.

—¿Te acuerdas de cuando veníamos aquí? —preguntó su madre.

—Claro.

—Este lugar era muy especial para mi madre —dijo mamá—. Sabes que perdió a sus padres, a sus hermanos mayores y a muchos otros familiares en el Holocausto.

—Lo sé.

—Mi madre tuvo suerte —mamá se frotó las manos como si tuviera frío—. Le llegaron los papeles en 1939, así que pudo irse a Estados Unidos. Solo tenía dieciséis años. Después, la puerta se cerró de golpe. Muy pocos judíos lograron salir de Polonia a partir de entonces.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Quiero que entiendas por qué hice lo que hice.

A Aubrey le flaquearon las piernas. Se sentó en el banco, sin mirar a su madre, aterrada ante la idea de estar a punto de oír su

confesión. Varios pétalos blancos de buganvilla estaban esparcidos sobre las baldosas de piedra, junto a un pétalo rojo aplastado.

—Tu abuela no hablaba del Holocausto cuando yo era pequeña, pero antes de irme a la universidad, me contó lo que les había pasado a todos los de su familia. Y su culpa por no haber podido salvarlos —su madre se quedó mirando sus manos—. Al principio me entristeció, sobre todo pensar en todo lo que mi madre había perdido. Pero poco después de llegar a la universidad, empecé a ver las cosas de otra manera. Me enfadé porque los alemanes, y también los judíos, no habían protestado con más vehemencia contra lo que hacía su gobierno. Quizá, si lo hubieran hecho, podrían haber detenido a los nazis, parado la guerra, evitado el Holocausto.

Su madre se volvió hacia Aubrey. Tenía los ojos enrojecidos.

—Eras miembro de Stormdrain, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y papá?

—Tu padre fue el fundador de Stormdrain.

Aubrey se oyó jadear. Había sospechado que él estaba implicado, pero no a ese nivel.

Su madre asintió.

¿Cómo era posible que Aubrey no lo supiera? Pero sus padres le habían ocultado muchos secretos.

—Las cosas cambiaron —dijo su madre—. Tu padre y yo habíamos sido unos ingenuos al pensar que podíamos seguir siendo pacifistas.

—¿Pacifistas? Poníais bombas.

—Sí, pero siempre tomábamos precauciones para que nadie saliera herido. Luego, cuando algunos de la organización decidieron tomar otro rumbo, tu padre y yo intentamos detenerlos.

—¿Cómo? —preguntó Aubrey.

Su madre volvió a mirarse las manos. El cielo se había oscurecido. Los coches pasaban por la avenida Meridian. Las luces se encendieron a su alrededor, bañando la escultura de la mano gigante en un verde inquietante.

—Mamá, ¿qué pasó realmente en la explosión del edificio de piedra rojiza?

CAPÍTULO 41

Diana se volvió hacia la escultura de almas que trataban de escapar del infierno. ¿Lograría alguna vez salir del suyo?

—Encontré planos para volar la Biblioteca Low de Columbia —dijo—. Alguien había marcado el plano para señalar dónde colocar las bombas y matar a cientos de personas, la mayoría estudiantes.

Su hija emitió un gemido, como un gatito al que apartan de una patada.

—Fui a ver a tu padre y le dije que las cosas habían llegado demasiado lejos y que teníamos que acabar con Stormdrain. Quería que me acompañara al FBI. Teníamos que hacer lo que fuera necesario para detenerlo.

—¿Fue contigo?

Diana aún podía ver la expresión de miedo de Larry cuando ella le dijo lo que había que hacer. —Estaba preocupado —le dijo a su hija—. Le inquietaba que arrestaran a todos nuestros amigos y que probablemente acabaran en prisión, incluso los que no sabían nada de lo de la biblioteca. —Respiró hondo—. Verás, él sabía que el FBI nunca podría pasar por alto la intención de matar a gente inocente. Insistió en que no debíamos mencionar el plan de volar la biblioteca.

—¿Y tú aceptaste?

—Me convenció de que podíamos evitar el desastre de la biblioteca y proteger a nuestros amigos.

—¿Cómo?

—Acordamos con el FBI que cada miembro de Stormdrain se presentaría, firmaría una declaración jurada y recibiría inmunidad. Tu padre también insistió en que nuestros expedientes quedaran fuera de los registros públicos.

—Así que papá y tú hicisteis un trato con el FBI y salísteis impunes.

Diana hizo una mueca. —¿Impunes? Qué va.

—¿El FBI nunca supo que había un plan para volar la biblioteca?

La pérgola de árboles que llevaba a la parte trasera del Memorial estaba en sombras. —Así es —dijo—. Les hablamos de la fábrica de bombas en el edificio de piedra rojiza y de los planes de Stormdrain para volar el arsenal de la avenida Lexington. También asumimos la responsabilidad de varios atentados en los que Stormdrain había participado. Pero les aseguramos que siempre tomábamos precauciones para no herir ni matar a nadie.

—¿Cómo podíais estar seguros de que quienes habían planeado volar la biblioteca no lo harían?

—Una vez que el FBI supo lo de la fábrica de bombas, el plan no podía seguir adelante.

—¿Cómo se lo tomaron los de Stormdrain cuando papá y tú os convertisteis en traidores?

—Tienes que entender una cosa. Tu padre era como un dios para todos en Stormdrain. Le escuchaban. Si él decía que había que retirarse, se retiraban.

—¿Y qué pasó?

—Un grupo de amigos nuestros tenía que estar en un bar del barrio esa tarde. Tu padre fue a contarles lo del trato y a convencerlos de que hablaran con el FBI a cambio de inmunidad.

—¿Y tú? —preguntó Aubrey—. ¿Adónde fuiste?

—Fui al edificio de piedra rojiza, donde nos reuníamos.

—Donde estaba la fábrica de bombas.

Diana asintió. —Había algunos miembros de Stormdrain. Quería avisarles de que el FBI vendría a desmantelarlo todo y de que habíamos conseguido inmunidad para todos.

—¿Entonces qué salió mal?

—Había una cabecilla —dijo Diana—. Mi compañera de cuarto, Gertrude. Creo que perdió un poco la cabeza. Creía que matar era la única forma de corregir los males de nuestra sociedad.

—Gertrude Morgenstern —dijo Aubrey.

—No sé en qué estaba pensando. —Diana recordó la furia y la arrogancia en el rostro de Gertrude cuando se enfrentó a ella en la habitación con el plano de la biblioteca—. Por qué pensé que podría razonar con ella.

El recuerdo le oprimía la mente, tan doloroso como siempre. —Un niño en un triciclo rojo daba vueltas frente al edificio de piedra rojiza. —Cerró los ojos con fuerza, pero el recuerdo no se fue.

El niño pasó pedaleando junto a ella en un triciclo rojo. Llevaba un jersey de rayas azules y blancas. Daba vueltas y vueltas con el triciclo por la acera agrietada frente al viejo edificio de ladrillo rojizo, y se detenía para sonreírle y saludarla con la mano. Ella pasó deprisa junto a él, llegó hasta la desgastada puerta de roble y golpeó con fuerza la aldaba de latón. Necesitaba hablar con ellos.

—Dejadme entrar. —Golpeó la puerta—. ¡Dejadme entrar!

Abrió los ojos. Aubrey la observaba con el rostro tenso, como si esperara que le arrojaran un cubo de agua encima.

—La puerta se abrió —dijo Diana. Se pasó la lengua por los labios secos—. Era Gertrude.

Su hija no se movió, ni siquiera los ojos.

—Le dije que Larry y yo habíamos ido al FBI. Que les habíamos hablado de Stormdrain y que habían aceptado conceder inmunidad a todos.

El recuerdo le atravesó la mente como papel de lija sobre carne viva.

—¿Y la biblioteca? —preguntó Gertrude.

—Eso no se lo contamos al FBI —dijo Di—. Si supieran que alguno de nosotros tenía intención de matar, nunca habrían aceptado la inmunidad.

—Entonces se acabó —dijo Gertrude—. Todo ha sido para nada.

—Hemos hecho lo que hemos podido.

Gertrude la miró fijamente, con los ojos palpitantes como estrellas antiguas a punto de explotar. —¿Hecho lo que hemos podido? Nunca lo recordarán. Nunca aprenderán.

—Es nuestra oportunidad de empezar de nuevo.

—¿Oportunidad de quién? —La voz de Gertrude sonaba apagada. Miró calle abajo, hacia el niño del triciclo rojo, y cerró de un portazo.

El corazón de Di latía demasiado deprisa, como si su cuerpo percibiera un peligro que aún no le había llegado al cerebro. Se apartó de la puerta y observó al niño pedalear dando vueltas y

vueltas, preguntándose si había hecho lo correcto. Tendría que haber sabido que Gertrude no se tomaría bien la noticia. Quizá tendría que haberle contado al FBI lo de Gertrude y el plan de volar la biblioteca, dijera lo que dijera Larry. Su compañera de cuarto era impredecible. En la mente de Gertrude, no había victoria si no moría alguien.

Di echó un vistazo a la desgastada puerta principal. Ya era demasiado tarde. No podía cambiar lo hecho.

Bajó los escalones del porche y pasó junto al niño en su triciclo. El pequeño apretó la bocina de goma, la hizo sonar dos veces y luego la saludó con la mano.

Di le devolvió el saludo y siguió caminando.

Diana sacudió la cabeza, tratando de despejarse, pero no lograba borrar la culpa.

Aubrey permanecía tan rígida como una de las estatuas, esperando a que continuara.

—Gertrude estaba furiosa por el acuerdo con el FBI —dijo Diana —. Nunca debería haberla dejado en ese estado, pero me marché.

—Hiciste lo que pudiste, mamá.

¿Lo hice? Me marché.

—Estaba a poca distancia del edificio cuando me sacudió una explosión. Fue como un trueno repentino. Después, una onda expansiva me estampó contra la acera y todo se volvió negro.

Parpadeó con fuerza para aclararse la vista.

Respiraba con dificultad, corriendo. Corriendo con los pies hundidos en el barro.

Aubrey le tocó la mano.

—Entonces vi al niño que iba en el triciclo. Estaba tirado en la acera. Sangrando. Fui hacia él. Hubo otra explosión. Algo me golpeó en la cabeza. Solo oía un pitido.

Podía oírlo ahora: ese chillido agudo que borraba todos los demás sonidos.

—No sé cómo, pero cogí al niño en brazos y lo alejé de allí.

La infernal mano cobriza verdosa parecía emerger del estanque, con la luz danzando sobre cada una de las almas atormentadas.

Culpa mía. Fue culpa mía.

—No pude salvarlo —susurró Diana—. Ni a los demás.

CAPÍTULO 42

Las sombras de las esculturas y los árboles las rodeaban. El cielo tenía una claridad extraña mientras la luna pugnaba por abrirse paso entre las nubes.

—¿Crees que Gertrude voló la casa de piedra rojiza? —preguntó Aubrey.

Su madre no respondió; siguió con la mirada clavada en la mano de bronce torturada del estanque.

—No fue culpa tuya, mamá. Hiciste lo correcto. Si no hubieras acudido al FBI, Gertrude o los otros de la casa podrían haber causado mucho más daño. Podrían haber volado la biblioteca. Piensa en cuánta más gente habría muerto.

—Tu padre solía decir eso, pero nunca pude perdonarme la muerte de mis amigos ni la de aquel niño inocente.

La historia explicaba muchas cosas, pero no todo. No bastaba para convencer a Aubrey de que su madre no era responsable de la muerte de Jonathan ni del intento de matar a su padre.

—Mamá —dijo con toda la delicadeza que pudo—, has pasado por cosas terribles. Siento que hayas tenido que cargar con esto durante tantos años. Pero ya es hora de pasar página. Por favor, dime: ¿sabes quién se llevó a Ethan?

A la tenue luz, distinguió decepción en el rostro de su madre. —Oh, Aubrey, ¿de verdad crees que no habría ido directa a la policía si supiera quién lo tiene?

Su madre parecía sincera, y su cuerpo encorvado reflejaba dolor, pero Aubrey reconoció que deseaba tanto creerle que ya no era capaz de interpretarla bien.

Aubrey se irguió. Necesitaba distanciarse y llegar a la verdad. Encontrar a Ethan. —Creo que sabes cosas que no me estás contando. Que estás protegiendo a alguien o algo.

—¿Y poner en riesgo la vida de Ethan? —dijo su madre—. ¿No me conoces, Aubrey?

No, mamá. No te conozco. —Dime todo lo que pudo provocar que alguien secuestrara a Ethan.

Su madre se quedó mirando sus dedos fuertemente entrelazados. —No sé quién se lo llevó. Solo sé que es alguien de Stormdrain.

—¿Por qué? —Era la pregunta que Aubrey no había logrado responder.

—Alguien pudo vernos a tu padre y a mí como traidores, o culparnos de la explosión de la casa y de las muertes de Gertrude, Michael y Gary.

—¿Por qué iban a culparos? ¿Papá no les contó a tus amigos en el bar lo del trato con el FBI para conseguir inmunidad para todos?

Su madre negó con la cabeza. —No estaban en el bar cuando él llegó. Y cuando la casa explotó, el FBI retiró el trato. Había demasiada indignación popular como para dejar en libertad a los demás miembros de Stormdrain.

—Así que por eso todos se escondieron. —Aubrey reflexionó un instante—. Puedo entender que alguien de Stormdrain os guardara rencor a papá y a ti por quedar impunes, pero es solo una teoría. No hay pruebas.

—La tarjeta de felicitación es una prueba.

—¿Cómo?

—Porque quien la dejó escribió mi apodo de la universidad en el sobre y sabía que el niño que jugaba delante de la casa montaba un triciclo rojo.

—¿Quién sabía lo del triciclo?

—La policía y el FBI. Les conté lo que pasó.

—¿Alguien más?

—Gertrude vio al niño en su triciclo. —Su madre frunció el ceño —. Puede que hubiera alguien más en la casa y viera al niño desde una ventana.

Mamá estaba haciendo algo típico de los mentirosos: inventar cosas sobre la marcha. Pero Aubrey no sabía si su madre intentaba

crear una coartada o si de verdad buscaba una explicación. Decidió ver adónde llevaba aquello.

—Todos los de la casa murieron en la explosión —dijo Aubrey—, excepto Linda Wilsen, y el FBI confirmó que murió en 1980.

—¿Linda está muerta?

—Según Smolleck —dijo Aubrey—. ¿Quién más sabía lo del triciclo?

Mamá se frotó el dedo donde antes llevaba la alianza. —Le conté a tu padre lo del niño.

—¿Papá lo sabía? —Eso significaba que su padre era el único de Stormdrain que seguía vivo y lo sabía todo. A Aubrey se le revolvió el estómago. Mamá la había estado engañando. De algún modo retorcido, su madre pudo haber empezado a ver a su antiguo cómplice como un enemigo—. ¿Por eso intentaste matarlo?

Su madre abrió mucho los ojos. —¿De qué estás hablando? ¿Le ha pasado algo a tu padre?

¿Sería esto también una actuación?

Su madre le agarró la muñeca. —¿Qué le ha pasado a tu padre?

Aubrey no sabía qué pensar, si estaba ante una mentirosa patológica o ante la víctima de una estafa terrible. —Lo atropelló un coche —dijo, observando la reacción de su madre—. Puede que no sobreviva.

Su madre se llevó las manos a la cara. —¿Cómo ha sido?

—Atropello con fuga.

—¿Vieron al conductor?

—Sí. Se parecía a ti, mamá.

—¿A mí? —Parpadeó, y Aubrey vio cómo la confusión daba paso al reconocimiento—. Ya veo. —Su madre se pasó la lengua por los labios—. Por eso has estado tan distante. Crees que he hecho todas estas cosas horribles.

Aubrey miró la estatua de la madre con sus dos hijos muertos. La inscripción hablaba de sueños e ideales destrozados. —No quiero creerlo.

—Dime todas las pruebas que tienen contra mí.

Ojalá mamá pudiera convencerla de que decía la verdad. —Alguien que se parecía a ti fue visto en el edificio de Jonathan poco

antes de que muriera —dijo Aubrey—. Se marchó en el coche de él después de que cayera del balcón. El coche que atropelló a papá era de la misma marca y modelo. El conductor también se parecía a ti.

Su madre frunció el ceño.

Aubrey observó a su madre mientras un fino rayo de luna atravesaba las nubes. Patas de gallo alrededor de sus ojos oscuros. Algunas canas en las sienes. Labios que a veces le presionaba contra la frente sin motivo aparente.

—¿Quién te odia tanto? —preguntó Aubrey.

Su madre se quedó con la mirada perdida.

—Pero murió en la explosión. Encontraron un trozo de su dedo, pelo, ropa, sus gafas.

—Gertrude. Viva.

—¿Gertrude conoció a Jonathan en Columbia? —preguntó Aubrey—. ¿Tenía algún motivo para matarlo e intentar matar a papá?

—Hubo un tiempo en que estuvo enamorada de los dos.

Las piezas empezaban a encajar.

—Creo que sí —dijo su madre.

¿Bastaba eso para vincular el fantasma de Gertrude con el asesinato de Jonathan, el atentado contra papá y la desaparición de Ethan?

Aubrey repasó la teoría que había compartido con Smolleck. Estaba convencida de que Star estaba involucrada, pero había pensado que Linda Wilsen se hacía pasar por Star para vengarse de los padres de Aubrey por haberle destrozado el cuerpo. Sin embargo, Gertrude podría haber tenido un motivo aún más poderoso para destruirlos.

¿Era Star Matin en realidad Gertrude Morgenstern?

¿Se había reinventado Gertrude como una belleza sureña a base de cirugía y una nueva fachada, o Aubrey se estaba empeñando en que las piezas encajaran?

Alzó la vista hacia el espacio negro entre varias nubes que se desplazaban. En la oscuridad, distinguió un pequeño destello. Star había organizado lo de la niñera, había desaparecido en torno a la fecha del asesinato de Jonathan y tenía una coartada sin verificar

para cuando atropellaron a su padre. Lo único que faltaba era el motivo; a menos que Star fuera Gertrude, en cuyo caso todo encajaba. Pero más allá de una teoría, no había forma de vincularlas.

La estrella se hizo más brillante.

Y entonces cayó en la cuenta. Claro que Star era Gertrude.

Los impostores solían dejar una señal reveladora de su verdadera identidad. En el fondo, o querían que los pillaran o, al menos, que alguien reconociera lo ingenioso de su engaño. Star Matin no era una excepción. Su nombre la delataba.

Aubrey sintió una intensa oleada de alivio. Mamá no era una asesina. Había dicho la verdad.

Entonces se le encogió el corazón.

Porque sabía dónde estaba Ethan y de lo que Star era capaz.

CAPÍTULO 43

Mientras corrían hacia el coche, Aubrey le explicó a su madre lo que acababa de comprender. Le pidió que condujera para poder llamar a Smolleck. No iban a cometer la estupidez de enfrentarse a una asesina ellas solas.

—¿Adónde demonios vais? —preguntó Smolleck.

—A la multipropiedad donde se alojan mi padre y Star —dijo ella—. Ethan seguramente esté allí.

—¿Tu madre ha confesado que lo secuestró?

—Mi madre es inocente —dijo Aubrey—. Star está detrás de todo. Como ya te dije. Alguien del pasado de mis padres quiere vengarse. Me equivoqué con Linda Wilsen, pero tenía razón sobre Star. Lo más probable es que Star convenciera al conserje que trabajaba en el centro comercial de Buckhead para que dijera al FBI que era Jeffrey Schwartz. Lo sabía todo sobre Schwartz y la explosión porque Star es Gertrude Morgenstern. Star Matin, Morgenstern. Incluso usó el mismo nombre. *Matin* es «mañana» en francés. *Morgenstern* es «estrella de la mañana» en alemán.

—Continúa —dijo Smolleck.

—La multipropiedad es de J. W. Hendrix, de Atlanta —continuó mientras su madre intentaba abrirse paso entre la multitud que cruzaba Lincoln Road en rojo—. Seguramente sea Janis Hendrix. Star tiene una hija llamada Janis que vive en Atlanta —respiró hondo —. Y Janis seguramente sea también la niñera.

Smolleck guardó silencio. Aubrey oía una radio policial de fondo.

—Por favor —dijo Aubrey—. ¿Puedes comparar la foto de la niñera con Janis o J. W. Hendrix usando el software de reconocimiento facial? Así verás que tengo razón.

—Lo comprobaremos —dijo él—. Hasta que tengamos confirmación, tu madre sigue siendo sospechosa.

El coche consiguió pasar, cruzó al otro lado de Lincoln Road y aceleró.

—Aparcad lejos del apartamento —dijo Smolleck—. Voy justo detrás de vosotras. Alertaré a la policía y a los otros equipos por si Ethan está ahí dentro —y colgó.

El vecindario cambió de golpe: de destino turístico abarrotado a tranquilo barrio residencial. Los grandes árboles con ramas colgantes y las farolas muy espaciadas sumían la calle en una oscuridad inquietante. Avanzaron con el parque a su derecha hasta llegar a un par de plazas de aparcamiento «solo residentes» a media manzana de la multipropiedad. Aubrey le dijo a su madre que aparcara. Un sedán negro se detuvo detrás de ellas. Smolleck y tres agentes bajaron del coche.

Mamá miraba fijamente el parabrisas, aferrada al volante.

—Tenemos que salir y hablar con el FBI —dijo Aubrey—. No creo que te arresten.

—Eso me da igual —dijo su madre—. Tenemos que sacar a Ethan sano y salvo.

—Lo haremos, mamá.

Ella y su madre bajaron del coche y se acercaron a Smolleck, que hablaba por teléfono apartado del resplandor de una de las pocas farolas. Varios coches patrulla se detuvieron en la esquina detrás de ellas, bloqueando la calle. Sin sirenas ni luces. Nada que alertara a Star.

Smolleck colgó y saludó con un gesto a Aubrey y a su madre.

¿La creía?

—La hemos tenido en cuenta desde el principio —continuó, como si pudiera leer la pregunta en el rostro de Aubrey—. Star salió del Ritz sobre las once y media, justo después de que tu madre te llamara y te dijera que iba al apartamento de Jonathan. ¿Star sabía lo de tu conversación con tu madre?

—Sí —dijo Aubrey—. Star estaba conmigo en el hotel cuando llamó mi madre. Pudo deducir por lo que yo decía que mi madre iba a casa de Jonathan.

Smolleck asintió.

—Quizá se puso peluca y gafas de sol —dijo Aubrey—. Desde allí pudo ir al edificio de Jonathan y esperar fuera hasta ver salir a mi madre.

—Me fui poco después del mediodía —dijo mamá—. Pudo llamar a Jonathan para que le abriera el ascensor privado. Él habría pensado que había vuelto yo.

—¿No habría reconocido que no era tu voz? —preguntó Smolleck.

Mamá negó con la cabeza.

—Si iba disfrazada de mi madre, puede que Jonathan no se diera cuenta de quién era cuando llegó al apartamento. Star y mi madre tienen más o menos la misma complexión. Una vez dentro, si él se dio cuenta del error, ella pudo amenazarlo con una pistola o un cuchillo, obligarlo a salir al balcón y empujarlo.

—Posiblemente —dijo Smolleck—. ¿Cómo habría sabido Star lo del coche?

—Jonathan siempre dejaba las llaves en la mesa del vestíbulo —dijo mamá—. Pudo cogerlas y largarse con el coche.

—Y luego volvió a la multipropiedad con el coche de Jonathan y atropelló a mi padre —dijo Aubrey, hilando las piezas.

—Sigue siendo circunstancial —dijo Smolleck.

—Igual que vuestro caso contra mi madre.

Él se frotó la ceja.

La creía. Pero el alivio dio paso enseguida al miedo por lo que estaba por venir.

Aubrey miró hacia la multipropiedad, a media manzana de distancia. Aunque fuera estaba oscuro, todas las ventanas de la pequeña residencia permanecían a oscuras. ¿Estaría Star ahí dentro? ¿Estaría Ethan?

—Ya conoce al agente especial McDonough —dijo Smolleck, señalando a uno de los tres agentes que habían salido del coche con él. Había estado en casa de su madre. Un hombre calvo de mediana edad con gafas de montura de carey y rostro amable—. El agente especial McDonough es experto en negociación de rehenes. Intentará entablar un diálogo con la señorita Matin para averiguar si tiene a Ethan y qué quiere.

—¿Entonces no está convencido de que ella secuestró a Ethan?

—Lo bastante convencido como para pedir refuerzos del equipo táctico —respondió Smolleck, y se apartó de ella para atender una llamada.

Aubrey observó cómo agentes fuertemente armados bajaban de los vehículos y se dispersaban alrededor de varios edificios pequeños.

—¿Cuál es el de tiempo compartido? —preguntó su madre.

—El de color mostaza con los setos alrededor.

Su madre negó con la cabeza.

Mamá pensaba lo mismo. ¿Y si Star reaccionaba ante toda aquella presencia policial como un animal acorralado? ¿Lo pagaría con Ethan?

Aubrey se acercó a Smolleck. Estaba de espaldas, pero ella podía oír su parte de la conversación telefónica.

—¿Qué pasa? —preguntó Aubrey.

—Hemos confirmado con el software de reconocimiento facial. Janis Hendrix coincide con la niñera.

No era una sorpresa, pero Aubrey sintió una punzada de nerviosismo. Se estaban acercando.

Una furgoneta grande y oscura se detuvo en la calle, cerca de ellos. El agente McDonough abrió la puerta lateral y subió. Había dos hombres sentados delante. Aubrey distinguió equipo electrónico, una mesa estrecha a un lado de la furgoneta y un par de sillas. McDonough se sentó en una de las sillas y se puso los auriculares.

—Necesito que os alejéis del perímetro —les dijo Smolleck a Aubrey y a su madre, señalando hacia donde los coches de policía habían cortado la calle.

—¿Cómo dice? —preguntó Aubrey—. ¿No vamos a poder escuchar su conversación con ella?

—No —respondió él.

—Pero mi madre y yo podríamos ayudar. Conocemos a esta mujer. Sabemos más o menos cómo funciona su mente.

Smolleck miró a McDonough, que las observaba desde dentro de la furgoneta, quizá esperando una señal.

—Por favor —dijo Aubrey—. Déjanos ayudar.

Smolleck infló los carrillos y soltó el aire.

Aubrey y su madre subieron a la furgoneta. Smolleck las siguió y cerró la puerta tras ellas. Se apoyó en la mesa estrecha donde estaba sentado McDonough, mientras Aubrey y su madre se quedaban de pie en el reducido espacio. Los dos hombres de delante estaban ocupados con lo que parecía equipo de comunicaciones.

Mamá estaba pálida y parecía a punto de desmayarse. Smolleck debió de notarlo. Señaló la otra silla, y Mamá se sentó con un gesto de agradecimiento.

McDonough pulsó un botón en una de las máquinas y un teléfono empezó a sonar en algún lugar.

A Aubrey le sobresaltó la repentina claridad de la voz de Star, que salía por los altavoces como si estuviera allí mismo, en la furgoneta con ellos.

—Señorita Matin, soy el agente especial McDonough del FBI.

—Hola, agente especial McDonough —dijo ella con su suave voz sureña.

—Me gustaría hablar con usted —dijo McDonough—. ¿Le parece bien hacerlo por teléfono?

—Sí, por supuesto.

—Bien —dijo él—. ¿Ethan Lynd está ahí con usted?

Star vaciló.

Mamá dejó escapar un gemido ahogado. Smolleck la fulminó con la mirada.

—Ethan está ahí con usted —repitió McDonough—. Muy bien. ¿Está bien de salud?

—Por el momento.

Aubrey miró a su madre. Tenía los ojos muy abiertos, llenos de angustia.

—¿Puedo hablar con él? —preguntó McDonough.

—No, lo siento. No es posible.

—Entiendo —dijo él. Se ajustó las gafas—. ¿Quién más hay ahí?

Star no respondió, como si estuviera pensando qué decir.

Smolleck asintió.

—Ya veo —dijo McDonough—. Su hija está ahí con usted y Ethan. ¿Alguien más?

—No.

—Bueno, desde luego se ha tomado muchas molestias, señorita Matin. Dígame qué quiere y veamos si podemos llegar a un acuerdo.

—Gracias, agente McDonough. Le agradezco su atención. Para empezar, le pediré que haga que sus agentes y la policía se alejen de mi edificio —dijo—. Y permítame advertirle: si alguien intenta asaltarlo, mataré a Ethan sin dudarlo.

Aubrey se tapó la boca con la mano.

McDonough intercambió una mirada con Smolleck. Bajo las luces del techo, se veían gotas de sudor en la frente de McDonough.

—Haré que los agentes y la policía se alejen, señorita Matin —dijo McDonough.

—Gracias.

Smolleck habló en voz baja por teléfono y luego asintió a McDonough.

—Se están alejando del edificio, señora Matin —dijo McDonough —. Ahora, antes de continuar con nuestra conversación, deje salir a Ethan, por favor.

—No —dijo ella.

McDonough pulsó un botón que probablemente desactivaba el micrófono en su extremo y respiró hondo. Luego volvió a pulsarlo. —De acuerdo, entendido, señora Matin. Dígame qué quiere.

—Justicia —dijo ella.

—Quiere justicia —repitió él—. ¿Justicia por qué?

Ella guardó silencio un buen rato. —¿Justicia por qué, señora Matin? —volvió a preguntar McDonough.

—Algo que nunca podrán remediar —dijo ella por fin.

—Podemos intentarlo, señora Matin —dijo McDonough.

—¿Pueden cambiar el pasado? —preguntó ella.

—¿Qué del pasado le gustaría cambiar?

—Quizá Di pueda ayudarles con eso.

McDonough giró la cabeza para mirar a Smolleck, que fruncía el ceño.

—¿Quién es Di? —preguntó McDonough.

—Diana Hartfeld Lynd.

Smolleck clavó la mirada en la madre de Aubrey.

—Ya veo —dijo McDonough—. Pero nos ayudaría que nos lo contara usted, señora Matin.

Star guardó silencio. Aubrey aguzó el oído en busca de ruidos de fondo y distinguió un zumbido, como el de un aire acondicionado. Se preguntó si Star estaría en el apartamento de abajo. ¿Dónde estaban Ethan y Janis?

Smolleck había escrito algo en el bloc que había sobre la mesa y se lo pasó a McDonough para que lo leyera.

—Señora Matin —dijo McDonough—. ¿Es usted Gertrude Morgenstern?

Star soltó una risita. —Gertrude Morgenstern está muerta.

—¿Culpa a Diana Lynd de su muerte?

—Así es.

Su madre emitió un leve sonido.

Smolleck se llevó un dedo a los labios y frunció el ceño.

—¿Está Di ahí con vosotros? Qué fuerte. —La voz de Star había pasado de su acento sureño a algo más áspero—. Hola, Polly.

Smolleck inclinó la cabeza hacia mamá.

Ella garabateó en el bloc y Aubrey se inclinó para leerlo. *El apodo que me ponía Gertrude.*

Smolleck asintió a McDonough para que continuara.

—Señora Matin —dijo McDonough—, ¿qué relación tiene con Gertrude Morgenstern?

Star tosió levemente. —Star nació cuando Gertrude murió —dijo, de nuevo con su acento sureño.

—No entiendo —dijo McDonough—. Por favor, explíqueme qué significa eso.

La furgoneta quedó en silencio, salvo por el sonido amplificado de la respiración de Star.

—¿Se encuentra bien, señora Matin? —preguntó McDonough.

Ella no respondió.

—Por favor, dígame qué quiere —dijo él.

—A Di.

Aubrey se tensó. Miró a su madre, pero la expresión de mamá no había cambiado. Probablemente se lo esperaba.

—Por favor, explíquese, señora Matin —dijo McDonough.

—Quiero hablar con Di —dijo ella—. Aquí, en el apartamento.

Mamá hizo ademán de levantarse. Aubrey negó enérgicamente con la cabeza.

Su madre escribió algo en el bloc.

Smolleck lo leyó, añadió una nota y se lo pasó a McDonough.

McDonough asintió. —Señora Matin —dijo—, nos plantearemos dejar que Di entre a hablar con usted. Pero primero tendrá que dejar salir a Ethan.

—Oh, me temo que eso no va a poder ser —dijo ella—. Si dejo marchar a Ethan, perderé mi baza. No, eso no funcionará. Pero tengo una propuesta que hacerles.

—¿Cuál? —preguntó McDonough.

—Dejen entrar a Di para que hable conmigo. Luego, cuando hayamos zanjado viejos asuntos, todos podrán marcharse.

Smolleck negó enérgicamente con la cabeza.

—Eso no va a ser posible, señora Matin —dijo McDonough.

—Vaya, qué lástima —dijo ella—. Porque si no lo hacen, volaré el edificio entero, con Ethan dentro.

CAPÍTULO 44

Aubrey abrió la boca, pero no le salieron las palabras. *¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a herir a mis seres queridos y amenazar a mi familia?*

McDonough parecía esforzarse por mantener la voz firme, pero el sudor le corría por las mejillas. —¿Hay una bomba en el edificio, señora Matin?

—Sí, la hay, agente McDonough.

Los dos hombres en la parte delantera de la furgoneta trabajaban frenéticamente con su equipo, probablemente transmitiendo la amenaza de bomba a otras agencias.

—¿Qué tipo de bomba es?

—No tendría gracia que se lo dijera —dijo Star.

—¿Es posible que los teléfonos móviles la activen?

Ella vaciló. —Probablemente no, pero quiero reiterar lo que pueden hacer para evitar su detonación.

—¿Y qué sería, señora Matin?

—Envíen a Di para que hable conmigo.

Smolleck se inclinó y le dijo algo a McDonough, y luego hizo salir a Aubrey y a su madre de la furgoneta.

La calle estaba extrañamente silenciosa, como si todos los agentes ocultos, y no solo Aubrey, estuvieran paralizados, suspendidos en el tiempo. Soltó un aliento tembloroso. Los ojos de su madre se movían de un lado a otro, como buscando una escapatoria.

Smolleck tenía la mandíbula tensa y la vena de la sien le palpitaba. —Si tiene una bomba, debemos tener cuidado con los teléfonos móviles y las radios, diga lo que diga.

—Tiene una bomba —dijo la madre de Aubrey—. Estoy segura, pero no creo que haya usado tecnología moderna.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Smolleck.

—Es más probable que Gertrude intente recrear la explosión de la casa de piedra rojiza de 1970 que probar algo nuevo.

—No puede saberlo.

—Creo que mi madre tiene razón —dijo Aubrey—. Cuando visité a mi padre ayer, vi una caja con tubos cortos de fontanería en el pasillo del edificio. No le di importancia en su momento, pero en la casa de piedra rojiza encontraron bombas de tubo.

Smolleck frunció el ceño. —Maldición. Podrían tener razón. Janis Hendrix trabajaba para una empresa de demolición en Atlanta. Se tomó una excedencia hace unas semanas. Por esas fechas, desapareció una caja de dinamita.

—Entonces, si planea recrear la explosión de la casa de piedra rojiza, ¿qué hacemos? —dijo Aubrey.

—Estamos barajando opciones, pero la situación es muy complicada.

—Por supuesto que es complicada —dijo Aubrey, notando cómo crecían su frustración y su rabia—. Pero ustedes son el FBI. Tienen francotiradores, ¿no? ¿Y qué pasa con el equipo SWAT?

Vio cómo se le enrojecía la cara, incluso en la oscuridad. —Sí, tenemos francotiradores. Pero puede que les resulte difícil distinguir entre Star, su hija y Ethan. Y si damos al objetivo equivocado, Star probablemente hará volar el edificio igualmente.

—Lo siento —dijo Aubrey—. No debería haber...

—No he terminado —dijo Smolleck—. El equipo SWAT podría asaltar el edificio con granadas aturdidoras para desorientar a Star, pero ella controla una bomba. Es demasiado arriesgado.

—Déjenme entrar —dijo su madre.

—Eso no la detendrá, mamá.

—La retrasará.

Smolleck negó con la cabeza.

—Ethan está ahí dentro —dijo su madre—. Tenemos que sacarlo. Díganle que entraré, pero solo si lo libera.

—Ya lo intentamos —dijo Smolleck—. Se negó.

—Iba de farol —dijo mamá—. No renunciará a la oportunidad de hablar conmigo. De mirarme a los ojos y regodearse. Dejará salir a Ethan.

Aubrey miró hacia el pequeño edificio con sus ventanas oscuras. —Tengo una idea —le dijo a Smolleck—. La hija de Star. ¿Pueden usarla como moneda de cambio?

Lo pensó un momento y asintió. —Lo intentaremos.

Volvió a entrar en la furgoneta.

La mano de su madre le acarició la mejilla. Aubrey la miró a los ojos. Brillaban bajo la luz de la farola.

—Yo empecé todo esto —dijo mamá—. Y ahora tengo que terminarlo.

—No tienes que hacerlo, mamá. No tienes que entrar ahí.

—Pero sí tengo que hacerlo. Sabes que sí.

El dolor en el estómago le cortó la respiración a Aubrey. Su madre. Esta podría ser la última vez que estuvieran juntas.

—Siempre he estado tan orgullosa de ti, cariño. Lo sabes, ¿verdad?

Aubrey asintió. Las lágrimas le corrían por las mejillas. Miró a su madre. La mujer que había sido su centro. Que solo había querido protegerla. No podía perderla.

La puerta de la furgoneta se cerró de golpe y Aubrey dio un respingo.

Smolleck se acercó a ellas. Había algo en sus ojos que no había visto antes: ¿duda? ¿O era miedo?

—Star ha aceptado el intercambio.

CAPÍTULO 45

A Aubrey se le cayó el alma a los pies. Era lo que querían, pero no estaba preparada para despedirse de mamá si algo salía mal.

—¿Cuáles son sus condiciones? —preguntó su madre.

Smolleck miró el edificio a oscuras y luego a ella. —Permitirá que Janis saque a Ethan a cambio de garantías de clemencia para su hija. Star afirma que presionó a Janis para que secuestrara a Ethan y no quiere que su hija pague por lo que ella tramó —se frotó la ceja —. Dijo que esto es entre usted y ella, y que está dispuesta a dejarlo así.

Su madre asintió. Tenía el rostro lleno de determinación.

—¿Y luego qué? —dijo Aubrey—. Una vez que mi madre esté dentro de un edificio con esta asesina y una bomba, ¿cómo van a protegerla?

—Es mi decisión —dijo mamá—. Prefiero arriesgarme yo antes que dejar a Ethan en ese edificio.

—No tenemos muchas opciones aquí, Aubrey —dijo Smolleck—. ¿Tienes una idea mejor?

Ojalá la tuviera. Ella misma entraría con gusto a cambio de Ethan, pero estaba claro que Star quería a su madre. Negó con la cabeza.

—Dígame qué se supone que debo hacer —dijo su madre.

—Irá a la puerta principal de la residencia al mismo tiempo que Janis saque a Ethan por la puerta trasera.

—¿Puedo llevar un arma conmigo?

—No. Quiere que se acerque al edificio con las manos en alto. Sin chaleco antibalas. Sin teléfono. Dijo que la cacheará cuando entre, y si encuentra un arma, volará el edificio. También advirtió que si intentamos asaltar el edificio una vez que Ethan esté fuera, detonará la bomba.

A Aubrey se le escapó un ruido de la garganta. Le recordó el sonido que hacía su muñeca de niña cuando se caía. Y así era exactamente como se sentía: como si la hubieran dejado caer con fuerza.

—¿Alejarán a Ethan del edificio rápidamente cuando salga? —preguntó su madre.

—Sí. Tendremos agentes en posición para agarrarlo y ponerlo a salvo.

—Entonces estoy lista.

—Espera, mamá. Debe haber alguna otra manera.

El rostro de su madre se descompuso. —Oh, cariño. Sabes que no la hay —atrajo a Aubrey hacia sí y la abrazó tan fuerte que le quitó el aliento. Luego la soltó de golpe y asintió a Smolleck.

—De acuerdo —dijo él—. Vamos.

—Ten cuidado, mamá —le gritó Aubrey.

Aubrey observó a su madre seguir a Smolleck hacia el edificio color mostaza.

—Esto no es un adiós, mamá —susurró—. Prométemelo. No es un adiós.

CAPÍTULO 46

Diana se detuvo en la acera, a unos seis metros del edificio amarillo de tres plantas. A un lado de la entrada había una puerta de garaje deformada; al otro, las ventanas de un apartamento en la planta baja. Unos setos altos rodeaban la propiedad y tapaban casi todas las ventanas del piso inferior. La puerta de entrada, de cristal, estaba cubierta con barras decorativas, igual que todas las ventanas. Imposible saltar desde dentro. Aunque las luces estaban apagadas, Diana distinguía sombras en el pasillo, al otro lado de la puerta.

Sintió en el estómago el mismo terror insidioso que había experimentado tantos años atrás frente al edificio de piedra rojiza, pero entonces se dio cuenta de algo: de lo que no sentía. Ni mareos ni desorientación.

Solo claridad.

Necesitaba salvar a su nieto. Necesitaba acabar con esto de una vez por todas con Gertrude.

Smolleck parecía escuchar algo por el auricular; luego se dirigió a ella:

Diana vio una sombra que se movía por el pasillo.

—Lleva en brazos lo que parece un niño envuelto en una manta.

A Diana le latía el corazón tan fuerte que apenas oía nada más.

—Camine despacio hacia la puerta principal con las manos en alto —dijo Smolleck—. Cuando llegue, pulse el botón del interfono del apartamento cien. Star me ha ordenado quedarme aquí, pero le iré dando instrucciones a voces. ¿De acuerdo?

—Sí.

—No entre en el edificio hasta que yo se lo diga. Tenemos que asegurarnos de que Ethan ha salido sano y salvo.

—Entiendo.

Aquella última vez, en el edificio de piedra rojiza, había aporreado la puerta gritando: «¡Déjame entrar! ¡Déjame entrar!». Y

Gertrude había abierto.

No quería pensar en lo que vino después de aquella conversación. Pulsó el botón del «100» y esperó. Y esperó. El sudor le corría por la espalda.

Diana volvió a pulsar el botón. Nada. Fue entonces cuando se dio cuenta de que la puerta, con su marco de hierro forjado, no estaba del todo cerrada. Tiró de ella con fuerza, pero se detuvo y miró por encima del hombro hacia Smolleck. Él le hizo señas de que no se moviera.

Miró dentro. Las luces del callejón trasero estaban encendidas, y desde allí veía todo el pasillo hasta la puerta de atrás. Una mujer aguardaba junto a la puerta, con un gran bulto sobre el hombro y el pecho a modo de escudo.

«Por favor, Dios, que Ethan esté bien».

La puerta trasera se abrió unos centímetros. Diana le suplicó mentalmente a la mujer: «Vamos, vamos, vamos. Saca a mi nieto de aquí».

La mujer se volvió a mirarla. Hubo un instante de

Pero no era Gertrude.

Era la hija de Gertrude, que usaba a su inocente nieto como escudo.

Estaban en un punto muerto. Janis no saldría del edificio hasta asegurarse de que Diana había entrado, y Diana no entraría del todo hasta que Ethan estuviera fuera, a salvo.

Diana abrió la puerta unos centímetros más y metió un pie en el pequeño vestíbulo.

—Todavía no, Diana —resonó la voz de Smolleck a su espalda.

Janis se volvió a mirarla. ¿Por qué no se movía el bulto? ¿Era siquiera Ethan?

Janis empujó la puerta trasera unos centímetros más.

Diana se deslizó un poco más hacia dentro mientras Janis la observaba.

Janis abrió la puerta trasera otro poco.

«Buena chica».

Janis asintió.

—Una —dijo mientras entraba y observaba a Janis, que avanzaba con cautela hacia la puerta con Ethan en brazos.

—Dos.

—Tres.

Oyó gritar a Smolleck: —¡Espera, Diana! —mientras tropezaba con aquel objeto bajo y rodante y caía de bruces al suelo.

El pasillo estaba a oscuras. ¿Había salido Ethan? ¿Estaba a salvo?

Intentó levantarse, pero alguien la sujetaba. Notó un escozor en la pierna.

Y vio una maraña de metal, radios de ruedas que giraban y giraban.

Un triciclo rojo justo fuera de su alcance.

CAPÍTULO 47

Algo iba mal.

Aubrey iba y venía junto a la furgoneta, donde uno de los agentes le había ordenado quedarse. Había perdido de vista a su madre cuando Mama se dirigió a la puerta principal.

¿Habría conseguido entrar en el edificio?

¿Habría salido Ethan?

Habían acordonado la zona más cercana al pequeño edificio de apartamentos, y no se veían peatones ni vehículos en movimiento. Aguzó la vista para distinguir a Smolleck en la penumbra. Estaba hablando con varias personas de uniforme y de traje, entre ellas el detective González. Smolleck negaba con la cabeza de un modo que no auguraba nada bueno.

Ignoró una voz potente a su espalda que le ordenaba quedarse donde estaba y echó a correr calle abajo hacia Smolleck. Él le hizo un gesto para que se detuviera. Ella aminoró el paso mientras lo veía decir algo a los demás y luego acercarse.

Tenía el rostro serio cuando llegó a su altura.

—¿Dónde está mi madre? ¿Dónde está Ethan?

—Tu madre está dentro. Parece que tropezó con algo y se cayó.

—¿Entonces no sabes si está bien?

Negó con la cabeza.

—¿Y Ethan?

—Star nos tendió una trampa.

—¿Os tendió una trampa? —El corazón le dio un vuelco—. ¿Qué quieres decir?

—La hija de Star llevaba una almohada envuelta en una manta.

—¿Una almohada? Dios mío. ¿Ethan sigue dentro?

—Nuestros sanitarios están intentando calmar a la hija para poder interrogarla, pero está histérica.

Fracasaron. El plan había fracasado.

—Ella entendía los riesgos.

—Pero tú la dejaste hacerlo —dijo ella. Oyó el pánico en su propia voz.

—Todos estuvimos de acuerdo en que era la mejor oportunidad de sacar a Ethan de ahí —dijo él. Tenía el rostro enrojecido—. No teníamos forma de saber que Star iba de farol.

Respiró hondo. No era culpa suya, aunque intuía que él se culpaba a sí mismo, pero eso no cambiaba la situación. Star era capaz de cualquier cosa.

—Estamos trabajando en ello. Todo el mundo parece tener una opinión —dijo él, y miró hacia el grupo con el que había estado hablando.

—No estarás pensando en hacer algo que ponga en peligro a mi madre y a Ethan, ¿verdad? —Si asaltaban el edificio, Mama y Ethan no tendrían muchas posibilidades.

—Aún no hemos decidido ningún plan.

—Pero...

Levantó la mano y escuchó su auricular, luego respondió:

Ella se apresuró a su lado mientras él se alejaba a grandes zancadas del edificio de apartamentos.

—Star ha vuelto a comunicarse con nosotros.

—¿Vuelto? ¿Quieres decir que había perdido la comunicación con McDonough?

—Sí. Durante unos minutos.

—¿Dijo algo sobre mi madre y Ethan?

—Dijo que tu madre está bien. Pero McDonough comentó que Star parecía sorprendida de que Ethan no hubiera salido con su hija. No supo distinguir si estaba fingiendo o si realmente algo había salido mal con el intercambio.

Nada de esto tenía sentido.

—Con suerte, Janis tendrá algunas respuestas cuando la interroguemos.

Aubrey inspiró con un temblor.

Llegaron a la furgoneta. Smolleck se frotó la nuca.

Una multitud se había congregado detrás del cordón policial, al final de la calle. Aubrey distinguió las unidades móviles y a los

reporteros empujando contra las vallas. Se sentía completamente impotente. El FBI seguiría negociando. Pero ¿qué había que negociar? Star tenía tanto a Ethan como a Mama. Su propia hija estaba fuera de peligro, y a Star no parecía importarle su propia vida.

Aubrey pensó en las clases de psicología conductual que había cursado. Se volvió hacia Smolleck.

—Es un gran problema.

—Pero ¿y si tuviera algo que ganar?

Frunció el ceño.

—¿Qué es lo que Star realmente quiere en todo esto?

—Dijo que quería a tu madre.

Aubrey negó con la cabeza.

—¿No crees que tu madre sea su objetivo final?

Aubrey pensó en la foto de las tres amigas que su madre había guardado escondida en su habitación. En cómo Gertrude acariciaba la chapa de identificación de su hermano. Mama le había dicho que Gertrude nunca se la quitaba, ni para ducharse.

—Quizás Star busca justicia por algún agravio mayor.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué se unió Star... por qué se unió *Gertrude* a un grupo revolucionario en la universidad, para empezar?

—Muchos jóvenes lo hicieron en aquella época.

—Sí, pero muy pocos llegaron tan lejos como Gertrude. La mayoría, como mi madre y mi padre, se desvincularon de la organización cuando empezó a defender que había que matar gente para hacer valer sus ideas.

—¿Qué estás diciendo?

—Mi madre me contó que Gertrude quería volar la biblioteca de Columbia. Creía que tenía que morir gente para que Stormdrain fuera tomado en serio. —Aubrey se detuvo para recuperar el aliento —. ¿Qué llevó a Gertrude a estar dispuesta a matar?

Smolleck pareció considerarlo.

—Sea lo que sea —continuó ella—, creo que esa es la injusticia que Gertrude lleva intentando reparar desde que era novata en Barnard.

—¿Cómo demonios vamos a averiguar qué cabreaba a una chica de dieciocho años hace más de cuarenta y cinco años?

—Tenía un hermano —dijo Aubrey—. Llevaba su chapa militar. ¿Puede averiguar qué le pasó? Quizá tengamos algo que ofrecerle que de verdad le importe.

Smolleck no parecía convencido. —Vale la pena intentarlo.

Aubrey miró hacia el edificio color mostaza. Dentro estaban su madre y su sobrino. Con una psicópata impredecible y una bomba.

—Esfuércese, agente Smolleck —dijo.

CAPÍTULO 48

Diana oyó un timbre. ¿Un teléfono? ¿Una alarma? Solo quería dormir. Intentó darse la vuelta y abrazar la almohada, pero las manos no le respondían. Tiró de ellas de nuevo, pero las tenía inmovilizadas a la espalda. Intentó patalear, pero los pies tampoco se movían.

Algo penetrante y acre le invadió las fosas nasales. Vapores de gasolina. Abrió los ojos y solo vio oscuridad; un terror paralizante se apoderó de ella. ¿Dónde estaba?

Su mente se despejó de golpe. Recordó haber entrado en el vestíbulo del edificio, algo que se estrelló contra sus piernas. El triciclo rojo. Era evidente que Gertrude estaba decidida a reproducir cada detalle en esta recreación del pasado.

Entonces recordó el pinchazo en el muslo.

La habían drogado.

¿Dónde estaba Gertrude? ¿Y de dónde venía el olor a gasolina?

Parpadeó para aclararse la vista. Conforme los ojos se le adaptaban a la penumbra, distinguió una luz tenue que se filtraba por detrás de unas cortinas cerradas. Estaba en un pequeño salón, sobre un sofá, frente a una cocina abierta.

Gertrude debía de haberle inyectado Versed, o algo similar, y luego la había atado. ¿Cuánto tiempo llevaba inconsciente? ¿Habría logrado escapar Ethan?

Le volvió a la mente la voz de Smolleck gritando: «Espera, Diana». ¿Por qué le había dicho que esperara, a menos que Ethan siguiera dentro?

Un aparato de aire acondicionado de pared tosió y se puso a zumbar.

Diana se miró los tobillos. Estaban atados con cinta adhesiva, y supuso que las muñecas también. No tenía nada cubriéndole la

boca, pero ¿a quién iba a pedir ayuda? El FBI ya sabía que estaba allí dentro.

Ahora que los ojos se le habían adaptado, hizo un inventario más detallado de la habitación. Distinguía unos muebles de ratán horribles y una vitrina de cristal, una mesa de centro de mica clara y otro sofá con estampado floral, en diagonal al suyo. Sobre la encimera entre el comedor y la cocina había varios montones: unos cuantos tubos cortos con mechas largas; botellas con trapos que asomaban por el cuello, cócteles molotov; y rollos de lo que parecían velas gruesas, aunque conociendo las intenciones de Gertrude, supuso que eran cartuchos de dinamita.

Gertrude había montado una fábrica de bombas idéntica a la que había destruido la casa de piedra rojiza aquel primero de abril.

No había rastro de Gertrude, pero podía volver en cualquier momento. Diana tenía que salir de allí y encontrar a Ethan. Buscó algo con que cortar la cinta de las muñecas y los tobillos. Había figuritas en los estantes superiores de la vitrina, fuera de su alcance. Quizá hubiera cuchillos en la cocina. Se las arregló para ponerse de pie y fue dando saltos rodeando la mesa de centro hasta llegar a la encimera. Se dio la vuelta, abrió un cajón con las manos atadas y revisó el contenido: unas gafas de sol oscuras y una peluca de pelo largo, del mismo color que el suyo.

Encima de la peluca había una nota escrita con rotulador negro grueso:

¿pensaste que te dejaría un cuchillo, pollyanna?

Probó con el siguiente cajón. Una blusa blanca y unos vaqueros, justo como los que ella siempre llevaba.

Aquel monstruo le había arrebatado a su marido, a su prometido, a su nieto y hasta su identidad. Pues no iba a permitir que Gertrude ganara.

Agarró con los dientes el pomo de una de las puertas del armario superior y tiró hasta abrirla. Unos vasos de cristal brillaban en la luz tenue, pero no tenía forma de alcanzarlos. Escudriñó la

cocina en busca de algo largo que sujetar con la boca para derribarlos, pero no vio nada que sirviera. No sabía cuál era el plan de Gertrude ni cuánto tiempo le quedaba antes de que volviera.

Su mirada se posó en los cócteles molotov de la encimera. Botellas de cristal con trozos de trapo. Llenas de gasolina. Si rompía una, la gasolina se derramaría por el suelo. Inofensiva mientras no se encendiera.

¿Merecía la pena arriesgarse?

Quizá lograra salir del apartamento y del edificio sin cortarse las ataduras, pero jamás podría rescatar a Ethan sin tener las manos libres.

Fue dando saltos hasta el otro lado de la encimera. Con la frente, empujó una de las botellas hacia el borde. Cayó y golpeó contra el suelo de terrazo. Sin romperse.

Maldición. Empujó la siguiente botella hacia el borde. Esta vez le dio un fuerte cabezazo. Golpeó el suelo con un estruendo. Cristales y gasolina se esparcieron por el suelo. Se apoyó contra la pared y se dejó resbalar hasta poder alcanzar los cristales rotos. Cuando los dedos se le cerraron sobre un fragmento largo y afilado, una risa familiar resonó desde el otro lado de la cocina. Serró frenéticamente la cinta de las muñecas mientras el filo del cristal le cortaba la mano. Un dolor abrasador, provocado por la gasolina, le recorrió los nervios del brazo.

Oyó un clic y la luz inundó la cocina.

—Así está mejor —dijo una voz femenina suave, con acento sureño—. Ahora podemos vernos.

La desconocida tenía el pelo corto, blanco y vaporoso, cejas negras arqueadas y unos ojos azules muy abiertos. Llevaba una túnica azul vaporosa y pantalones. Era Star, la mujer a la que solo había visto en fotos. Si Diana hubiera reconocido a Gertrude en aquella impostora, todo esto podría haberse evitado. Pero el disfraz de Star había sido tan magistral que nadie había sospechado, ni siquiera Larry.

—Sé que quieres largarte, Di —dijo la mujer bonita, ahora con la voz de acento brooklyniano de Gertrude—. Pero eso no va a pasar.

En un parpadeo, Star se desvaneció. Gertrude estaba ante ella. Altiva. Sexy. Desafiante. El bisturí del cirujano no podía cambiar quién era en realidad.

Gertrude rodeó la encimera y empujó a Diana hacia delante con el pie.

Diana soltó el fragmento y lo oyó tintinear contra el terrazo. Gertrude lo apartó de una patada.

—Buen trabajo —dijo Gertrude—. Ahora levanta el trasero y vuelve al sofá.

Diana obedeció. La mano le palpitaba por el escozor de la gasolina.

Gertrude se sentó en el otro sofá.

¿Podrían los francotiradores ver el interior a través de las pesadas cortinas, ahora que había luz?

—No pueden ver nada —dijo Gertrude—. Y aunque pudieran, lo mismo te disparan a ti.

Diana escudriñó el rostro de su antigua compañera de piso en busca de algo familiar, pero la mandíbula prominente había sido esculpida en un delicado óvalo acorazonado, la nariz era más pequeña y estrecha, y el labio superior, antes perfilado, ahora estaba abultado por los rellenos estéticos. Hasta el lunar de la mejilla había desaparecido. Solo los ojos inquisitivos seguían siendo los mismos.

—Tienes una pinta horrible, Di —dijo Gertrude—. Claro que estos últimos días han sido muy duros para ti.

—¿Dónde está Ethan?

—Esa es la pregunta del momento.

—Se suponía que ibas a soltarlo —dijo Diana—. Ese era el trato.

—Ese era mi plan, pero el FBI me dice que nunca salió.

—Por favor, suéltalo. Esto es cosa nuestra.

—Lo haría si pudiera encontrarlo.

¿Estaba mintiendo o Ethan se había escondido en algún sitio? ¿Sería Gertrude capaz de volar el edificio con un niño pequeño dentro? Por desgracia, Diana sabía la respuesta.

—Dijeron que habías muerto en la explosión de la casa —dijo Diana.

—Obviamente, se equivocaron.

Diana observó las manos pálidas y cremosas de Gertrude, los anillos que cubrían todos sus dedos.

Gertrude levantó la mano izquierda y agitó el meñique.

Y la tenía. El dedo parecía intacto, pero habían identificado a Gertrude por la huella de su meñique hallada entre los restos de la explosión.

Gertrude se agarró el meñique izquierdo con la mano derecha, tiró y levantó la punta del dedo con un anillo en espiral aún enroscado.

—Dios mío —dijo Diana.

—Nunca me lo quito —dijo—. Larry me preguntó una vez por qué siempre llevo el anillo del meñique. Le dije que era por razones sentimentales —frunció los labios—. Me pregunto si ya habrá muerto. Hablé con su médico antes de que lo llevaran a quirófano. Dijo que Larry probablemente sufriría graves daños cerebrales si sobrevivía.

Diana no creía que el cirujano hubiera dicho eso. Seguramente Gertrude intentaba provocarla. Todo había sido para captar la atención de Diana: el secuestro de Ethan, la muerte de Jonathan, el accidente de Larry. Y ahora estaban allí, cara a cara, para el enfrentamiento final.

El teléfono de Gertrude sonó. Miró la pantalla, pulsó un botón y el timbre cesó.

Diana necesitaba apaciguarla. Al menos hasta que pudiera poner a Ethan a salvo.

—¿Cómo escapaste de la explosión? —preguntó Diana con suavidad—. Todos estaban convencidos de que habías muerto.

Gertrude se frotó el muñón del dedo.

—No me puedo ni imaginar lo que has sufrido —dijo Diana.

—Así es. No puedes —Gertrude clavó sus ojos azules en Diana. En la universidad, sus ojos a menudo parecían violetas, alterados por las gafas de cristales rosados que siempre llevaba. Ahora, las pupilas negras palpitaban como Diana recordaba que hacían cuando Gertrude se enfurecía.

—Lo siento, Gertrude. Sé que crees que te traicioné, pero no fue así. Intentaba protegerte a ti y a todos los del grupo.

Gertrude negó con la cabeza.

Diana no respondió. Discutir solo la enfurecería más.

—Otro grupo revolucionario fracasa y el gobierno sigue asesinando. ¿Esa era tu solución? —Gertrude casi escupía las palabras—. Stormdrain habría sido en vano.

—Tuvimos un impacto —dijo Diana—. Stormdrain y todos los demás que salieron a protestar contra la guerra. El gobierno había empezado a hacernos caso.

—Estaban matando a nuestros hermanos —dijo Gertrude, con la mirada perdida en el sofá de estampado floral, como si no hubiera oído a Diana—. Matándolos para saciar su codicia. Teníamos que hacer que la guerra se sintiera aquí. Era la única manera de pararlos —sus ojos se posaron en Diana—. Te dije que era la única forma de que nos escucharan. Alguien tenía que morir.

—Sí, sé que creías que ese era el camino.

Gertrude golpeó la mesa de centro con la palma abierta.

—Lo siento mucho —dijo Diana, pero Gertrude parecía no escucharla.

—Él prometió que vendría a buscarme —dijo Gertrude. Sus ojos ya no palpitaban de ira. Había otra cosa en ellos. Tristeza o dolor.

—Dijo que viviríamos en México. Puerto Vallarta, o quizás Cabo. Le creí.

¿De quién hablaba?

—Encontré la forma de enviarle mensajes, pero nunca contestó —se volvió bruscamente hacia Diana—. Me mintió.

—¿Quién? ¿Jonathan? —¿Por eso lo había matado Gertrude?

Gertrude le lanzó una mirada extraña.

—¿Entender qué? —dijo Diana. ¿Cómo iba a salvar a Ethan de esta loca?

Gertrude esbozó una leve sonrisa.

Diana sintió una punzada de dolor. ¿Embarazada? ¿De Jonathan?

—Janis nació en octubre de 1970. Janis Joplin y Jimi Hendrix acababan de morir. Pensé que mi hija debía empezar su vida con un nombre importante.

Jonathan no le había contado nada de esto a Diana. Pero ahora estaba muerto. Ya no habría explicaciones.

—¿Él lo sabía? ¿Lo de Janis? —preguntó Diana.

Gertrude negó con la cabeza.

Pobre Jonathan. Asesinado por esta mujer, sin haber sabido nunca del profundo rencor que ella había albergado contra él todos estos años. Diana se esforzó por apartar sus pensamientos de él. Si conseguía que Gertrude siguiera hablando, quizá eso saciaría su sed de venganza. Quizá se daría cuenta de que ya se había cobrado bastante.

—¿Cómo sobreviviste con un bebé y sin dinero?

—Me prostituí durante un tiempo —dijo Gertrude—. Luego, cuando me di cuenta de que mi príncipe azul no iba a venir a rescatarme, me reinventé como una dulce dama sureña con algo de cirugía y clases de protocolo. Me casé con un viejo estafador que estaba encantado de vivir sus últimos años en la gloria. Por supuesto, terminaron antes de lo que él esperaba, y me quedé con unos cuantos millones y mucho tiempo libre para planear cosas.

—Te refieres a vengarte de mí y de Jonathan.

Gertrude sonrió. —Y de Larry.

Por supuesto. Gertrude los odiaba a los dos, a ella y a Larry, por haber acudido al FBI.

El teléfono de Gertrude volvió a sonar. Miró la pantalla y luego las cortinas cerradas. Ignoró la llamada. —Os seguí la pista a ti y a Larry —continuó Gertrude—. Primero con detectives privados, luego las cosas se volvieron más fáciles con Internet. Quería asegurarme de que también pensarais en mí, así que me divertí un poco con un conserje delirante que creía que yo era una diosa griega de verdad. Lo convencí de que era Jeffrey Schwartz, y con los datos y cifras que le di sobre April Fool, tengo entendido que tuvo al FBI y a los medios de cabeza. De hecho, mi detective privado me dijo que la reaparición de Schwartz sacudió bastante vuestro matrimonio.

Así que Gertrude había estado detrás del misterioso Jeffrey Schwartz.

—Decidí que no quería seguir viéndoos desde la barrera, pero no tenía prisa por quitarte a Larry. Sabía que llegaría el momento

adecuado. Y llegó, justo a tiempo para una gran boda.

La boda de Kevin.

—Persuadí a Larry para que pidiera el divorcio cuando sabía que estabas más vulnerable. —Gertrude se tocó la mejilla donde antes había estado el lunar—. Tenía a Larry tan hechizado que fue fácil convencerlo de que no fuiste a la boda de Kevin porque fingiste estar enferma.

Gertrude incluso había maquinado la ruptura entre Diana y su hijo.

—Durante seis años, disfruté formando parte del círculo y viéndote distanciada de tu familia. —Hizo girar el anillo alrededor de su dedo índice. Tenía forma de serpiente—. Probablemente me habría conformado con mantener el statu quo, pero tú misma lo arruinaste.

—Empecé a salir con Jonathan —dijo Diana.

—No parecía haber ninguna justicia en ello, ¿sabes a qué me refiero? Tú te lo quedas todo y a mí me joden.

—Nunca te hice daño intencionadamente.

—Nadie lo hace nunca —dijo Gertrude—. La gente te jode y no sabe que te está jodiendo. Matan tus sueños. Matan a los que amas. —Empezó a hablar más rápido, cada vez más alterada—. ¿Dónde está la justicia en eso? ¿Me lo puedes decir? ¿Dónde está la puta justicia?

Estaba loca, más loca de lo que Diana la había visto en la universidad. Intentar tranquilizarla hablando solo parecía alterarla más, lo cual no ayudaba a Ethan. ¿Serviría de algo suplicar?

—Has ganado, Gertrude. Me has quitado a Larry. Has matado a Jonathan. Me has destrozado.

—¿Eso crees? —dijo Gertrude, mirando fijamente su anillo—. Pues yo creo que apenas estoy empezando.

CAPÍTULO 49

Gertrude no contestaba el teléfono. Aubrey veía claramente que todos estaban cada vez más preocupados, sobre todo McDonough, que iba y venía por el reducido espacio de la furgoneta.

Aubrey vio a McDonough volver a marcar el número de Gertrude: era el tercer intento.

Habían pasado quince minutos desde la última vez que hablaron.

Aubrey comprendía la sensación de impotencia del agente. Sentada en la parte trasera de la furgoneta, iba captando fragmentos de información, sobre todo de las conversaciones telefónicas de Smolleck. Este había contactado con alguien para investigar al hermano de Gertrude Morgenstern, pero aún no había recibido respuesta. Luego se acercó la detective Gonzalez para informar de que Janis Hendrix se había calmado lo suficiente para hablar de lo sucedido.

Aubrey no pudo quedarse callada.

Gonzalez parecía agotada.

—¿Qué significa eso? —dijo Aubrey—. Estaba con él, ¿no?

—Dice que dejó a Ethan durmiendo en una habitación del tercer piso y bajó a recibir instrucciones de su madre. Cuando volvió, Ethan había desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Buscó en los apartamentos del tercer piso, pero no lo encontró. Le entró el pánico y envolvió una almohada en una manta, fingiendo que era Ethan.

—¿Por qué haría eso? —dijo Aubrey.

Gonzalez frunció el ceño.

—¿Y se lo creyó? —preguntó Smolleck.

—Janis le tiene pánico a esa mujer. Nos dijo que Gertrude no dudaría en volar el edificio, aunque su propia hija estuviera dentro.

Una mano invisible apretó las entrañas de Aubrey. ¿Y si esa loca decidía que ya había conseguido lo que quería y volaba el edificio con su madre y Ethan dentro?

Smolleck cruzó la mirada con Aubrey. Asintió levemente, dándole a entender que comprendía lo que estaba en juego. Estaba haciendo lo que podía. «Mantén la calma», le dijo sin palabras.

Se volvió hacia la detective.

—No creo que pueda sacarle mucho más ahora mismo —dijo Gonzalez—. Habló sin parar y luego se quedó callada, casi catatónica.

—¿Le dijo cómo consiguió que Ethan se fuera del carnaval con ella? —preguntó Smolleck.

Gonzalez asintió.

—Dios mío —dijo Aubrey—. ¿Lo están drogando?

Smolleck frunció el ceño.

—Janis nos dijo que desde que lo llevó al apartamento solo le dio pequeñas dosis de Valium —dijo Gonzalez—. Y después del primer día dejó de dárselo porque Ethan se portó muy bien. Comía bien y parecía bastante contento viendo películas en la habitación.

«Comiendo bien». «Viendo películas». Pero eso no liberaba a Aubrey de la culpa. Ethan había estado dos pisos por encima de ella el día anterior. ¿Cómo no se había dado cuenta? Intentó recordar si había habido alguna indicación, alguna pista de su presencia. Pero estaba segura de que ni siquiera su padre se había percatado de lo cerca que había estado Ethan de ellos.

—¿Por qué lo hizo Janis? —preguntó Aubrey—. ¿Qué clase de persona acepta secuestrar a un niño pequeño y mantenerlo cautivo?

—Ojalá tuviera una respuesta —dijo Gonzalez.

La detective no tenía más información útil sobre Janis o Ethan. Smolleck le pidió que lo llamara cuando Janis volviera a estar en condiciones de hablar. Quería interrogar personalmente a la hija de Star.

Cuando Gonzalez se fue, Smolleck recibió otra llamada. Aubrey asimiló lo que la detective les había contado e intentó centrarse en lo positivo. Ethan estaba vivo. Había estado lo bastante despierto para escabullirse de la habitación y esconderse. Pero ¿dónde estaba?

Entonces los aspectos negativos se colaron en su cabeza. Janis estaba aterrorizada de su propia madre y creía que Star habría estado dispuesta a sacrificarla. Eso significaba que si no encontraban la forma de convencer a Star de que abandonara, su madre y su sobrino estaban condenados.

Miró a Smolleck, que garabateaba notas con el móvil sujeto entre el hombro y la oreja. Él colgó y Aubrey intentó leer la expresión tensa de su rostro.

—Bien —dijo—. Esto es lo que tenemos sobre el hermano de Gertrude.

Unas alas aletearon en el abdomen de Aubrey. Habían encontrado algo.

—Willis Morgenstern fue declarado muerto en combate en junio de 1968, a los diecinueve años.

Aubrey hizo cálculos. Gertrude habría tenido diecisiete años cuando murió su hermano, una edad impresionable. Eso explicaba la placa de identificación que Gertrude nunca se quitaba.

—Poco después de su muerte, un soldado que había servido con Willis contactó con los Morgenstern y les dijo que Willis había muerto por fuego amigo. Los Morgenstern presentaron una queja y exigieron una investigación —Smolleck hizo una pausa—. El gobierno se negó a investigar y desmintió la versión del soldado.

Aubrey empezaba a comprender la psique de aquella mujer.

Smolleck se tensó. Aubrey recordó que había sido marine.

Y continuó:

—Es posible —dijo Smolleck—. Pero ¿cómo podemos usar esta información ahora?

—Diciéndole que el gobierno cometió un error. Disculpándonos y asegurándole que el caso se reabrirá para que por fin pueda obtener justicia para su hermano.

—No podemos hacer esas promesas —dijo Smolleck.

—Dios —dijo Aubrey—. Pues miente. Adorna la verdad. La vida de mi madre y de mi sobrino está en juego.

Smolleck miró a McDonough.

—Probaré lo que sea —dijo McDonough—. El problema es que Star no coge el teléfono cuando llamo y no mira los mensajes —miró

el reloj—. Puedo volver a llamarla.

—Bueno, veamos si contesta esta vez —dijo Smolleck.

McDonough pulsó el botón de «Llamar». Aubrey oyó el tono de llamada, igual que las veces anteriores, y luego saltó el buzón de voz.

—Por favor, devuélvanos la llamada, señora Matin —dijo McDonough—. Queremos hablar con usted sobre su hermano, Willis.

A Aubrey se le encogió el estómago. No podía aceptar que aquello fuera el final. Que Gertrude tuviera su enfrentamiento con mamá y luego lo hiciera todo saltar por los aires, llevándose a Ethan con ella.

—Hay algo más que podemos intentar —dijo Aubrey.

Smolleck y McDonough se volvieron hacia ella.

—Dejadme llamarla desde mi móvil.

—¿Por qué iba a cogerte el teléfono? —preguntó Smolleck.

—Porque soy la hija de Di Hartfeld. Porque Gertrude está obsesionada con todos los que rodean a mi madre, y le picará la curiosidad de saber por qué la llamo.

—¿Y si te coge el teléfono? —preguntó Smolleck.

—Le hablaré de su hermano.

Smolleck negó con la cabeza.

—Pero no voy a negociar —dijo Aubrey—. Y he cursado docenas de asignaturas de psicología conductual y otras afines. Puedo hacerlo.

McDonough se frotó la calva.

—Dejadme intentarlo —dijo ella—. No tenemos otra opción.

Smolleck asintió.

—Dame el teléfono —dijo McDonough. Se lo cogió, lo conectó a una máquina y le puso unos auriculares a Aubrey.

Oyó el tono de llamada. Tres tonos. Cuatro. Cinco.

—¿Diga? —dijo una voz áspera. Gertrude, no Star.

—Soy Aubrey.

—Sí. Tu madre ha dicho que ha reconocido tu número.

—¿Está bien mi madre?

—Claro. Está bien.

—Bien —dijo Aubrey—. Quiero hablarte de algo que creo que es importante para ti.

—¿Ah, sí? ¿El qué?

—Tu hermano, Willis.

A Aubrey le pareció que la respiración de Gertrude se había agitado.

No cuelgues. Por favor, no cuelgues.

—El gobierno le hizo mucho daño a tu familia —dijo Aubrey.

—Mataron a mi hermano.

—Sí, lo sé —dijo Aubrey—. Entiendo tu rabia.

—¿De verdad?

Enfoque equivocado.

Oyó algo parecido a un suspiro.

No tan diferente de cómo había sido la familia de Aubrey en su día. Una familia en una bola de nieve. Y luego, sin previo aviso, todo había cambiado.

—Y entonces se lo llevaron —dijo Gertrude—. Acababa de cumplir dieciocho años. Éramos una familia que se fiaba. Mis padres no hacían trampas como mucha gente que conseguía justificantes médicos para sus hijos o los metía en la Guardia Nacional. Cuando llamaron a filas a Willis, se fue orgulloso. Y lo dejamos marchar.

Aubrey esperó a que continuara.

—Cuando vinieron a casa a decirnos que había caído en combate, mis padres quedaron destrozados —Gertrude tragó saliva —. Pensé que nunca me recuperaría. Había querido a mi hermano más que a nada —su voz se convirtió en un susurro—. Lo adoraba.

Aubrey pensó en la chica joven y guapa de la foto, que acariciaba la chapa de identificación de su hermano muerto.

—La carta llegó unas semanas después, de un compañero suyo, en la que decía que la muerte de Willis había sido un terrible accidente. Su jefe de escuadrón los había llevado por error a una zona de fuego a discreción, y a Willis lo mató uno de nuestros propios soldados. Contactamos con nuestro congresista y le pedimos que investigara, pero el gobierno se mantuvo en sus trece. Se negaron a pedir disculpas.

—Estaban equivocados —dijo Aubrey.

—Mis padres nunca lo superaron —dijo Gertrude—. Papá murió de un infarto, y mamá acabó en un psiquiátrico —no habló durante unos segundos—. El gobierno destruyó a mi familia.

—Y quieres vengarte —dijo Aubrey—. Pero hacer daño a más gente no te devolverá a tu hermano, ni a tu familia —respiró hondo —. El gobierno te debe justicia por Willis. Han aceptado reabrir su caso.

Star no reaccionó.

—Consigue justicia para tu hermano —dijo Aubrey—. Para tu madre y para tu padre. Consigue justicia para ti misma. Pero, por favor, no hagas daño a nadie más.

Star guardó silencio.

—Por favor, Star. Suelta a Ethan. Suelta a mi madre.

—Vale —dijo Star, tan bajo que Aubrey no estaba segura de haberla oído bien.

Smolleck asintió.

—Gracias —dijo Aubrey—. Gracias, Star.

La línea se cortó.

A Aubrey le temblaban las manos. Le temblaba todo el cuerpo. ¿Lo haría Star? ¿Los soltaría?

No quería pensar en la alternativa.

CAPÍTULO 50

Resultaba extraño, aunque también familiar, que Diana estuviera sentada tan cerca de su antigua compañera de cuarto.

El móvil de Gertrude llevaba sonando cada cinco minutos, pero esta última vez había fruncido el ceño al ver el número en la pantalla y se lo había mostrado a Diana. El número de Aubrey.

Gertrude se había sentado en el sofá junto a ella, tan cerca que Diana percibía su olor, un aroma agradable a salchichas especiadas. Le recordó los primeros días del primer curso, cuando iban al salón de la residencia a ver películas y compartían palomitas en un cuenco desportillado.

El recuerdo era un susurro lejano mientras Diana se esforzaba por oír lo que decía Aubrey al teléfono.

Algo sobre el hermano de Gertrude.

Entonces Gertrude se alteró mientras le contaba a Aubrey detalles sobre su hermano y sus padres que Diana desconocía. Diana empezaba a comprender qué había convertido a Gertrude en la mujer irreverente y apasionada que una vez admiró, pero también temió.

«El gobierno destruyó a mi familia», le había dicho a Aubrey por teléfono.

No era de extrañar que Gertrude quisiera hacer estallar bombas.

Diana captó una palabra de Aubrey. *«Justicia»*. El rostro de Gertrude pareció cambiar, pero ¿a qué? ¿Tristeza? ¿Derrota?

—*De acuerdo* —dijo Gertrude en voz baja, y dejó el teléfono. Se quedó inmóvil mientras el aire acondicionado zumbaba.

—Justicia para tu hermano —dijo Diana—. Eso es lo que siempre quisiste, ¿verdad?

Gertrude se removió, como si despertara. —Al principio, sí.

—Por eso era tan importante para ti enviar un mensaje —dijo Diana—. La biblioteca habría sido ese mensaje.

Gertrude se levantó del sofá y fue hacia la encimera de la cocina, abarrotada de bombas de tubo, dinamita y cócteles molotov, igual que lo había estado el banco de trabajo en el sótano de la casa.

De repente, Diana lo comprendió. —Te lo arrebaté. Tu única forma de hacerte oír, tu voz. Te dejé sin alternativa.

Gertrude la miró a los ojos. Azules y grandes. Siempre había tenido los ojos más bonitos.

—Por eso volaste la casa —dijo Diana—. Pero ¿cómo sobreviviste?

Gertrude esbozó una leve sonrisa.

El recuerdo de aquel día la golpeó como una ola violenta, pero cuando se retiró, todo quedó claro. —Después de que te contara lo del trato con el FBI, volviste a entrar —dijo Diana—. Pensaste que todo había terminado.

—Sabía que había terminado.

—Así que bajaste corriendo al sótano, donde Gary y Michael trabajaban en las bombas para la biblioteca.

Gertrude permaneció inmóvil junto a la encimera, como si ella también lo estuviera recordando.

—Desde lo alto de la escalera del sótano, podrías haber lanzado un cóctel molotov contra la pared de ladrillo. La explosión habría detonado las demás bombas del banco de trabajo.

Gertrude no se movió.

—Habrías tenido un par de segundos para escapar antes de que las explosiones alcanzaran la escalera —dijo Diana—. Podrías haber huido por el lavadero y salido por la puerta de atrás.

Gertrude pareció despertar. Volvió a mirar a Diana. —Pero encontraron mis restos.

—Porque los plantaste, ¿verdad? —dijo Diana—. Los incendios ardieron durante seis días, así que nadie pudo registrar los escombros. ¿Qué hiciste? ¿Cortarte el dedo y la trenza? ¿Chamuscarlos junto con tu ropa y volver a dejarlos entre las ruinas?

—Veo que te has convertido en toda una detective. —La voz de Gertrude sonaba agotada.

—Entonces desapareciste, odiando a Larry, odiando a Jonathan y odiándome a mí. Esperando el momento oportuno para destruirnos a cada uno, porque te quitamos la voz.

Gertrude cogió uno de los cócteles molotov y sacó un mechero del bolsillo.

Diana sabía que nada de lo que pudiera hacer o decir impediría que Gertrude cumpliera lo que consideraba su destino.

Gertrude prendió la mecha de la botella. —Lo has entendido todo, Di, salvo un pequeño detalle. —Echó el brazo hacia atrás, con la botella en la mano—. No fui yo quien voló la casa.

¿Qué estaba diciendo?

Gertrude soltó una carcajada que bien podría haber sido un grito. Lanzó la botella en llamas contra la pared sobre la encimera mientras exclamaba: —¡Inocente!

CAPÍTULO 51

La bola de fuego estalló sobre la encimera de la cocina e hipnotizó a Diana durante apenas un instante.

«¡Ethan!», pensó mientras se dejaba caer al suelo.

La segunda explosión, más fuerte, llegó una fracción de segundo después; la onda expansiva le aplastó el pecho. Algo voló por la habitación mientras yeso y cristales caían a su alrededor. Entonces Diana ya no pudo oír nada, solo un pitido agudo y estridente.

Pero estaba viva. Seguía viva.

Algo encima de ella la tenía atrapada. Rodó para apartarse. La mesa de centro la había protegido de lo peor.

Ethan... tenía que llegar hasta él.

El humo le quemaba los ojos mientras tanteaba en busca de un trozo de cristal roto y se cortaba las ataduras de las muñecas y después las de los tobillos, intentando no respirar.

Se cubrió la boca y la nariz con la blusa y gateó por detrás del sofá hacia la puerta, sin apenas poder ver a través del denso humo. Las llamas se alzaban a su alrededor; el suelo temblaba bajo ella.

Ethan. ¿Dónde estaba Ethan?

Algo yacía hecho un ovillo. Rojo, azul y blanco.

El niño pequeño del triciclo. Tenía que salvarlo.

Se arrastró hacia él a cuatro patas.

La cabeza estaba mal, los ojos muy abiertos, el cuello roto, la sangre brotándole de la cara. Diana se quedó mirando los ojos azules.

No era el niño pequeño. Era Gertrude.

El aire caliente la aplastaba. Las llamas estallaban. El pitido en la cabeza como una sirena implacable.

El niño pequeño. Necesitaba salvar al niño pequeño.

Di tenía la cabeza llena de algodón; ningún sonido podía atravesarla. Solo un pitido agudo y estridente. Salió corriendo de la casa de piedra rojiza mientras el suelo desaparecía bajo sus pies. Se volvió y vio ladrillos volando por el aire, el edificio derrumbándose.

En la acera, un triciclo rojo. Cerca de él, algo azul, blanco y rojo. El niño pequeño.

Di gateó hacia él. Necesitaba salvar al niño pequeño. Algo cálido le corría por la mejilla, le entraba en el ojo. El pitido le gritaba en la cabeza.

Recogió al niño e intentó correr, pero tenía los pies atrapados en arenas movedizas. El niño... pesaba tanto. Alejó las piernas a rastras del humo, del fuego y de los escombros que volaban.

—Vas a estar bien —le dijo al bulto que llevaba en brazos. Se arrastró calle abajo y pasó junto a dos personas acurrucadas en la entrada de otra casa de piedra rojiza. Un destello blanco. Un destello negro. Algo familiar en ellos.

Siguió arrastrándose hacia delante, con la humedad cálida en la boca, en los ojos, hasta que ya no pudo ver. El pitido era tan fuerte que lo único que quería era gritar. Entonces se volvió ingrávida al caer en la oscuridad.

Diana tosió. Extendió los brazos y los agitó en el vacío. Tenía que llegar hasta Ethan, pero la oscuridad era demasiado densa.

Y no había nada que detuviera su caída.

CAPÍTULO 52

Aubrey lo sintió antes de oírlo. Un temblor bajo sus pies. Luego vino una explosión tan fuerte, tan repentina, que incluso desde los treinta metros donde se encontraba junto a Smolleck, el sonido le retumbó en todo el cuerpo.

No podía moverse, no podía apartar los ojos del pequeño edificio que parecía hincharse como si hubiera tomado aire. Cientos de grietas aparecieron en las paredes mientras las ventanas reventaban saltando de sus marcos y el estuco color mostaza caía al suelo.

Luces cegadoras relampaguearon en el apartamento de la planta baja.

Aubrey recuperó la voz.

Algo le sujetaba el brazo, impidiéndole correr hacia el edificio que estallaba, de donde el humo negro manaba como lava.

—¡Mamá! —gritó, intentando correr—. ¡Suéltame! ¡Suéltame!

Alguien tiró de ella hacia atrás. Era más fuerte que ella. Levantó la vista. Smolleck.

—Aubrey. Tenemos que alejarnos de aquí. ¡Ahora!

Respiró hondo varias veces. «Cálmate», se ordenó. Dejó de forcejear y se quedó laxa.

Él aflojó la presa.

Y entonces salió disparada hacia el edificio.

—¡Aubrey, detente!

No sabía si él la seguía, pero corrió a toda velocidad hacia el edificio, cargada de adrenalina.

Tiró de la puerta exterior y entró corriendo en el edificio. El humo inundaba el pasillo, saliendo del apartamento de la derecha. Se cubrió la boca y la nariz, se agachó y trató de no respirar. Parte de la pared del apartamento había desaparecido. Atravesó el boquete. Las llamas brotaban donde había estado la cocina. La

pared exterior del edificio había desaparecido, y parte del piso superior colgaba sobre ella.

Buscó a su madre entre la bruma.

Dos cuerpos yacían en el suelo, cabeza con cabeza.

Aubrey se arrastró hacia ellos.

Los ojos de Star estaban muy abiertos, la cabeza retorcida como la de una muñeca rota. Junto a ella, Mamá estaba acurrucada en posición fetal, con la camisa subida hasta cubrirle la boca y la nariz.

—¿Mamá? —Aubrey la sacudió.

Su madre dio un respingo y abrió los ojos. Empezó a toser.

Aubrey la agarró del brazo.

Su madre la miró confundida mientras contemplaba el cuerpo destrozado de Star. Luego el pánico se apoderó de sus ojos y se arrastró tras Aubrey por el hueco de la pared hacia el pasillo. A sus espaldas, las llamas crepitantes provocaron otra explosión.

—¡Ethan! —gritó su madre por encima del ruido.

Aubrey se adelantó corriendo y abrió la puerta del garaje. Rezó por haber acertado sobre Ethan, por que la película que habían visto juntos le hubiera dejado huella.

Su madre señaló arriba.

El piso superior se estaba derrumbando a su alrededor. Tenían que salir.

—Aquí dentro, Mamá. —Aubrey metió a su madre en el garaje y cerró la puerta tras ellas. Oía el yeso y la madera que se estrellaban donde acababan de estar. Solo una fina capa de humo se había filtrado en el pequeño garaje. Un sedán blanco ocupaba casi todo el espacio.

«Por favor, que esté aquí». Abrió la puerta trasera del coche. Una manta cubría el espacio detrás del asiento del conductor. ¿Habría recordado la película con el niño pequeño e ingenioso?

—¿Ethan?

La manta se movió.

La apartó.

Allí estaba: con los ojos muy abiertos, los rizos rubios húmedos apelmazados alrededor de la cabeza. Una pequeña marca en la

mejilla por un pliegue de la manta. Un delfín que saltaba en la arrugada camiseta azul.

A salvo. Estaba a salvo.

—¿Fui lo suficientemente valiente, tía Aubrey? —preguntó con su voz pura y dulce.

A Aubrey le escocieron los ojos.

—Ethan —dijo su madre, y lo estrechó entre sus brazos—. Oh, mi niño precioso. Oh, mi Ethan.

Otra explosión sacudió el garaje. Un trozo del techo se estrelló sobre el capó del coche.

—Mamá, sube. Rápido. —Aubrey le dio un pequeño empujón y cerró la puerta tras ella. No había tiempo para reencuentros. El garaje retumbaba con las explosiones. Tenían que salir antes de que el edificio se derrumbara.

Buscó un botón para abrir la puerta del garaje, pero no encontró nada.

Se subió al asiento del conductor, rezando para que Janis hubiera dejado la llave en el contacto por si ella y Star hubieran necesitado huir deprisa.

¡Sí! Estaba allí. Arrancó el coche.

—Agárrense —gritó.

—Abuela, agáchate —dijo Ethan.

Aubrey pisó el acelerador. El coche comenzó a moverse. Lo pisó a fondo, cerró los ojos y agachó la cabeza. Las ruedas chirriaron.

El coche atravesó la puerta de madera. Oyó el crujido del cristal.

¡Fuera! ¡Estaban fuera!

Abrió los ojos. El parabrisas era una telaraña gigante de finas líneas blancas. No podía ver más allá. Sacó el coche con cuidado hacia la calle.

A sus espaldas estalló una explosión que sacudió el coche y esparció una lluvia de cristales.

Le temblaban tanto los brazos que tenía miedo de soltar el volante. El sonido de las sirenas la envolvía. Gente uniformada corría hacia ellas. Smolleck, con la corbata torcida y los brazos abiertos.

—¿Tía Aubrey? —preguntó una vocecita—. ¿Es seguro salir?

El cristal del parabrisas brillaba en el asiento del copiloto, en su regazo.

Cristal como el de una bola de nieve hecha añicos.

—Sí, cariño. —Le dolía la garganta—. Ya es seguro salir.

CAPÍTULO 53

Habían pasado horas. O quizá solo segundos. Alguien le había echado una manta sobre los hombros, pero Aubrey no podía dejar de temblar. Las luces la desorientaban, un torrente de rojo, blanco y azul, como un Cuatro de Julio desquiciado. Entonces las cosas empezaron a enfocarse. Las sirenas aullaban mientras la gente corría entre camiones de bomberos, ambulancias y coches de policía.

Aubrey observaba el humo negro que salía de lo que había sido el apartamento de tiempo compartido. Le recordaba el boquete entre dos edificios intactos en la foto de la explosión del brownstone.

Explosión. ¿Dónde estaba mamá?

Miró alrededor presa del pánico, pero enseguida localizó a su madre sentada en una camilla de ambulancia, con los brazos rodeando a Ethan. El niño tenía la cabeza apoyada en el hombro de su abuela, los ojos cerrados.

A salvo por fin, y capaz de dormir al fin.

Ethan estaba bien.

Los dos estaban bien, pero mamá se había negado a soltar a su nieto cuando los ayudaron a salir del coche. Todo el mundo parecía entender por qué y la dejaron a solas con Ethan.

El olor a quemado persistía en la nariz y el pecho de Aubrey. No sabía si tenía las fosas nasales y los pulmones abrasados de antes, o si el olor acre flotaba en el ambiente.

Se fijó en una mujer de pie junto al detective González, a poca distancia. Pelo negro revuelto, barbilla prominente. La mujer permanecía completamente inmóvil, con la mirada fija en el edificio en llamas.

Aubrey se acercó. De cerca, pudo ver que la mujer se parecía a la foto universitaria de Gertrude Morgenstern. Gertrude, que había

sido la compañera de cuarto de su madre. «Hubo un tiempo en que fuimos muy amigas», había dicho su madre.

Y ahora, aquí estaban sus hijas. Dos mujeres cuyas vidas habían sido moldeadas por sus madres.

¿Qué le había hecho Gertrude a su hija para que estuviera dispuesta a participar en su plan de secuestrar a un niño y poner en peligro su vida? ¿Por qué Janis no había tenido la fuerza de voluntad para resistirse?

La hija de Gertrude pareció percibir la presencia de Aubrey. Sus miradas se cruzaron. Los ojos de Janis eran de un azul intenso. Bonitos, incluso. Como los de Star.

Como habrían sido los de Gertrude, detrás de sus gafas rosadas.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Aubrey.

Janis aspiró hondo el aire denso.

Y Aubrey se dio cuenta de que eso era exactamente lo que ella había hecho toda su vida. Intentar hacer felices a sus padres, porque había querido desesperadamente preservar su familia. Una familia que siempre había intuido construida sobre cimientos frágiles, que podían derrumbarse ante la menor grieta.

La brisa cambió de dirección y empezó a nevar. Aubrey miró los copos en sus brazos.

No eran copos.

Cenizas.

—Está muerta, ¿verdad? —preguntó Janis—. Mi madre está muerta.

—Sí —dijo Aubrey.

Janis asintió. Levantó los brazos, unidos por las esposas.

«Libre», pensó Aubrey.

Entonces, ¿por qué le costaba tanto respirar?

CAPÍTULO 54

Los oídos no habían dejado de zumbarle, y sentía la cabeza como rellena de serrín, pero estaba viva. Y lo más importante: Ethan estaba a salvo, sano, y de nuevo con sus padres.

Diana salió de la habitación del hospital en silla de ruedas; había pasado allí las últimas veinticuatro horas. Tenía las manos vendadas y le dolía mover las ruedas, pero no se sostenía en pie.

Había pasado por la habitación de Larry esa misma mañana, poco después de que recuperara la consciencia, pero quiso esperar a estar a solas con él, y a que estuviera más fuerte, para hablar.

De no ser por el malentendido, quizá nunca habría encajado todas las piezas. La enfermera había dado por hecho que era la esposa de Larry, no su exesposa, y le había entregado un papel doblado que Larry llevaba metido en la cinturilla cuando los paramédicos lo trajeron al hospital. El papel, viejo y amarillento, tenía manchas de sangre fresca. Lo había desplegado y descubierto que era el plano de la Biblioteca Low que había visto cuarenta y cinco años atrás. Pero solo al examinar las anotaciones de los márgenes reconoció la letra. Una letra que le resultaba tan desconocida cuando vio el plano por primera vez que no había establecido la conexión.

Entonces todo encajó: las últimas palabras de Gertrude antes de volar el apartamento compartido, la reticencia de Larry a acudir al FBI tantos años atrás, y su recuerdo confuso de las dos personas agachadas juntas unas puertas más abajo del edificio que estallaba.

El pasillo estaba en silencio, solo se oían los pitidos procedentes de las habitaciones de los pacientes. Pasaban de las diez y la mayoría de los visitantes ya se habían marchado. Aubrey se había ido unos minutos antes. Diana había reprendido a su hija por arriesgar la vida, pero su regaño maternal carecía de convicción, y

Aubrey lo había notado. Sin la intervención de su hija, Diana y Ethan nunca habrían sobrevivido.

Se detuvo en la entrada de la habitación de Larry. Una cesta de flores silvestres de vaya a saber quién. Un globo sujeto a una taza de café llena de caramelos: «¡Que te mejores pronto!». Acercó la silla de ruedas a la cama y torció el gesto al tocar las ruedas con las manos.

La cama estaba elevada y él se apoyaba en un par de almohadas. Un vendaje blanco le cubría la cabeza. Le recordó al pañuelo blanco que llevaba cuando era Lawrence de Columbia.

Hacía un millón de años. Hacía apenas unos segundos.

Abrió los ojos: azul cielo sobre rojo sangre.

Sus palabras le llegaban amortiguadas, casi ahogadas por el zumbido que ella tenía en la cabeza.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó ella.

—He estado mejor. —Intentó sonreír. El hoyuelo de la barbilla le tembló—. ¿Y tú?

—Más o menos igual.

—¿Qué me dices de nuestra Aubrey, eh? Nos salvó el pellejo.

—Podría haber muerto. —Le salió la voz demasiado dura, pero le daba igual. Quería que él comprendiera la gravedad de lo que podría haber pasado.

—¿Cuánto tiempo hace que sabes que Star era Gertrude? —preguntó.

Él se sobresaltó y el monitor cardíaco al que estaba conectado aceleró sus pitidos.

Nuestro amor es más fuerte que el dolor. Tonterías sentimentales. Debería haber pasado página hace años.

—¿Así que durante ocho años no te diste cuenta de quién era?

—Todo en ella era diferente —dijo en voz baja—. Su cara, su cuerpo, su forma de hablar y de moverse.

—¿Cómo pudiste no fijarte en su dedo?

—No lo sé, Diana. La prótesis era perfecta, y nunca se quitaba el anillo.

O tal vez había visto lo que había querido ver.

—¿Qué nota de rescate?

—La que estaba en la tarjeta de felicitación que me dejaste en la casa.

—¿Tarjeta de felicitación? —dijo—. Dios mío. Star me dio un sobre cuando fui a la casa a verte. Dijo que era una tarjeta de «estamos pensando en ti» y me pidió que la dejara con el correo. No quería que le diera importancia. ¿Había una demanda de rescate?

—La había. —Diana estaba bastante segura de que decía la verdad. Al menos sobre eso—. Por fin lo recordé —dijo—. Lo del Día de los Inocentes.

Él la miró fijamente con los ojos inyectados en sangre.

—Mientras alejaba al niño de la explosión, vi a dos personas de pie junto a un portal, un par de puertas más abajo.

El monitor cardíaco emitió otro pitido.

—Algo en esas dos personas me resultaba familiar —dijo—. No sé, quizá estaba tan concentrada en poner al niño a salvo que no presté atención. O quizá bloqueé el recuerdo.

—Tuviste una lesión grave en la cabeza.

—La tuve —dijo—. ¿Esperabas que la lesión o el trauma de la explosión borraran mi memoria?

Él pareció palidecer aún más. El monitor emitió pitidos más rápidos.

—Tenías razón —dijo ella—. Al menos, durante los últimos cuarenta y cinco años. Pero hoy he recordado.

Él cerró los ojos con fuerza.

—Las dos personas junto al portal —dijo—. Él llevaba un pañuelo blanco, y ella tenía una larga trenza negra.

Esperó a que él lo negara, pero no dijo nada. Se quedó inmóvil, respirando superficialmente.

—Pensé que lo había descubierto todo, pero no era así. Gertrude incluso me dijo que estaba equivocada justo antes de morir.

Él abrió los ojos de golpe.

—Tú eras quien planeaba volar la Biblioteca Low.

—No, Diana. Yo no.

—Deja de *mentir*. —Su voz atravesó el zumbido en sus oídos—. Tengo el plano. Es tu letra, Larry.

Cerró los ojos. Una lágrima resbaló por la bolsa violácea bajo su ojo y descendió por su mejilla hundida.

—Intento entenderlo, Larry. Éramos amantes entonces. ¿Cómo pudiste planear algo así sin que yo me enterara?

Mantuvo los ojos cerrados.

—Pensé que te conocía. Le dijiste al mundo que el asesinato no era la solución. ¿Era una tapadera?

Se humedeció los labios con la lengua.

Pero había caído. Y de qué manera.

—¿Qué te cambió? —preguntó, con la voz amortiguada en su cabeza embotada.

—Ella.

Diana sintió una punzada. Tantos años después, y aún sentía celos de ella.

—Gertrude tenía una intensidad... —dijo—. Me convenció de que la única forma de que el mundo prestara atención era hacer algo devastador.

—Así que ideaste el plan de volar la biblioteca y matar a cientos de estudiantes.

Respiró con dificultad varias veces. Estaba hablando demasiado. Agotándose.

Lawrence de Columbia. No había sido más que un actor representando un papel.

—Cuando te pedí que me acompañaras al FBI para detener el plan, al principio te resististe, pero luego aceptaste.

—Me alivió que descubrieras el plan —dijo—. No quería llevar a cabo el atentado, pero no sabía cómo pararlo una vez en marcha.

—Solo que no querías que nadie supiera la verdad sobre ti. Que el plan había sido tuyo.

Se quedó tumbado, completamente inmóvil.

Necesitaba sacarlo todo. Todo.

—En lugar de ir al bar a decirles a los demás que habíamos negociado su inmunidad, te escabulliste al sótano del brownstone. Decidiste silenciar a quienes sabían que el plan de volar Low Library era obra tuya. —Hizo una pausa para respirar—. Y eso hiciste, ¿verdad? Los silenciaste. A Michael Shernovsky, Gary Cohen y

Gertrude Morgenstern. Y a un niño de cinco años llamado Martin Smith, que ese día pasaba por allí en su triciclo rojo.

Negó con la cabeza contra la almohada, pero ella percibió que no era un gesto de negación, sino el intento de bloquear algún infierno interior.

—Fuiste tú quien voló el brownstone el uno de abril.

Emitió un sonido como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—Solo que esperabas que Gertrude estuviera en el sótano, pero no estaba. Estaba arriba, hablando conmigo en la puerta. —El pitido del monitor parecía fundirse con el zumbido en su cabeza—. Entonces, ¿qué pasó, Larry? ¿La viste salir corriendo del edificio y la paraste en la escalinata donde os vi? ¿Qué promesas le hiciste después de convencerla de que sabías que no estaba en el sótano cuando tiraste la bomba? ¿Le dijiste que dejara restos de su cuerpo y ropa para simular su muerte en la explosión?

—Me entró el pánico. —Su voz era apenas un susurro—. No pensaba con claridad.

—¿Le prometiste que huiríais juntos a esconderos en México? ¿A Puerto Vallarta o a Cabo, quizá?

—No sabía qué otra cosa hacer —dijo.

Larry también había sido el príncipe azul de Gertrude. Así lo llamaba ella. Su caballero. Había sido Larry quien le había hecho promesas a Gertrude, no Jonathan. Ahora todo estaba tan claro. Tan obvio.

—Tenías una relación con Gertrude cuando yo creía que solo estábamos tú y yo. —La idea ya no le dolía. Por fin había superado aquel dolor juvenil.

—Por eso Gertrude te creyó. Ya habíais planeado iros a México. —*La cucaracha. La cucaracha*.

El zumbido en su cabeza era ensordecedor. Quiso que parara.

—Estaba enamorado de ti, Di. Nunca de Gertrude.

—No hasta que volvió como Star. Aunque no sabías que era Gertrude, ni que había vuelto para vengarse de ti y de mí. —Hizo una pausa; un nudo le subía por la garganta—. Y de Jonathan.

Por culpa de Larry, el hombre que amaba estaba muerto.

—Lo siento —dijo—. Soy un farsante.

Diana se recostó en la silla de ruedas, envuelta en el olor empalagoso de las flores, mientras el zumbido en su cabeza se apaciguaba al fin. Los restos de Jonathan serían incinerados, como él había querido. Habría un funeral, pero no bastaría. Ni de lejos.

—Los pecados de los padres —decía Larry—. He causado un dolor terrible a mis hijos. Y a ti. —La miró a los ojos—. Lo siento, Diana. Ojalá supiera qué más decir o hacer.

Apartó la mirada de aquellos ojos que un día le habían robado el corazón.

—¿Se lo contarás al FBI? —preguntó—. El asesinato no prescribe.

—No —dijo ella.

—¿Y los niños? ¿Vas a contarles a Aubrey y Kevin lo que hice? —Se humedeció los labios agrietados con la lengua—. Me mataría que lo supieran, Di.

Había sido su héroe, su caballero blanco en un corcel blanco como la nieve. El hombre con quien había compartido vino a orillas de la bahía. El padre de sus hijos.

—No. No se lo diré a nadie.

Alejó la silla de ruedas de él, hacia la puerta. —Ya han sufrido y han muerto demasiados por tu culpa.

CAPÍTULO 55

Tenía sangre seca en el cuello. Aubrey humedeció una toallita en el baño y se la limpió mientras su padre dormía en la cama articulada del hospital. La sangre tiñó la toallita de un rojo parduzco y dejó un olor metálico que se imponía al dulce aroma de las flores silvestres de la cesta que los Simmers habían traído el día anterior.

Prudence había abrazado a Aubrey con tanta fuerza que la dejó sin respiración. Aubrey había salvado a su nieto. Se había convertido en la heroína de la familia, un título que nunca había buscado.

Pero al menos ahora todos estaban a salvo.

Observó cómo los párpados de su padre temblaban, como si estuviera soñando. ¿Había amado a Star? Estaba segura de que él no tenía ni idea de lo que su novia había estado tramando todos esos años.

Abrió los ojos, como si algo lo hubiera sobresaltado.

—Estoy aquí, papá.

—Sí, princesa —dijo él con voz ronca.

Parecía tan indefenso conectado a las máquinas, con un vendaje en forma de turbante en la cabeza. Sus ojos azules, completamente enrojecidos, reflejaban derrota.

—Sabes, papá, todos hemos estado tan aliviados de recuperar a Ethan que nadie ha pensado en cómo te afecta a ti la muerte de Star.

Él hizo una mueca de dolor.

—Lo siento —dijo ella—. ¿Prefieres no hablar de ello?

—No, está bien.

—¿La amabas?

Parecía debatirse con algo.

—El amor no se puede activar y desactivar a voluntad —dijo ella.

—¿Incluso cuando descubres que la persona a la que amas es una asesina? —Sus ojos parecían suplicarle. Pero ¿por qué? ¿Porque quería que lo perdonara por seguir amando a un monstruo?

Ella le tomó la mano, evitando los tubos del brazo y el pulsioxímetro del dedo.

Él apretó los ojos.

—Te quiero pase lo que pase, papá.

Él mantuvo los ojos cerrados, pero las lágrimas se le escaparon y le rodaron por la cara.

Ella se las secó con las yemas de los dedos y le besó la frente amoratada.

Se llevó la toallita ensangrentada y la enjuagó en el lavabo del baño. Pero el olor metálico no se le iba.

CAPÍTULO 56

El funeral de Jonathan Woodward se celebró el domingo, cinco días después de su muerte, en un pequeño parque frente a la bahía, no muy lejos de donde Aubrey había crecido. Su madre había organizado la ceremonia con discreción, sin avisar a los medios, y solo había invitado a un reducido grupo de familiares y amigos.

Aubrey sujetaba a su madre por el codo, con cuidado de no rozarle las manos vendadas, mientras cruzaban el césped desde la zona arbolada hacia tres filas de sillas plegables blancas orientadas hacia la bahía. Muchos asientos ya estaban ocupados por personas que Aubrey no reconocía, probablemente colegas de Jonathan.

—Estoy bien, cariño —dijo su madre—. De verdad.

Pero Aubrey no le soltó el brazo. Su madre podía insistir en que ya no sufría mareos y que el zumbido en los oídos casi había desaparecido, pero Aubrey temía que el impacto emocional de la ceremonia le provocara una recaída.

Ayudó a su madre a sentarse en una silla de la primera fila, junto a un juez, colega y amigo de Jonathan, que había accedido a oficiar. Le agradeció que hubiera venido y luego saludó con un gesto a Kevin y a los Simmers, sentados en la tercera fila. Kevin había venido en coche desde Palm Beach con Prudence y Ernest. Kim se había quedado con Ethan en casa de los Simmers, pues no quería dejarlo al cuidado de una niñera. Aubrey entendía perfectamente cómo se sentía.

El juez se levantó para hablar de Jonathan. Tenía una voz grave y suave que se fundía con la brisa de la bahía. Era última hora de la tarde y el aire empezaba a refrescar, como aquella noche en que Aubrey había venido aquí con su madre.

Eso fue el lunes. Hacía seis días. Toda una vida.

Aubrey observó un velero que maniobraba sobre el agua gris azulada, acercándose a la orilla.

Hacía una semana que habían secuestrado a Ethan. Desde entonces, había experimentado más dolor y miedo que en toda su vida. Se había visto atrapada en un torbellino emocional: angustiada por Ethan, a veces dudando de sus padres y, finalmente, aterrorizada por la vida de todos ellos. Jonathan había sido asesinado, su padre casi había muerto, y el trauma de haber estado a punto de perder a su madre y a Ethan en la explosión del apartamento la perseguía a diario. En los últimos días, a veces se encontraba temblando sin control en mitad de alguna tarea cotidiana, como si su cerebro le recordara que aún estaba lejos de haberse recuperado.

El juez se había sentado y otros se levantaron a hablar. Un secretario judicial contó cómo Jonathan lo había ayudado a superar un momento personal difícil y le había dado la oportunidad de empezar de nuevo. Otros jueces y abogados hablaron de la bondad innata de Jonathan y de su entrega a la ley. Jonathan no temía tomar decisiones difíciles si eran las correctas, dijo alguien, ni siquiera las que le causaban dolor.

Aubrey notó que su madre se removía en el asiento.

Su madre asintió.

Aubrey la ayudó a levantarse, pero su madre se zafó de ella y caminó sola hasta el podio. Con aquel vestido negro holgado, las manos vendadas de blanco frente a ella y el cabello oscuro ondeando con la brisa, a Aubrey le recordó a una monja frágil.

Su madre miró por encima de las cabezas de los asistentes, hacia los árboles, o quizás hacia algo que solo ella podía ver.

Su madre por fin estaba dejando atrás sus demonios, pero había perdido mucho en el proceso, incluido el hombre al que había amado.

La vida, como Aubrey estaba descubriendo, estaba llena de decisiones dolorosas, y el amor no siempre triunfaba. Esperaba que su madre al menos encontrara la paz ahora.

Nadie habló después de que su madre se sentara. El juez dio las gracias a todos en su nombre y los asistentes se congregaron a su alrededor.

Aubrey retrocedió unos pasos y esperó bajo la sombra de un viejo baniano, lista para intervenir y sujetar a su madre si parecía que iba a desmayarse. Observó cómo la gente le daba el pésame, con abrazos torpes por culpa de las manos vendadas. Durante todo el rato, su madre asentía con la mirada perdida, como si estuviera en otro lugar.

Kevin le dijo algo al oído a su madre. Ella asintió y le dedicó una sonrisa triste. Él le besó la mejilla y se acercó a Aubrey.

—Hola —dijo. Seguía pálido, pero ya no tenía los ojos enrojecidos—. Esto es muy duro para mamá.

—Sí —dijo ella—. Lo es.

—Nunca la entendí antes de que pasara todo esto —echó un vistazo a su madre, que estaba hablando con los Simmers.

—¿Qué quieres decir?

—Pensaba que su frialdad tenía que ver conmigo. Con algo que yo había hecho para disgustarla. No entendía que estaba tan enfadada consigo misma que le costaba demostrar cariño.

Un rayo de sol se coló entre las hojas del baniano. Aubrey por fin también lo había entendido. Todos aquellos años intentando comprender quién era, pero había hecho falta el trauma de casi perder a Ethan para que al fin comprendiera la dinámica de su familia. Kevin había reaccionado a la distancia de su madre alejándose, mientras que Aubrey se había convertido en su protectora, al intuir que era una persona herida que necesitaba su apoyo.

—¿La has perdonado? —preguntó.

Él asintió.

—¿Qué quieres decir?

—He estado viviendo una mentira —dijo—. Estaba enfadado con todos los que me rodeaban, cuando en realidad estaba cabreado conmigo mismo —la miró a los ojos. Eran del mismo color chocolate oscuro que los suyos—. Siento haber descargado mis propias inseguridades contra ti.

—No seas tan duro contigo mismo. Siempre serás mi hermano mayor.

—Lo sé, pero aún estoy intentando arreglarme —le dedicó una sonrisa torcida—. Le he dicho a Kim que voy a dejar el trabajo en BBM.

—¿Qué? ¿En serio? —aquello la pilló por sorpresa—. ¿Qué dijo Kim?

—Que haga lo que me haga feliz.

—Bien. Me alegro de que te apoye.

Prudence y Ernest estaban abrazando a su madre. Parecía que los padres de Kim ya no la culpaban por el secuestro de Ethan. Bueno, eran más generosos de lo que Aubrey siempre había pensado.

—¿Sabes qué quieres hacer? —preguntó.

—En realidad, no. —Kevin frunció el ceño—. Necesito estar bien conmigo mismo para poder apoyar a mi familia. —Esbozó una leve sonrisa—. Y tú también eres de mi familia, enana. No volveré a olvidarlo.

Se le cerró la garganta y no pudo hablar ni decirle lo mucho que significaban para ella esas palabras.

Kevin miró hacia los Simmers, que cruzaban el césped en dirección a su limusina. —Es hora de irse. —La abrazó y no la soltó. Cuando por fin se apartó, tenía los ojos húmedos—. Gracias otra vez por salvar a mi pequeño —dijo, y corrió a alcanzar a sus suegros.

Una brisa agitó el árbol y algunas hojas cayeron flotando. Kevin había vuelto. Había recuperado a su hermano.

Notó a alguien cerca y se volvió. Tom Smolleck. No esperaba verlo, pero ahí estaba, imperturbable como siempre, con su traje oscuro y camisa blanca.

—Bonita ceremonia —dijo.

—No me di cuenta de que estabas aquí. Gracias por venir.

—Quería despedirme. —Se frotó la ceja—. ¿Cuándo te vas a Rhode Island?

—En un par de días. Tengo que volver a clase, pero quiero asegurarme de que todos estén bien antes de marcharme.

—He oído que tu padre estará en rehabilitación una temporada.

—Así es —dijo ella—. Va a tener que esforzarse mucho si quiere volver a caminar.

—Parece que depende de él.

—Sí. Supongo que sí. —Estaban arriando las velas del velero. Se preguntó si el barco atracaría en Scotty's, donde habían almorzado Smolleck y ella. No quedaba lejos de allí.

Se preguntó si volvería a verlo.

—Hace unos días hablaste de vivir en una burbuja de cristal —dijo ella.

Él asintió.

—Las burbujas siempre acaban estallando —dijo ella.

Sus ojos grises reflejaban tristeza. —Siento mucho todo lo que has pasado —dijo—. Pero a veces abandonar tu mundo protegido te libera para hacer otras cosas.

No pudo evitar sonreír. Bajo ese traje oscuro se escondía un optimista.

Él le tomó la mano y la retuvo entre las suyas. —Si alguna vez puedo hacer algo por ti, me llamarás, ¿verdad?

El calor de su mano le reconfortó. —Sí —dijo ella—. Lo haré.

La miró a los ojos y vaciló. Cualquiera de los dos podría haberse acercado un poco más, pero el momento pasó.

Le soltó la mano. —Cuídate.

—Tú también.

Lo vio alejarse del parque, con los hombros rígidos y la cabeza alta. La ropa impecable, esa forma rígida y formal de moverse y hablar: era su manera de afrontar situaciones imposibles, desgarradoras. Era su armadura.

Y se dio cuenta de que, al desvanecerse su burbuja de cristal, también había desaparecido su propia armadura. Ya no había cristal protector.

Solo ella.

La idea era aterradora.

CAPÍTULO 57

Se ahogaba, el humo le escocía en la nariz y los ojos. Tenía que encontrar a Ethan. Tenía que salvar a mamá.

Aubrey se despertó sobresaltada, con el corazón desbocado. Parpadeó mientras las manchas borrosas a su alrededor cobraban nitidez. Papel pintado gris azulado. Colcha blanca. Almohada estrujada entre los brazos.

Había sido un sueño. Solo otro sueño más.

Olfateó. Humo.

Eso no era un sueño.

Saltó de la cama y corrió al pasillo. El olor a quemado era más fuerte allí. Como aquella vez que ella y Kevin habían encendido fuego en la chimenea de sus padres. El olor a humo se había quedado en los dormitorios y el pasillo del piso de arriba durante semanas.

La puerta del dormitorio de su madre estaba entreabierta. Aubrey entró. La cama estaba hecha —todos los cojines decorativos en su sitio—, pero mamá no estaba.

Una neblina tenue flotaba a su alrededor, resplandeciendo con la luz matutina que se colaba tras las cortinas. ¿Habría encendido su madre la chimenea?

Aubrey se arrodilló en la fría losa de piedra frente a la chimenea. Un par de brasas aún humeaban, y finos trozos de papel carbonizado revoloteaban como murciélagos en la corriente de aire. Removió las cenizas con el atizador.

Varios fragmentos de papel amarillento.

Hacía apenas diez días, justo antes de su revelación sobre Jackson, habría dejado el atizador y habría vuelto a su habitación. Pero ya no rehuía las preguntas.

Rescató unos cuantos trozos pequeños de papel atrapados bajo una pata del morillo y examinó uno. Tenía un dibujo técnico de

algún tipo. ¿Un plano de arquitecto? Examinó otro fragmento. Parte de una palabra impresa: LIBR. ¿La palabra *libre*, en español?

Entonces cayó en la cuenta de lo que tenía en la mano: restos del plano de la biblioteca de Columbia. El plano del que le había hablado su madre. En otro trozo pequeño había palabras chamuscadas.

Varios cientos de estudiantes…

Escritas con bolígrafo negro, con letra firme y segura.

Era exactamente igual que la letra de la tarjeta que había encontrado en la caja de recuerdos de mamá.

La letra de su padre.

Aubrey sintió que se desplomaba. Se dejó caer contra uno de los sillones.

¿Seguirías queriéndome, princesa? ¿Incluso cuando descubras que la persona a la que amas es un asesino?

Ahora entendía por qué se lo había preguntado.

Y mamá también lo sabía.

CAPÍTULO 58

Su madre estaba sentada a la mesa del patio, a la sombra de los gumbo limbos, las palmeras y los bambúes. Quizá fuera la cruda luz de la mañana, o tal vez la reciente falta de lluvia, pero las plantas parecían languidecer a su alrededor.

Miraba al vacío, ajena a la presencia de Aubrey, con las manos vendadas vueltas hacia arriba, como suplicando.

Aubrey apartó la silla de al lado. El chirrido sobresaltó a mamá, que volvió en sí. Sus ojos recorrieron la camiseta enorme con la que Aubrey había dormido y se detuvieron en las yemas de sus dedos, ennegrecidas por el hollín.

—¿Por qué quemaste el plano? —A Aubrey le sorprendió la firmeza de su propia voz, tan distinta de la terrible debilidad que sentía por dentro.

Mamá se mordió el labio inferior y miró sus manos vendadas.

Entonces lo comprendió.

Su madre *quería* que oliera el humo y encontrara los pocos restos carbonizados del plano.

—¿Lo has tenido escondido? —preguntó Aubrey—. Dime, ¿por qué lo quemaste ahora, después de tantos años?

Siguió mirándose las manos.

¿Sería ese el papel que su padre había encontrado cuando ella lo llamó por lo de la niñera? De ser así, ¿lo habría cogido del apartamento de multipropiedad con intención de destruirlo, sabiendo que era el único vínculo físico que quedaba de lo que había planeado hacer?

—Fue idea de papá volar la biblioteca de Columbia y matar a gente inocente, ¿verdad?

El rostro de su madre pareció convertirse en piedra. Lo estaba protegiendo, como siempre.

—¿No puedes por una vez decirme la verdad? Por el amor de Dios, mamá. Toda mi vida tú y papá habéis intentado ocultarme las cosas. Y yo os he dejado. Tenía miedo de que, si os presionaba para obtener respuestas, de algún modo rompería lo que fuera que os mantenía unidos —respiró hondo; el corazón le latía desbocado—. ¿Para qué me molesté? Vosotros dos ya estabais rotos.

El rostro de su madre se contrajo de dolor. Extendió las manos vendadas hacia Aubrey.

—Lo siento —dijo Aubrey—, pero ya no puedo seguir con esto. Necesito saber la verdad, y si tú no me la cuentas, quizá papá sí lo haga —apartó la pesada silla de hierro forjado. El chirrido le desgarró el corazón mientras se dirigía hacia la casa.

A su espalda, oyó la voz de su madre, apenas un susurro.

CAPÍTULO 59

Su padre estaba sentado en una silla junto a la ventana de la habitación, con la cesta de flores silvestres de los Simmers, ya marchitas, sobre una mesa auxiliar. Tenía la cabeza vendada y las manos en el regazo, con las palmas hacia arriba, como si ya se hubieran rendido.

Su padre. ¿Le diría por fin la verdad?

Aubrey entró en la habitación. Era más grande que la anterior, y había un paciente en la segunda cama. Un celador ajustaba la cama, moviendo cables y tubos.

Su padre miraba fijamente a su compañero de habitación, que se retorcía y gemía una y otra vez: —Mátame. Acaba con mi sufrimiento. Mátame.

—Voy a llevarlo a hacerle las pruebas, señor Detweiler —dijo el celador, empujando la cama con ruedas.

—Déjeme en paz —dijo el hombre—. Quiero morir.

—Papá —dijo Aubrey—, tengo que hablar contigo.

Él la ignoró y siguió observando al otro hombre mientras el celador sacaba la camilla de la habitación.

—Papá. Tenemos que hablar. —Se plantó delante de él, obligándolo a mirarla.

Él suspiró.

Ella le mostró el fragmento de papel carbonizado con su letra.

Él pareció encogerse contra la silla.

—De la chimenea. Mamá intentó quemarlo, sin mucho éxito.

—No es lo que piensas, Aubrey. Te lo juro.

¿Tenía el descaro de negarlo?

—Así que te lo ha contado —su rostro se desplomó—. Prometió que no lo haría.

Había algo en su voz que la detuvo. Un tono lastimero, como el del día anterior. ¿Habría otro secreto que él creía que mamá le había

revelado?

«¿Seguirías queriéndome, princesa? ¿Incluso cuando descubras que a quien amas es un asesino?».

No podía referirse a la biblioteca. Aunque él lo hubiera planeado, el atentado nunca llegó a producirse y nadie había muerto. Sin embargo, se había llamado asesino.

Un asesino.

Las piezas encajaron de golpe.

—Dios mío. Tú volaste la casa, ¿verdad? —Su propia voz le sonó extraña, desconcertada.

Su padre apartó la mirada bruscamente.

Con ese único gesto, confirmó lo que ella no quería creer, pero tenía que oírselo decir. De una vez por todas, necesitaba oír la verdad.

—Dilo —dijo ella.

Él mantuvo la cabeza agachada.

—¡Dilo!

—Sí. —Alzó la barbilla de golpe—. Sí. Lo hice. Yo volé la casa. Maté a mis amigos y a un niño inocente.

Se sentó en el borde de la cama, incapaz ya de sostenerse. La confesión no le trajo alivio, solo un dolor más profundo. Su padre era una persona débil y egoísta, dispuesta a matar para no ir a la cárcel. Su padre era un asesino.

Respiró más despacio, tratando de calmarse.

Él seguía mirando el espacio vacío donde había estado la otra cama.

—Casi perdemos a Ethan por tu culpa.

—Lo siento mucho, princesa. Lo siento todo.

Ella respiró hondo.

Él sacudió la cabeza vendada, con las manos abiertas, suplicantes.

—Eres un cobarde —dijo ella.

Él la miró a los ojos.

Quizá no era una cobarde, pero desde luego tampoco una heroína. Se levantó de la cama con las piernas temblorosas,

preguntándose cómo iba a poder salir de esa habitación, llegar hasta su coche, alejarse de todo.

La voz de su padre la siguió. Sonaba como si le estuviera suplicando.

—No soy tu princesa —dijo ella, y siguió caminando.

CAPÍTULO 60

La nieve caía con suavidad. Aubrey miraba por la ventana de la cocina de su apartamento. Llevaba más de dos semanas de vuelta en Rhode Island, refugiándose en sus clases y su tesis, intentando no pensar en lo que había dejado atrás, sin resolver. En lo que no había sido capaz de hacer.

Tiró a la basura la botella vacía de vino que Trish y ella se habían bebido la noche anterior, junto con los envases de comida china casi vacíos. Habían hablado hasta casi las dos de la madrugada, y Aubrey estaba demasiado agotada para recoger cuando Trish por fin se marchó.

Trish sabía escuchar, y como buena psicóloga profesional, no ofrecía soluciones. Ambas entendían el proceso. Que desahogarse —soltar el dolor, el miedo, la decepción— podría de algún modo ayudar a Aubrey a pasar página.

Pero Aubrey no le había contado todo. Dudaba que alguna vez fuera a admitir ante nadie lo que había hecho su padre.

Guardó las bolsitas de té en el bote de porcelana azul y blanco y metió una caja abierta de galletas Triscuits en la nevera. La postal que Kevin le había enviado hacía un par de días estaba pegada en la puerta con un imán de perrito.

Aubrey despegó la postal y volvió a examinarla. Un delfín saltando sobre una laguna verdeazulada y las palabras impresas: «Centro de Investigación de Delfines, Marathon, Florida». En el reverso, Kevin había escrito:

Sí, ya lo sé. No me puedo creer que todavía hagan postales. Ethan está encantado con los delfines. Le dio un abrazo enorme a uno. Está

genial. Mamá está bien. Todos estamos bien. Sé que suena cursi, pero ojalá estuvieras aquí. Kev (alias Bilbo Bolsón)

Se le humedecieron los ojos, como la primera vez que había leído la postal. Ethan estaba genial, su hermano había vuelto a ser el de siempre, y mamá estaba bien. Aubrey hablaba con ella todos los días. Las conversaciones resultaban algo incómodas, mientras ambas intentaban reconocerse en las personas en que se habían convertido, pero cada día era un poco más fácil. Un poco más natural.

Nunca hablaban de papá.

Lo habían trasladado a un centro de rehabilitación en Miami. Seguía en silla de ruedas, sin interés en caminar por su cuenta, sin voluntad de dar un solo paso más. Al menos, eso decía el último informe que Aubrey había recibido del médico el día anterior.

Volvió a poner la postal bajo el imán y se dirigió hacia la puerta principal. Se giró al oír el repiqueteo de uñas sobre el suelo de madera. Se agachó y abrazó a Wolvie, aspirando su delicioso olor a perro. Wolvie le restregó la nariz fría y húmeda por el cuello.

Al menos recuperar a su perro había sido una decisión fácil. Nada más llegar de Miami, lo primero que hizo fue plantarse en el apartamento donde Jackson vivía con su última conquista. Wolvie corrió a sus brazos y ella se negó a soltarlo.

—Me lo llevo —le había dicho a Jackson—. Durante los últimos seis años, he sido yo quien le ha dado de comer, lo ha sacado a pasear y lo ha cuidado cuando estaba enfermo. Es tan mío como tuyo, por lo menos.

—Pues llévatelo —había dicho Jackson encogiéndose de hombros—. Me importa una mierda.

Wolvie se tumbó panza arriba y ella le rascó la barriga.

La cola del perro golpeteó el suelo.

———

Nevaba con fuerza cuando llegó al campus. Avanzó a duras penas por el sendero cubierto de aguanieve hacia su aula. Los bancos y las ramas desnudas de los árboles estaban cubiertos de nieve. Frente a ella, apenas visible tras una cortina blanca, se alzaba la fachada grisácea de la biblioteca. Observó a los estudiantes que subían las escaleras y pensó en otra biblioteca universitaria. Otra época.

Los copos de nieve le pinchaban en las mejillas como agujas.

Ya no tenía la protección de su bola de cristal. Estaba sola, ante una decisión que solo ella podía tomar.

¿Qué la frenaba? Al fin y al cabo, ya había tomado decisiones difíciles durante el calvario de Ethan. Se había blindado el corazón, primero para decidir si contarle al FBI lo de la nota de rescate, luego si entregar a su madre. Pero aquellas decisiones al menos ofrecían la posibilidad de un buen resultado. Habían sido para recuperar a Ethan. Esta la convertiría en una traidora a su familia, y en algo peor. Su padre probablemente acabaría en prisión, quizá incluso condenado a muerte.

¿Cómo podía hacerle eso a su padre? ¿Solo porque era lo correcto?

Pero ¿qué era lo correcto?

La nieve caía a su alrededor. Los copos se pegaban a su abrigo y le recordaban las cenizas que caían cuando estuvo junto a Janis, viendo arder el apartamento de multipropiedad. «Soy libre», había dicho la hija de Gertrude, con las muñecas esposadas. «Y mamá también».

Aubrey pensó en su padre en la silla de ruedas, ya momificado, tan paralizado por la culpa y la vergüenza que era incapaz de hacer lo que debía. Pensó en su madre, que le tendía las manos vendadas. Mamá tampoco tenía fuerzas para actuar. Ya se había quemado demasiadas veces intentando ayudar a su marido.

La respuesta le llegó con una ráfaga de copos relucientes. Sus padres querían que los liberara. Necesitaban que los liberara.

Metió la mano en el bolsillo y sacó el teléfono.

—Smolleck —dijo él. Su voz sonaba firme y reconfortante, pero ella no necesitaba que la tranquilizaran. Ya había tomado su decisión.

—Tom. Soy Aubrey.

Un recuerdo le vino a la mente. Un hombre sonriente de ojos azules que la alzaba en el aire. «¿Cómo está mi princesa preciosa?».

Parpadeó para contener las lágrimas y respiró hondo.

Agradecimientos

Uf. Libro terminado. Nunca habría podido hacerlo sin el apoyo de tanta gente increíble.

Mi grupo de lectura crítica, exigente pero siempre perspicaz: Christine Jackson, Miriam Auerbach, Neil Plakcy y Kristy Montee. Mi más sincero agradecimiento a Neil y Kristy por su lectura minuciosa y crítica del manuscrito, y por sus sugerencias, muchas de ellas brillantes.

Mis asesores técnicos: Julie Hecht DeMay y David Hecht, por su paciencia y sus valiosas aportaciones sobre psicología en el ámbito académico. Jack y Marilyn Turken, por sus conocimientos médicos. El detective John Pérez, de la Oficina de Víctimas Especiales del Condado de Miami-Dade, Unidad de Personas Desaparecidas, que tuvo la amabilidad de dedicar parte de su ajetreada jornada a ayudarme a entender los procedimientos policiales.

Mis primeros lectores y quienes me animaron a seguir: Arnold Weiss, Koula Papadopoulos y, como siempre, Delia Foley, que además ejerció de guía turística por su Coconut Grove natal, con una memorable parada para comer en Scotty's Landing.

Mi entusiasta valedora, Christine Kling, que me guio hasta la editorial perfecta para *Alguien debe morir*.

Mis propias visionarias, cuya diligencia y creatividad me ayudaron a sacar todo el partido a mi manuscrito: Mallory Braus, mi perspicaz editora de contenido, y mi fantástico equipo de T&M, dirigido por JoVon Sotak, siempre dispuesta a apoyarme.

Y, por último, mi querida familia:

Sarah, por sus siempre agudas observaciones, esta vez sobre cómo piensa y percibe el mundo una mujer de veintiocho años.

Ben, por hacerme de guía por South Beach, con una visita al Monumento al Holocausto y un paseo por Meridian Avenue (incluido

colarnos en un edificio que parecía el escenario perfecto para mi historia).

Joe, por estar siempre ahí para leer, releer y volver a leer. Y... por estar siempre ahí.

Acerca de la Autora



Sharon Potts es una autora galardonada y aclamada por sus cuatro thrillers psicológicos, entre ellos *In Their Blood*, ganador del Premio Benjamin Franklin y distinguido con una reseña destacada en *Publishers Weekly*. Antigua contable, ejecutiva y empresaria, Sharon ha sido tesorera de la junta nacional de Mystery Writers of America y presidenta del capítulo de Florida de esta organización. También ha sido copresidenta de SleuthFest, un congreso nacional de escritores. Sharon vive en Miami Beach con su marido y una vivaz pastora australiana llamada Gidget.